

S U M A R I O

Diego Estévez

Tomás Morales

Juicios sobre T.Morales

Antonio Zerolo

Domingo J. Manrique

Tabares Bartlett

Guillermo Perera

José Hernández Arteaga

Rafael Romero "Alonso Quesada"

Rafael M.Fernández Neda.

JOSE MIGUEL ALZOLA

POETAS ISLEÑOS

Diego Estévan ez

INTRODUCCION DE

JOSE TABARES BARTLETT

J. M. Alzola
Peregrina, 15
Las Palmas de G.C.

LIBRERIA HESPERIDES.—(CANARIAS)

Santa Cruz de Tenerife

Datos biográficos

JOSE MIGUEL ALTOLA

Diego Estévez y Murphy, hijo de Don Francisco Estévez y de Doña Isabel Murphy y Meade, nació en Santa Cruz de Tenerife el 23 de Enero de 1842.

Concluyó con aprovechamiento sus estudios en la Escuela de Náutica, y empezó a navegar en el bergantín «Guanche», saliendo por vez primera a la mar el 12 de Octubre de 1858, a los diez y seis años de edad. El 12 de Marzo del 59 llegó de regreso a Santa Cruz, después de haber visto en aquel primer viaje varios puertos de las Antillas.

En su último viaje a las costas de América, llevando la derrota del bergantín goleta «San Miguel», sufrió un horroroso temporal. Habían salido pocos días antes del puerto de Nueva York, cuando del 6 al 8 de Septiembre (1864) se vieron envueltos por una de esas

borrascas indescriptibles, de la que se salvaron por un milagro patente de los que no se suelen repetir en la vida de un hombre.

Poco después de aquel lance obtuvo el nombramiento de catedrático de navegación en la Escuela profesional de Náutica, y en el mes de Mayo sintióse acometido por la dolorosa enfermedad que en pocos meses le llevó al sepulcro.

Con la esperanza de restablecerse, y aprovechando los meses de vacaciones, hizo un viaje a Inglaterra en el verano del 65. A su permanencia en Londres debemos la última y acaso la más sentida de sus composiciones. En el mes de Octubre retornó a Canarias, convencido ya de que era su muerte inevitable, y la vió llegar con la indiferencia de un filósofo.

Murió el 27 de Marzo de 1866, a los 24 años de edad, víctima de los mismos sufrimientos que condujeron a la tumba a su malogrado tío, el poeta canario don Ricardo Murphy.

Diego Estévez, aunque incorrecto a veces en la forma, era siempre poeta. Si hubiera vivido el tiempo necesario para limar sus versos y estudiar los modelos de nuestra literatura, hubiera alcanzado un puesto entre los poetas líricos de España.

Introducción

DIEGO ESTEVANEZ Y MURPHY,

Encabezamos estas líneas con un nombre no tan repetido entre nosotros como lo merece quien lo llevó en vida. ¡Ah! Diego Estévez apenas vive en la memoria de sus compatriotas: pudiéramos decir que pertenece al número de los hombres que pasan por nuestro planeta sin dejar más señales que el recuerdo transitorio de una existencia vagamente conocida. ¡Criminal olvido!

Fué Estévez uno de esos mortales predestinados al sufrimiento; era el dolor a él como la sombra al cuerpo, le acompañó sin cesar en su paso por el mundo como una ley invencible de su destino, de la cual no pudo desligarse sin embargo del brío con que la juventud

combate contra la pena, que se arraiga en el corazón hasta marchitarse como el insecto que destruye con emponzoñado refo el cáliz de la fragante rosa.

«...
No hay pensamiento grande que no sea hijo de un gran dolor. Dolor sublime a los Homeros y Cervantes crea.»

Larming asegura que el dolor engendra las grandes concepciones del genio. Nosotros también lo creemos así: el dolor ha hecho tal vez que el poeta cuya vida bosquejamos en estas páginas merezca hoy nuestra admiración. Si Diego no hubiera sentido en su pecho el oleaje amargo de la angustia, ¿a qué preguntamos nosotros, deberíamos la ternura sentimental que derraman sus estrofas fundidas en el molde de la pena misma? Dice a Dolores:

¡Dolores!, qué triste nombre,
¿por qué Dolores te llamas?
¿acaso en el pecho llevas
aguda espina clavada?
Vierten tus rasgados ojos
en la noche solitaria

**puras y líquidas perlas,
porque perlas son tus lágrimas**

... ..
**¿Recuerdas un bien perdido?...
¿Tal vez en silencio amas?...
No lo sé; mas ¡ay! tu nombre
por doquiera me acompaña,
porque es tu nombre Dolores;
y yo los llevo en el alma.**

**¡Cuánta naturalidad, cuánto sentimiento!
¡Esto es poesía!**

Quando canta a su madre es su musa tan espontánea, y es tan diestro en la versificación que su estilo nos recuerda a nuestros clásicos. Oigámosle:

Brotad, consuelo de las penas mías,
lágrimas ¡ay! corred, que he recordado
de mi perdida madre las caricias
y dulce sonreír... y acongojado
¡llamando estoy por ella y no responde!

... ..
... ..
**¡Qué horrible soledad! ¡Cómo se agita
mi corazón su sangre destilando!
¡Cuán desmayado, sin ardor palpita
tus caricias de madre recordando!**

¡Cuántas veces con brazos cariñosos
me estrechabas feliz contra tu seno
a los míos uniendo tus sollozos!
¡Y cuántas, ¡av! ¡jugabas
con mis rubios cabellos
mientras llena de gozo me mirabas
ósculos mil depositando en ellos!

Aparte de algún ligerísimo lunar de forma,
es lo cierto que no puede darse ni más ternura,
ni más cadencia, sobre todo en el último
verso. Y nada más verdadero que estos que
siguen:

Aún percibo el rumor de tus pisadas,
presurosas, inciertas, recatadas...
Aún me parece que te estoy mirando
por la casa afanosa y diligente
los separados muebles ordenando...

Termina así esta sentida composición:

~~~~~  
~~~~~

¡Quién hallaré en el suelo
qué calme como tú mis sinsabores?
¡Nadie, nadie, imposible! ¡Empeño vanö,
que es el amor de madre sin segundo!

¡Nadie me tienda compasiva mano!
«¡Solo por siempre viviré en el mundo!»

¡Qué bonita manera de expresar que una madre es todo y nos deja al morir sumidos en la más honda soledad!

Mas no tan solo Estévanez es el poeta del dolor; fué náutico y sentía su alma la poesía de Neptuno. Cuan bien nos pinta una de esas escenas marítimas rompiendo el bajel la rumorosa espuma rizada por el viento que hincha la batiente lona en «La noche en el Trópico», cuando

Lamiendo los costados
las olas se deslizan
rompiéndose en espuma
con lánguido rumor;
los céfiros alados
la mar jugando rizan
el lino temblador.

Sale por Oriente la luna melancólica desvaneciéndose los crespones de la noche...

Y luego atravesando
por círculos de estrellas
les roba, al paso, altiva,

su dulce claridad,
y ocúltanse temblando
cual tímidas doncellas
y sólo impera en torno
la augusta soledad.
Y en tanto aquí, a mi lado,
con voz enronquecida
entona un marinero
marítima canción,
y empuña descuidado
con mano encallecida
la rueda rechinante
del rígido timón.

Qué preciosa onomatopeya:

La rueda rechinante
del rígido timón.

Puede decirse que Estévanez cultivaba todos los géneros con elegancia y soltura: tales eran sus disposiciones para el arte de Apolo. El madrigal, tan olvidado hoy, encontró en él un nuevo Gutierrez de Cetina: ingenio, sencillez, delicadeza y espontaneidad, cualidades esenciales de este género, descuellan en este hermoso poemita. Déjanos en el alma una impresión análoga a la que nos producen las rimas becquerianas. Tan bien escrito está.

Las aves tristemente revolaban;
hacia el suelo, llorosas .
las flores sus corolas inclinaban;
los árboles gemían...
Era que sin la luz del sol radiante
que espesos nubarrones encubrían,
la tierra sollozaba agonizante;
mas él, oculto tras oscuro velo,
no pudo ver su duelo.
Así al mirar tu faz encantadora
yo vi que de tus ojos me negabas
la lumbre bienhechora...
¡Pero no viste tú que me matabas !

Desde el lugar donde estas líneas escribimos divisamos un pequeño bosque a las faldas de un cerro; un antiguo convento eleva su pardo campanario sobre los álamos y brezos que le rodean como queriéndole guarecer de las borrascas del tiempo; arruinados muros cercan el monte desde el pie a la mitad de la montaña; allí las aves con sus cánticos vivos, el rumor de los arroyuelos que serpentean por las menudas yerbas que le alfombran, y el olor que despiden el incienso y el poleo, dan a aquel paraje un atractivo y un encanto singulares dejando el ánimo absorto en la contemplación de una naturaleza que arroba y

embriaga. ¡Rara coincidencia! En aquella mansión tan bella y melancólica se deslizaron los infantiles años de Estévanez, allí quizá recibió su pecho las primeras impresiones de la poesía y por eso a la vuelta de uno de sus viajes escribió el romance «San Diego del Monte», tal es el nombre del pintoresco sitio que describimos.

Con qué sentimiento dice el poeta:

Voy a tornar con el alma
allá a mis años primeros,
voy a visitar los sitios
donde fugaces corrieron,
para aspirar el perfume
de mis lejanos recuerdos.
Voy a ver las frescas sombras
de los bosques de San Diego
y sus seculares pinos
y sus castaños eternos.
¡Ah, qué placer! Ya divisó
tendido a faldas de un cerro
su recinto delicioso
de verde tapiz cubierto.
¡Adelante!... Ya percibó
recortándose en el cielo
los contornos desiguales
de su campanario negro...

Ya voy a tocar sus lindes...
Un paso no más... ya llego.

... ..

... ..

Esos álamos que altivos
sus copas alzan al cielo,
esos muros arruinados
y esos floridos senderos,
en otros tiempos felices
los mudos testigos fueron
de mis inocentes goces,
de mis infantiles juegos.

... ..

... ..

Aquí el lauro a cuya sombra
descanso dando a mi cuerpo,
me asaltara el sueño un día
lejos del hogar paterno;
en él mi ausencia notando
mi madre con loco anhelo
salió a buscarme afligida
por los bosques y los cerros,
y penetró en los pajares,
y bajó al despeñadero,
y registró la espesura
de los arbustos revueltos,
hasta que me halló, tranquilo
bajo este laurel durmiendo...

Cada objeto trae a su mēmoría un detallē de su estancia en aquel retiro despertando en él dulcísimas imágenes. Con esta delicada y cadenciosa apóstrofe concluye su romance:

Testigos mudos de mi alegre infancia;
Recuerdos dulces de mi edad primera...
¡Templad vosotros mis acerbos malēs!
¡Calmad mis penas!

La poesía de Estévanez es la poesía de Job, no conocemos en la literatura canaria ecos tan conmovedores y tan sencillamente expresados; confesamos que las lágrimas han acudido más de una vez a nuestros ojos al clavarse en los negros caracteres que metrifican los ayes plañideros que brotan de su laúd. No en vano ha dicho Horacio: «Si quieres que yo llore, llora tú primero». Hay además en el lirismo de Estévanez un distintivo que le hace interesante y simpático; consiste en que en sus cantos aparece entera su personalidad, y nada mueve tanto al sentimiento como cuando lo propio de su expresión es para nosotros consecuencia de su realidad.

«Insomnio y Fiebre», indica en la lectura de los cuatro primeros versos la enfermedad que le condujo al sepulcro; el vate sobrevivió

cuatro meses a estas desgarradoras notas de
su doliente lira:

¡Qué noche tan larga!
¡Qué lento suplicio!
¡Me abrasa la fiebre
y tiemblo de frío!

... ..

Rumor misterioso
cercano percibo;
rumor que en las noches
serenas de estío
también he escuchado
con suave deliquio;
que es tenue, muy tenue,
muy vago y tristísimo;
rumor que oye el alma
mejor que el oído;
que no se comprende,
que muere indeciso...
Murió; —ya no escuchó
ni el hálito mío,
¡que el aire me falta
y apenas respiro!

... ..

Si una muerte hartó prematura no nos hu-
biese arrebatado esta legítima esperanza de
las musas del Teide, quien sabe hasta dónde

le hubiésemos admirado. ¡Pobre Diego! No sabemos por qué misterioso sentimiento al invocar su nombre late más acelerado nuestro corazón. ¿Será que la pena del que gime se trasmite al alma del que escucha como ciertos fluidos se transmiten de un cuerpo a otro por el contacto? Acaso. ¿Quién puede permanecer inmutable oyendo la quejumbrosa voz del que llora? El llanto provoca el llanto como el gozo, la alegría; pero si las lágrimas son derramadas por la juventud... ¡ah!, entonces se duplica la emoción, porque cuando la juventud llora es que el dolor no puede contenerse en los diques que le encierran, semejante al río que se desborda al empuje de la lluvia torrencial. Hay una diferencia: que éste va dejando al paso infructíferas arenas, y aquellas lágrimas fecundizan el alma misma que las derrama.

Dudamos, al dar cima a nuestra tarea encaminada a recordar las relevantes dotes poéticas que descollaban en el cantor nivario cuya memoria debería perpetuarse en todos los corazones; dudamos, sí, de haber llenado nuestro objetivo digno de pluma más diestra y avezada; por ello, al concluir estas líneas que reasumen nuestro juicio humilde pero imparcial, cábenos una satisfacción que viene

a dulcificar de cierta manera la desconfianza que sentimos: haber rendido el homenaje de nuestra admiración al predilecto hijo de las musas canarias. Si esto es poco ¿qué hacer? Que nos dispensen los lectores y que nos perdone el muerto.

José Tabares Bartlett

Romance marítimo

I

LA PARTIDA

Rumor a bordo se escucha
de escotines y cadenas,
y el cabestrante que gira,
y voces de «leva», «leva»,
porque dejamos las costas
de nuestra patria risueña,
la de los campos floridos,
la de las noches serenas.

... ..
Ya está el ancla suspendida,
cazadas están las velas,
y no al bergantín las olas
a su paso balancean,

que altivo las va cortando
dejando espumas por huellas;
mas con el ruido del agua
que en los costados se estrella,
sollozos entrecortados,
suspiros hondos se mezclan,
¿Y cómo no? Si una torre
que majestuosa se eleva,
si una tapia, y unas ruinas,
y una torcida vereda,
y una ermita y una choza,
y una mata, y una piedra,
en el que creció a su lado
recuerdos gratos despiertan,
¿cómo el alma no han de herirle
cuando la mira y se alejan?
¿Y qué pecho no se ablanda
por inflexible que sea,
al pensar que los que adora
sus rostros en llanto anegan
mirando partir la nave
que sus amores se lleva?
Allí el tierno pajecillo
la tosca reliquia besa
que a su cuello cariñosa
su hermanita le ciñera;
allá marinero rudo
los sueltos cabos enreda,

y en vez de hablar de una escota
con un briol forcejea;
aquí el anciano marino
que las borrascas desprecia,
con el humo de su pipa
su curtido rostro vela
para que nadie conozca
que la emoción se lo altera;
y yo también entre tanto
disimulando mi pena
busco y miro una ventana
donde desplegado ondea
blanco pañuelo que agita
una niña pura y bella
que al agitarlo me envía
su despedida postrera...
Mas el bergantín se lanza
cual disparada saeta
sobre montes ondulantes
que forman la brisa fresca,
y opacos ya se confunden
y la bruma encubre densa
sobre el lejano horizonte
el cielo, el mar y la tierra.
¡Adiós, pues, mis bellos campos!
¡adiós, de mi amor las prendas!
¡adiós, montañas azules!
¡adiós, queridas riberas!

II

EL REGRESO

Rompe bergantín las ondas,
rompe las ondas saladas
a impulso del blando aliento
de las juguetonas auras,
que favorables te impeleñ
hacia nuestras bellas playas;
no perezoso te mezcas,
que aquí no reina la calma;
no vanidoso te mires
en el cristal de las aguas,
que bien en noches tranquilas
tu imagen viste grabada
entre reflejos de luna

en mares de tersa plata,
allá en la tórrida zona
do airoso te columpiabas
sin que ni un soplo de viento
tus blancas velas inflara.
Hoy que allá en el horizonte
sobre el cielo se destacan
las cúspides altaneras
de los montes de mi patria,
rompe bergantín las ondas,
rompe las ondas saladas.

... ..
Reina a bordo la alegría,
y en estruendosa algazara
la muestran los marineros
que a un tiempo ríen y cantan.
Es que a todos regocija
y los ánimos exalta.
ver que poco a poco brotan
de la población las casas;
porque hay allí caros seres
que impacientes los aguardan.
Quien con bruscos movimientos
sobre la cubierta salta:
quien satisfecho rasguña
tres cuerdas de una guitarra;
quien penetra en la cocina
y tras reyerta obstinada

con el viejo cocinero
que defiende sus comarcas,
sale cargado de pinzas,
de sartenes y cucharas;
y quien viste al manso perro
con camisilla de lana,
pantalones de bayeta
y una montera encarnada...

Recostado en el castillo,
vertiendo sus ojos lágrimas
que candente surco abriendo
por sus mejillas resbalan,
un marinero suspira
y en tierra la vista clava.
¡Ay! ¡Infeliz! que en la ausencia
recibió la nueva infausta
de la muerte de una esposa
que con delirio adoraba,
y mira con turbios ojos
las casitas de la playa
donde la suya percibe
triste, sola, abandonada...
Y otro en tanto más dichoso,
y a quien la impaciencia abrasa
de estrechar al hijo tierno
que naciera en su barraca
mientras él con pecho firme

las tormentas arrostraba,
ya presuroso camina,
ya pensativo se para,
ya luego con ansia loca
trepa la torcida jarcia
y desde allí, en la ribera
fija curiosa mirada.

Mas, ¡ay de mi! ¿Dó se encuentra
la que el pañuelo ondeaba
cuando partí de estas costas
lleno el pecho de esperanzas?
¿Por qué su contorno esbelto
no recorta su ventana?
¿Por qué, corazón, palpitando,
mientras por mi mente vagan
dudas mil, desgarradoras,
y mil sospechas amargas?
¡Pobre marino! ¡que el viento
muestra con él su inconstancia,
y encuentra inconstancias nuevas
cuando en tierra firme salta!
Y un gemido doloroso
que de mi pecho se escapa
confuso muere entre el ruido
de la cadena del ancla
que las aguas atraviesa
y allá en el fondo se clava.

A Dolores

A DOLORES

¡Dolores! ¡Qué triste nombre!
¿Por qué Dolores te llaman?
¿Acaso en el pecho llevas
aguda espina clavada?
¿Vierten tus rasgados ojos
en la noche solitaria
puras y líquidas perlas,
porque perlas son tus lágrimas?
¿Suspiras cuando percibes
alguna trova lejana
que llega hasta tí confusa
del suave viento en las alas?
¿Palpita ansioso tu pecho
cuando miras arrobada
algún rayo de la luna
que se quiebra en tu ventana?
¿Recuerdas un bien perdido?...
¿Tal ves en silencio amas?...
No lo sé; mas ¡ay! tu nombre
por doquiera me acompaña,
porque es tu nombre Dolores,
y yo los llevo en el alma.

En la mar

Aléjate de mí, céfiro suave,
deja que ruja el austro con furor;
inunden, mar, tus olas nuestra nave,
quiero escuchar tu acento bramador.

... ..

Ya lejos oigo rimbombar el trueno;
del mar la espuma refrescó mi sien,
y de salvaje gozo el pecho lleno
del buque noto el desigual vaivén.

¡ Ya cubre el cielo impenetrable manto
de espesas nubes de color sombrío!...
Quiero, quiero cantar, porque mi canto
lleve en sus alas huracán bravío.

¡ Así te quierō, mar; así me encantas!
¡ Cuánto me gusta tu estertórea voz
y ver las ondas que feroz levantas
hasta ese cielo en que se oculta Dios!

Gocen allá los de almas apocadas
de una fuente el murmullo al escuchar,
mientras aspiran brisas perfumadas
por las flores que besan al pasar.

Gocen mirando de la luna un rayo
reflejándose en ojos de mujer,
que ansioso y palpitante en su desmayo
probar les hace de un fugaz placer.

Mas yo quiero los hórridos silbidos
que incontrastable lanza el aquilón,
o de una mar en borrasca los bramidos
para llenar con algo el corazón.

No quiero ver miradas ardorosas
de ojos velados por ligero tul,
flores lozanas, danzas voluptuosas,
luna cruzando por un cielo azul.

Quiero escuchar los lúgubres quejidos
de una verga que el viento va a romper,
y luego verla en trozos desunidos
al negro abismo rauda descender.

¡ Esa mi imagen es, pues la pujaña
del viento adverso de la suerte mía,
también rompió mi corazón que lanza
tristes lamentos, ayes de agonía!

Y no quiero del bosque el manso ruido
ni de mujer amante el suspirar;
yo quiero oír del trueno el estampido
viendo centellas ante mí cruzar.

Quiero que airado el huracán potente
pechos cobardes llene de pavor,
quiero que alumbre con su luz mi frente
rasgando el aire, rayo destructor.

Y así no puedan ecos del pasado
recordarme los goces que probé
sobre esa tierra vil que me ha robado
caros objetos, esperanza y fe.

¡ Dame tus iras, mar; dame tu acento;
dame también tu fuerza colosal,
y en los brazos alígeros del viento
las regiones cruzando del mortal.

Este encono feroz que el alma encierra
saciarse logre con su horrendo fin,
que en sangre y llanto bañaré la tierra
destruyendo la raza de Caín.

Mas, nō: ¿qué importa viertan a raudales
sangre sus venas o sus almas hiel,
si por siempre serán negros mis males,
mi destino fatal, mi suerte cruel?

¡Si al pensar en mi madre idolatrada
ese angel de consuelo que perdí,
conozco que esta vida desdichada
ya no tiene placeres para mí!

¡Lleva, lleva en tus alas con mi duelo
mis odios y reñcores, huracán;
levanta, ¡oh, mar! tus ondas hasta el
(cielo
con la cólera inmensa de Satán!

Y con tus aguas báñame la frente
y a mis plantas revuélvete tenaz,
y oiga extasiado tu clamor rugiente...
¡pues más me gustas cuando ruges más!

¡Quiero sólo admirarte, quiero verte
porque te adoro, mar, con ciego ardor!
¡Quiero encontrar cruzándote la muerte,
quiero morir en brazos de mi amor!

Un recuerdo

A mi querida madre

¿Quién no lleva escondido
un rayo de dolor dentro del pecho?
¿Por cuál dichoso rostro no han corrido
lágrimas de amargura y de despecho?
¿Quién no lleva en el alma,
¡ah! por muy joven y feliz que sea,
un penoso recuerdo, alguna idea
que nublando su luz turbe su calma?
 . ESPRONCEDA

Brotad, consuelo de las penas mías,
Lágrimas, ¡ay! carred, que he recordado
De mi perdida madre las caricias
Y dulce sonreír... y acongojado
¡Llamando estoy por ella, y no responde!
... ..

¡ Madre, madre adorada,
tan virtuosa, tan cándida y sēncilla!
¿ Por qué este amargo llanto
Que copioso derrámo sin consuelo
No recoge tu boca en mí mejilla?
¿ Por qué elevaste el vuelo
A esa región feliz en donde moras
Sin esperarme, dí?... Desatentado
La tierra vil hubiera abandonado,
Y te hubiera seguido
Tras tus huellas corriendo enardecido!
Y entoncēs, madre mía,
Ni este horrible dolor, ni este insaciablē
Continuo, roedor, voraz deseo
Que des que no te veo
A limento, tenaz, de contemplarte,
Mi dolorido corazón hirieran,
Ni el alma en negra soledad sumieran!
Mas ¡qué digo, infeliz! ¡ Yo no podría
Dicha tanta lograr; loco es mi anhelo!
¿ Cómo atreverse a compartir tu cielo,
Llena de podredumbre, el alma mía?
¡ Qué horrible soledad! ¡ Cómo se agitā
Mi corazón su sangre destilando!
¿ Cuán desmavado, sin ardor palpita
Tus caricias de madre recordando
Cuántas veces con brazos cariñosos
Me estrechabas feliz contra tu seno,

A los míos uniendo tus sollozos!...
¡Y cuántas, ¡ay! jugabas
Con mis rubios cabellos,
Mientras llena de gozo me mirabas
Osculos mil depositando en ellos!
¡Aun percibo el rumor de tus pisadas,
Presurosas, inciertas, recatadas...
Y aún me parece que te estoy mirando,
Por la casa afanosa y diligente
Los separados muebles ordenando!...
Pero luego te miro
Pálido el rostro, lágrimas vertiendo,
Ronca la voz, la boca ensangrentada,
Con la razón perdida... ya corriendo,
Ya sin fuerzas, rendida y desmayada!...
¡Ya también anhelante, a todos lados
Revolviendo los ojos espantados!!!
¡Oh! ¡qué horrible dolor, madre querida!
Muerte feroz, ¿por qué me la arrancaste?
¿O por qué no cortaste
El hilo al propio tiempo de mi vida?
¡Que yo, mi madre, compartía contigo,
Mis placeres, mis penas, mis temores...!
Y hoy que llevo conmigo
Desengaños sin fin, fieros dolores,
Horribles dudas, negro desconsuelo,
¿Quién hallaré en el suelo
Que calme, como tú, mis sinsabores?

¡Nadie, nadie, imposible! ¡Empeño vano,
Que es el amor de madre sin segundo!
¡Nadie me tiende compasiva mano!
¡Solo por siempre viviré en el mundo!

Insomnio y fiebre

¡Qué noche tan larga!
¡Qué lento suplicio!
¡Me abrasa la fiebre
y tiemblo de frío!
¡El sueño a mis ojos
no acude benigno,
y extrañas ideas
conturban mi espíritu!...
Venid a mi mente
recuerdos queridos
del tiempo pasado,
tan dulce y tranquilo;
venid, presentadme
los cuadros sencillos

de infancia inocente;
sus goces cumplidos;
mis verdes praderas,
mis juegos de niño;
la fuente sonora,
cercada de pinos,
que brota de un suelo
cubierto de lirios;
mis álamos blancos
mi almendro florido;
la cruz arruinada
de tosco ladrillo
que al paso el viandante
besaba contrito;

de invierno las noches
en que *hórridos silbos*
de viento impetuoso
tronchando los pinos;
de truenos cercanos
el ronco estallido,
la lluvia azotando
los débiles vidrios,
y el turbio torrente
llevando consigo
ramajes y troncos
del bosque vecino,
mis ojos cerraban
con sueño fatidico;
y entonces miraba
confuso, aturdido,
mi lecho cercado
de pálidos cirios,
y un monje severo
con duro cilicio
que lento cruzaba
mirándome altivo;
y luego en el techo
de pronto encendido,
brotaban lucientes
y agudos cuchillos,
monstruosas cabezas
con ojos torcidos,

y allá en la penumbra
pendiendo del friso,
ropones talaes
en sangre teñidos..
Mas luego que Aurora
vertiendo rocío
mostraba halagüenia
su rostro divino,
¡Qué alegre escuchaba
de los pajarillos
las tiernas canciones
y lánguidos trinos!
¡Recuerdos que adoro
con ciego delirio!
¡Ay, dulces prestadle
benéfico alivio
a un alma que llora
sus goces marchitos,
su muerta esperanza,
su amor! ¡Oh, Dios mío!
¡Cuán negros pesares
mi pecho han herido!
Hoy, débil, cansado,
sin fuerza camino,
pues ya no me alientan
ni fe, ni cariño,
ni sueños de gloria,
ni el serdo bramido

del mar que adoraba...
¡Todo lo he perdido!
Rumor misterioso
cercano percibo;
rumor que en las noches
serenas de estío
también he escuchado
con suave deliquio;
que es tenue, muy tenue,
muy vago y tristísimo;
rumor que oye el alma
mejor que el oído;
que no se comprende,
que muere indeciso...
Murió; ya no escucho
ni el hálito mío,
¡que el aire me falta
y apenas respiro!
... ..
Ayer ví un cadáver
flotando en el río,
sangrientos los ojos,
el gesto fruncido.
Recuerdo que al verle
bañó sudor frío
mi pálido rostro;
con fuertes latidos
temblara mi pecho

y... ¡extraño delirio!,
pensaba yo entonces
que hallábame unido
al yerto cadáver
con lazos muy íntimos;
que efluvios de mi alma
bajaban al río
volando a prestarle
su aliento perdido...
¡Misterio es el hombre!
¡Su mente un abismo!
... ..
No ha mucho, yo hallaba
placeres cumplidos
en grandes ciudades
de inmenso gentío.
Hoy ¡cuánto he cambiado!
Me cañsa el bullicio,
Dichosa mi suerte
si hallara un retiro
do aliento cobrara
mi pecho oprimido;
do sombra me dieran
laureles y tilos,
y secas sus hojas
un lecho mullido;
do nunca reinaran
ni cierzos y fríos

ni lluvias y nieves
ni viento y granizo;
do un aura suave
trajera a mi oído
los tristes cantares
de algún campesino,
y el aura le diera
con tierno cariño
su casto perfume,
silvestre tomillo!
... ..
¡Qué noche tan larga!
¡Qué lento suplicio!
... ..
Mas ¡ah!, que ya lucen

de albor matutino
los tibios reflejos,
y el pardo edificio
que al frente se eleva,
solemne y altivo
sus altos remates
ostenta teñidos
de rosa y de grana...
Ya empieza el bullicio...
Ya débil mi cuerpo
se postra rendido...
Se cierran mis ojos...
¡Oh, sueño bendito!
¡Restaura mis fuerzas
y alienta mi espíritu!

San Diego del Monte

Voy a tornar con el alma
allá a mis años primeros;
voy a visitar los sitios
donde fugaces corrieron
para aspirar el perfume
de mis lejanos recuerdos.
Voy a ver las frescas sombras
de los bosques de San Diego,
y sus seculares pinos,
y sus castaños eternos.
¡Ah, qué placer! Ya diviso
tendido a faldas de un cerro,
su recinto delicioso
de verde tapiz cubierto.

¡Adelanté...! Ya percibo
recortándose en el cielo,
los contornos desiguales
de su campanario negro....
Ya voy a tocar sus lindes...
Un paso no más...; ya llego.
En torno nada se escucha.
Desconsolador silencio
reina donde en otros días
alegres cantos se oyeron.
Esos álamos que altivos
sus copas alzan al cielo,
esos muros arruinados
y esos floridos senderos,
en otros tiempos felices
los mudos testigos fueron
de mis inocentes goces,
de mis infantiles juegos.
Aquí la glorieta umbría
do los pájaros parleros
celebraban sus amores
dando al aire trinos tiernos;
yo presuroso subía
por las ramas a cogerlos;
mas al ruido de las hojas
volaban hacia el otero.
Allí el estanque al que entonces
con pasos torpes y lentos

mè acercaba palpitante,
y al que me asomaba trémulo,
retirándome erizado
su oscuro fondo temiendo.
Aquí el lauro a cuya sombra
descanso dando a mi cuerpo,
me asaltará el sueño un día
lejos del hogar paterno;
en él mi ausencia notando,
mi madre, con loco anhelo
salió a buscarme, afligida,
por los bosques y los cerros;
y penetró en los pajares,
y bajó al despeñadero,
y registró la espesura
de los arbustos revueltos,
hasta que me halló, tranquilo
bajo este laurel durmiendo;
y ardientes me despertaron
sobre mi rostro cayendo,
lágrimas que derramaba...
¡lágrimas benditas fueron!
¡Ojalá los labios míos
sus mejillas recorriendo,
pudieran hoy recibirlas
entre cariñosos besos!
Allí el tronco de castaño
que en cruda noche de invierno

con ímpetu desgajara
desencadenado el viento...
Y por doquiera que miro,
por donde mis pasos vuelvo,
me asaltan recuerdos tristes
al par que dulces recuerdos.
¡Cómo entonces palpitaba
de felicidad mi pecho!
¡Cómo en el alma tranquila
se albergaban halagüenos
mil insensatos delirios,
y esperanzas y deseos!
Mas los años han pasado,
pasando también con ellos
mis placeres y alegrías,
mis esperanzas y sueños;
y hoy que gimo al rudo embate
de mis pesares intensos
y que el porvenir cual triste
vasto y árido desierto,
se presenta ante mis ojos
de nubes pardas cubierto,
al verme otra vez cruzando
por estos sitios amenos
donde a mis primeros años
goces puros presidieron,
mi cabeza encandecida
se dobla sobre mi pecho

y de mis ojos se escapan
raudales de llanto acerbo.
Y recorro mi pasado,
y enloquece mi cerebro
al ver rápidas pasando
como evocados espectros
por ante la mente mía,
las sombras de los que fuéron.
Y escucho el chocar de vasos,
y oigo estallidos de besos,
y el bramido de las olas,
y el cantar del marinero,
y el rumor acompasado
de los cortadores remos,
y de un alma enamorada
lánguidos suspiros tiernos...
Y miro noches oscuras
en que tenebroso cielo
del relámpago a la lumbre
se ilumina por intervalos,
de populosas ciudades
los suntuosos monumentos,
lejanos montes azules,
y de luna los reflejos
en la blanquísima espuma
que se extiende hasta lo lejos,
al romper cortante quilla
las aguas de un mar sereno...

Y en esta azarosa vida,
¿qué he recogido por premio
de mis ambiciones locas
y de mi afanar eterno?
¡Desventuras infinitas
que me han robado el sosiego,
convirtiendo el alma en tumba
y el corazón en infierno!

Mas yo no sé qué delicia,
qué bálsamo de consuelo,
vierten en mí los rumores
que rasgan este silencio;
percíbelos el oído
y acógelos placentero
fingiéndose son los mismōs
que en otro tiempo le hirieron...
y yo ansioso me traslado
en alas de mi deseo
hasta aquellas dulces horas;
y de tal modo me adhiero
a las memorias queridas
de aquellos dichosos tiempos,
que despiertan en el alma
los dormidos sentimientos
que entonces solo, alentaron
en sus recónditos senos,
el susurro de las hojas,

de algún ave el aleteo,
las esquilas del rebaño,
¡y hasta el ladrido del perro...!

... ..

Velo de sombras el espacio cubre:
lucen perdidas pálidas estrellas;
vierte la luna resplandores suaves:
la noche reina.

Ya que no hay nadie que con voz amiga
Responda cariñoso a mis querellas,
Ni hay una boca que a mis yertos labios
Su ardor le ceda;
Ni cuando ansioso el corazón me late
Hallo tampoco quien su afán comprenda,
Pues sólo lanza destemplados sonos,
Rotas sus cuerdas.
¡Noche tranquila! ¡Viento vagaroso
Que en suave soplo mis mejillas besas;
Luna que doras del oscuro estanque
Las aguas muertas!
¡Testigos mudos de mi alegre infancia!
¡Recuerdos dulces de la edad primera...!
¡Templad vosotros mis acerbos males,
Calmad mis penas!

BIBLIOTECA CANARIA

POEMAS DEL MAR

POB

TOMAS MORALES



LIBRERIA HESPERIDES.—(CANARIAS)
Santa Cruz de Tenerife

Tomás Morales y Victorio Macho ::

Era en Madrid, en 1908... La escritora «Columbine», que dirigía por entonces una publicación mensual, «Revista Crítica», juvenil y empenachada, reunía en su casa de la calle de San Bernardo, todos los domingos por la tarde, a sus muchos amigos y admiradores. Con los ya significados alternaban los bisoños, los que, orgullosos de nuestros veinticinco años, llamábamos talento a la osadía y disputábamos genialidad a la impaciencia. Ahora, en

este sol de la madurez que va dorando lo preterito, ¡cómo se confunden ya los minaretes con las cruces!

Al través de la suave niebla, todavía luminosa, del recuerdo, vemos la figura de Salvador Rueda, el renovador injustamente preterido; las bárbas apostólicas de Ruiz Contreras, amigo de lo nuevo y lo fragante. Y, en torno de ellos y de algún otro cuyo nombre escapa a la memoria, el grupo entusiasta, nervioso, prometedor, que redactaba la «Revista Crítica».

Una de aquellas tardes, los que estábamos junto al balcón comentando las veladas artísticas de Federico Oliver, en la Princesa, donde Materlinck e Ibsen hicieron reír zafiamente a los caballeros del abono, volvimos la cabeza atraídos por un siseo prolongado. En el centro de la habitación, repleta de gente, surgía un mozo robusto, cetrino, de atrevida frente y labios gruesos.

Una vez restablecido el silencio, avanzó ligeramente y extendió el brazo derecho, en la amenazadora actitud del que va a recitar. La escena, repetidísima en tantos aposentos como aquel, fluctuaba entre lo cursi y lo magnífico. ¿Qué iba a suceder allí?

La voz, una voz abaritonada, valiente, vi-

ril y esbelta, que fué exaltándose magníficamente, comenzó:

Puerto de Gran Canaria sobre el sonoro Atlántico,
con sus faroles rojos en la noche calina,
y el disco de la luna bajo el azul romántico
rielando en la movible serenidad marina...

Aquella voz, poderosa y convencida, apoyábase en los esdrújulos como una heráldica garra de león sobre un mundo. Todos los circunstancias presentimos, simultáneamente, a un poeta, a un fuerte y delicado poeta. «Colombine», entre los rostros atónitos, sonreía asistiendo al arrobo de la revelación. El mozo acabó su soneto, y una salva de aplausos estalló en torno a su frente, que, con un movimiento impulsivo de arrogancia, alborotó la crespa corona de los cabellos. Y nuevamente la voz apasionada prosiguió:

Marinos de los «fiords» de enigmático porte
que llevan, en lo pálido de sus semblantes
(bravos,

toda el alma serena de las nieves del Norte,
y el frío de los quietos mares escandinavos...
Antes de que concluyera, antes de que el

trueno de las palmadas ahogase el terceto final, ya el nombre de aquel desconocido circulaba entre todos nosotros. llamábase Tomás Morales; había nacido en una de las Islas 'Afortunadas, y acababa de editar un libro primero, del que nos estaba dando a conocer la tercera parte. El libro se titulaba «Poemas de la gloria, del amor y del mar».

Tomás Morales fué fulminantemente amigo nuestro, amigo de todo el Madrid literario. Poco después abandonó la villa y corte; de cuando en cuando teníamos noticias suyas. Más tarde perdimos su rastro. Un día supimos que estaba en Canarias, su tierra; que escribía poco porque estaba enfermo... Otro día alguien nos dijo que su robustez física claudicaba... Pasamos a bordo de un barco por delante de las costas donde languidecía. El mal viento que empujaba nuestra vida, rumbo a tierra firme, no nos consintió abrazar al lírico dilecto. Y tiempo después, por encima del ancho mar que nos separaba, vino hasta nosotros la noticia de que su cantor, tras penosa agonía, acababa, precozmente, de morir.

Sobre la gusanera de sus despojos quedó encendida su gloria en los volúmenes fervorosamente editados con el título de «Las ro-

sas de Hércules». Canarias ha sabido rendir a su poeta el homenaje que se merece, y ahí está, colmando con su hermosa desolación la sala central de la Primera Exposición de Artistas Ibéricos, el sepulcro que a Macho, íntimo suyo, se le encargó.

Pocas veces ha resuelto el arte plástico tan doloridamente como en esta obra el patetismo de una pérdida humana y excepcional. Nada de alegorías confiteriles, de prolijidades anecdóticas, de sensiblerías pirotécnicas. Sobriedad resuelta en planos palpitantes; elocuencia sin hojarasca ni contorsiones; serenidad, unción, nobleza viril dosificada con anhelante acendrismo...

Sobre la losa que cubre el sueño de un elegido, la imagen de la Poesía, viuda sin consuelo, hierática y digna, desciende hacia él con el abatimiento de la frente, con la silenciosa aflicción de su planta, con el velo de la dolorida que derrama sobre la tumba las verticalidades luctuosas de su majestad. Este magno poema en granito, ¡cuán austeramente elude la curva pagana: la curva sensual, fácil y voluptuosa, sierva de todas las vanas epifanías y de todas las furias fugaces!

Victorio Macho ha dado a su obra la ex-

presión escueta y decisiva de la lágrima que cae y rueda sobre un regazo. Cuando se trata de hacer llorar a la piedra—y, estos bloques se estremecen como sollozos—, la única geometría posible es ésta, la de las líneas rectas y los ángulos henchidos de claroscuro... Y he aquí como un gran artista, ha acertado a eternizar el adiós, siempre vivo, al gran hermano muerto, a Tomás Morales.

E. Ramírez Angel

Los puertos, los mares y los hombres de mar

El mar es como un viejo camarada de infancia
a quien estoy unido con un salvaje amor;
yo respiré, de niño, su salobre fragancia
y aún llevo en mis oídos su bárbaro fragor.

Yo amo a mi puerto, en donde cien raros pabellones
desdoblan en el aire sus insignias navieras,
y se juntan las parlas de todas las naciones
con la policromía de todas las banderas.

El puerto adonde arriban cual monstruos jadeantes,
desde los más lejanos confines de la tierra,
las pacíficas moles de los buques mercantes
y las férreas corazas de los navíos de guerra.

Y amo estos barcos sucios de grasientos paveses,
de tiznadas cubiertas y herrumbrosos metales,
a cuyo bordo vienen marinos genoveses
de morenos semblantes y ojos meridionales.

Y a esos pobres pataches, tristes, desmantelados,
de podridas maderas y agrietado pañol;
más viejos que estos lobos que en un huacal sentados,
al soco de los fardos, están tomando el sol.

Y en tanto humean sus pipas, contemplan las viajeras
naves, que hunden sus tórson de hierro en la bahía,
y relatan antiguas andanzas marineras
en las que, acaso, fueron los héroes un día:

Gavieros atrevidos y patrones expertos
que en la noche sondaron los más distantes lares,
que se han tambaleado sobre todos los puertos
y han escuchado el viento sobre todos los mares..»

Y oyeron de las olas los rudos alborotos
golpear la cubierta con rëcia algarabía,
entre los crujimientos de los mástiles rotos
y las imprecaciones de la marinería.

Y luego, cuando el barco navegaba seguro,
y era la noche negra como un ceñudo arcano,

miraron, en el fondo del horizonte oscuro,
aparecer la luna como un fanal lejano...

¡Oh, gigante epopeya! ¡Gloriosos navegantes
que a la sombra vencisteis y a la borrasca fiera,
gentes de recios músculos, corazones gigantes;
yo quisiera que mi alma como las vuestras fuera!

Y quisiera ir a bordo de esos grandes navíos,
de costados enormes y estupendo avanzar,
que dejan en las nubes sus penachos sombríos
y una estela solemne sobre el azul del mar.

Y el timonel sería de esa griega corbeta
que hincha sus velas grises en el ambiente azul;
o el capitán noruego del bergantín-goleta
que zarpó esta mañana con rumbo a Liverpool...

¡Hombres de mar, yo os amo! Y, con el alma entera,
del muelle os gritaría al veros embarcar:
¡Dejadme ir con vosotros de grumete siquiera,
yo, cual vosotros, quiero ser un Lobo de Mar!

!

Puerto de Gran Canaria sobre el sonoro Atlántico,
con sus faroles rojos en la noche calina,
y el disco de la luna bajo el azul romántico
rielando en la movible serenidad marina...

Silencio de los muelles en la paz bochornosa,
lento compás de remos, en el confín perdido,
y el leve chapoteo del agua verdinosa
lamiendo los sillares del malecón dormido...

Fingen, en la penumbra, fosfóricos trenzados
las mortecinas luces de los barcos anclados,
brillando entre las ondas muertas de la bahía;

y de pronto, rasgando la calma, sosegado,
un cantar marinero, monótono y cansado,
vierte en la noche el dejo de su melancolía...

II

La taberna del muelle tiene mis atracciones
en esta silenciosa hora crepuscular:
yo amo los juramentos de las conversaciones
y el humo de las pipas de estos hombres de mar,

Es tarde de domingo: esta sencilla gente
la fiesta del descanso tradicional celebra;
son viejos marineros que apuran lentamente,
pensativos y graves, sus copas de ginebra.

Uno muy viejo cuenta su historia: de grumete

hizo su primer viaje el año treinta y siete,
en un bribarca blanco, fletado en Singapoore...

y, contemplando el humo, relata conmovido
un cuento de piratas, de fiyo acaecido
en las lejanas costas de América del Sur...

III

Y volvieron, al cabo, las febricentes horas;
el sol vertió su lumbre sobre la pleamar,
y resonó el aullido de las locomotoras
y el adiós de los buques, dispuestos a zarpar.

Jadean chirriantes, en el traajín creciente,
las poderosas grúas; y a remolque, tardias,
las disformes barcazas, andan pesadamente
con los hinchados vientres llenos de mercancías.

Nos saluda, a lo lejos, el blancor de una vela,
las hélices revuelven su luminosa estela;
y entre el sol de la tarde y el humo del carbón,

la blanca arboladura de un bergantín latino,
se aleja, lentamente, por el confín marino
como un jirón de bruma, sobre el azul plafón...

IV

Esta noche la lluvia, pertinaz ha caído,
desgranando en el muelle su crepitar eterno,
y el encharcado puerto se sumergió aterido
en la intensa negrura de las noches de invierno,

En la playa, confusa, resonga la marea,
las olas acrecientan en el turbión su brío,
y hasta el medroso faro que lejos parpadea,
se acurruca en la niebla tiritando de frío...

Noche en que nos asaltan pavorosos presagios
y tememos por todos los posibles naufragios,
al brillar un relámpago tras la extensión sombría;

y en que, al través del viento, clamoroso resuena,
ahogada por la bruma, la voz de una sirena
como un desesperado lamento de agonía...

V

Llegaron invadiendo las horas vespertinas,
el humo, denso y negro, manchó el azul del mar;
y el agrio resoplido de sus roncas bocinas
resonó en el silencio de la puesta solar.

**Hombres de ojos de ópalo y de fuerzas titánicas
que arriban de países donde no luce el sol;
acaso de las nieblas de las islas británicas
o de las cenicientas radas de Nueva York...**

**Esta tarde, borrachos, con caminar incierto,
en desmañados grupos se dirigen al puerto,
entonando el «God save», con ritmo desigual...**

**Y en un «¡Hurra!» prorrumpen con voz estentorosa
al ver, sobre los mástiles, ondear victoriosa
la púrpura violenta del Pabellón «Royal»...**

VI

**Marinos de los fiordos, de enigmático porte,
que llevan en lo pálido de sus semblantes bravos
toda el alma serena de las nieves del Norte
y el frío de los quietos mares escandinavos.**

**En un invierno, acaso, por los hielos cautivos,
en el vasto silencio de las noches glaciales,
sus apagados ojos miraron, pensativos,
surgir las luminosas auroras boreales...**

**Yo vi vuestros navíos arribar en la bruma;
el mascarón de proa brotaba de la espuma
con la solemne pompa de una diosa del mar;**

y los atarazados velámenes severos
eran para el ensueño cual témpanos viajeros
venidos del misterio de la noche polar...

VII

Esta vieja fragata, ducha navegadora,
que luce en nuestro puerto su aparejo cansino
y, bajo el botalón, enristrando la prora,
policromado en roble, un caballo marino...

Esta vieja fragata portuguesa, en la rada
reposa su ventruda vejez de cachalote;
navegó tantos años y está tan averiada,
que es un puro milagro que se mantenga a flote...

Acaso ¡pobre nave! recuerde en su porfía
la irreflexiva pompa con que un lejano día
zarpó del astillero, velívola y sonora;

y en este puerto extraño, de pesadumbres llena,
hoy, valetudinaria, sobre estribor se escora
buscando el tibio halago del sol en la carena...

VIII

Esta vieja fragata tiene sobre el sollado
un fanal primoroso con una imagen linda;

en la popa, en barrocos caracteres grabado,
sobre el «Lisboa» clásico, un dulce nombre: Olinda...

Como es de mucho porte y es cara la estadía
alija el cargamento con profusión liviana:
llegó anteayer de Porto, filando el mediodía,
y hacia el Cabo de Hornos ha de salir mañana...

¡Con qué desenvoltura ceñía la ribera!
Y era tan femenina, y era tan marinera,
entrando, a todo trapo, bajo el sol cenital;

que se creyera al verla, velívola y sonora,
una nao almirante que torna vencedora
de la insigne epopeya de un combate naval.

IX

Hoy es la botadura del barco nuevo: Luisa-
María.—LAS PALMAS: lo han bautizado ayer:
su aparejo gallardo sabrá correr la brisa
¡Por S. Telmo, que es digno de un nombre de mujer!

Es blanco y muy ligero, de corto tonelaje
para darles más alas a su velocidad;
directo a las Antillas hará su primer viaje
al mando del más grande patrón de la ciudad.

**¡ Buen piloto! valiente, sesenta años al cuento
de la mar; diez naufragios, y, como complemento,
alma de navegante procelosa y bravía.**

**No hay temor por su barco; saben sus compañeros
que antes de abandonarle, con él perecería:
que así han obrado siempre los buenos marineros...**

X

**Es todo un viejo lobo: con sus grises pupilas,
las maneras calmosas y la tez bronceada.
Solemos vagar juntos en las tardes tranquilas;
yo le estimo, él me llama su joven camarada...**

**Está bien orgulloso de su pasado inquieto;
ama las noches tibias y los días de sol;
y entre otras grandes cosas, dignas de su respeto,
es una, la más alta, ser súbdito español.**

**En tanto el mar se estrella contra las rocas duras
él gusta referirme curiosas aventuras
de cuando fué soldado de la Marina Real;**

**de aquel famoso tiempo guarda como regalo,
la invalidez honrosa de su pierna de palo
y su cruz pensionada del Mérito Naval...**

XI

Frente a Los Arenales hay un buque encallado.
El arribar sin práctico fué grave desacierto:
al entrar, por la noche, tomó, desorientado,
las luces de la costa por el fanal del Puerto.

Funesto fué el engaño; la arremetida, fiera;
tratar del salvamento, esperanzas fallidas:
tiene la enorme proa clavada en la escollera
y la hélice en el aire con las aspas hendidas.

Nada acierta a explicarse las causas del siniestro:
el capitán John Duncan, viejo marino diestro,
ha su veintena de años que hace la travesía...

¡Qué horror! Alguien afirma que el Mr. John famoso,
ama las veleidades del «whisky» espirituoso...
¡En el puente han hallado su garrafa, vacía!

XII

Noche pasada a bordo, en la quietud del puerto.
Ahora mismo amanece: la claridad escasa
va invadiendo los fardos del espigón desierto;
se oye el son fugitivo de una barca que pasa...

Frescor acariciante de la brisa marina,

muelles que se despiertan; apagados rumores
de velas que trapean en la paz matutina,
y lejanos silbidos de los remolcadores...

Alguna voz de mando que llega amortiguada,
carruajes que se alejan entre la madrugada
y la franja de púrpura del sol que va a nacer;

mientras en los albores de la ciudad, humea
la torre de ladrillo de alguna chimenea,
como un borrón vertido sobre el amanecer...

XIII

Navegamos rodeados de una intensa tiniebla:
no hay un astro que anime la negra lontananza;
y nos da el buque, en medio de la noche de niebla,
la sensación de un monstruo que trepida y avanza.

Baten las olas lentas su canción marinera,
el piloto pasea, silencioso en el puente;
y un centinela, a popa, junto al asta-bandera,
apoyado en la borda, fuma tranquilamente...

Tiene un no sé qué indómito su mirada perdida,
el resplandor rojizo de su pipa encendida
en la toldilla a oscuras pone un candente broche:

y al mirar su silueta de rudo aventurero,
sueña que viaja a bordo de algún barco negrero,
nuestra alma, que es gemela del alma de esta noche...

XIV

Vamos llegando en medio de un poniente dorado;
el Océano brilla como una intensa llama,
y poco a poco, lenta, la noche se derrama
en la paz infinita del puerto abandonado.

Nada perturba el seno de esta melancolía;
sólo un falucho cuelga su velamen cansado,
y hay tal desesperanza en el aire pesado
que hasta el viento parece que ha muerto en la bahía,

Entramos lentamente; a nuestro lado quedan
algunas lonas blancas, que en la noche remedan
aves de mar que emprenden una medrosa huida;

y a lo lejos, en medio de la desierta rada,
del fondo de la noche, como un soplo de vida,
va surgiendo la blanca ciudad, iluminada...

¡Oh, el puerto muerto! Lleno de una ancestral pe-
 (reza,
 arrullado al murmullo de un ensueño ilusorio,
 que aún guarda un visionario perfume de grandeza
 sepulto entre las ruinas de su pasado emporio...

Estas ondas, antaño florecidas de estelas,
 hoy murmuran apenas un quejumbroso halago
 añorando la pompa de las hinchadas velas
 y las gloriosas naves de Atenas y Cartago...

La ciudad, a lo lejos, a su sopor se entrega;
 sólo en las tardes tristes, cuando el ocaso llega
 y el sol poniente incendia los vesperales oros,

reclinada en sus fueros, majestuosa, espía
 la vuelta de los viejos galeones, que un día
 llegaban de las Indias cargados de tesoros...

Puerto desconocido, desde donde partimos
 esta noche, llevándonos el corazón opreso;

cuando estamos a bordo, y en el alma sentimos
brotar la melancólica ternura del regreso...

Silenció; tras los mástiles la luna, pensativa,
en las inquietas ondas su plenitud dilata;
y en el cielo invadido por la pereza estiva,
las estrellas fulguran como clavos de plata...

¡Oh, sentirnos tan solos esta noche infinita,
cuando, acaso, un suspiro de nuestra fe marchita
va a unirse al encantado rumor del oleaje!...

Y emprender, agobiados, la penosa partida
sin que un blanco pañuelo nos dé la despedida
ni haya una voz amiga que nos grite: ¡buen viaje!

F I N A L

Yo fui el bravo piloto de mi bajel de ensueño;
argonauta ilusorio de un país presentido,
de alguna isla acarada de quimera o de sueño
oculta entre las sombras de lo desconocido...

Acaso un cargamento magnífico encerraba
en su cala mi barco, ni pregunté siquiera;

absorta mi pupila las tinieblas sondaba
y hasta hube de olvidarme de clavar la bandera...

Y llegó el viento Norte, desapacible y rudo;
el vigoroso esfuerzo de mi brazo desnudo
logró tener un punto la fuerza del turbión;

para lograr el triunfo luché desesperado,
y cuando ya mi brazo desfallecía, cansado,
una mano, en la noche, me arrebató el timón...

Himno al Volcán

**¡Pico de Tenerife! Titán medieval de azul loriga
que en Occidente eriges la dictadura de tu reinado,
y anuncias a los nautas aventureros la playa amiga:
¡Aatalaya eminente del Archipiélago Afortunado!**

**De un sumergido imperio tú la más alta cumbre
[cimera;
hacia el Olimpo sacro dabas la comba de tu heroísmo
cual un menhir miliario que dominando la cordillera,
plantaran los gigantes en la inminencia del
[cataclismo.**

**Bajo las quietas ondas, atarecido, cientos de edades,
soñabas con los puros, cálidos, rayos de Helios
[vehemente,
y al emerger otrora, sellando un pacto de eternidades,
habías por raigambre la maravilla de un continente.**

**Desde frontera costa te ve el poeta cual si, liberto,
de dejar acabaras la transparente prisión pontina:**

húmedos aún los flancos y el anchuroso cráter
[cubierto,
tan blanco que parece que aún está lleno de sal
[marina.

Ve tu imponente mole que es hipogeo, periplo y ara;
y los tajantes bloques de tus pilares, firmes y
[enhiestos,
protección de la sima que en tus inmersos fondos
[labrara
para mansión de Pluto, la propia mano del dios
[Hefestos...

Tú guardas el secreto de insignes fábulas y
[tradiciones;
aplicando el oído sobre tu costra circunvalante,
aún se escucha el gemido de las sepultas
[generaciones
y el resuello angustioso del devorado pulmón de
[Atlante.

Las brumas acarician tu inaccesible frente nivosa,
la lava de tus hombros cuenta a los siglos tus
[efemérides;
y a flor de mar, curvando las morbideces de carne
[rosa
—dóridas del Atlántico—de amor palpitan las siete
[Hespérides.

El femenino embate de sus alientos tu alma esclaviza,
y al guido vigilante de tu enigmático perfil corpóreo,
los marinos rebaños de vellón blanco que Bóreas riza,
triscadores, rebasan el ondulante confin ecuóreo.

Tú presenciaste el triunfo de las antiguas divinidades;
la posesión de Europa por la cornuda bestia bovina
y la ascensión radiosa que llenó el orbe de claridades,
al brotar de las olas, como una perla, Venus divina...

Y un día que al sueño dabas, rendido, la ardiente
[entraña,
despertado, de pronto, por inaudito tropel sonoro,
viste pasar a Heracles que coronaba la nueva hazaña
llevando contra el pecho las encendidas manzanas
[de oro,

Con mengua de tu aliento fué consumada la audaz
[quimera;
contra empresa tan loca, nada, en desquite, tu
[esfuerzo pudo:
antes que el vivo arroyo de tu venganza corrido
[hubiera,
ya el detentor mancebo ganaba el agua, bello y
[desnudo...

En vano tus enojos vomitan rayos; en vano,
[ardientes,
das a los cuatro puntos agostadoras, tus oriflamas;

las yeguas de tu furia buscan, en vano, por las
[vertientes
lanzando por los belfos enardecidos relinchos-llamás...

Mil leguas en redondo sonó el colérico batir de cascos,
cien soles con cien lunas durara activa tu ebria
[congoja]:
de día fulminando prietas columnas de humo y
[peñascos];
sacudiendo, en la noche, la exorbitante melena roja.

Así te sueño ¡Pico de Tenerife! cumpliendo altivo,
por obra de tus dioses, un inmutable designio ignoto;
con todas las calderas y los fundentes hornos al vivo
y tus fraguas que azuzan las reptaciones del
[terremoto,

Así te sueño ¡oh, Teide! mientras tu cono gentil
[descuellas,
hoy que te ven mis ojos—el mar por medio—de la
[isla hermana
desflorar el espacio y hender la linde de las estrellas,
dejando atrás las nubes, con tu orgullosa cabeza cana.

Así te ven mis ojos, mas yo te quiero fosco y bravío,
porque tú emblematizas con tu perenne desasosiego:
¡Pico de Tenerife, de continente sereno y frío!
¡la victoria más alta, la gran Victoria del hombre:
EL FUEGO...!

Canto subjetivo

Yo amo el sol en el triunfo de la Naturaleza,
los ensueños heroicos de las eras triunfales
y las tardes de otoño, que tienen la tristeza
de las cosas ingenuamente sentimentales,

El rumor de los élitros y el agua de la fuente
—la eterna letanía de las viejas quimeras—
que con amor, a veces, y otras indiferente,
voy uniendo a mis rudas canciones marineras,

**El mar tiene un encanto, para mí, único y fuerte;
su voz es como el eco de cien ecos remotos
donde flotar pudiera, más fuerte que la muerte,
el alma inenarrable de los grandes pilotos...**

**Alma de los turbiones y del grueso oleaje
que el misterio marino de iniciaciones puebla;
que silba con la lira sonora del cordaje
y calla en el silencio de los días de niebla...**

**Yo sé de los piratas de homérica osadía,
y aprendí sus historias, más grandes que ninguna,
cuando, viajero en sueños, pasé en su compañía
las noches del Adriático, claras como la luna.**

**¿Y después?—Fueron brumas y fué un ignoto abismo
de incomprensibles seres y extraña arquitectura;
y ahondando en su misterio y en mi profundo mismo,
divisé el aquilino perfil de la locura...**

**El me guió hasta el seno de un raro firmamento:
horizontes al brillo de una imposible aurora,
donde caí, mas luego, pasó el enervamiento**

y olvidé, y olvidando, volví a tomar mi acento
la serena tersura del agua fluidora...

Como tras la blasfemia viene el remordimiento...

Ellos me redimieron, y así, mi fantasía
juzga a todos los hombres de un uniforme modo:
para aquellos que no aman en mi filosofía

tengo el gesto benévolo que lo perdona todo...
Y si veis que mi alma, a menudo, comete
el pecado de ingenua; no os burléis, se concibe:
soy como un buen abuelo que ha robado un juguete
por contentar al niño que en nuestras almas vive...

¿Y el amor?—Fué el más noble de mis cantos añejos:
yo ensalcé de los besos el manatíal sonoro,
el cinabrio escarlata de los labios bermejos
y el lunar espectáculo de los cabellos de oro.

Sé que han de ser crueles los venideros días,
porque, en el breve espacio de mis veintidós años,

desbordé del espíritu todas las alegrías
para que en él cupieran todos los desengaños.

Por eso sé ser triste y en ocasiones, fuerte;
y en medio de mi escudo pondrá mi fe ilusoria:
el hacha de abordaje que sabe de la Muerte
y el bandolín de plata que espera de la gloria...



Oda al Atlántico

El mar: el gran amigo de mis sueños, el fuerte
titán de hombros cerúleos e inenarrable encanto:
En esta hora, la hora más noble de mi suerte
vuelve a henchir mis pulmones y a enardecer mi
(canto...

El alma en carne viva, va hacia tí, mar augusto,
¡Atlántico sonoro! Con ánimo robusto,
quiere hoy mi voz de nuevo solemnizar tu brío.
Sedme, Musas, propicias al logro de mi empeño:
¡Mar azul de mi Patria, mar de Ensueño,
mar de mi Infancia y de mi Juventud... mar Mío!

¶

Era el mar silencioso...
Diríase embriagado de olímpico reposo,
prisionero en el círculo que el horizonte cierra.

El viento no ondulaba la bruñida planicie
y era su superficie
como un cristal inmenso afianzado en la tierra.
En lucha las enormes y opuestas energías,
las potencias caóticas, sustentaban bravías
el equilibrio etéreo
—a la estática adicto y al Aquilón reacio—
en un inmensurable atletismo de espacio:
lo infinito del agua y el infinito aéreo...

III

Así pasaron cientos de centurias iguales,
soledad y misterio... Las potencias rivales
sin abdicar un punto, mantenían su puesto
con su actitud de siglos y su forzado gesto.
Mas, de pronto, una noche claudican los puntales;
se anuncian cosas nuevas y sobrenaturales.
Primero es un menguado claror alucinante.
Ronco rumor distante
se acerca presuroso por el azul sereno:
un diamante de fuego raya el éter, un trueno
repercute en la clara concavidad de un monte
de la tierra cercana...y en el brutal desgarró
de una nube, aparece, llenando el horizonte
—áureo de prestigios—Poseidón, en su carro...

IV

Es una inmensa concha de vívidos fulgores;

cuajó el marismo en ella la esencia de sus sales
y en sus vidriadas minas quebraron sus colores
las siete iridiscentes lumbreras espectrales.
Incrustan sus costados marinos atributos
—nautilos y medusas de nacaradas venas—
y uncidos a su lanza, cuatro pifantes brutos
con alas de pegasos y colas de sirenas.
Vedlos: ¡cómo engallardan las cabezas cornigeras!
Ensaltadas de perlas vuelan las recias crines,
y entre sus finas patas, para el galope aligeras,
funambulescamente, rebotan los delfines...
El agua que inundara los flancos andarines
chorrea en cataratas por el pelo luciente.
¡Oh, cuán abiertamente
se encabritan y emprenden la carrera, fogosos,
los íjares enjutos, los belfos espumosos,
al sentir en las ancas las puntas del tridente...!

V

Y en medio, el Dios. Sereno,
en su arrogante senectud longeva,
respira a pulmón pleno
la salada ambrosía que su vigor renueva.
Mira su vasto imperio, su olímpico legado
—sin sendas, sin fronteras, sin límites caducos—
y el viento que a su marcha despierta inusitado,
le arrebató en sus vuelos el manto constelado,

la cabellera de algas y la barba de fucos...
Tiende sobre las ondas su cetro soberano;
con apretada mano,
su pulso duro rige la cuadriga tonante
que despide en su raptó fugaces aureolas
o se envuelve en rizadas espumas de diamante...

¡Así miró el Océano sus primitivas olas!

VI

Quedó el hechizo roto: las aguas se curvaron
flexiblemente, y raudas, en amoroso allego,
por toda la llanura gloriosa se buscaron
con langor de caricia y agilidad de juego.
Llenó un rumor vehemente los ámbitos difusos;
los gérmenes profusos
a actividad trajeron sus faces vibratorias
y describieron, plenos de estímulos vitales,
maravillosos peces, sinuosas trayectorias
moviendo apresurados sus aletas caudales.
Y el impulso fecundo se transmitió uniforme:
aves de aliento enorme
rasgaron los espacios con repentino vuelo,
y a lo lejos, tocados de súbitos ardores,
tropheles de gigantes cetáceos en celo,
lanzaban imponentes hasta horadar el cielo,
con ímpetu de tromba, líquidos surtidores...

VII

Y apareció la aurora vibrante de energía;
una aurora de fuego, más bien un mediodía,
Todo era formidable e infantil: sonriente,
Apolo se ofrecía coronado de rosas;
y con gracioso anhelo,
sobre el arco del cielo
galopaban las horas atropelladamente.
Las nubes sus vellones hilaban presurosas,
mientras que cual un cíclope de fenecidas castas,
tocado del conjuro,
agigantaba, el aire, sus dimensiones vastas;
cada vez más glorioso y cada vez más puro...

VIII

¿Y el mar? Omnipresente,
se exaltaba en el júbilo de su vigor naciente,
en el festín radioso de la estival mañana,
retador e inconsciente con su barbarie sana.
Sintiendo sus enormes poderes dilatados,
desperezaba alegre, los flancos liberados,
rizándose al entorno de emergentes bajos,
o entrenaba sus bríos
asaltando el granito de los acantilados.
El sol en llamaradas rotundas, destilaba
su radiación actínica;

al monstruo la excitante caricia espoleaba
y el lomo azul fugaba
esquivando la acerba persecución luminica...

IX

Y el hombre, fascinado por el prodigio inmenso,
desde los roquedales del litoral, suspenso
contemplaba el milagro. Su presencia añadía
un elemento nuevo a la gracia del día.
Inmóvil, en las redes del estupor prendido,
sobre la costa brava,
no era más que un resalte de la roca, perdido
en la extensa vorágine que ante sus pies rodaba.
Mas era osado y fuerte: Juvencia florecía
sobre su cuerpo virgen a plenitud logrado;
sus fibras un extraño temblor estremecía,
y, tácito, asumía
el momento de oscuras inminencias preñado...
Poco a poco, su ceño se aborascaba, inquieto;
el mar le salpicaba con su espuma liviana,
y el héroe, sejuzgado por instinto secreto,
miraba en cada ola un agravio indiscreto,
y en cada gota un reto:
Un enemigo... ¡Oh bella temeridad humana!
Y pasaban las horas ante su empeño altivo.
Con ímpetu agresivo

media atentamente los límites adustos,
cuando hirió sus potencias, brioso y hazañero,
el deseo inmediato de encadenarlo, fiero,
entre los eslabones de sus brazos robustos...

X

Y se adentró en la tierra pensativo: su mente
al designio absoluto se plegaba; convulsos
jadeaban sus miembros, y como pez hirviente,
con ritmo persistente
botaba en sus arterias la fiebre de sus pulsos...
Su instinto le guiaba a la montaña, arriba;
la montaña armoniosa, virgen y primitiva,
donde, al váho fecundo de las vastas praderas,
los titanes selváticos
hierguen la fortaleza de sus troncos hieráticos
y asoman a la costa las verdes cabelleras...

XI

Y penetró en la selva misteriosa. Al acaso,
iba avanzando, lento, por la extensión arcana
con el naciente orgullo de colocar el paso
donde antes que él ninguno fijó la planta humana...
Salmodiaban las frondas profundas cantinelas.
Ante sus pies, saltaban menudas bestezuelas
que le miraban, tímidas, con sus pupilas rojas,
y se hundían, reptantes, entre las muertas hojas...

Todo invitaba al grato reposar... Cristalina,
una fuente vertía la vena de su entraña;
y él, sintiéndose preso por la ocasión divina,
se recostó al amparo de una robusta encina,
por reemplazar sus fuerzas y meditar su hazaña...
(Al aire el amplio tórax de músculos perfectos,
cruzaba sobre el pecho los antebrazos rudos;
y su alentar profundo de intervalos correctos
hinchaba los macizos pectorales velludos...)
El sueño le tendía sus redes, misterioso,
mas no eran los momentos propicios al reposo:
que entre los mansos ruidos,
venciendo de las copas el trémulo vibrar,
cada vez más pujante, llegaba a sus oídos,
como un alerta heroico, la furia de la mar...

XII

El aviso oportuno le despertaba. Irguióse,
asíó un robusto cuerno que pendía a sus flancos,
y al embocarlo diestro, bronco clamor partióse
rebotando estridente por cumbres y barrancos...
Respondiendo al conjuro, por todos los linderos
de la selva, aparece y el límite rebasa,
al fuerte varonio de la tribu, severos
mozos de ojos de lumbre y corazón de brasa,
Ya todos le rodean indagando el motivo.
Y él, sereno y altivo,

con elocuencia noble, les inicia en su intento,
señalando a cada uno su labor; al momento
por todos los confines dió comienzo la lucha,
y, lleno de temores, el ámbito sagrado,
suspense y azorado,
los golpes de la tala por vez primera escucha...

XIII

En sucesivos días, la turba dedicóse
a extraer de la selva los despojos austeros;
y en hacinadas pilas, cubierta de maderos
de magnitud distinta, la roja playa vióse...
Y el ajetreo humano se trasladó a este punto.
Con un afán conjunto,
ya presintiendo la futura maravilla,
se comenzó el alzado
sobre un roble escuadrado...
Fundación milagrosa; base, cimiento o quilla...

XIV

Crecía por momentos el ingenioso aliño:
progresaba la obra; y por diversos modos,
en un común esfuerzo de ilusión y cariño,
por lograrla perfecta rivalizaban todos...
Cada cual aportaba su aptitud más segura
y su destreza o gracia iba dejando en ella;

y así, cada mañana, la noble arquitectura
brotaba con la aurora más acabada y bella.
Uno mide en la escala la altura de su paso;
otro en las altas vergas las gavias acomoda;
y alguien, quizás poeta o enamorado acaso,
talla un desnudo torso de mujer en la roda...
Dióse por ultimada la construcción ingrave:
—una mitad es ave;
la otra mitad, sirena—
Y al fundar sólo un cuerpo, velamen y carena,
surgió definitivo el ensueño: **LA NAVE...**

XV

¡La Nave!.. Concreción de olímpica sonrisa;
vaso maravilloso de tablazón sonora,
pájaro de alas blancas para vencer la brisa:
amor de las estrellas y orgullo de la aurora...
El sol iluminaba las jarcias distendidas;
el coro dió sus hombros a las bandas pulidas;
y al deslizarse grave por la arena salada
—galardón infinito de la empeñada guerra—
de aplausos coreada,
en inverso prodigio, iba hacia el Mar la Tierra..

XVI

¡Honor para el que apresta los flotantes maderos,

para los calafates, para los carpinteros
de ribera, nutridos de las rachas eternas
de la playa sonora!...

¡Y para aquel, más hábil, que trazó las cuadernas,
la caricia del aura de la fama armadora:
las condiciones náuticas del casco celebrado
nacen de su acertado
promedio entre la manga, el puntal y la eslora!

XVII

¡Honor para vosotros, y gloria a los primeros
que arriesgaron la vida sobre los lomos fieros
del salvaje elemento
de la mar dilatada:
nautas sin otro amparo que la merced del viento
y sin más brujulario para la ruta incierta
que la carta marina de la noche estrellada,
sobre sus temerarias ambiciones, abierta!...

XVIII

¡Tripulantes! ¡La llama
del entusiasmo prenda vuestras almas bravías!
la custodia del barco que os entregan, reclama
la actividad conjunta de vuestras energías.
En vosotros se afianza la utilidad del flete.
Todos sois necesarios, todos: desde el grumete

reciën nacido apenas a la brisa salobre,
hasta el contramaestre de pómulos de cobre
y cana sotabarba
que en el túrgido vientre de las nubes escarba.
Los que en la negra noche hacen de centinelas,
los que tienen las jarcias para largar las velas,
el que en la labor dura del baldeo trajina
y los estibadores de carga en la sentina.
Los que trepan a lo alto de las largas entenas
y los que desentornan las chirriantes cadenas
de las anclas combadas...

¡Amigos, camaradas!

¡Impávidos muchachos ante el acaso ignoto!...

¡Que vuestra quilla siempre taje un mar de bonanza!

Y fiad la esperanza

al arte del piloto,

que cual un dios en la alta plataforma del puente,
dirige con voz cruda

la sabia maniobra; y al timonel prudente

que con mano membrada,

imprime al gobernalle seguros derroteros...

¡Recios trabajadores de la mar! ¡Marineros!

¡El Tritón, con su rúbico caracol, os saludo!

XIX

Os saluda y alienta por lá emprendida senda,
soberbios luchadores de estirpe soberana,

héroes arrojados en singular contienda
sin saber por la noche del día de mañana,
[Nobles exploradores, argonautas valientes,
descubridores de islas, pasos y continentes...
Inclitos balleneros, prodigio de la casta,
que, con cuerpo desnudo,
exponéis vuestras vidas al coletazo rudo
y blandís los arpones como el guerrero el asta;
y a vosotros que fuera de las leyes, un día
dictásteis leyes propias y os arrogásteis fueros
e impusisteis a príncipes y navales guerreros
la profesión airada de la piratería...

XX

¡De allá vino la práctica del valiente ejercicio!
Las gloriosas columnas del Hércules fenicio
vieron la subitánea
invasión con que, ebrias de bravura indomable,
hollaron impetuosas con viento favorable
la onda midacritánea
—con tan fastucso orgullo que a la soberbia enoja—
las corsarias galeras de Haradín Barbarroja,
para quien era estrecha la mar mediterránea...

XXI

Y a vosotros, ¡osados!
que escudriñáis los fondos del piélago inseguro,

pescadores de perlas o buzos ponderados;
los que hacéis el trabajo más peligroso y duro:
Cuando exploráis naufragios de indicios fabulosos,
entre limosas cuencas y huyentes arenales,
o perseguís madréporas de orientes luminosos
por entre aurirramosas florestas de corales.
No hubo para vosotros, inquebrantable obstáculo:
ni la feroz mandíbula ni el constrictor tentáculo,
a detener bastaron el impetu genuino;
mientras se desplegaba, magnífica y despierta,
ante el cristal redondo de la escafandra, abierta,
la maravilla enorme del mundo submarino...

XXII

Que a todos, la Victoria
teja, en buen hora, olimpica guirnalda,
los que del mar sobre la hirviente espalda,
ganáis el pan o perseguís la gloria.
Vosotros sois del agua los genios redivivos,
porque, en su amor cautivos,
vigor, empeño o ilusión pusisteis,
porque en la mar nacisteis
y en la mar moriréis... es vuestro sino.
Y cuando ya el destino
cumpla obediente la presión del hado
y vuestro cuerpo ahogado
sea movable pasto de la deidad nocturna,

os tenderá sus brazos en fiero remolino
y os llevará a su fría morada taciturna
la mar, la sola urna
para guardar los restos sagrados del marino...

XXIII

¡Túmulo extraordinario!
¡Reposo inquebrantable sin temporal medida,
para el que alzó, arbitrario,
a tan supremo aspecto de dignidad su vida!
Murmurarán las olas sus rezos indolentes;
y por velar la noche de vuestros esponsales,
derivarán eternas sus círculos ardientes
las multimilenarias igniciones astrales...
De los confines últimos arribarán veloces
voces terrenas, voces
cargadas de oraciones, de terror y lamentos
que harán batir las puertas de los audaces vientos,
la que domina al Norte y al Bóreas cautiva;
las que a Occidente giran, y al Meridión y al Este,
y cual inmenso domo cobijador, arriba
—temblorosa de nubes—la bóveda celeste...

XXIV

¡Atlántico infinito, tú que mi canto ordenas!
Cada vez que mis pasos me llevan a tu parte,
siento que nueva sangre palpita por mis venas

y a la vez que mi cuerpo, cobra salud mi arte.
El alma temblorosa se anega en tu corriente,
Con ímpetu ferviente,
hinchidos los pulmones de tus brisas saladas
y a plenitud de boca,
un luchador te grita ¡Padre! desde una roca
de estas maravillosas Islas Afortunadas...

Varias composiciones

HA LLEGADO UNA ESCUADRA

**Ha llegado una escuadra: anochecido
buscó refugio al Sur de la Bocana
y a la ciudad entera ha sorprendido,
surta en el antepuerto, esta mañana.**

**Seis unidades de combate forman
la división, y sus guerreras trazas
sobre el ambiente mate se uniforman
con el esmalte gris de sus corazas.**

**Por toda la ciudad ha trascendido
la noticia, y el ánimo despierto,
por toda la ciudad se vió invadido,
en un afán de novedad, el puerto.**

¡Helos allí! Con sus recién pintadas

**carenas y sus fúlgidos metales,
torreados de cofas artilladas:
graves de orgullo y de vigor navales.**

**Y acusan sus severas proporciones,
en son de paz, una agresión latente...
Desde las explanadas y espigones
los curiosean a su sabor, la gente...**

**Más lejos, los de tipo acorazado;
ya en bahía, las fuerzas de crucero;
y junto al farallón, pulimentado
como un juguete lindo, un torpedero...**

**Brega por las cubiertas e imbornales,
en fajina, la tropa marinera;
y pasan los imberbes oficiales
con los gemelos a la bandolera.**

**Y pasma la premura diligente
con que ejecuta el atinado coro
las órdenes que mandan desde el puente
los comandantes de silbato de oro.**

**Todo está listo. Cesa el ajeteo.
Los artilleros guardan avizores
¡Todo es prestigio, precisión y aseo,
bajo los emblemáticos colores!**

**Y en tanto que las nubes se serenán
y la mañana perezosa avanza;
a intervalos iguales, lentos, truenan
los veintiún cañonazos de ordenanza...**

CALLE DE LA MARINA

Calle de la Marina, en la tristura
neblinosa de la noche invernal,
Pobre y sin luz, medrosamente oscura,
en la desolación del arrabal,

Calle de horror. Impune encubridora
para todo lo infame y subrepticio,
por donde la miseria es corredora
y se amanceba el crimen con el vicio.

Tascas, burdeles; casas que previenen
con su aspecto soez. Toda la incuria
de los puertos de mar, en lo que tienen
de pendencia, de robo y de lujuria...

De vez en vez, de una ventana estrecha

**sale algún juramento destemplado,
o alguna copla obscena que nos echa
su vaho de aguardiente y de pecado.**

**Y se ven desfilar torvas figuras,
con trazas de asesinos y ladrones,
que esquivan sus innobles cataduras
pegadas a los sucios paredones;**

**y nos miran con odio o menosprecio;
mientras nos brindan un carnal banquete,
vendedoras de amor a infimo precio,
enfermas, bajo el vivo colorete...**

**La contingencia de un fortuito acaso
nos va invadiendo con espasmos ledos,
y nos acucia a aligerar el paso
el latir azuzante de los miedos.**

**Arrepentidos ya de nuestra andanza
ve la ilusión que espantos imagina,
tras de cada portal una asechanza
y un «la vida o la bolsa» en cada esquina,**

**Y hacia un oscuro callejón siniestro
se va la planta con terror llevada,
cual si nos arrastrara a pesar nuestro
la fatal atracción de una emboscada.**

**Donde, tal vez, por cosas de dinero,
tras el brutal ardor de una disputa,
enterró su cuchillo un marinero
en la garganta de una prostituta...**

L A E S P A D A

A Santos Chocano

**Yo he forjado mi acero sobre el yunque sonoro,
al musical redoble del martille potente;
y he adornado, en mis noches de trabajo paciente,
con líricos emblemas su cazoleta de oro.**

**Su rica empuñadura vale todo un tesoro,
y su hoja, fina y ágil, pulida y reluciente,
al girar en el aire vertiginosamente,
brilla al sol con la ráfaga fugaz de un meteoro...**

**Yo quise que en mi verso, como en mi espada, hubiera
románticos ensueños y cánticos triunfales
—la gloria por escudo y el amor por cimera—**

como aquellos famosos hidalgos medievales,
que acoplaban los hilos de una gentil quimera
al épico alarido de las trompas marciales...

L A H O N D A

A Amado Nervo

Noches de la Naturaleza,
hechas de sombra y de grandeza,
todas misterio y emoción;
para ser grande o valeroso
y tener fuerzas de coloso
o tener garras de león...

O débil ser como la espuma
y preferido de la bruma
en los silencios de la luz;
cuando levanta en el espacio,
la media luna de topacio,
su melancólico festuz...

El bosque en sombra es el santuario
donde algún genio milenario
savias eternas descubrió;
la luna plena es un diamante
que lanzó la onda de un gigante
y en la alta noche se clavó...

Y quise ser un sol de plata
o la encantada serenata
del nocherniego ruseñor;
como la estrella que relumbra
o tener alas de penumbra
como el misterio y el dolor...

Y quise ser como el hondero:
busqué un diamante en el sendero,
mas no lo pude descubrir;
y lo busqué en mi fantasía
y lo encontré: con energía
se alzó mi brazo para herir...

Y una quilmeña, mi tesoro,
como un relámpago de oro,
mi honda a los aires despidió;
pero no sé lo que fué de ella...
¡Acaso sea alguna estrella
que en el silencio se clavó!

S E R E N A T A

Un cantar enamorado
vibra en la alegre floresta,
el parque en luna bañado
está, esta noche de fiesta.

Fiesta de orgullo y quimera
que se celebra en honor
de ser esta la primera
noche de la Primavera,
tan buena para el amor...

Ya los pajes han servido
el vino, ya los bufones
su carcajada han reído;
ya lleno de insinuaciones
está el bosque florido...

Por las sendas asombradas
de plátanos y laureles
se oyen perdidos rumores;
parejas enamoradas
de doncellas y donceles
van diciendo sus amores.

Y a lo lejos, en la umbría
misteriosa del jardín;
la dulce melancolía
de un amable bandolín
dice una galantería:

«—Tiene el Conde tres doncellas
rubias como el sol de mayo,
cada cabello es un rayo
mensajeras de fortuna;
sus pupilas son un rayo
tembloreoso de la luna...

Ojos claros, ojos claros, ojos claros;
blanca tez...

La una es rubia, la otra es rubia, la
(otra es rubia...
¡Oh, qué rubias son las tres!»

Calla la voz; a distancia
responde otra dulce voz,

envuelta entre la fragancia
de los jazmines en flor;

«—Las doncellas
son las bellas
azucenas del jardín:
y son ellas
las estrellas
que una noche en que la luna se moría
se asomaron a la vida, sonrientes,
evocadas por las notas transparentes
de un violin...»

De las quiméricas glosas
callan los dedos sutiles
y se pierden, vagarosas,
las parejas juveniles...

Sólo se escuchan perdidos
rumores en las desiertas
sendas al amor abiertas;
tras los macizos floridos,
algunas risas despiertas
y algunos besos dormidos.

Luego, la voz, a lo lejos,
repite su languidez:

«—La una es rubia, la otra es rubia, la
otra es rubia...»

¡Oh, qué rubias son las tres!»

Y el eco leve, sonoro,
lejano, del bandolín:

«—Las doncellas
son las bellas
azucenas del jardín...»

ROMANCE DE NEMOROSO

Romance de Nemoroso,
vieja historia no sabida,
oyérala yo a un cabrero;
bien veréis, que aquí principia:

Por hacer llorar la flauta
Nemoroso le decían;
como era muy bondadoso
por Nemoroso atendía...
¡Mañana de Primavera,
de abril era mañanita!
Por las riberas del Tajo
su rebaño discurría,
cuando del agua, lloresa
viera salir a una ninfa:

triste llevaba la cara,
de gran pena se dolía.

—¿Qué mal habedes, señora?

Nemoroso la decía.

—Cuitada busco una ajorca
que mis tobillos ceñía;
toda de oro es compuesta
y de esmeraldas guarnida;
perdiérala yo esta noche
cuando mi tocado hacía...

—Yo buscaré vuestra ajorca,
Nemoroso respondía.

Ella le miraba atenta;

Nemoroso enrojecía.

El, buscaba y rebuscaba,

ella, miraba y reía;

y él buscando y ella riendo
se pasaron todo el día...

Cansáronse de este juego,
ya la tarde anochecía;
al ver la primera estrella
el pastor se despedía;
la bella, al verle dispuesto,
de este modo le decía:

—No tengas pena ninguna,
no la tengas, por tu vida,
que la prenda que buscaba

en tí sólo era perdida
y al encontrármela, dóime,
dóime por muy complacida...
Al oír esas razones
Nemoroso sonreía:

—Muy mal habedes obrado,
mi dueña y señora mía;
si antès hubiérais hablado
de otra manera sería,
que aunque soy pastor de ovejas
también sé de galanía...

Cuatro horas se pasaron,
platicando, en compañía...
al finalizar las cuatro,
media noche era venida.
A la claror de la luna
el pastor se despedía;
recogiera su ganado,
por el monte se metía,
Ella en el río se entraba,
por el amor dolorida.
¡La flauta cantaba amores,
llorando, en la serranía!
La ninfa, sobre las aguas
suspirando, se dormía...

¡Romance de Nemoroso!

**Ya está la historia sabida,
oyérala ye a un cabrero;
bien veréis, que aquí termina...**

CRISELEFANTINA

Unge tu cuerpo virgen con un perfume arménico,
muéstrame de tu carne juvenil el tesoro
y rueda sobre el mármol de tu perfil helénico
la cascada ambarina de tus bucles de oro.

Eres divina, ¡oh reina!, tu carne es nacarina,
y tienen tus contornos olímpicos, los bellos
contornos de una estatua. ¡Oh, reina, eres divina,
desnuda, bajo el áureo temblor de tus cabellos!

Nuestro tálamo espera bajo un rosal florido,
donde una leve luna trémulamente irradia
aquel claror tan plácido que iluminara un nido
en un vergel recóndito de la amorosa Arcadia.

También un nido aguarda a los nuevos esposos!

es un tálamo blanco de blancas flores lleno;
de olorosos jazmines y nardos olorosos,
casi tan albos como la albura de tu seno...

Serás reina entre flores, serás la compañera
de las rosas más blancas; la más fragante y pura.
Ya el lecho que te ofrenda la dulce Primavera
suspira por la breve carga de tu hermosura.

Yo amaré, entre las flores, tu perfume abrileño,
y al verte entre mis brazos, ilusionada y loca,
yo te daré el rimado búcaro de un ensueño
a cambio de las mieles de tu exquisita boca.

El cielo será un palio sobre nuestra fortuna;
un surtidor lejano dirá una serenata,
y al sentirnos dichosos, bajo un rayo de luna,
abrirá nuestras venas un alfiler de plata...

Yo besaré tus labios tierna, cúpidamente
—tus senos en mis manos, con languidez opresos—;
su plegaria nocturna suspenderá la fuente
para aprender el ritmo de tus últimos besos,

Un salmo acariciante preludiarán las hojas;
y moriremos viendo cómo las albas flores,
al fluir de la sangre, se van tornando rojas
como el lecho de púrpura de los emperadores...

CORTIJO DE PEDRALES, EN LO ALTO DE LA SIERRA

**Cortijo de Pedrales, en lo alto de la sierra,
con sus paredes blancas y sus rojos tejados;
con el sol del otoño y el buen olor a tierra
húmeda, en el silencio de los campos regados.**

**Bajo la dirección tenaz de los mayores
se fomentó la hacienda y se plantó la viña;
y más tarde, sus hijos, que fueron labradores,
regaron con su egrejo sudor esta campiña.**

**Todo está como ellos lo dejaron: la entrada
con su parral umbroso y el portalón de encina;
aún la vieja escopeta de chispa, abandonada,
herrumbroso trofeo, decora la cocina.**

Allí los imagino, con ademán sereno,
bajo las negras vigas del recio artesonado,
al presidir la mesa, partiendo el pan moreno,
sus diestras, que supieron conducir el arado;

o en la quietud benigna del campo bien oliente,
mientras el agua clara corre por los bancales,
de codos sobre el mango de la azada luciente
e inclinadas a tierra las testas ancestrales...

¡Oh, el perfume de aquellas existencias hurañas,
que ignoraron, en medio de estos profusos montes,
si tras estas montañas habría otras montañas
y nuevos horizontes tras estos horizontes!

La casa blanca al borde de las espigas rubias,
la conciencia serena y el hambre satisfecha,
los ojos en las nubes que han de traer las lluvias
y el alma en la esperanza de la buena cosecha...

Y así fueron felices... De toda su memoria
sólo quedó esta página inocente y tranquila:
¡Vivieron largamente, sin ambición ni gloria,
su vida fué una égloga dulce como una esquila!

Estos versos enviélos el poeta a su noble pariente don Domingo Rivero González, quien, generoso, pagó a su sobrino

con el admirable soneto que a continuación se reproduce:

**Apolo te conserve la fuerza y el reposo,
nieto de labradores, que en tus estrofas juntas
el pulso del yuguero y el ritmo poderoso
con que en el campo avanzan las sosegadas yuntas,**

**Por tí surgiendo van en amplios medallones,
los viejos campesinos de continente austero
y trajes que dejaban holgar los corazones
tejidos toscamente en el telar casero,**

**Allá, entre sus montañas, cumplieron su destino;
profunda fué su huella y corto su camino...
Tu pluma los evoca junto a la fuente clara**

**con que regar solían en lo alto de la sierra,
y, atávica, tu mano, en vez de escribir, ara...
Trazando sus figuras sobre la madre Tierra...**

BODAS ALDEANAS

Zagala: de tus labios deja que pruebe
el vino: Hoy que tu cuerpo potente ciño,
quiero que en sus corales tu boca lleve
el calor de los besos de mi cariño...

Gustaré de tu aliento la esencia leve
y sentiré, en tus brazos, ansias de niño
al ver cómo levanta tu seno breve
el azul terciopelo de tu corpiño...

Mi juventud hoy quiere carne morena;
tras la carne rosada, la tuya es buena...

Lejos de nuestra mente penas y engaños:
al amor y la vida fieles seremos,
y en bien de nuestras nupcias inmolaremos
el más dulce cordero de tu rebaño...

RECUERDO DE LA HERMANA

Hermana: tras el tiempo del olvido
que en nuestro alejamiento puso mano
mi corazón vuela hacia ti, dolido,
en esta prima-noche de verano...

Mi corazón que de ternura lleno
busca el cobijo de tu hogar dichoso
y que añora romántico el sereno
sueño feliz del familiar reposo...

Veo a casa nuestra, tan lejana,
medio borrada en la penumbra quieta
y en el cuadro de luz de la ventana
recortada y en sombra tu silueta.

Tus ojos miran los senderos vanos

que pinta el claro mar bajo la luna
por donde nos partimos los hermanos
cuando salimos a correr fortuna.

Y envuelta en la sutil hora de encanto
que la quietud de los silencios crea
tal vez por ellos rogarás, en tanto
la noche puebla de ánimas la aldea.

Tristes en su criandad, meditabundas
vagan por los senderos descubiertos;
házlas entrar; que son las vagabundas
almas de tus ausentes y tus muertos.

Estamos todos: de diversos puntos
llegamos al calor de tus consuetos
y como antaño nos hallamos juntos
rodeando a tus rubios pequeñuelos.

Y mi alma se siente bien hallada
en este tibio ambiente de delicias,
y en el corro infantil acurrucada
te reclama su parte de caricias.

Te reclama su parte; está a tu lado
el más pequeño y de menor fortuna:
hazle dormir al eco regalado
del lugareño cántico de cuna:

**«Duerme, niño mío, duerme;
duérmete, que viene el coco,
a llevarse a la montaña
los niños que duermen poco...»**

**¡Hermana, hermana! Tu tranquila gloria
fué para mí dolor, piedad divina,
y el bálsamo cordial de tu memoria,
para todas mis llagas, medicina...**

**Que tú y los tuyos son puerto seguro;
y en este andar entre extranjera gente
vuestro recuerdo peculiar, tan puro,
brota en mi alma con rumor de fuente,**

**Y término de todos mis caminos
veo al final como una luz de oro
perdido entre las copas de los pinos
el ventanal de nuestra casa: y lloro...**

TARDE EN LA SELVA

A los Hermanos Millares.

Tarde en la selva. Agreste soledad del paisaje,
decoración del rayo de sol entre el ramaje
y lento silabeo del agua cantarina,
madre de la armoniosa tristeza campesina.
¡Tarde en la selva! Tarde de otoño en la espesura
del bosque, en el triunfo de la arboleda oscura,
bajo la advocación de las copas señoras
y el plácido consorcio de las dormidas horas...

¡Oh paz! ¡Oh último ensueño crepuscular del día!
El ambiente era todo fragancia; atardecía
y la lumbre solar en fastuosas tramas
quemaba en las florestas su penacho de llamas.
Todo el bosque era un hálito de aromas peculiares;

las hojas despertaban sus ritmos seculares,
y bajo ellas, soñando y a su divino amparo,
la música frescura del riachuelo claro
que el salto de una roca transformaba en torrente,
(Cabellera brumosa, donde, divinamente,
ilustró el arco iris con siete resplandores
la fugaz maravilla de sus siete colores.)

Y el alma se hizo copia de esta virtud silente;
por su influjo, el ensueño tornóse transparente
e iba hundiéndose en una renunciación discreta.
La soledad y el ocio, amigos del poeta,
vestían mis quimeras con ropajes corpóreos
y eran trasuntos vivos los efluvios arbóreos...

¡Oportuna la hora! De entre los matorrales
surgen, tímidamente, los genios forestales
y mi presencia espían, avizores e inquietos,
tras los olmos rugosos y los blancos abetos.
Remisos, un momento, se consultan dudosos,
y en un punto, en el claro, penetran tumultuosos.
Y hacen, desorbitados como frutos gigantes,
columpio de las ramas los elfos trashumantes;
giran los blandos silfos de carnes sonrosadas
con sus alas de insectos tibiamente irisadas;
trenzan ralas piruetas los gnomos casquivanos,
chafando la hojarasca con sus cuerpos enanos,
y los lares acuáticos croan sus voces ruines

viscosos y adobados de lacustres verdines...
Rondan, danzan, simulan fieras acometidas
y entre sí se apedrean con las bayas caídas;
armando una algazara jovial y volandera;
que, caprichosa, rapta la brisa pasajera
y el eco desbarata tras la arboleda honda
entre murmullos de agua y susurros de fronda...

Y el alma, arrebatada de ascensional destreza,
ingrúvida, abandona la temporal corteza
y se suma a la ronda, milagrosa y liviana,
y en el coral divino pone su nota humana...
¡Oh alma mía, he escuchado tu júbiloso acento
sensible en la suprema calidad del momento!
Ahora gozan mis ojos de la victoria cierta
de verte, enteramente, absoluta y liberta.
¡Cuanto más disgregada, más en mi compañía;
fuera de mí, y, no obstante, tan sumamente mía!
¡Alma que recobraste la original limpieza:
sé, una parte, en el Todo de la Naturaleza!

De pronto, en el silencio, un golpe temeroso
atraviesa el recinto de la selva en reposo;
son cobarda, en el viento, persistente y salvaje,
que hena de profundos terrores el boccaje.
¡Es el hasha! Es el golpe de su oficial violento
que, bruscamente, llega, desolador y cruento,

de la entraña del bosque, donde un tifo sombros
yergue su soberana magnitud de coloso...

¡Oh dolor! El monarca de la selva suntuosa,
el patriarca de verde cabellera gloriosa
que preside el sagrado misterio de la umbría,
mira llegar su muerte con la muerte del día.
Y hay un grave silencio meditabundo, inmenso,
y es tan grande la duda y el temor tan intenso
que callan, espantados, hojas, lares y fuentes
para escuchar medrosos... y oyen, intermitentes,
en el dolor tremendo, los redobles del hacha
prendidos en el pasmo de la encalmada racha
donde triunfan lo breve de un estallido seco
y mueren duramente, sin amor y sin eco...

Y los viejos del bosque, los viejos de alma fuerte
temen, presentidores de una uniforme suerte;
y hay en sus copas trémulas como un sollozo humano,
como un plañir de preces por el perdido hermano
que a cada golpe arguye con un mortal gemido
y tiembla, y se estremece, como un titán herido..

Súbitamente, un grito hiende la selva, ronco;
creyérase el lamento postrimero del tronco
que al ceder maldijera... Y el coloso vacila,
y la enorme silueta, pesadamente, oscila.

**Heridas por la muerte sus savias vigorosas,
ved, cómo el triste extiende sus ramas temblorosas
como brazos que quieren asir, inútilmente,
la ramazón cercana, que cruje sordamente.
Aun en el aire, un punto, gira alocado, incierto,
y rauda cae de bruces sobre el camino: ¡muerto!**

EPITAFIO

**Grave señor del bosque, que sobre el verde prado,
Inmóvil y maltrecho, yaces abandonado:
no abatieron tu frente gloriosos capitanes,
sino el golpe pechero de los ruines jayanes.
Ya, sobre tus cabellos, no volarán los ruidos
propicios al geórgico misterio de los nidos.
Tus frondas, que escucharon los silvestres cantares,
caldearán, ahora, los ahumados liares
de la pobre cocina o el salón solariego
y estallarán dolidas a los besos del fuego.
Mientras tanto, en el seno de la selva sombría,
tu cuerpo mutilado flagelará la fría
caricia del invierno... Pero el tronco marchito
volverá a fecundarse con el calor bendito,
y, activamente henchido de vitales renuevos,
cubrirá sus arrugas con los retoños nuevos,
cuando llegue en el carro del aura mensajera,
precedida de un rayo de sol, la Primavera...**

A N E S T O R

Epístola

Buen amigo: ya el plectro acordado
suena al grato calor de la holganza,
y contentos, por darte recado,
a ese viejo Madrid tan amado,
van mis versos en sen de alabanza.

Es la siesta y es junio: conquista
la pereza hizo en mí con su lazo;
yo pensaba en tu triunfo de artista
cuando el sueño, anublando mi vista,
dióme cuna en su muelle regazo.

Y soñé: complicadas quimeras
inundaron de luz mi memoria;

vi una isla con vastas praderas.
Como el noble mentor Néstor, eras
el señor de esta tierra ilusoria.

No es la Pylos del clásico amada
que exaltaron viriles rabeles;
la que sólo de arenas sembrada,
con la crin a Hiperión desatada,
frecuentaban veloces corceles.

Todo el filtro del sueño ha cambiado:
ríe el agua en las bravas campiñas,
y se ve en el sarmiento granado
el racimo del fruto sagrado
que cuajaron las áticas viñas.

El ambiente de aromas llenaron
los frutales de pulpas bermejas;
plenitud las espigas lograron,
y el hipémano ardor acallaron,
con su manso rumor, las abejas.

Y es, al sol, una fiesta de olores
que presiden las brisas suaves:
los boscajes colgados de flores,
y en las ramas de frescos verdoros
alborozo de músicas aves.

Hay un bello palacio; su hechura
el azul de los cielos explora
—maravilla de la Arquitectura—
el frontón, de perfecta finura,
profusión estatuaria decora.

El alcázar rodea eminente
columnata de énix bruñido
cual la adarga de Palas luciente;
y en el pórtico tú, negligente,
como en tu «Epitalamio» vestido.

A lo lejos, el mar en sosiego
de infinito y azul embriagado;
semejando el rumor de su juego
el respiro de un cíclope ciego
por la mano de Zeus castigado.

¡Noble mar de las gracias helenas
celebrado de heroicas acciones!
¡Viejo mar, cuyas ondas serenas
sonrosaron de amor las sirenas
y aclamaron los roncós tritones!

Sobre la ancha planicie ilusoria,
navegando magnífica y grave
—tan alada como la Victoria—

su enarcado aparejo de gloria
da a la racha una olímpica nave,

Canta el viento en las lonas latinas
—se diría una garza que vuela—
y tras ella, en tropel, las divinas,
las desnudas nereidas marinas,
se entrelazan danzando en la estela,

Se creyera montaña de bruma
que Tifón impetuoso arrebató;
mas, de pronto, su vuelo se abruma
al hundirse en un salto de espuma,
las unísonas anclas de plata.

Cruje armónico el casco sonoro,
El gran Sol apolónico loa
el milagro, con dardos de oro.
La quimérica testa de un toro
abre su cornamenta en la proa.

Una barca al costado; severos,
tres viajeros ocúpala mudos;
caen los remos de un golpe, certeros:
doce negros, los doce remeros,
con los torsos potentes desnudos.

Con la borda inclinada, graciosa,

el zafir de las aguas cercana,
y al llegar a la playa, orgullosa,
con tremante embestida amorosa,
clava su tajamar en la arena.

Toman tierra los tres pasajeros;
sus alzadas figuras violentas
se comportan con rostros severos.
Helios, niño, duplica sus fueros
en la pompa de sus vestimentas,

Por enorme equipaje abatidas
las bronceínas espaldas gigantes,
en pos marchan los fieros numidas:
tienen sus complexiones fornidas
actitud fatigosa de atlantes.

Se aproximan; su astral refulgencia
les envuelve en constante reflejo;
y al llegar a tu ilustre presencia,
previo el acto de una reverencia,
se detiene el extraño cortejo.

A una seña, las manos pecheras
dan a tierra sus fuertes caudales:
sendos fardos de argénteas hileras,
y amplios cofres de raras maderas,
con herrajes de finos metales...

Sé adelanta el más viejo. Es hermoso
en su gran senectud dilatada,
y la barba longeva, en reposo,
recorriéndole el cuerpo anguloso,
va a rozar su babucha encarnada.

«—Sé que amas—te dijo—la orgía
de las telas de gama esplendente;
yo te traigo en mi mercadería
la más rica fantasmagoría
que tramaron telares de Oriente.

Yo te ofrezco las magas labores
que, al arrullo de las lanzaderas,
embrujaaron de ardientes colores
la destreza de mis tejedores
y el ensueño de mis hilanderas.»

Y su mano estelada de anillos
desplegó ante tus ávidos ojos,
detonantes de fúlgidos brillos,
una loca irrupción de amarillos,
y de azules, y verdes, y rojos.

Todo un haz fibrilar complicado
que en randaes diversos se enreda,
y es ficción en el dul encanto,

majestad, en el áureo brocado,
y sensual afredicia, en la seda.

Todo un nimbo feliz de aureolas
que entramados policromos junta;
y ya finge gigantes corolas
o imitando pavónicas colas
en simétricas temas se ayunta.

Y uno es lleno de grifos simbólicos;
otro pinta una escena beduina;
y hacia un templo de laca, hiperbólicos,
dan su vuelo los ibis mongólicos
én un viejo retal de la China...

El segundo, a decir su embajada
se dispone con gesto sereno:
babilónica barba trenzada,
con prolijo primer anudada,
estiliza su rostro moreno.

En su ojos hay flechas de hechizo,
bajo el arco en tensión de las cejas,
y a los lados del cuello robizo,
dos argollas de cobre macizo
le perforan entrambas orejas.

Y te habló: «—Soy asirio joyero

que en profundas cavernas rocosas,
a la voz de un conjuro hechicero,
vi brotar en flagrante hervidero
todo un Tigris de piedras preciosas.

Porque entiendes la altiva leyenda
que relatan las limpias facetas,
yo te doy mi tesoro en ofrenda.»
Y a tus plantas volcó la estupenda
variedad de sus arcas repletas:

Flamearon su ardor planetario
los berilos de agudas aristas;
y encendieron su fiel lampadario
los topacios de sueño lunario
sobre el golfo de las amatistas.

Blancas perlas de lácteos celajes,
esmeraldas de verde tan fino
y ópalos de tan puros agujes,
como nunca los viera en sus viajes
el viajero Simbad el Marino.

Y la luz en radiante fracaso
rutilaba de vivas centellas
la efusión lapidaria, a su paso,
cual si Orión desplegara al ocaso
su infinita falange de estrellas...

El tercero su turno apresura
por donarte su propio presente:
juvenil es su bella figura,
y han un algo de ambigua hermosura
los encantos del adolescente.

Bien pudiera su gracia raptora
figurar, con iguales preseas;
como ninfa en el rango de Aurora
o guiando con pierna opresora
un caballo, en las panateneas.

Viste un sayo de líbica hechura
que circuye una greca morada
y en el pecho de armónica anchura,
engastada en antigua montura,
fulge una cornalina ovalada.

Ya su boca la plática inicia
como son de lirado cordaje;
y la tarde, al encanto propicia,
va prendiendo la alada caricia
—una flor cada voz—al paisaje:

«—Disfrazar la verdad con mentira
es ardid de prudente guerrero.
¡Mi señor! Ya mi pecho suspira,

y a más dulces victorias aspica
puesto en su natural verdadero:

Soy mujer... Y en mi cuerpo ingozado
una flor estelar se cultiva
y florece un misterio sagrado,
como un rayo de sol perfumado
contenido en un ánfora viva...

¡Soy mujer!» Y sus manos radiosas
descifieron su veste ambarina
y ofreció a tus miradas ansiosas,
como un albo milagro de rosas,
su total perfección femenina.

Concepción prodigiosa de estilo,
redujera a las Gracias a alumnas
de su enorme reposo tranquilo:
¡toda blanca sobre el peristilo
entre dos elevadas columnas!

Y con voz que es sutil melodía:
«—Ya lo ves, nada tengo que darte,
mas te traigo en carnal ambrosía
la razón de suprema armonía
que hará eterno el valor de tu arte:

Soberana de oculto sentido,

en arreo nupcial comparezca;
y desanda de todo vestido
al ensueño por ti preferido,
como en un holocausto, me ofrezco.

Vestirás mi figura, primero,
con las telas de más fantasías,
y después, con solícito esmero,
enjoyándome irás por entero
con el fuego de esas pedrerías.

Harán fondo jardines risueños,
que arderás de florales matices;
y hundirás en blandores sedes
la quimera de mis pies pequeños
con tus más asombrosos tapices.

Por remate del regio tocado,
prenderás un diamante de hoguera
a un rajá fabuloso robado;
que será como un astro orbitado
en la noche de mi cabellera...

Yo, a mi vez, te daré el universo
de mi amor, que es prisión y alegría:
de hallarás, apacible o perverso,
cada día un motivo diverso
y una nueva emoción cada día.

**Y en los vagos momentos ociosos,
cuando el tedio tu halago disfruta,
yo hurtaré los diablejos celosos
con mis labios que tienen gustosos
el color y el sabor de una fruta...»**

**Su voz calla. Y velando sus formas,
se reviste con grave nobleza,
mientras vierte el misterio sus normas
y hay un himno que elevan las Formas
en honor de la madre Belleza...**

**Quiere ver, mas no ve mi mirada;
yerra el alma por sendas brumosas.
La virtual expresión increada
va envolviendo en su gasa dorada
la celeste inquietud de las cosas.**

**Huye el sueño... El solar mediodía
reverbera el añil de su fiesta;
y al abrir mis pupilas al día
se ha evadido la extraña teoría
en el oro estival de la siesta...**

Balada del niño arquero

I

El rapaz de los ojos vendados golpea mi puerta
y su golpe atraviesa temblando la casa desierta:

—Voy, Amor... ¡Con qué afán mis deseos bajaron a
[abrirte!
Entra, Amor; francas tengo mis puertas para reci-
[birte...

¡Todo el día arreglando mi casa, desde muy tem-
[prano,
porque en todo resultara digna del gentil tirano!

Las estancias recogen el ánimo de pulcras y olientes.
He colmado los viejos tibores de flores recientes

y por dar a su carne rosada reposo y provecho,
son plumón y con cándidos linos conforté mi lecho...

¡Como un ascua reluce esta noche mi vieja morada,
cual si lleno la hubiesen de estrellas, toda iluminada!

El rapaz de los ojos vendados golpea mi puerta
y su golpe estremece de gozo la casa desierta...

—¡Te esperaba! A mi ruego devoto fué blando el
[Destino;
con las rosas primeras del año te alfombré un camino

y en la arcada de piedra musgosa que marca el lin-
[dero,
bajo un verde festón de follaje, colgué este letrero:

«¡Caminante que Nevas por báculo un arco encan-
[tado
y a la espalda, supliendo la alforja, tu carcaj dorado:

no prosigas tu viaje más lejos, que estás en tu casa.
Jovencito: ¿Si Eros e Cupido te llamas? ¡Pasa!»

El rapaz de los ojos vendados franqueó mi puerta:
¡su visita dejó perfumada la casa desierta!

II

Cuatro veces fui muerto, cuatro veces, Amor, me
[has herido!

¡Más de cuatro pasaron tus flechas silbando a mi
[oído]

¡Cuatro heridas sangrientas que el Arquero causó,
[envenenadas]

¡Oh dolor! Cuatro duras saetas en mi alma clavadas:

La primera en la frente descargó su artificio vio-
[lento...]

¡Su ponzoña hizo presa en la llama de mi pensa-
[miento]

La segunda en los ojos. ¡Ciego soy, mas me sirve
[de guía,
en la ruta, una mano que siento temblar en la mía]

La tercera en la boca. ¡Mi mal tiene delirio sonoro:
repetir de continuo las cifras de un nombre de oro]

Y la cuarta en el pecho... ¡Oh, mal haya la punta
[hemicida
que, a la par de causarme la muerte, dejome la vida]

¡Cuatro veces fui muerto, cuatro veces, Amor, me
[has herido;
más de cuatro pasaron tus flechas silbando a mi oído]

¡Oh tristeza! Mi alma que un pacífico sueño en-

[volvía]

por tu causa salmodia la pena de esta letanía:

¡Duro Amor veleidoso... Simulacro de eternos ar-
[dores]
te juzgamos propicio tan sólo para nuestras flores!

¡Breve amor lisonjero... Decidor de una paz no tur-
[bada]
tu licor en mis labios sedientos fué sed renovada!

¡Cruel Amor fatalista... Olvidar tus cadenas no es
[dable];
tienes toda la inmensa amargura de lo irremediable!

De tal modo mi queja a los aires lanzó tus rigores...
¡En mi ser batallaban conmigo los cuatro dolores!

¡Cuatro veces fui muerto, cuatro veces, Amor, me
[has herido...
más de cuatro pasaron tus flechas silbando a mi oído!

III

¡He cerrado la verja de hierro que guarda la entrada
y he arrojado después al estanque la llave oxidada!

Por trocar en olvido apacible mis duros enojos

he atrancado las puertas del patio con dobles ce-
[rrojos,

y he clavado las altas ventanas que vieron al frente
los lejanos pinares dorados al sol del poniente...

¡Estoy solo; mi espíritu es lleno de un algo inefable!
Mal curado de amores, ya pronto estaré saludable...

De las viejas cenizas mis manes hurtaron el fuego
y en el vivo y cruel sobresalto pusieron sosiego...

¡Oh qué bien este encanto sereno que en mi alma
[se vierte!

¡Oh cuán grande este dulce reposo que es casi una
[muerte!

¡Oh temor! En el alto silencio se escucha un ruido;
¡alguien anda crujiendo la arena del parque dormido!
¡Han hablado; oigo voces perdidas al pie de la
[fuente!

Voy a ver ... ¡Es tan sólo un capricho de convale-
[ciente!

Abriré los maderos, no abriré los velados cristales,
¡Nadie puede forzar de mi empeño los firmes um-
[brales,

que he cerrado la verja de hierro que guarda la en-
[trada
y he arrojado después al estanque la llave oxidada]

¡Nada veo! El misterio nocturno de mi alma se
[adueña...

¡Et jardín en la noche de plata parece que sueña!

Abriré; sólo vanos temores turbaron mi aliento:
Son fantasmas que fingen los pinos mecidos del
[viento...

El silencio del alma al silencio del parque se aúna,
¡En el cielo se abrió, toda blanca, la flor de la luna!

En las sombras un pájaro arrulla quejosos remedos,
Un temblor que renueva mi angustia, me llena de
[miedos...

¡Algo cruza en un rápido vuelo rozando mi oído!
Un silbido atraviesa la noche... ¡Gran Dios, me han
[herido!...

¡He cerrado la verja de hierro que guarda la entrada,
y he arrojado después al estanque la llave oxidada!...

ENVIO

¡Otra vez, dura flecha, por matarme saliste traidora
de la aljaba de los ojos negros de la flechadora!

¡Otra vez en mi carne te clavaste con alevosía
y tu hierro gustó el dejo amargo de la sangre mía!

Di a la mano de nieve que te lanza contra mi ven-
[tura
que al tú herirme respondió mi pecho con ciega lo-
[cura!

«¡ Bienvenida saeta, mensajera de males de amor!
¡ Si hay dolor en tu punta acerada... divine Dojor!...»

Tomás Morales, íntimo

Por Fernando González

Nació Tomás Morales en la isla de Gran Canaria, en un pueblecito blanco tendido sobre una colina, junto a un barranco hondo, próximo a un bosque de tilos. Desde sus alrededores se ve el mar a poca distancia. Allí vivió el poeta sus primeros años; en medio de aquellos campos aprendió a amar la Naturaleza con aquel fervor profundo que, andando el tiempo, habíamos de hallar en sus poesías. Por las calles de aquel pueblo, que salen al campo con dirección al mar, vagó el poeta cuando niño; por ellas fueron sus miradas y su pensamiento, virgen todavía, hacia el azul del Océano... El espectáculo de su infancia en el pueblo debió quedar im-

preso en su memoria con caracteres tan seguros, que siendo su obra, para nosotros, un exacto reflejo de lo que fué su vida, son, en ella, el reflejo de estos primeros años suyos, los poemas que componen las «Vacaciones sentimentales».

En Cádiz estudió Tomás Morales los primeros años de la carrera de Medicina. Luego, de una manera irregular, la terminó en Madrid. En sus viajes, en época de vacaciones, sobre el Atlántico, aprendió el ritmo de la onda, se nutrió de noción de lo infinito, abasteció su despensa intelectual de substancias eternas, y, dueño de una verdad casi desconocida, empezó su cantar. Su voz poética era un acento nuevo en la poesía española de entonces. Cantaba al mar... Cada estrofa suya era como un trozo de océano, cuyos versos fueran cuatro olas que iban a morir en la playa armoniosa de la rima...

Aquí, en Madrid, publicó nuestro amigo los «Poemas de la Gloria, del Amor y del Mar», que bien pronto le conquistaron un nombre y un lugar entre los mejores. Al volver a la isla de Gran Canaria, después del triunfo, fueron para él todos los homenajes. Gozaba de una gran consideración que fué ensanchándose con el tiempo; consideración

que nadie ha podido superar y que, tal vez, allí, nadie iguale durante muchos años. Indudablemente, influyó mucho en ello el excelente recitador que había en el poeta...

Médico ya, obtuvo Morales una modesta titular en un pueblecito del Norte de la isla, en Agaete. Allí cultivó su profesión varios años; allí se casó—¡compañera ideal, amiga clara!—; allí nacieron sus hijos. En aquel rincón isleño, a la orilla del mar, junto a un acantilado bravío, escribió casi todos los poemas de su segundo libro de «Las Rosas de Hércules». En Agaete vivía plácidamente, paciente jardinero enamorado de un rosal. De vez en cuando, abandonaba su retiro y bajaba a Las Palmas. El médico rural se convertía entonces en el Poeta.

Reciente está la fecha en que publicó el segundo libro de «Las Rosas de Hércules». Seguro estoy también de que muchas de las personas que me escuchan le oyeron recitar, hace sólo dos años, en el mismo lugar en que hoy nos reunimos para dedicar un recuerdo a su memoria; y, pienso, que le evocarán tal cual era en esos momentos: la cabeza inclinada a un lado, la melena desaliñada y el gesto entre burlón y triste de su semblante, acompañando el ritmo solemne

de sus versos con la gravedad majestuosa de sus ademanes.

Ya, con su esposa y sus hijos, residía en Las Palmas. Estaba próximo el término de su vida. Trabajaba poco; leía mucho. Entre los poetas de los últimos tiempos, D'Annunzio, Verlaine, Baudelaire, Heredia, Darío, eran sus admiraciones más inmediatas. Con las poesías de su obra inicial y algunas nuevas, preparaba la publicación del libro primero de «Las Rosas de Hércules», al mismo tiempo que escribía las primeras páginas del que iba a ser su libro tercero. Ni uno ni otro pudo ver terminados. La muerte, de un tajo, cortó su vida, que era feliz y bella.

«¡Murió! Con esta sola palabra quiero expresar el dolor de la amistad enlutada. Morales era el faro intelectual de nuestra isla, muerto Galdós. Un faro que derribaron los temporales, pero que aún brilla y alumbra sobre aquellas costas y montañas, porque, antes del fatal suceso, dejó, en el Archipiélago, llenos de claridades los espacios.»

Quartillas leídas por su autor en la velada que celebró el Ateneo de Madrid en 1922, en memoria del poeta Tomás Morales.

Juicio de Ramiro de Maeztu

EL POETA MORALES

Por Ramiro de Maeztu.

El Ateneo de Madrid va a conmemorar con una velada la obra de un poeta canario, el malogrado Tomás Morales, que nació en Moya de Gran Canaria el 10 de octubre de 1885 y murió en Las Palmas el 15 de agosto de 1921; publicó en 1908 su primer libro de versos y al concluir la guerra europea, a la que dedicó algunos de sus poemas, el segundo, ambos coleccionados en dos volúmenes impresos bajo el título común de «Las rosas de Hércules», título extraño, pero que sirve para sugerir el hecho de que Morales es uno de

los pocos poetas del mar que ha producido la literatura de nuestra habla.

El primer tomo comprende su producción primera y la póstuma, inacabada, fragmentaria y breve. Las poesías primeras llamadas «Vacaciones sentimentales», en las que el poeta valora los primeros recuerdos de cosas y personas familiares, revelan ya a un artista que no necesita sino vivir y trabajar para ser grande. Tiene rico lenguaje, delicado el oído, abundantes las imágenes y una mezcla preciosa de intimidad y elocuencia.

¿No has sentido una noche, cuando a casa volviste,
al abrir a deshoras la puerta de tu cuarto,
agitarse en un vuelo ligero las cuartillas
y temblar los cristales con pasajero espanto?...
Creíste que fué el viento de la puerta al abrirse...
¡creíste que fué el viento... y no fué el viento aca-
[so!...

Lo que a mí me place más en esta primera etapa de Morales es el certero instinto que le lleva a buscar el valor profundo de las cosas que aparentemente valen poco. Esta es la misión religiosa del arte; revelarnos en sus detalles el valor de la vida y el mundo. ¿Hay cosa que valga menos que los recuerdos de una tía provinciana que visitó la ca-

pital hace más de treinta años? Ella misma no es ya más que un recuerdo; sus memorias son sombras de sombras. Pero dejad que Morales nos cuente, entre todas las historias de la tía Rosa, la de los dos meses de su estancia en Madrid. El cuento se va desarrollando poco a poco. Morales se asemeja a su paisano Galdós—y a Cervantes—en que refrena la emoción que le inspira y deja rodar un poco las palabras antes de transmitirnoslas. Todo lo vió en Madrid la tía Rosa y fué un día, disfrazada de maja, a un baile del Real. Nunca había visto juntas tantas mujeres elegantes, ni tantos hombres de frae. De todas las mujeres, no por hermosa, sino por tímida, la más requerebrada fué la tía Rosa. Sus sobrinos quisieron ver aquel disfraz tan celebrado, que dormía sus glorias «en el apollillado misterio de un arcón». Poco a poco van saliendo la basquiña negra, la mantilla blanca, el escaupín de raso y las medias rosadas. Todo está un poco ajado. La hermana del poeta, una chicuela de quince años, viste en un dos por tres las viejas prendas. El poeta la chicolea entusiasmado.

Y benévolamente tía Rosa sonreía
caso recordando el donaire jovial,

con que el Rey Don Alfonso la llamó: ¡Reina mía!
aquel inolvidable Martes de Carnaval.

Poco después compone Morales sus primeros «Poemas del mar». Hay en estas composiciones descripciones primorosas y versos altisonantes:

Puerto de Gran Canaria sobre el sonoro Atlántico,
con sus faroles rojos en la noche calina,
y el disco de la luna bajo el azul romántico
rielando en la movible serenidad marina...

Pero aquí también lo que yo más quiero
es el recuerdo emocionado de las cosas humildes,
como el viejo marino que anda por
el mundo con su pierna de palo, su cruz pensionada
del Mérito Naval y para el cual

entre otras grandes cosas, dignas de su respeto,
es una, la más alta, ser súbdito español.

El segundo volumen de «Las rosas de Hércules» nos muestra ya a otro poeta. Aunque se trata de un escritor dotado, como dicen los franceses, es decir, de un hombre en quien el lenguaje ha sido siempre, y sin esfuerzo, rico y sonoro, del primero al segundo tomo media la diferencia que hay entre un arminium y el órgano de una catedral. Diríase

que no ha hecho el poeta en sus años de silencio más que ir añadiendo cuerdas a su lira. Este tomo es el que contiene sus poemas de guerra y su «Oda al Atlántico», que es el de más empeño de todos sus poemas. Aquí están la «Alegoría del Otoño» y la «Tarde en la selva», maravillas de poesía descriptiva, aquí también la epístola «A Néstor», que es la maravilla de las maravillas, en punto a música, color, sabor y riqueza de lenguaje. Estas poesías, el «Canto a la ciudad comercial» y la «Balada del niño arquero», son las que hacen decir a su excelente crítico y amigo don Enrique Díez-Canedo que:

«Tomás Morales, alumno de Darío sólo en lo superficial, tiene sus profundos antecesores entre los poetas latinos: en Cátulo, en Ovidio, en los tardíos Ausonio y Claudiano. Aquí una fragancia de rústico huerto, enriquecido por la estación en maravilla de frutos; allí una pomposa alegoría, en que vuela un ser mitológico sobre exuberantes jardines, entre arquitecturas opulentas. De ahí viene la elocuencia que es cualidad cardinal en la poesía de Tomás Morales, de su abolengo latino que, seguramente sin proponérselo, le lleva a acertar en su vocabulario con la palabra evocadora, concreta, apretada, de

Otras opiniones sobre el malogrado poeta

«Nuestra novela llena de pícaros, pastores y caminantes, apenas hasta «Sotileza», aborda temas marítimos. En la poesía, desde las pequeñas marinas gallegas de Martín Codax, en el siglo XIII, hay casi que llegar a Tomás Morales en el XIX, para encontrar versos de mar.»

J. M. Pemán.

×

«En este tiempo en que, a pesar de la opinión de Gómez Carrillo de que «la poesía es entretenimiento de millonarios», los libros de versos se multiplican, esto no viene a ser un libro más; es una obra que aporta algo nuevo, hermosamente nuevo sin retorcimientos de frases ni exquisiteces de alambicados pensamientos; fácil en el lenguaje, con léxico español, castizo y variado. Energicos y mu-

sísales en la forma, sanos en el fondo, los sonetos de Tomás Morales que forman la parte consagrada al mar son de una suprema belleza. Cuadros admirables de poesía, que nos dan la sensación de las olas del Atlántico y el perfume de las algas marinas.»

Carmen de Burgos.

X.

«En cuanto a la poesía, a la cual hoy he de referirme estrictamente, las Islas Canarias nos han traído una espléndida contribución lírica en los días de hoy. Nos han dado sus poetas una nueva nota de sensibilidad: nos han cantado el mar y el encanto de los puertos cosmopolitas, y en sus estrofas oímos zumbir las caracolas marinas...

¿No es una nota de emoción inédita en la poesía castellana aquella estrofa de Tomás Morales?

Puerto de Gran Canaria sobre el sonoro
[Atlántico,
con sus faroles rojos en la noche calina...

A mi entender, y creo que al entender de todos los hombres de buen gusto, Tomás Morales es hoy el segundo gran poeta de España.

ña. Después de Antonio Machado, ante el cual yo rindo mi pleitesía, y digo: «Tu duca, tu signore è tu maestro...», yo creo que no hay quien supere a Tomás Morales en expresividad, en fuerza emotiva, en pericia para tañer el instrumento y en el hechizo de traer notas de sensibilidad...»

Edmundo González-Blanco.

×

«El Poeta del Atlántico».—Fué preciso que le naciera a España un hijo ungido por las musas en las Islas Canarias, para que el idioma de Castilla tuviera su cantor del Océano.

España está casi totalmente rodeada por el mar; pero Castilla no lo ve, y su hegemonía del idioma sobre las demás regiones hizo que en las obras de sus poetas el mar estuviese ausente.

Un cantor del mar tenía forzosamente que estar identificado con él para poder apresar en sus versos la amplitud y la claridad del Océano. Tal fué el caso de Tomás Morales. Su «Oda al Atlántico» no tiene precedente en lengua castellana.

En su primer libro de versos «Poemas de

la gloria, del amor y del mar», junto a un sentido panteísta de la existencia, un cierto amor a los sentidos, halagados por el paisaje maravilloso que rodea al poeta, se advertía su predilección por el mar. Ya entonces cantaba:

El mar es como un viejo camarada de in-
[fancia,
a quien estoy unido en un salvaje amor...

Este fecundo amor maduraría más tarde en su «Oda al Atlántico», dividida en XXIV cantos breves, reveladora de un estro privilegiado. Obra de plenitud, se percibe en ella la voluntad cósmica que preside la inspiración del poeta.

Mar azul de mi Patria, mar de Ensueño,
mar de mi infancia y de mi juventud... ¡Mar
[mío!

Bien pudo hablar así Tomás Morales, porque ya su nombre, como cantor del Atlántico, vive siempre en el Parnaso castellano y es una constelación nueva en el cielo de la poesía...

Valentín de Pedro.

ANTONIO ZEROLO

POESÍAS ISLEÑAS

ANTONIO ZEROLO

**"Los últimos líricos", por L. R.
Notas biográficas**

(Algunas poesías del celebrado vate)



LIBRERIA HESPERIDES,—(CANARIAS)

Santa Cruz de Tenerife

Los últimos líricos

Año de 1923. Comienzo de una etapa luctuosa para las letras tinereñas. El derrumbe de toda una tradición intelectual, la de aquella pléyade de escritores y poetas que tanto enalteció a nuestra tierra; Ossuna, Tabares Bartlett, Zerolo, Guillermo Perera, Estévanéz, Beyro, Cabrera Pinto, Alonso del Castillo, Manrique... ¡Todos desaparecidos en el transcurso de un lustro, con cortos intervalos, como si se hubiesen dado cita para el triste desfile, como si una mano aléve se los llevase de reata, uno tras otro, en fúnebre y doloroso cortejo! ¡Y todos ellos como tocados del mismo sino fatal, con el mismo presentimiento de su Destino!

Ningún temor me asalta ante el misterio profundo del morir.

¿Acaso de ilusiones, cementerio
no es siempre el porvenir?
decía Guillermo Perera en sentidas rimas.
Y clamaba luego Zerolo, acongojado por la
muerte de Tabares Bartlett, su fraterno co-
lega:

Cantor glorioso de la patria mía,
lágrimas son de sangre las que vierto;
de mi vida en el árido desierto
sólo sepulcros miro. Una elegía
bella, inspirada, a componer no acierto.
Tú ya descansas, adorado muerto,
pero yo vivo y sufro todavía...

Uno más en mi lista funeraria.
¿Quién cantará las glorias de Nivaria,
su cielo azul y su verdor lozano?...
La muerte inexorable no respeta
ni al genio creador. ¡Adiós, poeta,
hasta la eternidad, amigo, hermano!

Y el poeta, atormentado de dudas y fa-
tigas, seducido por el misterio del más allá,
vió al poco realizado su afán de reposo, y
aquel su deseo de que arrullaran su sueño,
en el remanso de la Vega,

los pinos que coronan la montaña
y el mar de Atlántico que meció su cuna.

Enmudecieron, pues, las liras más sonoras
del pequeño Parnaso isleño, y dejáronse de
oir sus acentos en nuestros fastos literarios.

X

¡Zero! Símbolo, caudillo, cantor excelso
de la raza, su nombre va unido a toda la his-
toria—triunfos, alegrías y duelos—de una de
las generaciones que más profunda huella de-
jara en la cultura y la ciudadanía del país.
¡Cómo se desbordaba el entusiasmo de las
multitudes ante los arrebatos sentimentales
del poeta! ¡Qué férvida pasión en aquellos
cantos a la patria, al terruño y a sus héroes!
¿Quién no recuerda sus estrofas?

Desde la cumbre bravía
hasta el mar que nos abraza,
todo es luz y poesía.
¡No hay tierra como la mía
ni raza como mi raza!

... ..

¡Ay de mis islas!, que van
a ser botín de la guerra.
Si amenazadas están,
¿para qué quiere el volcán
la hirviente lava que encierra?

¿Y quién no recuerda aquel cuento del pa-
jarillo muerto en la jornada del 25 de Julio;
feliz exaltación de nuestra amada y gloriosa
bandera?

Tinto en sangre, cara al sol,
aquel rey de los cantores,
mostraba los dos colores
del estandarte español...

Así, de efemérides en efemérides, de pue-
blo en pueblo—¡cincuenta años pulsando el
sonoro laúd!—hasta agotarse aquel raudal co-
pioso de su inspiración. Llama que se apagó
entre las sombras y el silencio de su retiro,
testigo de tantos afanes de gloria.

¡Qué triste y dolorosa renunciación la del
poeta viendo entenebrecerse aquel cielo ale-
gre y riente de su Vega «en la tarde otoñal,
lluviosa y fría!» ¡Y qué dolorido acento en
sus palabras!

Noches de amor y días de plácida ventura,
visiones, panoramas espléndidos, pasad
como apiñadas nubes en la celeste altura:
Mi conturbado espíritu ansía olvido y paz.

Conservamos la última carta del poeta, denegándonos unos versos que le pedíamos. «Me encuentro en cama, decía, con un terrible ataque de neurastenia. No estoy para nada. Quisiera morirme. Quiero permanecer arrinconado en el olvido. No es que no quiera, sino que no puedo. Más adelante, más adelante, cuando me entone algo, si es que me entono. ¡Sabe Dios lo que sufro al darte esta negativa! Pero en esta disposición de ánimo no puedo hacer nada, ni coger la pluma. Otro más, otro más digno.»

Y murió, limpio de toda culpa, orgulloso de su pobreza, sereno y resignado. Tal como nos lo decía en uno de sus sonetos:

Quiero morir en paz con mi conciencia,
sin haber en el vicio encenagado
el apellido humilde, pero honrado,
que recibí como sagrada herencia.
Cuando se cumpla la mortal sentencia,
quiero estar de los míos rodeado,
valeroso y sereno, cual soldado
que luchó por el Arte y por la Ciencia.

Los ruisiñores se fueron. En los nidos de antaño ya no hay pájaros hogaño. La Muerte los fué cubriendo con crespones de luto. Se marcharon, uno tras otro, nuestros últimos líricos, y ahora duermen su sueño de gloria a la sombra de los viejos sauces laguneros.

Recordemos las palabras de Heine: «La naturaleza previsoramente crea para cada generación estadistas y poetas. El pueblo necesitará siempre un gobernante que lo enfrene y un ilusionador que lo exalte.»

Estos «ilusionadores» los perdimos, pero nos queda el recuerdo de sus jornadas triunfales. ¡Y rosas aún en la Vega para deshojarlas en sus tumbas!

LEONCIO RODRIGUEZ

Notas biográficas

Don Antonio Zerolo fué el poeta isleño por antonomasia; el cantor más exaltado y ferviente que ha tenido nuestra tierra. Su genio y su inspiración inagotables esmalta-ron de pensamientos y sonidos, pregonados en el clarín tremante de su verbo, todos los bellos motivos, ora fuertes y arrebatados, ora apacibles y tranquilos, que atesora el alma isleña.

Nació el ilustre vate en la ciudad de Arrecife (Lanzarote), en el mes de febrero de 1854.

A los 14 años escribió, leyó y publicó su primera poesía, dedicada a Cervantes. El entusiasmo súbito e insospechado que produjo su lectura en el Gabinete Instructivo; los halagüeños y sabrosos comentarios del auditorio selecto y cultivado de la época, y la triun-

fal acogida que lograron sus versos en las revistas de España y América, fueron la iniciación, el punto de partida del poeta hacia la popularidad, la admiración y el respeto de que luego supo rodearse, renovando incesantemente su espíritu y su genio con las más acabadas y exquisitas producciones.

Una serie interminable de triunfos sin precedentes, siguió luego a esa afortunada revelación. En unos Juegos Florales celebrados en Reus, donde nadie le conocía ni se sabía de su nombre, obtuvo la Flor Natural, para su admirable composición «Prim en los Castillejos», canto enardecedor a la victoria que todavía se recuerda con esa emoción vibrante e impaciente de las arengas patrióticas. Allí también se le concedió un primer premio a su oda «El Trabajo». Y, sucesivamente, se vió galardonado con los dos primeros premios en los Juegos Florales de Guadalajara; la Flor Natural y un Primer premio en los de la Orotava—los primeros celebrados en Canarias—para sus bellísimas poesías «Excel-sior» y «A Jesucristo»; la Flor Natural y el Gran Premio en otros tres certámenes de la misma índole, verificados en La Laguna, y de los que se conservará, como nobilísima ejecutoria y testimonio inexcusable del gran poe-

ta; su composición titulada «La cueva del rey Bencomo», saturada del más sano y patriótico isleñismo.

También obtuvo las más altas distinciones en el certamen organizado por el Nuevo Liceo de Orotava, en 1888, con su composición dedicada al Valle; en el Concurso de la Sociedad Económica de Amigos del País, con motivo del Centenario de la Conquista, en 1896, por sus dos magistrales poesías tituladas «El Amor» y «Canto al Conquistador», una de las cuales mereció la Flor Natural, y otra el premio otorgado por la Reina Regente.

Entre otros grandes triunfos de nuestro poeta, citaremos el alcanzado con su composición leída en la fiesta literaria organizada para solemnizar la inauguración del cable, en cuyo acto recibió una ovación tan espontánea y clamorosa como jamás se ha vuelto a escuchar entre nosotros; el de su poesía dedicada a Isaac Peral, y leída en una fiesta celebrada en el «Gabinete», el 25 de Julio de 1890, y en la que fué arrebatado materialmente de la tribuna por los marineros del buque de guerra «Vulcano» y el público que asistió al acto, presa de un entusiasmo delirante.

Como estos fueron todos los triunfos de Ze-

rolo; triunfos rotundos, unánimes, verdaderas exaltaciones, apoteosis glorificadoras.

Colaboró asiduamente en la «Revista de Canarias», fundada y dirigida por su ilustre hermano don Elías; en la «Ilustración», «Aguere», «Museo Canario», «Las Novedades», «El Memorandum», «Diario de Tenerife»—fundado por su gran amigo, el insigne periodista don Patricio Estévez—, y otros muchos periódicos de la Península, América y Canarias.

La excesiva modestia de don Antonio Zero, aquella su instintiva y recatada sencillez, fueron causa de que su obra, tan rica y tan múltiple, no se encuentre hoy recopilada en varios tomos, a cuya idea se resistió siempre, no obstante las reiteradas excitaciones que recibía de sus deudos y admiradores.

Se conservan, sin embargo, numerosos folletos editados, no por su voluntad, sino por condición expresa en las bases de todos los concursos y certámenes en que obtuvo el máximo galardón.

×

Además de un altísimo poeta—el que mayor renombre logró alcanzar en Canarias en la pasada centuria—fué Zero un crítico bui-

dó y experto, un prosista sobrio y elegante, que dejó huellas imborrables en casi todos los periódicos isleños, y en muchos de España y de América Latina.

A este género pertenecen sus artículos publicados en «Diario de Tenerife», y sus conferencias, trabajos meritísimos, que le valieron gran renombre en la Península. Recordamos, entre ellas, como verdaderos modelos de crítica didáctica la que explicó en el salón de actos del Instituto de La Laguna, sobre el «Teatro antiguo y moderno», y otra que dió en Gijón sobre los «Efectos de imitación mediante el verso».

A propósito de esta última, un diario de aquella ciudad—«El Norte»—consagró a nuestro insigne paisano los siguientes párrafos:

«La conferencia de anoche en la Extensión Universitaria estaba a cargo de don Antonio Zerolo. Don Antonio Zerolo es un temperamento de artista, un enamorado del arte, un rendido y constante servidor suyo, uno de esos espíritus verdaderamente extraños y casi inconcebibles en estos tiempos positivistas que tienen como suprema ley la del tanto por ciento y en los que, como gráficamente dijo el poeta del ensueño:

«Una pda sólo es buena
de un billete de Banco al dorso escrita.»

Este otro aspecto—el de recitador—en el que el gran poeta sobresalió siempre, llegando hasta arrebatarse el ánimo de las multitudes, le valió asimismo una serie ininterrumpida de éxitos, cada vez más rotundos y clamorosos. Aun nos parece escuchar aquella voz suya, clara y vibrante, dúctil en las más variadas y delicadas modulaciones, entonando las quintillas de su valiente «Símbolo», una de sus más felices y aplaudidas concepciones.

Desde los 22 años fué auxiliar de Letras en el Instituto de La Laguna. Su labor fecunda, copiosa, modelo de sacrificio y de generosidad, dejó allí tan profunda y grata huella, que, cuando como premio a su talento y sus desvelos se le nombró catedrático por oposición en el Instituto de Jovellanos, en Gijón, fué día de duelo en aquella ciudad.

Sus compañeros, sus discípulos, el público tinerfeño en masa, con el que convivió estrecha y fraternalmente hasta el año 1904, sintieron su ausencia como si algo muy íntimo y muy querido les hubiera sido arrancado del sagrado de sus afectos.

En Gijón permaneció unos siete años. Y,

cuando satisfecho su ardiente deseo de tornar a Tenerife, entonó a bordo su canto admirable a nuestro Teide, ya en la populosa ciudad del Norte se hacía pública expresión de la pena que a los catedráticos, a los alumnos y a la sociedad entera, causaba la marcha del ilustre catedrático.

De regreso a Tenerife, Zerolo desempeñó nuevamente la cátedra de Lengua y Literatura Castellanas, en la que era, según expresión corriente, un verdadero maestro de maestros.



Otra de las más altas y merecidas recompensas que recibió el gran poeta durante su vida de trabajo y sacrificio, fué el nombramiento de académico correspondiente a la Real de la Lengua, que se le otorgó en Junio de 1922, a propuesta de los señores don José Ortega Múñilla, don José Rodríguez Carracedo y del Secretario, don Emilio Cotarelo, y «mediante votación secreta y unánime, dando así testimonio de apreciar justamente sus conocimientos en lingüística y letras humanas».

También le sirvió de alto estímulo, por ser ello espontáneo y legítimo homenaje a la pureza y honorabilidad de que blasonaba, la ma-

nifestación pública de que se le hizo objeto en las calles de Oviedo, cuando, presidiendo un tribunal de oposiciones al Magisterio—en aquella época en que todavía se cobraba por dietas devengadas—, dió término a sus tareas en 37 días, rindiendo culto, a la vez, a la más depurada y estricta justicia.

El claustro de profesores del Instituto, acordó también, en diversas ocasiones, felicitarle por sus memorias de inauguración de cursos, verdaderas joyas literarias, que hoy constituyen una brillantísima ejecutoria de aquella casa.

x

Fué el poeta un patriota lleno de ardimiento y entusiasmo moceril. Todas cuantas veces fué menester que su verbo flamígero enardiera a las multitudes, iluminando su corazón y su inteligencia, Zerolo acudió a la tribuna y a la plaza, y desde ellas entonó el credo de su isleñismo, de su amor a la región y su idolatría por Tenerife.

«Desde la cumbre bravía
Hasta el mar que nos abraza,
Todo es luz y poesía.
¡No hay tierra como la mía
ni raza como mi raza!»

Así cantó el poeta un día, y así lo sintió siempre, en lo íntimo de su corazón, y lo practicó allí dondequiera que se encontraba. Fué la voz, el verbo de la raza isleña; el que mejor supo cantarla y enaltecerla, y el que con mayor fortuna logró orientar el sentido de su patriotismo y sus deberes.

De su obra poética

LAS CUMBRES

¡Siempre arriba, siempre arriba!
¡En la cumbre, en las montañas,
donde es el aire más puro
y más bello el panorama;
donde los guanches vivieron
y donde sus sombras vagan...

Si es áspera la pendiente
y negros surcos de lava
serpentean, como signo
de catástrofes pasadas,
¡no importa, arriba está el premio,
la gloria de la jornada,
el recreo de los ojos,
las azules lontananzas,
los confortantes olores
del poleo y la retama;
la soledad y el silencio
que a nuestro espíritu hablan:
la elocuencia de las cosas,
es la elocuencia más alta,

No merece que en sus venas
circule sangre canaria,
quien no vea en nuestros montes
los altares de la patria.

¡No sé qué atracción ejercen
las alturas en el alma!

Será que de su divino
origen haciendo gala,
quiere subir, remontarse,
y satisfacer sus ansias;
¡ay, la sed de lo infinito
que en la tierra no se apaga!

¡Arriba, bajo los pinos,
que susurran, vibran, cantan,
como gigantescas liras
de múltiples resonancias;
¡junto a los enormes dragos,
que en sus retorcidas ramas
y en sus troncos corpulentos,
la historia de siglos guardan;
que no se cimbran ni doblan,
y sólo el rayo desgaja;
que clavados en las cimas,
inmóviles como estatuas
parece que están diciendo
a todo invasor: "¡No pasas!"

En verdad, que las alturas
son refugio de las razas;
castillos de independencia
cuando peligra la patria.

Y así, maltrecha y vencida
en el lago de la Janda,
en Covadonga y Sobrarbe
resurge la noble España.

¡Oh, las eminencias, templos
 de la libertad sagrada!
 ¡Oh, las cumbres, donde anidan
 los valientes y las águilas!...
 ¡Arriba, cerca del Cielo!
 Abajo, el mar que nos baña,
 la vega de La Laguna,
 el valle de la Orotava;
 las naves que van y vienen
 de Europa, América y África,
 con sus penachos de humo
 y sus estelas de plata;
 las ciudades orgullosas
 con las torres que levantan,
 sin ver que ante la Natura
 todas las torres son bajas.
 ¡Qué bien el pulmón respira!
 ¡Cómo la vista se sacia!
 Dios ha hecho las alturas
 y dió al pensamiento alas,
 para que ascendamos siempre,
 ¡Sea la vida una escala
 de robustez para el cuerpo,
 de perfección para el alma!...
 ¡Qué frescura en el ambiente!
 ¡Qué emoción tan honda y grata!
 ¡Qué religioso respeto
 el ánimo nos embarga!
 Desde que subió hasta el Gólgota,
 al hombro la cruz pesada,
 el humilde Nazareno
 ¡todas las cumbres son santas!
 ¡Espectáculo grandioso!
 La isla está a nuestras plantas,

tendida como una alfombra,
verde como una esmeralda.

Son los plátanos, el símbolo
de la cultura romana;
de ellos a la sombra, Horacio
sintió del numen la llama,
y compuso sus epístolas
y sus odas y sus sátiras.

No es la ascensión fatigosa,
ni los abismos espantan
a quienes, cual dignos nietos,
oyen la voz legendaria
de los que un día subieron
hasta los Andes y el Atlas.
¿En qué altura no ha flotado
la bandera roja y gualda!...
¡Ojalá, que al blando beso
de las brisas de Nivaria,
por los siglos de los siglos
corone nuestras montañas!

CANTO AL TRABAJO

No hay más que una lucha santa
en la que Dios se recrea,
y es la lucha de la idea
que audaz su vuelo levanta,

sube, asciende en el bendito
cielo de la libertad,
sondea la inmensidad,
y se pierde en lo infinito!...

Sólo una lid se respeta:
la del trabajo constante
que con brazos de gigante
ha transformado el planeta.

La que tras de mil azares,
va con sus golpes potentes
rompiendo los continentes,
y dilatando los mares.

La que tiene, sin verter
la sangre de sus hermanos,
ejércitos de artesanos
en el campo del taller.

Y en el himno que se eleva
del comprimido vapor,
y en el alegre rumor
que el viento en sus alas llevā;

y en el grupo que el cincel
modeló en el mármol puro,
pasma del tiempo futuro
que se humillará ante él;

y en el túnel, cuya boca
de mónstruo, negra y oscura,
se ensancha en la fría y dura
entraña de alguna roca;

y en esos hilos que van
transmitiendo el pensamiento
con más rapidez que el viento
en alas del huracán;

y en la industria, y en las artes
que en la belleza se encienden,
y en las ciencias que sorprenden
la verdad en todas partes,

y en el empleo fecundo
de fuerzas inteligentes,
que en inventos sorprendentes
se traducen en el mundo;

y en todo cuanto se vea,
de bien y dicha atributo,
está del trabajo el fruto,
¡Bendito el trabajo seā!

SIMBOLO

Atended que va de cuento:
Refiere la tradición
que cuando el ronco cañón
zumbaba, y el firmamento,

y la tierra estremecía,
en la sangrienta jornada
en que dejó demostrada
Santa Cruz su bizarría,

en la tapia del convento
que el inglés quiso asaltar,
un canario sin cesar
daba sus trinos al viento,

Estaba a la luz del sol
orgullosa el pajarillo
de ostentar el amarillo
del estandarte español;

y cuanto más acudía
la muchedumbre en tropel,
más se desataba él
en torrentes de armonía.

Mientras tanto, oyendo el ruido,
con amorosos anhelos,
la madre, por los polluelos
velaba dentro del nido.

Fué aquel un día de gloria.
En lucha con Inglaterra,
los que cayeron en tierra
revivieron en la historia.

Tenia que suceder...
Una bala de fusil
hizo al pájaro gentil
para siempre enmudecer.

¡Tinto en sangre, cara al sol,
aquel rey de los cantores
mostraba los dos colores
del estandarte español!

—¿Y el nido?—No sé en verdad
lo que fué del pobre nido.
Sólo sé cuán atrevido
luchó por la libertad

el pájaro de mi cuento.
¡Tal vez, los hijos quedaron,
y la victoria cantaron
en las tapias del convento!

La cueva del rey Bencomo

¿Fué sugestión del medio o fantasía...?
Yo meditaba en la profunda cueva
Que fué palacio de Bencomo un día,
Y a donde el culto a la región me lleva,
Todo en silencio y soledad yacía;
Cuando de súbito en la entrada oscura
Se alzó, poniendo mi valor a prueba,
Hermosa y mayestática figura.
Luenga la barba, grave el continente,
La mirada expresiva, ancha la frente,
De ágiles miembros y épica estatura,
Acusaba su recia contextura
El vigor de una raza prepotente.
Miróme, y avanzando lentamente,
Exclamó, con acento de amargura:.
«Rey sin vasallos, como un alma en pena
Recorro la comarca que fué mía.
Caudillo de una hueste al dolo ajena,

Su gloria compartí, su muerte lloro,
 Y, recordando la marcial escena,
 Me parece que siento todavía
 Vibrar dentro de mí, claro y soncro,
 El ronco son, la bélica armonía
 Del caracol, que el eco repetía
 En los campos de «Aguere» y de «Taoro»...
 Tremendo el choque fué; quedó la tierra
 En sangre de ambos pueblos empapada;
 Mas si pienso en la sangre derramada
 Una duda a mi espíritu se aferra:
 Si es de paz y de amor prenda sagrada,
 ¿Por qué sin miedo al verla profanada,
 Ponen aquellos hijos de la guerra
 Una cruz en el puño de la espada?...
 ¡Ay, Lugo, mi rival afortunado
 Me hablaba de riquezas y de honores
 Que con pródiga mano me ofrecía;
 De convertirme, de adjuar errores,
 Dejar las armas y vender mi estado?
 Después me amenazó con los horrores
 De una guerra implacable. El no sabía
 Que los que nacen de la estirpe mía
 ¡No pueden ser esclavos ni traidores!
 ¡El Progreso!... ¡La luz!...Venga en buen
 (hora,
 Si no ha de arrebatarnos los hogares
 En donde vimos la primera aurora.

La patria es una roca de los mares
Coronada de bosques seculares,
Pletóricos de savia creadora.
¡Qué bella estaba, oculta en el misterio
Aun del idilio bajo el dulce imperio!
Guardábanla de fiera acometida,
Como se guarda a la mujer querida,
Las dos inmensidades de Natura:
Arriba, el Teide, eterno vigilante,
Y abajo, el rumoroso mar de Atlántico
Que arrullaba sus sueños de ventura...
Salían de sus vírgenes entrañas,
Murmuradores, frescos manantiales,
Discurriendo entre juncos y espadañas,
Y en las grietas de riscos y montañas
Crecían esos dragos colosales
De puntas aguzadas cual puñales,
Prontos a defender nuestras cabañas.
En aire salutífero y sereno
Bañábase de gozo estremecida,
Y árboles, frutos, su fecundo seno
Brotaba sin cesar, que estaba lleno
De misteriosa gestación de vida.
Era una bendición el campo ameno;
Una orgía de aromas y colores,
Una explosión de luz, notas y flores,
¡La tierra en paraíso convertida!
Madre común, de gérmenes henchida,

Siempre nos dió como alimento sano
 La rubia harina de tostado grano
 Y el zumo de mocán como bebida.
 Presidía las magnas asambleas
 la ancianidad en los consejos ducha;
 Y los mozos, tras rústicas tareas,
 Ensayaban sus fuerzas giganteas
 En el noble ejercicio de la lucha.
 ¡Sanas costumbres, tiempos patriarcales,
 Fiestas de goces puros!... Como un sueño
 Todo pasó. De cuadro tan risueño
 Ni siquiera quedaron las señales.
 ¡El Progreso!... ¡La luz!... Siempre esté grito
 La humanidad enardecida lanza,
 Y cuanto, más en su carrera avanza
 Siente más sed, ¡la sed de lo infinito!
 La dicha mora en un rincón del mundo;
 No es la felicidad la humana ciencia;
 Sólo estriba en la paz de la conciencia...
 Ser bueno vale más que ser profundo.
 ¿Y en qué parte del orbè lograría
 Satisfacer su aspiración el alma
 Como aquí, donde todo es poesía,
 Soledad, placidez, dulzura y calma?...
 No faltan en la tierra que fué mía
 Y ganaron las armas españolas,
 Apacibles, recónditos lugares
 Do se escuchan, mezclándose a porfía,

El susurro del viento en los pinares
Y el rumor en las playas, de las olas.
Allí teje la selva enmarañada
Su inextricable red de gibalbera;
Impenetrable a trechos, y cerrada
Al ruido mundanal, como si fuera
El asilo de alguna «harimaguada».
Y el templo es donde la sombra impera
Y lo grandioso al corazón domina.
¡Cómo vibra al llegar la Primavera,
Organo de una música divina!...
¡Y cómo en vez de incienso, por doquiera
Despide de su verde cabellera
El acre y sano olor de la resina!
Nudosos troncos, firmes, altaneros,
Se mofan de los siglos; sus raíces
De tal modo prendieron en la tierra,
Buscando de la vida los veneros,
Que testigos de tiempos más felices,
Y con las tempestades siempre en guerra,
Se yerguen en el llano y en la sierra
Llenos de venerables cicatrices.
¡Hayas, tilos, viñátigos, laureles,
Arboles de robusta corpulencia,
Gigantes de los nívaros vergeles,
¡También tenían ¡ay! los guanches fieles
Las raíces aquí de su existencia!
¿Por qué causa o razón que no adivino

Convierten, si es el bien nuestro destino,
 En mar de sangre y lágrimas la Historia?
 ¡El hombre hambriento de fortuna y gloria
 Va sembrando la muerte en su camino!
 En su carro triunfal, todo lo aplasta
 La ambición, esa especie de locura.
 ¡Cuándo saldrá de la celeste altura
 Una voz que le diga: ¡«basta»! ¡«basta»!...
 ¡Oh, sombras de mis muertos!, ¡Oh, Tin-
 (guaro!
 ¡Oh, Sigoñe, Jaineto y Beneharo!
 ¿Podré nombrar a todos?... ¡Imposible!
 ¡Eran tantos, Señor!... ¿Cómo imposible
 ves caer a los buenos sin amparo?...
 Aun el recuerdo torcedor me acosa
 Del trágico momento de mi vida,
 Después de la catástrofe espantosa,
 Cuando quedó Nivaria al yugo uncida,
 ¡Sin más delito ¡ay! que ser hermosa!
 ¡Nivaria! ¡Mi Nivaria! Yo heredero
 Del gran «Tinerfe» en tí soy extranjero,
 Yo, el Mencey de «Auratápala» vencido,
 A extasiarme mirándote he venido.
 ¡No hay dolor mas cruel según infiero
 Que la nostalgia del Edén perdido!
 Los bienaventurados en tí moran;
 Así lo dicen los que nada ignoran.
 Pues bien: ¿no sabes lo que trae el viento?...

¡ Es el ay, el gemido, es el lamento
 Del alma de los guanches que te lloran!
 Surgiste entre estragos y entre horrores
 Del fondo inexplorado del abismo.
 ¡ Cómo si eres volcán produces flores!...
 ¡ Si has de vivir cambiando de señores,
 Pide al cielo un segundo cataclismo!...
 Tu espléndida hermosura ha de perdertē,
 Te acecha sigilosa la codicia,
 Insaciable pasión que mueve al hombre
 Y se llama el derecho del más fuerte.
 Luché como un león en su caverna
 Mientras pudo mi brazo defenderte;
 Con mi sangre sellé mi amor bendito;
 ¡ Pero ha quedado el alma que es eterna,
 Inmortal como Dios, y necesito
 Toda su eternidad para quererte!
 Sin cetro, sin corona, despojado
 De mi único tesoro que es tu suelo,
 Ya no soy sino espectro ensangrentadō
 Que vuelve a hundirse en el sepulcro heladō.
 ¡ Adiós, Nivaria, y que te ampare el cielo!

 Lo que ví, lo que oí, ¿ fué desvarío?...
 ¿ Fantasma que engendró la mente loca?...
 Por mi cuerpo corrió un escalofrío...
 ¡ Pero es peor reconocer, Dios mío,
 Que la verdad brotaba de su boca!

El amor

(Fragmento)

A tu fecunda y creadora llama
todo germina; el corazón humano
con férvidos latidos te proclama.
¡Después de Cristo, que perdona al que ama,
eres tú el absoluto soberano!
Tienes de la pasión el torbellino
y la santa virtud que regenera,
y es tan alto y tan grande tu destino,
que un impulso de amor, de amor divino,
hizo brotar la creación entera!
Y cuando el mundo, donde el bueno gime,
del vicio y del pecado es instrumento,
¡otro impulso de amor, de amor sublime,
del vicio y del pecado lo redime
en la cumbre del Gólgota sangriento!

... ..

¡ Amor! ¡ Amor!... ¡ Inagotable fuente
 de placer y emoción!... ¡ Germen fecundo,
 que hace en las venas como lava hirviente
 nuestra sangre correr!... ¡ númen potente!
 ¡ Sol de la humanidad! ¡ alma del mundo!
 ¡ Quién sabe si al calor de tus reflejos,
 el astro de la noche misterioso
 besa del mar los líquidos espejos,
 y si por verse de su amante lejos
 vive el pobre gigante sin reposo!
 ¡ Oh, triunfador del hombre, a quien fascinas!
 ¡ Qué te podrán decir tus detractores!
 ¡ Qué con rabiosos celos asesinas?
 Mas las flores también tienen espinas...
 Y qué sería el mundo sin las flores!
 Tú das al alma el atrevido vuelo
 del entusiasmo; místicas escalas
 a los que sienten fervoroso celo;
 y en busca de su Esposo, sube al cielo
 Teresa de Jesús sobre tus alas.
 ¿ Quién de tus glorias el poema ha escrito?...
 ¿ Quién de la vida en la risueña aurora
 opuso nunca pecho de granito
 a las sacerdotisas de tu rito?...
 ¡ La mujer es la eterna vencedora!
 Sobre el lecho de arena del desierto
 a tu influjo también ceden las fieras;
 para tu culto el orbe es templo abierto;

y siguen de las almas el concierto,
aunque estén separadas, las palmeras.
Tú trastornas imperios y naciones;
riges la voluntad a tu albedrío
y cuentas tus esclavos por legiones;
tú sí puedes decir: ¡«el mundo es mío»!
Con cadenas de flores inmortales
por siempre los espíritus adunas,
y de tu ministerio son señales
el rumor de los cantos maternales,
y el ruido acompasado de las cunas!
¡La humanidad contigo se agiganta;
cuando encendida en el amor más puro
deja lo terrenal, nace la santa
religión, que del polvo nos levanta,
y nos conduce «al inmortal seguro»!
Tú eres más que la clásica quimera
en forma de rapaz ciego y alado,
tú como una perpetua primavera
sobre la superficie de la esfera
la savia de la vida has derramado!
Tú eres la hermosa estrella que han seguido
Petrarca y Dante, genios que a la gloria
con Beatriz y Laura han ascendido;
¡tú flotas sobre el tiempo y el olvido,
y eres la poesía de la historia!
El que presa de sórdido egoísmo
pesar no sabe cuanto en tí se encierra,

no ve, de su ceguera en el abismō,
que una explosión de amor, el patriotismō,
es la virtud más grande de la tierra!
¡ Amor inmenso, pródigo cual Ceres,
que es deber y ternura, fe y anhelo,
que no se sacia en frívolos placeres!
¡ Conjunción en la tierra de los seres!
¡ Atracción de los astros en el Cielo!

Otras poesías

ESPAÑA

¡Santa y heroica Madre, que en la pasada era
Jamás en tus dominios viste ocultar el sol;
Siempre por tí han sentido veneración sincera
Mi corazón canario, mi espíritu español.

Más grande me parece cubierta así de heridas,
Que beso en un arranque de adoración filial;
Para las almas nobles, las almas bien nacidas,
La patria nunca muere, la patria es inmortal.

Te miran en las artes, que es el mejor tesoro
Que las naciones cultas dejan en pos de sí.
Te sienten en el habla, que es un raudal sonoro,
Te llevan en la sangre que verterán por tí.

Y mientras tanto escucha las voces resonantes
Del himno que te cantan, ceñidos de laurel,
Compuesto en el idioma rotundo de Cervantes.
¡Cervantes! ¿Qué más gloria? ¡Eterna eres por él!

No temas las catástrofes; aunque llegase un día
En que desaparecieras del mapa universal,
El eco de tus glorias jamás se extinguiría:
¡La patria nunca muere, la patria es inmortal!

EL POEMA DE LA PATRIA

Las olas que se encrespan de espumas coronadas,
rompiéndose en las costas con ímpetu feroz,
esas que un día vieron a «Las Afortunadas»
de súbito surgiendo por el volcán lanzadas,
al musical poema también unen su voz:

También, patria querida, son parte de tu historia
las olas que bramando se tienden a tus pies.
De hazañas y leyendas nos traen la memoria.
¡Y hasta el color perdieron para tu eterna gloria,
teñidas con la sangre del Almirante inglés!

Ciñendo están la tierra de niveos encajes,
la tierra más hermosa, de fama universal,

de ubérrimas entrañas, de espléndidos paisajes,
a quien perpetuamente tributan homenajes
tritones y nereidas en grutas de coral.

En vértigo incesante, en raudo torbellino,
las ondas oceánicas, presas de un frenesí,
indómitas, rebeldes, ciegas como el destino,
se hacen, se deshacen, se agitan de continuo,
se juntan y separan, y chocan entre sí.

Y de ese hervor sublime que el ánimo enagena,
salen como del seno del bosque secular,
desde el murmullo lánguido que levemente suena,
hasta el clamor salvaje que los espacios llena;
ecos de la profunda palpitación del mar...

LA LAGUNA

(Después de la estación veraniega)

Ya La Laguna, triste y solitaria,
vuelve a su natural recogimiento,
a ser la típica ciudad canaria
donde se reconcentra el pensamiento.

Florón el más antiguo de Nivaria,
en un valle fecundo tiene asiento;
allí crecen el pino y la araucaria,
que son las lirás rústicas del viento.

Sólo el gremio escolar que se declara
amante del bullicio y la alegría,
le presta animación con su algazara.

O se escucha la mística armonía
del órgano, al pasar por "Santa Clara"
en la tarde otoñal, lluviosa y fría.

EL ATLANTICO

Ahí estás, rumoroso y palpitante;
cautivo en playas de menuda arena.
Trenzando con espumas tu melena,
el beso aguardas de la Luna amante.

Ya vendrá, y en tu seno de gigante,
tal vez celosa de gentil sirena,
allá en la noche plácida y serena
reflejará su cándido semblante.

¡Atracción de las cosas!... Pero en
[vano
por subir hasta ella, turbulento,
tus roncas olas sin cesar agitas;

Así también ¡oh Mar! el pensamiento
vive en la cárcel del cerebro humano
con la sed de sus ansias infinitas!

LAS FOLIAS

Música original la de mis lares,
pues conmueven el alma del patriota,
desde la «isa», hermana de la jota,
hasta el viento que zumba en los pinares.

¡Oh, las folias!... Tienen sus cantares
un recuerdo de amor en cada nota;
pero hay algo también que a veces brota
del undívago seno de los mares.

Allá, en las noches plácidas, serenas,
cuando flota el misterio en el ambiente
y reposa el Atlante en las arenas,

más que el oído, el corazón lo siente:
és la voz, es la voz de las sirenas,
que cantan a la isla eternamente!...

COMO Y DONDE QUIERO MORIR

Quiero morir en paz con mi conciencia,
Sin haber en el vicio encenagado
El apellido humilde, pero honrado,
Que recibí como sagrada herencia.

Cuando se cumpla la mortal sentencia,
Quiero estar de los míos rodeado,
Valeroso y sereno, cual soldado
Que luchó por el Arte y por la Ciencia.

Quiero morir en el edén de España,
Que si no la riqueza y la fortuna,
Le debo el dulce ambiente que me baña,

Y que arrullen mi sueño en La Laguna,
Los pinos que coronan la montaña
Y el mar de Atlante que meció mi cuna.

LOS PERSONAJES DE GALDOS

Cuando expiró el maestro, asombro de la gente,
por ser el prototipo del genio y la constancia,
yo sé que penetraron en la mortuoria estancia
todos los personajes que concibió su mente.

El lecho rodearon cubriéndolo de flores
—piadosa y delicada señal de sentimiento—
y no se oyó una queja, ni un grito, ni un lamento,
que sólo tienen llanto del alma los dolores.

«Fortunata» y «Jacinta» cogidas de la mañá
el coro presidían de la nocturna vela,
y próxima a este grupo, tan bello como humano

de las protagonistas de la inmortal novela,
sin apartar los ojos del venerable anciano,
estaba de rodillas la pobre «Marianela»...

CALVARIO

¡Oh, sangre de mi sangre, criatura
cuanto más buena, más infortunada,
yo quiero hacer tu cruz menos pesada
y el cáliz endulzar de tu amargura.

Si como creo en la celeste altura
encuentra la virtud digna morada,
por el martirio ya santificada
tendrás allí compensación segura.

¡Sacerdotisa del dolor, modelo
de abnegación, piedad y fortaleza,
que no gozas de paz ni de consuelo?

con qué esplendor y mística pureza
transfigurada, brillará en el cielo
entre nubes de gloria tu belleza!

PREDESTINACION

Para morir hermoso es
preciso morir joven.

Lamartine,

Bajo un dolor profundo, eterno y silencioso,
cultivo su recuerdo como una flor sagrada
que riego con mi llanto, ese raudal copioso
que brota de una fuente en mí nunca agotada.

«Preciso es morir joven para morir hermosos».
Mas ¡ay!, de los que siguen en la vital jornada,
viendo caer a seres de porvenir glorioso
que llevan en la frente la luz de la alborada.

¡Designios misteriosos! Cuando ferviente y bueno
había conquistado la ciencia de Galeno
y el premio merecido iba a coger quizá,
en un sublime arranque propio de un alma heroica,
demuestra ante el peligro serenidad estoica,
y muere como Cristo, salvando a los demás!..

A JOSE TABARES BARTLETT

¿Será verdad, poeta esclarecido,
que existe un «más allá» tras ese velo
azul, que los humanos llaman cielo,
donde se encuentra el premio merecido?...

Sólo sé que tus versos me han traído,
¿a qué negarlo?, el único consuelo
en estas horas de profundo duelo,
en que mi corazón está sumido.

Profético, inspirado, tu canora
lira—con que las letras enalteces—
suspira, gime, se lamenta y llora.

La desgracia nos une. ¡Cuántas veces,
¡ay!, hemos apurado como ahora,
el cáliz del dolor hasta las heces!

A JESUCRISTO

(Poesía premiada en los Juegos Florales
de la Orotava)

Trémulo el labio, el corazón henchido
De la fe de mis padres heredada,
Voy a cantar tu nombre bendecido,
Y acercarme a la fuente en que ha bebido
Juan de la Cruz su inspiración sagrada,

Una efusión del alma, un sentimiento
Que en lo más hondo de mi sér palpita,
Presta a mi musa sonoro acento,
Que llega a Tí como oración bendita
En las alas de luz del pensamiento!

¡Señor!... ¡Señor!... Yo sé que es ruido vano
El mundanal aplauso, humo la gloria,
Polvo el laurel que ciñe el hombre ufano
En sueños de ambición, hábil gusano
Que ya tejiendo el hilo de la historia...

Sé que abarcar no puedo tu grandeza,
Ni sujetar a métrica medida
El himno de magnífica belleza
Que entona en tu loor, Naturaleza,
Con notas de su gama no aprendida.

¿Quién osa atrevido remontar el vuelo
Hasta la excelsa cumbre en donde moras?
¡Cuánto más alto les parezca el cielo,
Mas deben, llenas de ferviente anhelo,
Prosternarse las almas pecadoras!

Mas ¿cómo sofocar la ardiente pira
Que el espíritu abrasa?... Crece y cunde
Su fuego creador, la mente inspira,
Y vibrando en las cuerdas de la lira
Rápido por las venas se difunde!

¡Cantad!... No tiene el Arte otro destino;
Si no quiere yacer en la impotencia
Y recorrer a ciegas su camino,
Que ascender de lo humano a lo divino
En la escala ideal de la creencia!

Culto, Señor, te rinden desde el día
En que la luz hiriendo los profundos
Senos del caos, trajo la armonía;
¡La música acordada de los mundos
Que arrobado Pitágoras sentía!

¡Tú eres Dios!... De tu aliento soberano
¡Cuánta señal el universo encierra!...
Y basta un sólo signo de tu mano
Si quieres agotar el Océano,
o sus aguas volcar sobre la tierra.

Tú eres Dios' ... La conciencia te proclama:
El corazón con su amoroso grito
Ardiendo en ansias sin cesar te llama;
¡Esta sed insaciable del que ama,
Es la revelación de lo Infinito!

Tú eres el Mártir que con sangre crea
Y de espinas punzantes se corona;
El humilde Jesús de Galilea;
El que en el Sinaí relampaguea,
Y en la cumbre del Gólgota perdona!

La piedad para todos, la ternura
Inagotable, el único consuelo
De la desventurada criatura,
Que tiene aquí su cáliz de amargura,
Por que sólo el dolor conduce al Cielo!

En las viejas Capillas, sacros nidos
De dulce paz y devoción sincera,
En los altares por la fe erigidos,
Estás con los dos brazos extendidos
Para abrazar la humanidad entera!

Lívido, yerto, de la cruz pendiente,
Abierta en el costado la honda herida,
Doblada al peso del dolor la frente,
Te muestras como víctima inocente
A los tristes vencidos de la vida!

En medio de esta crisis pavorosa,
En que la sociedad desalentada
Camina envuelta en noche tenebrosa,
Llevando como sierpe venenosa
La duda al corazón siempre enroscada;

¡Ay! En este hervidero de pasiones,
De implacable rencor, de odios eternos,
De vicios, liviandades y ambiciones,
En que bullen y triunfan los histriones
Y sucumben los Sócrates modernos;

Los que entre tanta culpa y error tanto
Sienten del bien la inspiración divina,
No ven, heridos de mortal quebranto,
Otro refugio que el madero santo
En que sellaste tu inmortal doctrina!

De allí brotan acentos paternales
Que acallan el fragor de la pelea:
—¡Valor, no son eternos vuestros males;
Arriba, en las alturas celestiales,
El sol de la Justicia centellea!

Así también cuando en la edad pasada,
Los imperiales Césares se alzaron
A dominar la Tierra amedrentada,
Y de cristianos la infeliz manada,
En el Circo a las fieras arrojaron;

Cuando Nerón la púrpura vestía
Y los instintos de la plebe inquieta
Con «panem et circenses» divertía,
Y frente a Roma, que cual Troya ardía,
Cantaba sus delirios de poeta;

Cuando el anfiteatro retemblaba
Cediendo bajo tanta pesadumbre,
Y el vaho de la sangre trastornaba,
Y el rugir de los tigres se mezclaba
Al rumor de la loca muchedumbre;

Indiferente a la espantosa escena,
Escuchaba tu voz que manda al trueno
Hermosa virgen, débil azucena,
Que impávida avanzaba por la arena,
La túnica ceñida al casto seno!

Todo pasó: los juegos inhumanos,
El poder de las águilas latinas,
Las fiestas de los ídolos romanos,
Y quedan, para ejemplo de tiranos,
La Cruz en pie y el Coliseo en ruinas!

El satánico orgullo del protervo
El rayo nada más o el hierro doma;
Pronto de la virtud el llanto acerbo,
Vengó en el déspota el puñal del siervo,
La espada de los bárbaros en Roma!

Todo pasó. Los dioses han caído.
Como semilla de vigor fecundo
Tu ley en las conciencias ha prendido...
¡Siendo tan vasto el mundo conocido,
Es ya para tu grey estrecho el mundo!

¡Señor, miro tu obra consumada,
Y al meditar en ella solitario
Mi razón se confunde y anonada!...
Qué es más grande: ¿sacarnos de la nada
O redimirnos luego en el Calvario?...

A tu infinito amor nó era bastante
En las playas tender al mar sonoro
Que fiero brama o gime sollozante,
Y suspender como un rubí gigante
En la bóveda azul un sol de oro.

Y bajaste a sufrir... ¡Qué bien advierte
Tu cruento martirio de Judea,
Que no hay conquista duradera y fuerte
Que no tenga raíces en la muerte,
Ese Tabor sublime de la idea!

¡Aún padecerás!... Viendo al impío
Sordo a tu queja, ingrato a tus favores,
Como una estatua incompatible y frío,
Seguirás en el cielo, Padre mío,
Apurando la hiel de los dolores!

• ¿Quién te niega, Señor?... Atomo leve,
Sombra que desaparece apenas nace,
¿Pues qué es la vida sino un sueño breve?...
¡Y en su soberbia contra Tí se atreve!...
«¡Perdónalo, no sabe lo que hace!»...

No va tras un fantástico espejismo
El alma del creyente que te implora;
Tú existes. Tú no engañas... Luzbel mismo
Si se acuerda del cielo, también llora
En las negras entrañas del abismo!

¡Providencia del mundo, no, no has muerto!
En la ascensión al Ideal, tú eres
Quien traza con el dedo rumbo cierto
De la existencia humana en el desierto
A la gran caravana de los seres!

Brillan los soles, y en la limpia esfera
Giran sobre sus ejes de diamante,
Desplegando la roja cabellera;
Lanzados en elíptica carrera
Ceden de la atracción al lazo amante.

Y obedeciendo a fuerzas prodigiosas
Que no puede medir la fantasía
Y presiden la vida de las cosas,
Millones más allá de Nebulosas
Pueblan de mundos la región vacía!

¡Qué espectáculo ¡oh, Dios!... ¡Qué inenarrables
[bles

Maravillas, que el ánimo suspenden!...
¡Qué pruebas de tu Ser incontrastables!...
¡Cuánta magnificencia!... ¡Qué inefables
Misterios que los hombres no comprenden!...

De tu pasión escribes el poema,
Y con la carga del pecado ajeno,
En un arranque de bondad suprema,
Tú, que tienes los astros por diadema,
Te abrazas a la cruz del Nazareno!

Guerreros mil de cascos deslumbrantes
Que la oprimida tierra ha soportado,
Reyes que casi dioses fueron antes,
Sobre un montón de miembros palpitantes
Sus efímeras glorias han fundado.

Mas tú, bendito Dios, manso cordero,
¡Deja que el llanto a mi mejilla afluya
Recordando tu trance postrimero!
No tuviste más armas que un madero,
Ni vertiste más sangre que la tuya!

¡Ah! No merece el hombre que se vierta,
Y cuando el último suspiro exhalas,
Sólo la pobre golondrina acierta,
Y limpia con las plumas de sus alas
Tu sien de sangre y de sudor cubierta!

¡Señor, no puedo más... No soy de roca...
Ante el trágico horror del sacrificio
Se hielan las palabras en mi boca:
¡Ten en cuenta el dolor que aquí me toca
Cuando me llares a tu santo juicio!...

NO HAY TIERRA COMO LA MIA

Desde el Echeide vigía,
Hasta el mar que nos abraza,
Todo es luz y poesía...
No hay tierra como la mía,
Ni raza como mi raza!

Es tan grande la ambición
Que su hermosura despierta,
Que en cada palpitación
Parece que el corazón
Nos está diciendo: «¡alerta!»

Atilas que no reprimen
Su sed de estragos y muertes,
A la humanidad oprimen;
¡Que están los pueblos más fuertes
Educados en el crimen!

Al pensar con cuanto anhelo
Tijan sus ojos en ella,
Me hiere mortal recelo,
Y digo mirando al cielo:
¿Por qué mi patria es tan bella?...

¿No oís cómo el oleaje,
Que se estrella en la rompiente
Con indómito coraje,
Le canta el himno salvaje
De su amor eternamente?...

Si en la noche tormentosa
Se le escucha rebramar,
Es que está la mar celosa;
¡Qué celos tiene hasta el mar
Cuando la tierra es hermosa!

Si cual un lago dormido,
Sobre las playas tendido
En espumas se deshace,
Es que satisfecho yace
viéndose correspondido!

¡Mónstruo, guardián de una perla,
Si según sabes amarla
Vas a saber defenderla,
Suya no podrán hacerla
Los que vengan a robarla!

¡Aquietá tu movimiento,
Tus fieras iras oculta,
Finge como tigre hambriento,
Y cuando llegue el momento
Rugè, devora y sepulta!...

Sólo en tu poder confió
Y en la celeste justicia;
Apréstate al desafío,
¡Bien cabe en tu centro frío
Toda la humana codicia!

¡Ojalá sean sueños vanos
De espíritus no serenos
Esos peligros cercanos!...
Mientras existan tiranos,
¿Quién no le teme a los «Brenos»?...

Algo cunde en el ambiente,
Rumor que ya cuerpo toma;
Aún hay, la historia no mientè,
Bárbaros en Occidente
Como en los tiempos de Roma.

¡Ay de mis Islas! que van
A ser botín de la guerra.
Si amenazadas están,
¡Para qué quiere el volcán
La hirviente lava que encierra!

¡Dejadnos en la llanura
Del Océano profundo!...
¿No es hoy la mayor ventura
Vivir lejos del gran mundo
Donde todo es impostura?...»

No queremos más tesoro
Que la dulce soledad,
Y fuera inútil desdoro
Vender nuestra libertad
Por unos grillos de oro!

¡Ay! cuanto más la sospecha
En el corazón se clava
A modó de aguda flecha,
Más hondas raíces echa
Este amor que nunca acaba!

¡Pasad, ideas crueles
De duda y de incertidumbre,
Y sigan mis peñas fieles
En la paz de sus vergeles
Bebiendo del Sol la lumbrè!

¡Qué verdor! ¡Qué exuberancia!
No tuvo más energías
La creación en su infancia.
En las flores ¡qué fragancia!
En los aires ¡qué armonías!

¡Qué barrancos pedregosos
Donde el viento zumba y gime!...
¡Qué sitios tan deleitosos!...
¡Qué guanches tan generosos!...
¡Qué «Guajara» tan sublime!...

Desde la sierra bravía
Hasta el mar que nos abraza,
Todo es luz y poesía...
No hay tierra como la mía,
Ni raza como mi raza!

Diciembre, 1900.

CANTARES DE UN AUSENTE

Para matar la nostalgia
Me pongo a tocar la «isa»,
A bailar el «tajarastè»,
O a cantar unas «folías».

Estás tan dentro de mí,
Que esto sólo hacer consigo;
De día, pensar en tí,
De noche, soñar contigo.

No me quejo de la suerte
Que el dinero me negó,
Porque una pobreza honrada
Es la riqueza mayor.

¡ Carretera de «Tejina»,
Caminito de «San Diego»,
Desde aquí os estoy mirando
Con la lente del recuerdo!

El quē quisiera saber
Si en Canarias hay fervor,
Que vaya todos los años
A la «Entrada del Señor»:

¡Válgame Dios, qué agonía!
Siempre esperando al cartero,
A ver si me trae nuevas
De los seres que más quiero!

Para los que bien se quieren
No se ha hecho la distancia;
¡Cuánto más lejos, más cerca
Están tu alma y mi alma!...

Cuando me ví sobre el mar,
En la borda me apoyé,
Y tanto y tanto lloré,
Qué ya no puedo llorar!

¡Ay, corazón, corazón!
¡Cómo vas a resistir
Estas ansias de volver
A la tierra en que nací!

En un baile del «Casino»
Mirando tanta beldad,

Las camelias se decían:
«Estamos aquí de más».

¿Cómo quieren que un canario
Viva en las nieblas del Norte,
Acostumbrado a cantar
En plena luz y entre flores?

Siempre que voy a la playa
Pongo tu nombre en la arena,
Si viene el mar y lo borra,
En mi corazón se queda.

¿Quién pudiera desde el Teide,
A la salida del sol,
Contemplar las siete islas
Perlas de la Creación!

Hay una tierra bendita
Que surgió del mar profundo,
En donde se han dado cita
Todas las flores del mundo.

Tengo esposa, tengo hijos,
Tengo hermanos, ¿para qué?
Si tierra y mar nos separan
¿Y ya no los puedo ver!

¡ Quién fuera como el pastor
Que desde que el alba asoma,
Aspira el silvestre aroma
De las retamas en flor !

Todos los «guanches» supieron
Morir por la libertad,
Y ahora sus descendientes
Sólo saben protestar.

Hay «una» que mi alma llena
Y me sigue noche y día;
No tengas celos, morena:
Se llama «Melancolía».

Asturias, Marzo 1908.

DOMINGO J. MANRIQUE

POETAS ISLEÑOS

DOMINGO J. MANRIQUE

Ensayo sobre la poesía del inspirado vate

POR

SEBASTIAN PADRON ACOSTA

LIBRERIA HESPERIDES.—(CANARIAS)

Santa Cruz de Tenerife

Recoger la esencia del alma de un poeta, esencia partida en fragmentos dispersos, es labor harto difícil. Y si el poeta era uno de nuestros amigos, y su tumba está recién abierta, la labor se hace no sólo difícil, sino además dolorosa. La emoción estremecè la mano que guía la pluma; y el llanto, que nubla nuestras pupilas, acaso entenebrezca la severa faz de la crítica, porque el amor y el odio—como escribió Pascal— cambian la justicia.

Recoger esa esencia incólume, íntegra, idéntica a sí misma, acción es casi tan difícil como la de encerrar en un ánfora el derramado perfume de un crepúsculo estival.

X

El insigne catedrático Valbuena Prat, au-

tor de una maravillosa síntesis crítica del Teatro español, durante su estancia, desgraciadamente fugaz, en nuestra Universidad de San Fernando, nos dispensó el honor de fijar su sagacidad de crítico sobre la poesía canaria, concretando sus valoraciones estéticas en un interesantísimo estudio titulado «Algunos aspectos de la moderna poesía canaria».

Cuando el ilustre catedrático, en este trabajo, entra de lleno en el objeto de su investigación, dice:

«La formación de una escuela o grupo de poetas canarios es de fecha reciente. Los escritores insulares anteriores a este movimiento o son figuras aisladas sin influjo alguno sobre sus contemporáneos, o no revelan rasgos peculiares que puedan achacarse a su origen insular. Por eso prescindiremos de las figuras de Cairasco de Figueroa, el prosista Clavijo, los Iriarte, etc., en las que si hay algo regional está oculto o no logrado. Desde el siglo XIX se forma la verdadera escuela de poetas canarios. Podrían señalarse los siguientes momentos: el del post-romanticismo, con Zerolo y Tabares Bartlet, el autor de «Trompos y Cometas», de una modesta pero loable labor regional; el de la influencia de Campoamor, Becquer, etc., Guillermo Pèr-

rā, Domingo J. Manriquē; pōsteriormentē tiēnen acaso algūa entronque con estos poētas José Hernández Amador y Ramón Gil Rolán; el de los precursores de las nuevas tendencias como Luis Doreste, Saulo Torón y el primer aspecto de la obra de Luis Rodríguez Figueroa; aquí—aunque aparte, hay que incluir a Domingo Rivero, clasicista, vigoroso, unamunesco, íntimo—, recordemos el fuerte y hondo soneto: «Yo, a mi cuerpo».

Valbuena Prat incluye, pues, a Domingo Manriquē en el segundo momento de la escuela.

Desgraciadamente, Valbuena Prat no nos dejó un detenido juicio acerca del poeta, que es objeto de estos apuntes. Sólo en el «Apéndice» a su obra, dice que la tradición de Manrique, «El Mencey de Abona», contiene «hermosas descripciones de paisaje». El crítico de nuestra poesía moderna se dedica en su trabajo a estudiar con extensión otros poetas, a Tomás Morales, Torón, Fernando González, Domingo Rivero, etc. Y en el mencionado «Apéndice» consiguió valiosos juicios sobre poetas tinerfeños, como Zerolo, y sobre todo Tabares Bartlet, que es acaso el poeta más nuestro.

Intento en estas páginas desdoblar algunas

de las facetas más interesantes de la poesía de Domingo J. Manrique, faceta que concretaré en los siguientes puntos: Primero: «La emoción de la tierra». Segundo: «El paisaje canario». Tercero: «El sentido lagunero». Cuarto: «Elogios». Quinto: «Elemento religioso». Sexto: «La nota melancólica». Séptimo: «El sentido de la galantería».

1.º LA EMOCION DE LA TIERRA

La emoción de la tierra canaria fué la nota primordial de la poesía, hondamente lírica de nuestro vate. El amor del terruño arrancó a su lira las más delicadas notas. La visión del terruño se desperceza blandamente, por los alabastros pulidos de sus estrofas. El afecto de la tierra latía en lo profundo de su corazón. Acaso por esto una de sus poesías mejor logradas es «El Arrorró», en el que el poeta ve simbolizada la tierra canaria. «El arrorró es un pebetero de finísimas ternuras».

«El Arrorró» es su composición de más intenso espíritu regional. Y sobre el tema de esta poesía no se ha escrito nada semejante; abismo de sentimiento, y perfección de forma.

«El Arrorró» es la poesía que consagra a Manrique como un gran poeta lírico, dentro de la lírica canaria. He aquí tres estrofas de las seis que integran la poesía «El Arrorró»:

«Guardo muchas canciones en la memoria,
pero en el alma llevo tan sólo una:
aquella cuyas notas suenan a gloria,
la que cantó mi madre junto a mi cuna.

... ..
Arrorró de mi tierra, sencillo y blando,
lleno de dulce y vaga melancolía,
Quien no te ha oído vive ignorando
de los grandes amores la poesía.

... ..
Canción incomparable, toda dulzura,
canción de mis recuerdos, tierna y vehemente,
cada vez que te escucho se me figura
que una ola de besos baña mi frente».

¡Decidme si habéis leído en algún poeta canario ternura igual!

Las más caras emociones del poeta vibran en esta poesía, donde suceden los versos como espumas que se desperezan sobre «rubias arenas».

A este aspecto de la obra de Manrique pertenece también el soneto «Las Folías», ver-

sos de interesante contenido descriptivo, tema este de las folías cultivado por los poetas del primero y segundo momento. Lo más bello del soneto «Las Folías», son los tercetos:

«Bajo el milagro de la luz dorada
mientras del baile la sutil madeja
devana a su placer cada pareja
al delicado ritmo encadenada,
se oye la copla dulce, apasionada,
tierna y sentimental como una queja».

Debía de incluir también aquí «El Mencey de Abona», pero lo analizaremos en el siguiente apartado, por razones que luego se verán.

2.º EL PAISAJE CANARIO

El paisaje canario que nace en el siglo XVI en Cairasco de Figueroa y que en el XVII se viste de lozanía en el Bachiller Antonio de Viana y que más tarde, cuajado de luz, queda prendido en la malla sutil de unos inmortales versos de Nicolás Estévez, es nota-

blemente cultivado por algunos poetas canarios modernos.

Este tema del paisaje se desenvuelve con acierto en dos poetas: Antonio Zerolo y José Tabares Bartlet (primer momento). Sobre todo Tabares Bartlet. Un insigne crítico ha escrito de «Zebenzuí», esto: «Es una de las poesías más inspiradas en que se nota ya plenamente la sensación del paisaje canario. En esta poesía «se expresan motivos de ambiente y emoción de la tierra y costumbres canarias con un vigor no superado».

Los poetas Guillermo Perera y Alvarez y Domingo Juan Manrique continúan el tema del paisaje. (Segundo momento).

Casi toda la poesía de Manrique ostenta la nota descriptiva. La noche del 12 de septiembre de 1919 se da a conocer en el teatro Leal, de La Laguna, una obra lograda del poeta, «El Mencey de Abona», que es la floración más vigorosa y fuerte de su autor. El tema de esta leyenda es: «El Mencey de Abona, Adjoña, se disfraza de pastor, para salvar a un pastor del Menceyato de Adeje, condenado a muerte por haber matado «a uno de los canes más fieles y estimados que del Mencey de Abona guardaba los ganados». Y lo consiguió. «El Mencey de Abona» está escrito en

versos alejandrinos y de quince sílabas, que se agrupan en pareados. Se narra en esta leyenda una bellísima acción, que pone de relieve la nobleza de alma de nuestros aborígenes.

Esta leyenda es una de las obras en que más se exalta el numen de nuestro vate. Palpita en ella un dramatismo intenso; hay allí rumor de selva virgen. Y a veces pensamos, leyéndola, en Zorrilla. Es de un vigor descriptivo admirable la pintura que el poeta hace del Tagóror que «parece una magnolia en flor».

La facultad descriptiva de Manrique se deleita en los trazos fuertes, logrados, con que pone ante nuestros ojos la figura de Adjoña:

«Hallábase cubierta de polvo y de sudor ,
señales de una larga y agitada carrera,
el haico desceñido, suelta la cabellera;
reservaba el incógnito, su enérgico semblante
recatábase a medias tras el pelo ondulante
de una barba supuesta; su mirar expresivo
y su porte, emanaban ese orgullo nativo
y ese caudal ingénico de noble bizarría
que despierta en las almas respeto y simpatía;
sus miembros asomando bajo la urdimbre ruda
del plebeyo sayal, causaban una muda

admiración; el busto delicado y esbelto
las curvas vigorosas, el ademán resuelto,
era todo un esbelto y aguerrido doncel;
una escultura griega envuelta en tosca piel».

La emoción del poeta ante el paisaje canario se sublimiza, sube de punto, llega a la plenitud artística, en los siguientes pareados:

«El día es todo luz, el paisaje un encanto:
lejanías azules con franjas de amaranto;
junto a las suaves lomas las montañas hirsutas
tendiendo en los abismos las rampas de sus grutas
palmeras que recortan sobre un cielo ideal
sus gallardas siluetas de altivez oriental;
precipicios cubiertos de floridos zarzales;
bosques enmarañados, frescor de manantiales;
nubes que se desgarran y en las simas sepultan
sus fragmentos de armiño que ruedan y se ocultan
tras el polvo de oro que avientan los rebaños;
valles donde resuenan mil sonidos extraños;
blancas gaviotas que abren en fondos de arrebol
los palios de sus alas a la gloria del sol;
el gigantesco Teide que surge entre las brumas
y el mar que pone al cuadro cinturones de espu-
(mas)

Vigor, línea, colorido. Aquí la capacidad descriptiva de Manrique llega a la plenitud de su madurez artística, aunque en esta descripción, más de tendencia geométrica que pictórica, no predomine el carácter detallista que el paisaje canario adquiere en la poesía de Tabares Bartlet. Es un paisaje, el de estos pareados, abstracto, con la abstracción que aquí cabe.

3.º EL SENTIDO LAGUNERO

Manrique no había nacido en La Laguna, pero la amaba con intensa piedad filial. Ningún poeta la ha cantado con tantos primores como él. El amor que tenía a La Laguna era como el de un pintor que estuviera perdidamente enamorado de su novia y nunca se cansase de pintarla repetidas veces en diversos lienzos plasmando en cada nuevo cuadro una nueva maravilla.

Los ojos de Manrique, como los del pintor imaginado, cuanto más contemplaban La Laguna, más gracia nueva descubrían en ella. Esto es lo que realizaba el poeta en los versos que llamo de sentido lagunero.

Es un aspecto interesante de su poesía. Dentro de lo universal—perdonad la paradoja—de la emoción de la tierra, el sentido lagunero representa lo particular. Se desenvuelve en lo que pudiéramos llamar estampas parciales de La Laguna, acuarelas literarias, apuntes laguneros en verso. La Laguna fué uno de los temas predilectos de la musa de don Domingo. En un certamen celebrado en esta ciudad, el 28 de octubre de 1900, fué premiada su poesía «Aguere». La Laguna ha sido tema de nuestros poetas. Zerolo, que el 7 de junio de 1881 dió a conocer unos versos suyos premiados, que son el mejor canto a nuestro Valle de la Orotava, es uno de los cultivadores de este tema.

El sentido lagunero de Manrique se desarrolla en multitud de sonetos de versos endecasílabos, alejandrinos, de quince sílabas. Hay una característica en estos apuntes: la sobriedad. No churriguerismo, sino helenismo. Busca el poeta la exactitud de la nota localista; capta la integridad del motivo. No abigarramiento de líneas, ni recargamiento de colores, sino la emoción temblorosa, llana, pero exacta. Pincelada suave, grácil, alada. Lo interno más que lo externo, aunque paradójico parezca, tratándose de una

acuarela. Y en estos apuntes sueltos, campea la intimidad de la poesía de Manrique, de que hablé en otra ocasión.

El soneto «Primavera» es uno de esos apuntes laguneros, aunque el vate no lo diga en sus versos. En aquel soneto está La Laguna envuelta en perfumes, que se reclina sobre un lecho de flores, y que sonríe bajo «doses de mariposas».

He aquí el segundo cuarteto:

«La tierra está de gala; en los alcores
hay doses de blancas mariposas,
y en las sendas mullidas y aromosas
arcos triunfales y explosión de flores».

El broche áureo del soneto, es:

«hay efluvios de dicha en el ambiente,
un madrigal de luz en cada fuente
y un idilio de amor en cada rama,

Otro apunte es «Invierno». La Laguna invernal, a pesar de que tampoco lo expresa el poeta. De «Invierno» son estos endecasílabos iniciales:

«Fingen las nubes lóbregos tapices
que obscurecen la vega humedecida;
el viento azota, el agua entumecida
bulle, turbia, entre guijos y raíces.»

No se puede dar una pintura más exacta en tan corto número de versos.

El sentido lagunero del poeta tiene un momento intenso, acentuado, goyesco. Este es el que plasma en el soneto «La entrada del Cristo». El vate, en los tercetos de esta composición se expresa así:

«Y súbito millares de rojas serpentinas
estallan fragorosas en ígneos surtidores;
la plaza es un incendio, volcanes las colinas,
y entre nubes de púrpura coronado de espina
surge Jesús abriendo sus brazos redentores
a todas las angustias, a todos los dolores.»

Todo el soneto está encendido de intenso color y apuñalado por un desgarramiento religioso. Música y color a lo Don Luis de Góngora, pero el Don Luis de la «fiesta de cañas y toros en la plaza de Valladolid».

Tras los alejandrinos de esta poesía se siente a la ciudad que religiosa y enfebrecida, suspende su algazara, para arrodillarse ante Cristo y se percibe el incendio artificial de los espacios, por cuya cóncava inmensidad, retumban los truenos de los «morteros» y donde se abren las rosas de luz de los cohetes que semejan flores de lis con alas.

Otro apunte—y este es el último que cito—; porque no precisa enumerarlos todos, es «Ante la estatua de Tabares Bartlet». Aquí, acariciado por las fragancias, surge el simpático y bello rincón lagunero: «Plaza de la Junta Suprema».

«En el risueño vértice de espléndida alameda
elévase la estatua del poeta glorioso,
erguido y firme el busto de perfil armonioso
y alta la noble frente, como él la llevó en vida.

Hoy visité aquel busto; de perfumes henchida
bañóme el aura; en torno del jardín rumoroso
unos gráciles niños en bando bullicioso
rasgaban el silencio de la tarde dormida.

Parecióme en el regio crepúsculo amarillo
que incendiaba el brillante mármol del pedestal
ver surgir del maestro el espíritu sencillo,

hecho luz y fragancia, y que en cada rosal,
rimando con las voces del infantil corrillo,
un verso florecía de su musa inmortal.

El tema de La Laguna aparece en poetas canarios modernos. Aparece en Antonio Zorolo, quien dejó sobre el tema de La Laguna otoñal una estampa definitiva. («Ya La Laguna triste y solitaria,» etc.) y que deseaba morir en La Laguna y que arrullasen su sue-

ño los pinos de la montaña y el mar Atlántico,
que meció su cuna.

Aparece en el mismo Manuel Verdugo, va-
te cosmopolita, en quien existe poco elemento
regional, pero que es egregio maestro de la
poesía moderna española. Este momento re-
gional lagunero de Verdugo, es la composi-
ción «La Cruz de Piedra». Aparece inicial-
mente en el primer momento de Francisco Iz-
quierdo: en «Medalla de otros tiempos». Y se
desenvuelve con profusión en el segundo mo-
mento de este admirable poeta tema que da,
sin acaso el autor sospecharlo, título a su se-
gundo libro: «Medallas». El tema en esta se-
gunda época de Izquierdo, se vuelve agrio,
áspero, seco, a lo Pío Baroja, de quien trata
el penúltimo soneto de los 49 de que consta
todo el libro. Un escepticismo sombrío, agre-
sivo, aletea en el tema en esta época del vate.
Pero las «Medallas» son magistrales. «La La-
guna, ciudad de los verdóles» y «El Palacio de
los Navas» acaso sean las mejores «Medallas»
que sobre el motivo lagunero, tan fecundo en
nuestros modernos poetas canarios, brotaron
del arpa de Izquierdo.

En la poesía de Domingo Manrique, el te-
ma de La Laguna es optimista, risueño, ama-
ble, sugestivo como el ensueño de una tarde

primaveral en la vega lagunera. Está envuelto en una luminosidad que seduce. La misma Laguna ventosa, crucificada de frío y de bruma, del soneto «Invierno», atrae plácidamente.

La transparencia es una de las cualidades de los versos de este inspirado poeta. Transparencia que heredó de Becquer. Manrique bruñe sus versos con la tersura de Núñez de Arce. Y su palabra es esclava de su pensamiento.

4.º ELOGIOS

Su finura espiritual floreció en los elogios tributados a los claros varones de la Patria, que pusieron la ofrenda de sus acciones sobre el altar de la tierra tinerfeña. Ante ellos, el poeta quema el ritual incienso de versos votivos, que subieron a posarse sobre las cabezas sublimadas. Y ahí ascendió el sacramental aroma del elogio, en alas de los versos, a besar la frente de los Nava Grimón, de Antonio Zerolo y Herrera, de José Tabares Bartlet y de Patricio Estévanez y Murphy. Así canta el vate en un soneto a Zerolo:

«Tú, que pulsaste el arpa de los celestes coros,
y que en tu corazón y que en tu mente inquieta
del sentir y el pensar depuraste los oros;
permíteme que, en culto al genio y al poeta
coloque, reverente, esta humilde violeta
junto a las rosas cálidas de tus versos sonoros».

5.º ELEMENTO RELIGIOSO

La tortura metafísica, trágica y desesperada en la figura gloriosa de don Miguel de Unamuno, no ensombreció el espíritu de Manrique. Las alas de la fe le libertaron de este abismo interior. Así se deduce de un tríptico del vate, premiado con la Flor Natural en unos Juegos Florales celebrados en la villa de Valverde el 12 de Junio de 1922.

El tríptico se titula «Fe, Esperanza y Caridad». De estos tres sonetos decía el «acta del Jurado»: «Son tres composiciones admirables, modelos de corrección, de belleza, conceptuosas e inspiradas en la más pura moral cristiana». «Fe, Esperanza y Caridad», son el índice de la fe religiosa del poeta. Son como tres piedras preciosas de nuestro cielo

lórico, magníficos diamantes engarzados en el hilo de oro de musicales endecasílabos.

Domingo Juan Manrique, dirigiéndose al incrédulo, en el soneto «Fe», le arroja estos versos:

«Sacude la obsesión de tus sentidos,
la torpe ceguedad de tu alma ruda,
vuelve al cielo los ojos y prendidos
mira en el manto de la noche muda
a millones los mundos encendidos
rasgando las tinieblas de la duda.»

Y en el que lleva por título «Esperanza»
deja una vibración íntima de su espíritu,
cuando exclama:

«Por cima de la pena abrumadora,
firme y piadoso tu alentar nos guía,
por eso vive y canta el alma mía
siempre esperando una feliz aurora;
también el ruiseñor cantando llora
mientras espera el sol del nuevo día.»

6.º LA NOTA MELANCOLICA

En Guillermo Perera, la nota melancólica surge fuerte, acentuada, acaso envolvién-

do sus versos en una doliente monotonía. En la musa de Manrique no sucede así. Esa nota existe, pero es menester buscarla a través de las estrofas porque está como escondida. Es una pincelada suave, casi borrosa que se esfuma. Un pólen sutil, una tinta diluída. «Una dulce y vaga melancolía», como canta el poeta en «Arrorró». A través de esta tristeza del vate se adivina la sombra de Bequer, que pasó por allí. Duérme esta «dulce y vaga melancolía», en «Los ojos de Marisa» (composición premiada en 1918), en «Esperanza», en «Caridad», y en un bello romance dedicado a don Rogelio Francés, con motivo de enviar a éste el poeta la leyenda «El Mencey de Abona».

7.º EL SENTIDO DE GALANTERIA

El insigne prosista José Enrique Rodó, en su libro «Hombres de América», donde nos da una enérgica visión de la obra de Rubén Darío, dice que la poesía de éste puede simbolizarse en el cisne, «ave favorita» del poeta nicaragüense. (Léase «El Cisne», «Los Cisnes» y «Blasón»).

Acaso contagiado por este afán simbolista de Rodó, veo simbolizada la obra de Manrique en la mariposa. (El vate canario en una de sus poesías, habla de «doseses de blancas mariposas», y en otra dice que sus alumnas acudían a clase «presurosas cual rauda tropel de mariposas». Véase el «Mencey de Abona», con razón seleccionada por Verdugo para su «Antología de Poetas Canarios contemporáneos», inédita, y el soneto que acaricia el album de la aristocrática y bella señorita María Peraza de Ayala.)

Y digo que el símbolo de los versos de Manrique, es la mariposa, porque suaves, gráciles, rientes, bellamente geométricos, como alas de mariposas, son sus versos.

Una característica del poeta estudiado, acaso la más acusada, es la delicadeza, la exquisitez. No llega esta delicadeza al preciosismo, porque la austeridad artística del poeta le pone diques. Acaso formados en esta escuela de delicadeza de la poesía de Manrique, pero dando rumbo nuevo, tal vez nueva técnica a esta exquisitez, nacen dos mágicos poetas actuales: José Manuel Guimerá y Pedro Pinto de la Rosa. El gran poeta Francisco Izquierdo es cosa aparte. La obra de éste es admirable y puede dividirse en dos

mōmētōs, marcados por la aparición de «Alta Plática» (1915) y «Medallas» (1925). Ni el influjo de Núñez de Arce en la poesía de Tabares Bartlet, ni la influencia de Zorrilla y Quintana y Herrera en la poesía de Zerolo; ni el influjo que en el primer momento de Francisco Izquierdo ejercen los versos de José María Gabriel y Galán (compárese «El Ama» y «Mi Padre»); ni el influjo de Santos Chocano, Guerra Junqueiro y Espronceda en la musa altiva, con casco guerrero, de Rodríguez Figueroa; ni la influencia de «Estelas», del maravilloso cantor de Alcibiades, sobre el interesante libro «Senderos», de Luis Alvarez Cruz, ni la influencia señalada por Valbuena Prat, de poesías de Antonio Machado en la obra valiosa de Fernando González, «el poeta de la familia del amor fraterno», cuya personalidad ha ido evolucionando a través de libros como «Las canciones del Alba», «Manantiales en ruta» y «Hogueras en la montaña», y que supo crear «La última noche del niño enfermo», verdadera «obra maestra», poesía cabal que basta de suyo para inmortalizar al querido y admirado poeta y docto catedrático Fernando, disminuyen el valor de la obra de

éstos artistas. Però volvamos a nuestro propósito.

El primor, la exquisitez, esta gracia lírica, que ríe en los versos de Domingo J. Manrique, está espléndidamente difundida en las composiciones de corte galante.

Ha sido Manrique el poeta canario que con más asiduidad y mejor perfección ha cultivado los versos de «sentido de galantería», incluyendo al mismo Tabares Bartlet, de cuyo soneto «A Josefina Ascanio» dijo el eminente Valbuena Prat, que nadie antes del modernismo, ni aún López de Ayala, superó este bello «sentido de galantería». Yo me atrevo a decir que en esto, Manrique es superior a Tabares Bartlet.

Los versos de Manrique acerca de este tema, están dispersos en multitud de albums en poder de distinguidas damas.

En la poesía de corte galante, Manrique vive de nuevo sus años juveniles. Un dulce retorno al «Divino Tesoro».

La gracia sutil, el piropo aristocrático, el discreto galante, el elogio a la femenina belleza de una boca, de unos ojos, de una risa, de una cabellera, el atavío de una frase enamorada de romántico trovador, un suspiro de madrigal, son motivos de los versos de

tendencia galante en este vate. Diríase que es aquí Manrique un Duque poeta escapado de un lienzo de Watteau.

Canta el poeta en una de estas composiciones:

«Muchachita gentil que llevas un tesoro
en tus bellas pupilas y en tus crenchas de oro,
tal vez hayas soñado que un lindo trovador
al compás de las notas de su laud sonoro
te envolviera en el ritmo de una canción de amor».

La alabanza discreta pule estrofas como la que sigue:

«Yo supe de qué modo la Ciencia te asimilas
y como de tus labios el purpurino broche
de la palabra hacían un musical derroche,
en tanto subrayaban de las horas tranquilas
el sosiego, atrayentes, cual faros en la noche
los puntos luminosos de tus negras pupilas.»

Pero donde «el sentido de galantería» llega a la más acabada concreción, es en el soneto «Tu risa», escrito en el album de María de San Ginés. Soneto en el que se exhibe un supremo gesto de elegancia, elegancia a lo Alberto Hidalgo, en «Rendición». Ningún poe-

ta canario ha superado este gesto de galantería. Gracia, plasticidad, metáfora, ritmo impecable, todo esto resplandece en los catorce diamantes de «Tu risa». Rubén Darío hubiera podido poner al pie de este soneto su nombre. «Tu risa», es una obra maestra; aquellos catorce topacios de versos de musicales hemistiquios, modelo de técnica poética, pueden servir de paradigma en el «Arte Métrica» más exigente. Allí resplandece la elegancia, la naturalidad y la armonía con que está ataviada la obra del poeta. Sobre todo, la armonía, que era su preocupación de artista, su sueño azul. ¡Divina armonía!, con que se embriagó Paul Verlaine; divina armonía, en la que se envolvió como en un manto imperial la augusta figura de Rubén Darío; divina armonía, que tanto amaron todos los dioses de la lírica.

Como un zafiro quiero engarzar aquí el soneto maravilloso «Tu risa»:

«Tu risa, bajo el negro palio de tu melena
es cual cantar de alondra, que, de la luz avara
entre nimbos astrales y alburas de azucena
en estrofas de oro sus notas desgranara.
Cuando ríes y tiemblan las rosas de tu cara
y en diamantes se tornan tus ojos de agarena,

parece que el espacio de claridad se llena,
es como si a tu rostro la gloria se asomara.
[Tu risa: ¡Cuántas veces mi espíritu la evoca!
Festín de maravillas con luz de madrigales,
orgia de embelesos, perturbadora y loca;
y osados, tentadores, divinos y triunfales
tus blancos dientes como diminutos puñales
prendidos en el rojo milagro de tu boca. »

No acaban aquí, en esta última poesía, las finuras y maravillas de este delicado poeta.

Manrique plasmó, además, un magistral soneto de valor universal, cantando a la excelsa e inmortal novia de Dante Alighieri, mujer pura, que es el eje de diamante de «La Divina Comedia». Es acaso una de las mejores poesías acerca del tema. Se titula el soneto «Beatriz de Portinari». Es el siguiente:

Angel, diosa o mujer, tan bella era,
que sólo imaginarla es vano empeño.
¿Fué la dichosa realidad de un sueño
o la dulce visión de una quimera?

¿Calcó el Divino Orfebre la severa
línea de su cuerpo en el diseño
del dios Amor, o acaso fué el risueño
espejismo de un sol de primavera?

Tal hermosura el cielo darle quiso,
tal secreta atracción a su semblante,
que viviendo por ella vivió el Dante,
y para aquel amor le fué preciso
poner juntos Infierno y Paraíso,
porque una eternidad no era bastante.

Sobre el tesoro musical y emotivo de la obra poética de Domingo J. Manrique, yo pondría como colofón, estas palabras de Croce:

«Cuando hay emoción y sentimiento pueden perdonarse muchas cosas; cuando faltan, no hay nada que pueda compensarlos. Todos los otros méritos no pueden salvar una obra de arte».

X

Cantor de la tierra canaria: Por artista y caballero, por ser flor de patricios y gala de poetas; porque supiste cantar en versos que saben a gloria las ternezas del «Arrorró»; por la regia galanura y la música astral de tus versos, recoge el homenaje de estas rosas votivas que con emoción he cortado en mi lírico jardín; acepta la ofrenda de estos poetas que han venido a decirte los salmos de sus estrofas. Cantor glorioso de la tierra mía: ¡salve!

El Mencey de Abona



A mi amigo Rogelio Francés.

Dulcē amigo: si el recuerdo
de mis adoradas peñas
vivē aún en tu memoria,
si cuando piensas en ellas
olvidas tus desventuras
para ensalzar sus bellezas;
si el espejo de tu alma
generosa, noble y buena,
depurada en los crisoles
del Amor y de la Ciencia,
alguna vez reproduce
las imágenes risueñas
de aquellas horas felices,
de puros deleites llenas,
en que yagábamos juntos

recorriendo sus florestas;
si percibes las sinuosas
curvas de sus carreteras,
festionadas de jacintos
y de follaje cubiertas,
y ves la casita blanca
entre rosales envuelta,
tranquilo rincón que ofrece
al pecho un alto en la pena,
y dentro, a la campesina,
como sus rosales, bella,
que en sus manos, ruborosa
y solícita te acerca
al «cangilón» transparente
donde el vermouth centellea,
el vermouth, dulce y amargo
como nuestra vida entera,
que es alegría en el alma
y ardiente savia en las venas;
y subes a las rocosas
cumbres de las altas sierras,
donde, al tender la mirada,
las maravillas te ciegan,
y buscas la unión del cielo
con el mar y no la encuentras,
que son mar y cielo juntos
una colosal turquesa;
y por sobre los cantiles

que limitan mar y tierra,
en arroyos de esmeralda
ves desbordarse las vegas;
y allá, en la hondura, las playas
donde las olas se encrespan
o se tienden, perezosas,
sobrè las rubias arenas;
y acá, las montañas fértiles
cuyas cúspides ostentan
el oro que los crepúsculos
han ido dejando en ellas,
y los profundos barrancos
que, como heridas inmensas,
entre el revuelto bosque
abren sus bocas siniestras;
y los valles aromosos,
como nidos entre breñas,
donde la luz canta y ríe
y en mil cambiantes se quiebra,
en cuyas tupidas frondas
y claras y alegres sendas,
pájaros y flores viven
en constante primavera,
donde hay música de esquilas
y tierno balar de ovejas,
donde, a la plácida sombra
de naranjos y palmeras,
como sultanas de ensueño

sē réclinan las aldeas...

... ..
En gracia a tales recuerdos
y para honor del poeta,
sé benévolo y acoge,
con un abrazo, esta ofrenda,
que es una pálida nota
de la vida guanchesa,
vida patriarcal y santa,
paradisiaco poema
que en estas rocas de Atlántē
cantó la Naturaleza
y que en la ruta del tiempo
dejó su límpida estela.
Para consagrar su culto,
altares son estas peñas,
altares en donde oficia
nuestro viejo centinela,
el Teide, que hacia los cielos
eucarístico se eleva
entre blancuras de nieve
y resplandores de estrellas,
y clama el «¡Gloria in excelsis!»
tejiendo a sus plantas regias,
bajo doseles de pinos,
incensarios de azucenas.

El Mencey de Abona

De aquel Mencey Adjoña que reinó en los estados
de Abona, cuando fueron campos afortunados
las Canarias, del guanche que la Historia nos cita
como un príncipe obscuro, sé yo de una exquisita
leyenda cuyo espíritu sintetiza y enlaza
la bondad, la hidalguía y el valor de una raza;
una de esas leyendas que en el solar isleño
son como mariposas aladas del risueño
jardín de las Hespérides; brisas de aquel perdido
paraíso, impregnadas de sosiego y de olvido
plácidos a que el alma con avidez se entrega;
de ese algo inexpresable que hasta nosotros llega
como de un sol extinto los últimos reflejos,
como un perfume santo que viene desde lejos.

Y sucedió que un día, inopinadamente,
 un pobre pastorcillo de aquel reino, imprudente,
 mató a uno de los canes más fieles y estimados
 que del Mencey de Adeje guardaba los ganados,
 y como aquellos guanches, de costumbres usteras,
 y sanas, se regían por leyes muy severas
 y en absoluto libres de prevaricaciones,
 que siempre se cumplían sin más apelaciones,
 tuvo el pastor de Abona la desgraciada suerte
 de que el Mencey de Adeje le condenara a muerte.
 Era cosa sabida que én ocasiones tales
 tenían los Menceyes rasgos originales,
 y éste de nuestra historia, al dictar la sentencia
 que al pastor condenaba, tal vez de la clemencia
 escuchando la voz, que el alma compasiva
 ante el negro infortunio jamás se muestra esquivada,
 o por hacer un uso prudente y justiciero
 de sus atribuciones de Monarca y guerrero
 que espera en sus vasallos hallar a un tiempo mis-
 (mo

agilidad, valor, nobleza y heroísmo,
 hizo anunciar que el reo sería perdonado
 siempre que hubiera un guanche tan diestro y ab-
 (negado
 que al llegar el momento fatal para el pastor ...

en peligroso lance fuera su salvador;
y observando, sin duda, las normas de la Ley
la manera de hacerlo explicaba el Mencey:
puesto a cuarenta pasos del pastor, que tendría
en la cabeza un gánigo, hacer tal puntería
que sin errar cayeran, consecutivamente,
diez «támaras» de palma dentro del recipiente;
y el defensor al reo debía reemplazar
si en la temible empresa llegaba a fracasar.

III

Y llegó el día aciago. Al Tagóror, en pleno,
acudió la nobleza; reposado y sereno
el Mencey ocupaba su sitio de granito
en la extensa planicie, abierta al infinito;
El Consejo y los Príncipes, según sus jerarquías
y su rango, llenaban las amplias graderías;
dando guardia de honor a las reales personas
estaban los sigoñes armados de tabonas,
y en torno, la compacta multitud impaciente
que espera el desenlace con ansiedad creciente;
sobre los verdes juncos, poleos y retamas
que tapizan el suelo, formando con sus raiñas
una red caprichosa de floridos mosaicos,
destácanse movibles las fimbrias de los háicos

en vigoroso arranque de línea y de color;
el Lagóror parece una magnolia en flor.
En púdicos tamargos ocultan las doncellas
la pompa de sus carnes divinamente bellas
y en sus rostros trigueños se encienden sus miradas;
como reminiscencias de noches estrelladas.
El día es todo luz, el paisaje, un encanto;
lejanías azules con franjas de amaranto;
junto a las suaves lomas, las montañas hirsutas
tendiendo en los abismos las rampas de sus grutas;
palmeras que recortan sobre un cielo ideal
sus gallardas siluetas de altivez oriental;
precipicios cubiertos de floridos zarzales;
bosques enmarañados, frescor de manantiales;
nubes que se desgarran y en las simas sepultan
sus fragmentos de armño que ruedan y se ocultan
tras el polvo de oro que avientan los rebaños;
valles donde resuenan mil sonidos extraños;
blancas gaviotas que abren en fondos de arrebol
los palios de sus alas a la gloria del sol;
el gigantesco Teide que surge entre las brumas
y el mar que pone al cuadro cinturones de espumas.

IV

Cual náufrago que aguarda su postrimera hora
sin ver en torno suyo la tabla salvadora,
pálido y abatido, con la mirada errante,

se presenta el pastor; nadie en aquel instante creía que existiera ningún hombre capaz de salvar de la muerte al incauto rapaz; tan dura era la prueba para alcanzar la gracia que afrontarla sería una sublime audacia. Deslizábase el tiempo y el fallo inexorable preciso era cumplir; nublaban el afable rostro del Soberano el temor y la angustia; la esperanza moría como una rosa mustia; llenábanse los pechos de una inquietud secreta ya algunos ocultaban la lágrima indiscreta; mas, de pronto, rompiendo el círculo formado por la apiñada gente, llega precipitado al Tagóror un guanche en traje de pastor. Hallábase cubierto de polvo y de sudor, señales de una larga y agitada carrera, el háico desceñido, suelta la cabellera; reservaba el incógnito: su enérgico semblante recatábase a medias tras el pelo ondulado de una barba supuesta; su mirar expresivo y su porte, emanaban ese orgullo nativo y ese caudal ingénito de noble bizarria que despierta en las almas respeto y simpatía; sus miembros asomando bajo la urdimbre ruda del plebeyo sayal, causaban una muda admiración: el busto delicado y esbelto, las curvas vigorosas, el ademán resuelto, era todo un hermoso y aguerrido doncel,

una escultura griega envuelta en tosca piel,
Al Mencey y al Consejo saludó reverente,
después sobre el pastor puso solemnemente
su mano y exclamó: —¡Yo vengo a su defensa!
y fué aquel un instante de expectación inmensa;
el público, al oírle, sintióse emocionado;
que si antes se dolía del pastor sentenciado
por creer imposible su salvación, ahora,
tal vez con una pena más desconsoladora,
lamentaba el destino de aquella criatura
excelsa que marchaba a una muerte segura,
de aquel hombre de espíritu magnánimo y gigante
que entregaba su vida por la de un semejante.

V

Púsose el frágil gánigo al reo en la cabeza,
contáronse los pasos, el defensor empieza:
silba la honda y abre círculos en el viento;
tras una pausa breve, un impulso violento,
y despide la támara que hasta una altura fija
llega para caer rápida en la vacija.
Y en medio de su asombro, la multitud extática
pudo ver que con una precisión matemática,
seguían igual suerte las támaras restantes.
Una explosión de gritos y aplausos delirantes..

acogió la victoria del bravo tirador;
mas, he aquí que llega a colmo el estupor
de aquellos guanches cuando, quitándose el disfraz,
el héroe les muestra descubierta la faz,
de sorpresa, de orgullo, del vivo sentimiento
patrio, la muchedumbre sintió el sacudimiento;
unánimes los labios pronunciaron un nombre:
¡Adjoña! ¡Adjoña! ¡El Príncipe! ¡Adjoña! él era el
(hombre

que realizó el prodigio, él era, el poderoso
Mencey de Abona, el príncipe valiente y generoso
en quien su pueblo hallaba, a más del Soberano,
al consejero amigo, al padre o al hermano.

¿Y qué pluma podría narrar aquella escena
de ternura y de amor intensamente llena?

Tendió el Mencey de Adeje al de Abona los brazos,
que a los dos les unían de la sangre los lazos
y el angusto ejercicio de las bellas acciones
fundía en uno solo sus nobles corazones.

El Consejo y los Príncipes, hacia tierra inclinados,
en prueba de homenaje cruzaban sus magados
con arreglo a las fórmulas de su breve y sencillo
ceremonial, en tanto, el joven pastorcillo,
viendo a su salvador, a su Rey y a su dueño,
como si despertara de un pavoroso sueño,
bañadas por el llanto las trémulas mejillas,
como a un dios le adoraba postrado de rodillas.

... ..

El magnánimo Adjofia, por todos aclamado,
en brazos de los guanches de Adeje, fué llevado
a su reino, entre palmas y vítores y honores,
el camino, a su paso, sembrándole de flores,
y al saber la noticia de tan extraordinaria
aventura, los Reyes del resto de Nivaria,
de los hechos heroicos idólatras fervientes,
al de Abona enviaron los más ricos prese tes,
en riquísimas huirmas, en frutos, en curtidos,
y en lanzas y banotes finamente pulidos,
celebrando el suceso, además, los Monarcas,
con fiestas suntuosas en todas las comarcas.

... ..
Y de aquel bello príncipe que nos pinta la Historia
como un Mencey obscuro, sin honor y sin gloria,
terminó la leyenda. Guardaba este tesoro
la tradición piadosa en su libro de oro.

Canto a Agüere

El sosiego, el lugar apacible, la
amenidad de los campos, la sereni-
dad de los cielos, el murmullo de
las fuentes, la quietud del espíritu,
son grande parte para que las mu-
sas más estériles se muestren fe-
cundas...

CERVANTES.

Bajo un cielo de luz esplendorosa,
de fértil vega en la pendiente suave,
bañada por la brisa cadenciosa,
aparécese Aguere en quietud grave,
cual preciado tesoro,
sobre regio tapiz de verde y oro.

Es el amanecer: los resplandores
del sol de la mañana,

estallan en torrentes de colores
al herir su campiña soberana,
mostrándosele al alma de improviso,
como trasunto fiel del paraíso.

La sierra que domina el panorama,
medio envuelta en las nieblas transparentes
que el aire desparrama
como un inmenso tul por sus vertientes,
eleva allá sus crestas de granito
por la ignota región del infinito.

Y abajo, en la llanura,
la ciudad que indolente se despierta,
recatando su nítida blancura
con la espesa arboleda mal cubierta,
y extiende entre el ramaje sus tejados
por el rocío matinal bañados.

Acá sombrean las risueñas lomas,
los brezos y rosales confundidos,
entre cuya espesura las palomas
abandonan sus nidos
para cantar su amor y su alegría
bañándose en la luz del claro día.

Lucen allá los aromados huertos
con sus palmeras de gallardo talle

y sus naranjos de azahar cubiertos,
y en simétricas franjas, por el valle,
los trigales dorados
por lindes de amapolas separados.

La rica vid verdea en los oteros,
y enjambres de pintadas mariposas
desbordanse por calles y senderos,
como lluvia de rosas
por invisibles manos arrojada
en los brazos del aura embalsamada.

Cuanto en contorno abarca la pupila
todo es encanto y luz, sombra y matices;
resbala por la atmósfera tranquila,
con transparencias grises,
el humo que se eleva en los hogares,
como nubes de incienso en los altares.

Y arriba, en el espacio,
jirones de celajes vaporosos
con tonos de carmín y de topacio
se agrupan perezosos,
como flotantes velos
suspendidos por gala entre dos cielos.

Más allá... el mar azul, cuyo horizonté
en blanca gradación se desvanece;

de un monte al otro monte
su lejano rumor llega y decrece,
como si se adormiera su oleaje
en la infinita calma del paisaje.

... ..

Allí está, sin rival; del ancho seno
del que fué en otros tiempos lago umbroso,
cuyo cristal sereno
sirvió de espejo al guanche valeroso,
y a cuya agreste orilla los Menceyes
proclamaron sus dogmas y sus leyes,

surgió Aguere feliz, valle envidiable,
aromado vergel, fresco y florido,
rincón incomparable
que atesora el Atlántico, escondido
en el suelo nivario:
brillante perla del edén canario.

Hasta el altivo Teide, ese coloso
que de lejos admira el navegante,
sublime y majestuoso,
eleva allá su mole y, palpitante,
para verla a sus anchas, se abre paso
por cima de las brumas del Ocaso.

Otras poesías

PLAZA DEL ADELANTADO

Plaza de mis amores, tranquila y perfumada,
todo en tí me seduce, todo en tí es atrayente;
tus árboles altivos, tus jardines, tu fuente...
y hasta el vetusto marco donde estás asentada,

En tu recinto plácido, de evocador ambiente,
el alma, de tus límpidos effluvios saturada,
se abisma en los recuerdos de la dicha pasada
para olvidar la triste realidad del presente,

Rincón de mis sosiegos, plaza de mis amores,
igual que yo te aman los pájaros cantores
que en tus frondas agitan su plumaje de raso,

Que de tu umbría sienten la suprema atracción,
y que en las horas diáfanas y azules del ocaso
te envuelven en un himno que es plegaria y can-
(ción.

EL ARRORRO

Guardo muchas canciones en la memoria,
pero en el alma llevo tan sólo una:
aquella cuyas notas suenan a gloria,
la que cantó mi madre junto a mi cuna.

Aquella cuyas frases van impregnadas
del cadencioso arrullo de las palomas,
y cuyas vibraciones immaculadas
tienen para nosotros luces y aromas.

Arrorró de mi tierra, sencillo y blando,
lleno de dulce y vaga melancolía,
¡Quién no te ha oído nunca vive ignorando
de los grandes amores la poesía.

Susurro de los valles, que lleva el viento,
del mar o de los bosques canción lejana,

todo cuanto en mis peñas tiene un acento
en tus notas encuentra la nota hermana.

Y se mezclan al ritmo de tus cantares
unas veces la dicha y otras la pena:
el murmurar alegre de los pinares
o el gemir de las ondas sobre la arena.

Canción incomparable, toda dulzura,
canción de mis recuerdos, tierna y vehemente,
cada vez que te escucho se me figura
que una ola de besos baña mi frente.

A MARIA MAFFIOTTE

Para su álbum

Esta hoja que aún guarda en sus poros el suave
aroma de tus finas manos de primavera
y en las mías la gracia del pensamiento espera,
una cuestión me ofrece dificultosa y grave:

Si te niego mis versos, me arredran tus enojos;
si los hago, la triste realidad me asegura
que jamás obtendrían la suprema ventura
de recibir la dulce caricia de tus ojos.

Mas, al fin, una fuerza superior el dualismo
ha roto, y sobre el terso papel, la pluma osada
va marcando su huella, y es que al alma cansada
la juventud la atrae como atrae el abismo.

¡Mis versos! tristes flores de Otoño que, abatidas
en este silencioso jardín abandonado,

consuelan sus nostalgias aguardando el ansiado
rayo de sol que encienda sus hojas ateridas.

Y así van a tí, cierto que pongo el alma en ellos
y que a rimar se atreven con esos mil suspiros
ignorados que acuden en presurosos giros
a morir en la llama de tus rubios cabellos.

YO HE CANTADO A UNOS OJOS...

Para Y. G.

Yo he cantado a unos ojos que, por mi amargo sino,
cruzáronse en mi senda, bellos y retadores;
yo me abrasé en la llama de sus vivos fulgores,
y ellos desorientaron mi rumbo y mi destino.

Acaso conociendo mi sed de peregrino,
llegaron a mi vera falaces y traidores;
me hirieron a mansalva como dos malhechores
y exangüe me dejaron en medio del camino.

Tus ojos, como aquellos que mi ilusión truncaron,
en sus penumbras llevan irisaciones de oro;
si es que buscan la presa con que, tal vez, soñaron,
a mi triste retiro ¡ay, cuán tarde llegaron!
que un corazón tenía por único tesoro,
un corazón que, alevés, aquellos me robaron.

ANIVERSARIO

No sé lo que tienen los aniversarios
que todos me apenan,
no sé lo que tienen
para mí sus fiestas.

Esos regocijos falaces que asocian
al Tiempo pasado las Horas que llegan,
penachos de espuma sobre la corriente,
dgrados jalones en movable arena,
que al viajero marcan
el rumbo hacia el límite de su breve senda;
esos regocijos tan sólo consiguen
bañar mis recuerdos, que en tropel despiertan,
en las añoranzas de glorias perdidas,
en el dejo amargo de angustias secretas.

La vida es un himno
de notas dispersas
que, juntos, entonan
el cielo y la tierra.
Cuando el alba ríe
su risa de perlas,
en las mañanitas cuajadas de flores,
de lagos azules y fuentes serenas,
cuando, vigilante, Amor ha encendido
su divina hoguera

y a su influjo santo maduran las pomas,
y estallan las yemas,
y late con ansias el río impetuoso
de la sangre moza que hierve en las venas;
cuando, exuberantes, rebosan del alma
nuestras ilusiones, floridas y bellas,

como mariposas
que en el aire tiemblan,
¡qué hermosa es la vida!
¡qué hermosa y que buena!

Mas, viene la tarde,
la noche se acerca,
por ese perehne rodar de los mundos
de que es un remedo la humana existencia;
la luz que alumbraba
la verde floresta,
en cortos instantes
tornóse en tinieblas;
no hay aves cantoras,
ni cielo ni estrellas:
lagunas y montes—
y mares y selvas,
en una infinita sucesión de abismos
las sombras nivelan;
y bajo el silencio
de las horas lentas,
ante nuestros ojos

el ~~momento~~ se muestra
sumido en la calma solemne y augusta
de las cosas muertas.

Cuando pase el albor de tu vida
y las sombras penetren en ella,
mira, entonces, del alma hacia dentro,
verás lo que queda:
un rosal sin flores
y una fuente seca.

Amor, ilusiones, dichas y esperanzas,
láuros y grandezas,
¿qué son con el tiempo?
naves que zozobran en playas desiertas,
faros que se apagan
en la noche inmensa.

Por eso es que todos los aniversarios
me causan tristeza,
por eso, si llevo la copa a mis labios,
la copa en que brindan placeres sus fiestas,
a veces ignoro si es vino o son lágrimas
lo que bebo en ella.

Léida en la velada del Círculo Mercantil «El Porvenir».

LOS OJOS DE MARISA

Aquellos ojos engañosos,
llenos de encanto, plenos de luz,
tan amorosos como traidores,
aquellos ojos... fueron mi cruz.

Como en las negras noches polares
la aurora enciende su resplandor,
y en la penumbra de los altares
lanzan los cirios vivo fulgor,

Por insondables leyes extrañas,
así Marisa logró tener
bajo la sombra de sus pestañas
dos claridades de amanecer.

Ojos serenos, graves, altivos,
de un inquietante poder sutil;
siempre al mirarlos tiernos o esquivos,
ennudecía mi alma febril.

Ojos de ensueño y de leyenda,
raro conjunto del bien y el mal:
eran desvío y eran ofrenda,
eran caricia y eran puñal.

Negros, profundos, grandes y bellos,
hondos abismos de perdición.
¡ Negro y profundo, también, como ellos,
era el martirio de mi pasión!

Cuando miraban enamorados,
desde aquel rostro nieve y carmín,
eran cual besos aprisionados
en regia cárcel hecha jazmín.

¡ Cómo reviven en mi memoria!
¡ Cuál me parece verlos brillar
como una magia, como una gloria
que abre sus puertas de par en par!

¡ Cómo recuerdo la tarde aquella
y el aromoso dulce rincón,
en que Marisa, radiante y bella,
Samaritana de mi ilusión,

Puestas sus manos entre las mías
de aquellos ojos me dió a beber:
Aquella tarde, mis alegrías;
«cual nuevo fénix, ví renacer».

Poesías premiadas en el «Discreto literario»
celebrado en el Ateneo de La Laguna.

CANTARES

No has sido mi amor primero
y ni el último quizás;
soy naufrago impenitente
que no renuncia a la mar.

Los hoyuelos de tu cara
me resultan, si los miro,
para los ojos, dos cielos,
para el alma dos abismos.

Alegre y dicharachera
la encontré en un lupanar:
hay algunas alegrías
que dan ganas de llorar.

Yo no quiero más tesoros
que los tesoros que tengo:
el granate de unos labios
y el oro de unos cabellos.

En la vida, mis cantares
siguen mi propio destino:
o se quedan rezagados,
o equivocan el camino.

Laguna, Enero, 1913.

Datos biográficos

Domingo Juan Manrique nació en la Vega de Tetir (isla de Fuerteventura). Hizo en La Laguna sus primeros estudios. Fué profesor del Instituto de dicha Ciudad desde el 8 de abril de 1902. Hizo oposiciones en Madrid a cátedras de Caligrafía, obteniendo alta calificación, en los meses de marzo a Julio de 1904. A este propósito dijo un periódico de la Corte, encomiando su labor: «Como trabajador inteligente vino a las oposiciones para las plazas de Caligrafía en Institutos de Segunda Enseñanza. Fueron reñidísimas. Únicamente los que en Madrid estamos podemos conocer lo empeñadas que han sido. Manrique luchó con personas que tenían una sólida reputación, que se conceptuaban como inimitables calígrafos, y Manrique venció. De Catedrático ya al Instituto de Canarias, no sa-

biendo, por lo tanto, si felicitar con más entusiasmo a él, al Claustro o a los alumnos.»

Por aquel tiempo, otro inolvidable y malogrado canario, don José Wangüemert, refiriéndose a nuestro biografiado, publicó este elogio:

«Sus trabajos a pluma, sancionados por la crítica y considerados como joyas del arte caligráfico, son numerosos.»

Obtuvo las siguientes distinciones por sus trabajos en verso: Premio en el Certamen literario celebrado en La Laguna en 28 de octubre de 1900, por su composición titulada «Aguère»; Primer Premio en los Juegos Florales organizados por el Ateneo de La Laguna, y celebrados el 13 de septiembre de 1908, por su bella composición titulada «Patria»; Primer Premio en el Certamen literario celebrado en el mismo Ateneo el 29 de abril de 1918, por su trabajo titulado «Los ojos de Marisa» (pie forzado); Flor Natural y Diploma de Honor en los Juegos Florales organizados por la Real Sociedad de Damas de Valverde, y celebrados en aquella capital el 12 de Junio de 1921, por su tríptico de sonetos: «Fe, Esperanza y Caridad».

TABARES BARTLETT

POETAS ISLEÑOS

TABARES BARTLETT

La cristiana muerte del poeta

POR

SANTIAGO BEYRO

Algunas de sus composiciones poéticas



LIBRERIA HESPERIDES.—(CANARIAS)

Santa Cruz de Tenerife

Fué Tabares Bartlett uno de los espíritus vigilantes y avizores, a la vanguardia de nuestra intelectualidad, que nunca cesó de producir y dar a la estampa muestras admirables de su talento sereno y profundo.

Con su paciencia benedictina, con resignación cristiana y exaltada fe, Tabares Bartlett laboró incesantemente en el silencio y la soledad de su retiro, sordo al gárrulo griterío de la envidia y la estulticia que le rodeaban.

Si algo hay digno de exaltación y admiración entre nosotros, ese «algo» lo forman estos poetas viejos de la cèpa romántica.

Fué Tabares lo que se llama en la vida un «eterno niño»: ingenuo, bueno y caprichoso; fácil al engaño de los falaces; pronto al perdón, sin que jamás supiera distinguir el bien ni el mal. Así el mal frecuentemente le rodea-

ba, con careta de bondad, y él lo creía, y gozaba con el propio daño cual si fuera una emanación pura y bondadosa de su hidalgo corazón.

Literariamente considerada, la figura de Tabares Bartlett se destaca poderosamente, como algo aislado y único, en su ejemplo de laboriosidad y de fe.

El clasicismo del estilo, la fuerza y la propiedad de la expresión, la ternura emocional y la fuerza descriptiva, eran las características primordiales de su verso.

«Trompos y cometas», el poema de la niñez, el canto a las travesuras y a las rabonas de la escuela, dice, mejor que nadie pudiera decirlo, cómo era de tierna, correcta y galana la musa del poeta.

Nació Tabares Bartlett en Santa Cruz, donde transcurrió su niñez, que —según él mismo decía— se dividió entre el «Charco de la Cazona» y el Barranco de Santos.

Recordando éstos días de su infancia, el poeta escribió una admirable poesía íntima, titulada «El salto del Negro».

Con Tabares Bartlett desapareció un alto prestigio insular, un poeta, un hidalgo, todo en la máxima exaltación del concepto.

La cristiana muerte del poeta

Todo lo que se ha dicho y publicado—que ha sido mucho— del gran vate Tabares, fué para presentarlo como poeta de cuerpo entero, lechado de caballerosidad y de hidalguía. ¡Era un hombre gentil y un gentil hombre!, como yo le repetía siempre; pero en todo ese cúmulo de merecidas alabanzas falta algo importantísimo. Nadie nos habla de su muerte, pues si con sus virtudes nos enseñó a vivir, con su muerte cristiana nos enseñó a morir, que es lo «único necesario». Así lo llama el Evangelio, la palabra de Dios escrita.

El poeta, dice Horacio, que es... «quid divini», algo de Dios, y yo así lo creo. El Maestro Fray Luis de León dijo: «que la poesía tiene por fin levantar el pensamiento

de los hombres al Cielo de donde ella procede».

La inspiración sana es indudablemente del Cielo, y que fué celestial el numen de Tabares, lo prueban estas estrofas poco conocidas:

AL TEIDE

¡Señor de las Atlántidas! Mi mente
como tu horno incógnito y candente,
guarda fuego también; en sorda guerra
el pensamiento que en su fondo encierra
siente hervores de lava incandescente.

Deja que te interrogue, que te hable,
que confraternos diálogos entable
mi musa melancólica contigo;
tú fuiste abortó y a la vez testigo
de sísmico fenómeno espantable.

Yo quisiera indagar tu épica historia,
revolver tu pasado en mi memoria,
y en trazos de poética elocuencia
en galardón a tí, cantar tu gloria
digna de tu inmortal magnificencia.

Surgiste al grito del dolor punzante
que la tierra exhaló en tu alumbramiento,
cuando las aguas pérfidas de Atlante
se abrieron al impulso trepidante
del terremoto en trágico momento.

Y lanzaste al nacer, febril e insano,
estentóreos rugidos infernales,
fraguó tu ajuar el tórrido Vulcano,
y tuviste por aguas bautismales
las olas del Atlántico Oceano.

Así que al verte, te admiró Natura;
quiero ofrecerte espléndido homenaje,
del que gozaras tú desde tu altura,
y en el bosque, en la sierra y la llanura
volcó Flora su cesta en el paisaje.

El sol flamante que los campos dora
te da siempre al nacer su lumbre prima;
y al despertar la enamorada Aurora
con sus prístinos rayos te colora,
la silueta alumbrando de tu cima.

En la noche nostálgica y silente,
cuando más te destacas y descuellas
en la atmósfera azul y transparente,
cubren de besos tu nevada frente
de miriadas las vívidas estrellas.

Reprime el mar su bárbaro coraje
para verte mejor sobre su anchura,
refrenando su cólera el aguaje
cuando proyectas con amor salvaje
en su espejo movable tu hermosura.

¡Cuál no será tu gozo, monstruo ingente,
a quien el rayo ni el ciclón arredra,
ver rindiéndote culto, juntamente
los astros, la alborada, el mar furente,
con tus ojos inmóviles de piedra!

Tú callas, impertérrito a mis voces,
te envuelves en selvático mutismo;
quisiera oír en ráfagas veloces
el lenguaje, las sílabas feroces
que te enseñó, al nacer, el Cataclismo.

¡Yo sé cuál es tu acento! Es el rugido
de tu cráter satánico encendido;
tienes la voz del mar y la del trueno,
y brota la palabra de tu seno
en agrio y hondo aterrador sonido.

¡Todo denuncia en tí tu fortaleza!
Puede un instante tu brutal braveza
un vómito expeler de escoria hirviente,
y campiñas y pueblos de repente
sepultar en alardes de proeza.

¡Ay, del nivario, formidable roca,
si un día iracunda con audacia loca
tu pira rompe en ímpetus voraces,
y en torno viertes deletéreos gases
por las negras paredes de tu boca!

¡No puede ser la destrucción tu sino!
Ni tu caldera ígnea una amenaza,
fuera dudar de tu mejor destino;
de tí, que has dado a la canaria raza
tu altivez y excelencia en su camino.

¡No puede ser, soberbio Centinela
del africano mar! ¿Quién lo recela?
Es otro tu designio prepotente,
mostrar que viste hundir un Continente,
cuyo sepulcro tu existencia vela.

Es grande todo en tí, lo sé, lo canto;
en mis pálidas rimas lo diseño,
mas, sabe y oye, tu poder no es tanto
como el de tu cantor, yo me levanto
a más alta región siendo pequeño,

Pueden, quizás, tu orgullo y tu arrogancia;
hacer escarnio del mortal y mofa;
pregonar tu grandeza con jactancia,
pero yo te dibujo en una estancia,
yo aprisiono tu mole en una estrofa.

Tú cifies con gallarda gentileza,
nívea corona en tus ardidias sienes,
ocuitando tu fuego tu corteza,
yo escondo un alma, lo que tú no tienes,
bajo nieve también de mi cabeza.

Tu frente alzas hasta el ígneo vaso
de los orbes, retando al firmamento;
y podrás departir, con él, acaso;
yo me remonto más, yo te rebaso,
porque elevo hasta Dios mi pensamiento.

Soporta, resignado, tu impotencia,
engendro del abismo y la inconsciencia;
gigante de la esfera planetaria,
y publique a los siglos tu presencia,
la catástrofe, origen de Nivaria.

Un hombre que esto cree tenía que morir
como el justo para poder ir al Cielo y ver cara
a cara a Dios, fuente de la belleza, de la
verdadera poesía, del bien, de la verdad y del
amor.

Cuando recuerdo la muerte cristiana del
gran poeta siento una emulación santa, me
sobrecoge y embarga lo sublime del cuadro y
de lo más hondo de mi alma nace un senti-
miento, una aspiración que puede sintetizar

se en estas palabras de las Santas Escrituras: «*moriatur anima mea morte justorum*»: quiero morir con la muerte de los justos.

Perdonadme este latín, achaque de cura viejo.

Y este fué el caso de Tabares. Murió como los que poseen la verdadera ciencia, los que creyeron la gran verdad que encierran estos versos de la mística Doctora, de la mujer más grande después de la Madre de Dios, de aquella Santa que «moría porque no moría»:

«Es ciencia calificada
el que el hombre bien acaba,
porque al fin de la jornada
sólo el que se salva sabe
y el que no, no sabe nada.»

Yo sé que para los pseudo sabios del mundo la muerte es la nada; pero la fe nos enseña que la «*corrupción*» es solamente para el cuerpo.

El deseo, mejor dicho, el ansia de la inmortalidad palpita en todo nuestro ser. La esperanza del descanso, de la paz eterna, hizo a Tabares mirar a la muerte como una amiga y sufría sin queja; la veía llegar sin espanto. ¡Con qué fervor, con qué fe confesó sacra-

mentalmente varias veces, y recibió el Sagrado Viático y la Santa Unción!

Exhaló su último suspiro teniendo en sus manos aquel Cristo que él cantó piadosamente:

«De bruñido metal en Cruz sencilla,
herencia de mis padres y mayores
tengo un Cristo que débil lamparilla,
lo baña con sus pálidos fulgores.»

Santiago Beyro



De su obra poética

LA CAZA

¡Venid a mí, recuerdos placenteros
de los años primeros;
de la pasada juventud hermosa,
que el tiempo en su vorágine con-
[sume,
y aspire su perfume
como el del cáliz de fragante rosa!

¡Venid, recuerdos que de lejos amo,
cual tórtola al reclamó;
cual río cuyo curso no embaraza
la seca hoja que su linfa mece!
¡Venid! Y el canto empiece
del plácido ejercicio de la caza.

La árida costa engánchase a los ojos
con sus quiebras y abrojos;
entre sirtes rompiendo y en picachos
las enarcadas olas con coraje,
recamando de encaje
a las playas desiertas sus penachos.

Ingentes moles de cortadas grietas
y volcánicas vetas,
que el soplo lento de la edad carcome,
somborean las profundas hondonadas;
moles desvencijadas
amenazando próximo desplome.

En los barrancos de inseguras rocas
sus atezadas bocas
las cuevas muestran en lo largo a
[trechos,
y en sus techumbres tétricas y graves,
las carniceras aves
tienen sus nidos de hojarasca he-
[chos.

Fétidos balos, rígidos cardones,
tabaibas y pencones,
verdeguean en predios y en honduras
dándole al suelo cárdenos matices;
y enredan sus raíces
en los resquicios de las peñas duras.

¡Su frente audaz eleva la montaña!
Donde la cabra huraña
en los secos arbustos ramonea,
Y en torno... ¡soledad! ¡silencio mu-
[do!...

¡Que aquel paraje rudo
parece que de bárbaro alardea!

¡Mas, sonrío la bóveda del cielo!
¡Ni una nube, ni un velo,
róbanle claridad; siempre flamante

baña la costa con su luz el día,
y la noche sombría
tiene allí las facetas del diamante.

Brisas del mar, perennes y sutiles,
los páramos cerriles
por los rayos solares caldeados,
orean con su blando y suave aliento,
y el undoso elemento
rizan al par los céfiros alados.

¡Oh, región de mi patria idolatrada,
en mí fotografiada!
¡Con qué gozo infinito el alma mía,
en medio tu inmortal naturaleza
y salvaje belleza,
se espaciaba en la libre cacería!

¡Ver, me parece, la redonda luna
sin nube inoportuna
alzarse lentamente y majestuosa
del fondo azul del líquido Oceano...
por la invisible mano
de la inmutable Eternidad grandiosa!

La récova impaciente, atraillada,
se agita desalada.
¡Nunca más ansiedad, mayor deseo
por quebrantar sus férreas ataduras,
sintiera en las oscuras
celdas de su prisión cautivo reo!

Asomando el hocico puntiagudo,
en rasguñar sañudo

su angosta cárcel el hurón se emplea;
cual si romper quisiera la alimaña
su guarida de caña
y metálica puerta que olfatea.

¡Ah, qué emoción el venatorio bando
experimenta, cuando
le da soltura a la veloz jauría!
Desata las traillas anhelante,
y escapan al instante
rastreado los perros a porfía.

Nada turba el silencio misterioso
y lánguido reposo
de la noche clarísima y serena.
¡Sólo se escucha en la extensión, ri-
[mado,
del grillo soterrado
el canto agudo que vibrante suena!

Súbito, en el repliegue montañoso,
o en el llano fragoso,
se oye latir con voz precipitada
de insistente y tenaz desasosiego,
al perro nocharniego
que sorprendió la pieza levantada.

Acude jubilante, de improviso,
la récova al aviso;
persíguela, al huir despavorida,
pero sagaz, alígera y artera,
gana la madriguera
en breñales y en matas escondida.

¡Y es gozo ver los perros impacientes
moverse diligentes
husmeando en redor de la morada;
y a sus alegres vívidos clamores,
llegar los cazadores
como al botín famélica mesnada!

← ¡Atrás! — ¡Atrás! — con vigoroso
[acento
uno grita al momento:
y otro repite — ¡Atrás! — y la jauría
atisba y calla; en orden se coloca,
de suerte que la boca
del cercado cubil quede en franquía.

El edecán descíñe con premura
la red de su cintura;
alguien le auxilia por tendería en
[breve;
los hilos cubren la covacha estrecha,
y la cuadrilla acecha
con sigiloso ardid... ¡Nadie se mueve!

Por debajo la trama movediza
el hurón se desliza;
y a medida que avanza en su derrota
por sus ansias voraces impelido,
extinguese el sonido
del claro cascabel nota tras nota.

Y vése en grupo desigual y vario,
en aquel escenario
do imprimieron sus huellas los vol-
[canes,

en la hoya, o en rústicos alcores,
formar los cazadores
un cuadro acechador entre los canes;

Oyese presto subterráneo ruido,
como si removido
hubiera al punto el peñascañal ignoto
la mano de un titán en lo profundo,
o retemblara un mundo
a impulso de violento terremoto,

y venir en tropel precipitado
al boquete velado
la pieza que huye y el hurón que
[acosa,
y enredarse en su rápida carrera
el conejo y la fiera
en los torzales de la red nudosa,

¡Y, place ver seguir a los sabuesos
los rastros, a los besos
de la naciente luz de la mañana...
que enciende el llano y la celeste
[cumbre
con fulgurante lumbre
desde su alcázar de ópalo y de grana;

ora llegar al paredón caído
y lanzar su latido,
escarbando en los brutos matabanes,
y a hurtadillas la pieza escapar luego,
alcanzándola el fuego
al burlar la pesquisa de los canes;

ya raudo el roedor zafar medroso
con instinto engañoso,
y agazaparse en la tajada roca,
o en la planicie tras veloz corrida
y larga acometida,
aprisionarlo el perro entre la boca!

¡Oh, emociones del arte de la caza!
¡Del lance y de la traza!
¡Tan gozosas, tan pródigas, tan buenas
[nas
al corazón que vuestro influjo sienta!
¡Qué lapso sonriente
aquel en que venís de vida llenas!

¡Horas de paz, sabrosas y sencillas,
sin odios ni rencillas!
¡Siempre apacibles, siempre halagadoras,
[gadoras,
extrañas al dolor y al desengaño,
a la traición y al daño!
¿Quién os olvida, irremplazables
[horas?

Si la sed, o el causancio nos enerva,
nos dan lecho la hierba;
resecas gramas, tréboles olientes,
sombra el peñasco, aire la montaña,
y de su dura entraña
el sonoro raudar límpidas fuentes,

¡Oh, eminencias de Ofra y Taco y
[Pacho,
que allá cuando muchacho

mi plantā holló con juvenil aliento!
¡Venid cantando el himno de victoria
que tiene a la memoria
por acordado y dócil instrumento!

En vuestras bravas cimas y espesuras
las ráfagas más puras
impregnadas de aromas del herbaje
¡cómo a mi pecho trémulo acudían
y el corazón henchían
de una embriaguez insólita y salvaje!

Ante el ancho y radioso panorama
que se abre y desparrama
desde los toscos vértices mirado,
perdiéndose a lo lejos débilmente
como un sueño inocente
en la despierta realidad borrado,

extático y absorto, con la vista
en la seguida pista;
a torpe y vano pensamiento ajeno,
a mezquina pasión, minucia y dolo,
acompañado y solo
pude entonces pensar:—¡El mundo
[es bueno!

Cuando el estío ardiente nos sofoca
y el sol al cenit toca
y yace jadeante la jauría,
buscábamos la gruta donde maña
recóndita fontana
que verde musgo su remanso cría.

Despojados de redes y lanzones,
cantimploras y hurones,
escopetas, cananas y morrales,
ya faltos de sustento fatigosos,
yantábamos ansiosos
restaurando las fuerzas corporales.

En coro fraternal, siempre festivo,
¡con qué placer tan vivo
que vulgar estro a describir no al-
[canza,
el sano chiste y la ingeniosa pulla
entre risas y bulla
mezclábanse en la broma y en la
[chanza!

Quién encuentra al acaso a un mo-
[zalbete,
con puntas de pillete,
apurando del tinto a escondidilla;
y repróchale airado y le acogota
porque empinó la bota
mordiéndolo la aguzada trompetilla;

quién mira de soslayo, o de reojo,
y con cara de enojo,
donde mejor descabezar un sueño;
en tanto que otro busca una añagaza
y con discreta traza
se hace del sitio designado dueño.

Y véñese poco a poco y con recato
de breve en breve rato
por la jornada matinal rendidos,

parsimoniosos escurrirse todos,
y en aquellos recodos
diseminados descansar dormidos.

La cueva abrupta de maleza orlada,
a trechos salpicada
de ásperas y rotas milibditas,
que invade el rancho ocioso y vocin-
[glero,
la creyera el viajero
estancia de silvestres trogloditas.

¡Cuántas veces abrióse a mi memoria
la interesante historia
del pueblo guanche y bravos invaso-
[res,
cuando al ánima viene y embelesa
el recuerdo, y nos besa
la mente con sus pálidos fulgores!

¡Ah, cuántas veces, sí, meditabundo,
apartado del mundo,
de su pompa pueril y vanidades
sosiego hallando en un agreste asilo,
perezoso y tranquilo
en medio de las vagas soledades,

—¡Raza feliz!—clamé con ansia viva.
—¡La raza primitiva
de mi gentil Nivaria immaculada!...
¡Nacida en una roca del Atlante
al rumor crepitante
de las olas y el aura en la enramada!

¡Cómo ellas libre, idílica y hermosa,
sin ambición odiosa!

¡Pastoril y poética y valiente!

¡Crecida en sus riberas y florestas,
y altiva cual las crestas

del soberbio Guajara ignipotente!

¡Raza feliz, ¡oh Dios!, casta sencilla!

La raza sin mancilla
del aborígen insular canario.

¡Sobria en costumbres, repelente al
[vicio,

y pronta al sacrificio
en la lid, y al perdón con su adver-
[sario!

¡Desde el alba a la estrella vesperti-
[na,

en el prado y colina
que esmaltan el poleo y el tomillo,
bebiendo sus balsámicos olores,
cantaba sus amores
al son del armonioso caramillo!

¡Vasalla de sus célebres Menceyes
y obediente a sus leyes,

en dulce paz, sin escisión alguna,
en el pobre cultivo y pastoreo
colmado su deseo,

nunca soñó más bien, ni más fortu-
[na!

¡Cuán abundosos sus fugaces años!

¡La daban los rebaños

lactíferas sustancias; las praderās
el succulento grano en áurea espiga
sin sudor ni fatiga;
y mieles las ríscosas abejas!

¡Campo a mis ojos, a mi numen pla-
[za!

¡Oh, diosa de la caza!
¡Diana radiante, que atrevida ense-
[ñas
desnudo el muslo al replegar tu ves-
[te,

porque huellen lo agreste
mejor tus pies sobre las calvas pe-
[ñas!

¡Tú trepas ágil al alzado cerro
con tu aljaba y tu perro;
la luna ciñe tu espaciosa frente,
y aunque tu templo destruyó Eros-
[trato,

imbécil, o insensato;
diosa eterna serás, Diana imponente!

Mueve mi planta; y presurosa as-
[cienda

por accesible senda,
dejando en pos la costanera orilla;
ascienda, sí, a la altura, hacia el co-
[llado,

al soto regalado
que allá distante en lontananza brilla.

Cambie la escena en fértiles llanuras

dé mieses y verduras,
donde sus alas rumorosas pliega
la arisca codorniz. Miren los ojos
maizales y rastros
en dilatada y pintoresca vega,

donde el castaño muestra sus erizos
en apiñados rizos;
sus esferas la linda pomarosa,
y en cercas y en ribazos, a horcaja-
[das;
lucen, de caldo hinchadas,
lãs negras ubres de la vid hojosa,

—¡Ven, mi pachón, ligero rastrean-
[do
los surcos; coleando,
febril volviendo la cabeza inquieta,
semejante al corcel esquivo al freno
botando, de ardor lleno,
delante de la rígida escopetã!

En las ondas serenas del ambiente
que refrescan mi frente,
tu fino olfato sin cesar percibe
de la pieza volátil los efluvios,
que en los rastros rubios
exhala en las revueltas que descri-
[be...—

No alcanza a traducir la fantasía,
esa intensa alegría
que siente el cazador al ver el paró

súbito del páchón, que a tiro en-
[cuentra

la codorniz y... ¡entral
Y el ave surge, y máatala el cisparo;

Parte en su busca el animal fogoso
sin tregua ni reposo,
y la recoge con vivaz empeño
en medio de sus mandíbulas rosadas,
en tibio humor mojadas,
y retorna trayéndola a su dueño;

Cuando abrasa el bochorno la colina,
la resistente encina
y los erguidos pinos del bosque,
cama le ofrecen de mullida broza,
y se recuesta, y goza
bajo el oscuro toldo del ramaje;

A los rumores de la espesa umbría
se huelga el cazador adormilado;
y el perro en obstinada soñolencia,
hinchidos de armonía,
con vaga intermitencia
parpadea durmiéndose a su lado;

Si sér alguno los contornos pisa,
despiértase y avisa
con resonante y pertinaz ladrido;
centinela leal, su instinto experto,
ya dormido, o despierto,
hácele susceptible al menor ruido...

Ya es el p̄astor que su ḡanado lleva
al arroyo en que abreva:
ora robusta y agraciada nīa
que a llenar va su c̄antaro a la fuen-
te,
y a verse en su corriente:
espejo bullidor de la campīa.

¿Quién mira con desdén belleza tan-
ta?

¿A quién, a quién no encanta
el fresco bosque, el hato, el arro-
yuelo,
la estrofa de los pájaros cantores,
la gracia y los primores
de una beldad, partícula del cielo?

También le ofrece el labrador vecino
del lugar campesino
grato albergue, solaz, techo y sus-
tancia;
franca hospitalidad, tierno agasajo,
frutos de su trabajo,
de la honrada labor y la constancia.

Vieja locuaz, o recatada moza,
aderezan la loza
sobre limpio mantel de sus telares,
y la mesa de negro barbusano,
preséntala el villano
más blanca que la espuma de los
mares.

De la sala que ocupa, en un testero,
en un nicho grosero
y ceñido de flores, mal tallado,
un Cristo vése cuyas líneas toscas
preserva de las moscas
áncho cristal por ellas empañado;

Le dirigen sus preces y oraciones
aquellos corazones
como en señal de gratitud y ofrenda;
y a la égida del santo Crucifijo,
invade el regocijo
los seres de la rústica vivienda.

La risa, el humorismo y el festeo,
allí tienen empleo;
reinan en confortable compañía.
¿Y en qué hogar, aunque humilde,
[no hay holgura,
si la paz, es ventura,
y el amor al Altísimo alegría?

Declina el sol: sus rojos resplandores
con débiles colcres
irradian en el término lejano,
y leve gasa de compacta bruma.
rápidamente esfuma
el monte, el valle, la ladera, el llano.

Torna, impasible, a sus risueños la-
[res
sin cuitas ni pesares
el cazador del bosque o serranía,

que rinde su excursión cuando al
[ocaso
traspunta el ígneo vaso
dándole un beso al moribundo día.

¡Cuán bellas, aromadas, seductoras,
se suceden las horas
en campo abierto y soledad tranqui-

[la!
¡Parece que en un éxtasis profundo
entre el cielo y el mundo
el alma libre de la carne oscila!

¡Allí se adora a Dios: son sus altares
las cumbres y pinares;
basílica sin fin el firmamento,
hostia la luna que al espacio sube,
incensario la nube,
oración inspirada el pensamiento!

¡Allí todo es verdad, Naturaleza
exhibe su grandeza.
Puro es el aire que a aspirar convi-
[da,
pura la sensación que nos produce
cuanto a los ojos luce.
¡Oxígeno del alma y de la vida!

Los juveniles goces pasionales,
dejar suelen señales
de enojo y sinsabor, de llanto y pena;
lo que placer en otra edad creímos,
después lo maldecimos;

¡que a tanto mal el mundo nos con-
[dena!

¡Oh, amena y deleitosa cacería!

¡Tú eres la poesía!

Juventud, sanidad, gozo, atractivo,
júbilo, culto, musa, todo eres,

¡De tus castos placeres
queda el recuerdo luminoso y vivo!

¡Salve, Diana inmortal! Cante a tu
[paso

sus himnos el Parnaso.

¡Tú la vida dilatas y recreas;
calor infundes, entusiasmo y brío
al flaco verso mío!

¡Oh, diosa sin rival, bendita seas!

El Salto del Negro

Los lugares que allá en la adolescencia eran plaza y teatro a nuestros juegos, un camino, una trocha, una cañada, un barranco charcoso y covachuelo;

—Parajes que conserva la memoria y el palpitante corazón a un tiempo— nos mueven con secretas impulsiones a en la madura edad volver a verlos.

¿Cómo no, si se asocian y se aunan al recuerdo de ayer milés recuerdos que son de aquel período venturoso la génesis, la historia y el compendio?

Encantadoras páginas del libro escrito con el oro de los sueños; en cuyos caracteres fulgurantes irradian los más puros sentimientos;

hojas que huelen al hogar lejano,
donde susurran los maternos besos,
como entre lirios de inmortal fragancia
las refrescantes notas de los céfiros,

Tras medio siglo torno voluntario
como en días mejores y risueños,
a ver la grave, la hondonada agreste,
el hosco barrancar, «Salto del Negro».

Busco la altura, la fragosa cima
que sombrea su fondo, y de ella veo
las oquedades de los firmes riscos
donde anidan alados carniceros;

las arcadas que parten de la boca
del invernos y ancho tomadero,
para mover la piedra del molino
y dar el paso al discontinuo riego.

Hoy, como ayer, el apacible ambiente
cruzan volando alispas y vencejos,
y traban en la atinósfera tranquila
combates, el cernícalo y el cuervo;

hoy, como ayer, en las cortadas grietas
enredan sus raíces, prisioneros,

balagos, cuyos gérmenes errantes
sembraran en los vértices los vientos.

¡La misma solédad! El escenario
sin mudanza; las aves... el silencio...
las arcadas y arbustos y el molino...
los cortes de basalto en los extremos.

Avido miro hacia el profundo cauce,
donde el torrente arrebatado y ciego,
enhiesta y dura, ennegrecida roca,
dejó en su empuje y poderoso vértigo;

acanalada por constante chorro
que discurriera en primitivos tiempos
sobre su dorso, en ignorado bloque
de salvaje y cerriñ despñadero.

La piedra tantas veces recorrida
con mis colegas en furtivos juegos:
jaquélla por que hurtábamos las horas
del hogar, del estudio y del colegio!

¡La piedra lisa! A los solares rayos
abrilantada en su gastado centro,
por cuya inclinación se deslizaban
en turno apresurado nuestros cuerpos,

Allí está, donde ayer, sola, desierta,
sumergida en el álgido silencio
que nada turba, ni rumor lejano,
ni la ligera ondulación de un eco.

¡Yo estoy solo también! Hados crueles,
¿qué ha sido de mis bravos compañeros,
los que erraban conmigo bulliciosos
por esta altura y por el cauce seco?

¿En dónde están?... Reposan en la noche
perdurable y sombría del misterio,
Alba, Guezala, Cárdenas, Llarena,
Neda, Tolosa, Zerpas y Romero.

Aún presumo sentir vagos sonidos-
enderredor del páramo que huella;
rumores tenues, el murmurio suave
de un algo inmaterial que no comprendo;

un resurgir espírita, doliente,
extraño, peregrino sentimiento
que la palabra definir no acierta
porque viene de lejos, de muy lejos...

En mi estupor insólito abismado,
con mística emoción medito y creo

que las almas acuden al conjuro
mental del vagoroso pensamiento,

Las imágenes vienen, se impresionan
con precisión tan viva en mi cerebro,
que creyera conmigo a los que invoco
si no faltara el animado verbo.

Aquí, sobre basáltica eminencia,
recordando a mis mozos compañeros,
y con la vista en la callada hondura,
hoy panteón de adolescentes juegos,

inefable tristeza me acompaña:
me figuro un instante que parezco,
estatua melancólica erigida
en fraternal memoria a los que fueron...

¡Oh, peña informe, roca inolvidable,
en estéril arroyo, en agrio lechol
Testigo de remotas alegrías,
secular pedrejón, «resbaladero»;

negruzca mole, a los solares rayos
abrilantada en tu gastado centro,
por cuya inclinación se deslizaban
en turno apresurado nuestros cuerpos;

podrá el turbión con ira impetuosa
súbitamente remover tu asiento;
arrastrarte entre tumbos tembladores
hacia las ondas del marino seno;

podrá también tu entraña endurecida,
incompasivo taladrar el hierro;
pulverizarte, haciéndote pedazos
la carga destructora del barreno;

podrás, en fin, desaparecer mañana
por la corriente torrencial o el fuego;
pero ¿qué importa? Vivirás immune
en el crisol de mis sentidos versos:

vivirás siempre al diamantino rayo
de la idea, del arte y del recuerdo;
¡rayo inextinto! Porque alumbraba y viene
¡de arriba, de lo ignoto, de lo eterno!...

Otras poesías

MI RETRATO

Amar a Dios y aborrecer la vida;
buscar el bien y hallar el desengaño;
ser a envidioso sentimiento extraño
y desdeñar la adulación mentida;

tener para la ofensa recibida
pronto perdón, y olvido para el daño;
y siempre exento de maldad y engaño
llevar la frente por el mundo erguida:

Tal es, en lo moral, mi efigie vera:
en lo físico soy como cualquiera,
ni hermoso ni espantable; alto, trigüeño,

el cuerpo en proporción, la tez lozana,
la barba gris y la cabeza cana.
Ya veis a grandes rasgos, mi diseño.

LA PLUMA

La impulsa con vigor el pensamiento
como la brisa a la velera nave,
y la guía la mano diestra y suave
por la hermosa región del sentimiento.

Es el papel su espacio, su elemento,
que hiende en vuelo apresurado y grave,
cual libre cruza silenciosa el ave
la límpida extensión del firmamento.

Moja su pico de punzante acero
en el licor oscuro del tintero;
se sumerge en el líquido fecundo...

Y, como en nube negra centellea
la chispa ígnea, el rayo de la idea
difunde por los ámbitos del mundo,

A UNA VIGA DE LAGAR

Cuando árbol eras en el bosque umbrío
y a los golpes del hacha destructora
viniste a tierra, en implacable hora,
renegaste del hombre y de su brío.

Fuiste más tarde mástil de un navío
gallardo al viento, que la curva proa
entre espumas avanza cortadora
por las ondas del piélago bravío.

Tempestad indomable y despiadada
te arrancó del bajel con fuerza airada:
te arroja a la ribera; y el labriego,

del lagar en las vírgenes te trepa;
y tú, en venganza, el fruto de la cepa
en mar de sangre lo conviertes luego.

PUESTA DE SOL

A María

El astro de oro, el luminar del cielo,
en las líquidas ondas se ocultaba,
la brisa, caprichosa, jugueteaba
en las selvas oscuras de tu pelo.

—¡Canta,—dijiste—con vibrante anhelo!
¡Canta esa lumbre excelsa que se acaba!—
Y en la línea indecisa fulguraba
del cárdeno horizonte, sin un velo.

¡Lo recuerdo muy bien! En la agonía
del celeste volcán, bella María,
miraba yo tu faz encantadora...

Y ante aquel espectáculo de muerte,
¡raro contraste!, parecíame al verte
que despuntaba espléndida la aurora.

A JOSEFINA ASCANIO

Desde la creñcha de tu oscuro pelo
que besando acaricia el aura leve,
hasta el sedoso y transparente velo
del encaje que roza tu pie breve;

tus ojos brilladores como el cielo;
tus manos, lirios de impoluta nieve;
tus líneas, tus contornos, son modelo
que en vano el arte a bosquejar se atrevé

Tu voz, como el acorde de una lira,
fuente parece que en brezal suspira;
a los ensueños del amor provoca...

Es tu sonrisa un mundo de quimeras,
y van las ilusiones prisioneras
en el hilo de perlas de tu boca.

TRISTEZAS

Yo fuí rico, opulento, poderoso,
poseí una fortuna inmensurable,
y me veo indigente, miserable,
más infeliz que el más menesteroso.

No me dí cuenta de mi bien hermoso
y creí mi caudal inagotable,
hoy al perder riqueza tan amable
me duelo de mi mismo quejumbroso.

¡Adiós, adiós, mis años juveniles,
tan alegres, risueños y gentiles!
¡Adiós, por siempre, juventud garrida!

¡Mi gastado tesoro! ¡Quién pudiera
convertir en lozana primavera
el estéril invierno de la vida!

LAS FOLIAS

En ola desbordante de alegría,
el espeso tumulto el patio llena;
la lira popular en torno suena
con el cantar de rítmica armonía.

Bailadoras parejas, a porfía,
en medio del rebumbio en la verbena,
gritan: «¡terrero!» abriéndose en la arena
libre anchura con garbo y gallardía.

Del ventorrillo en la sartén caliente,
su perfume el adobo da al ambiente:
convida al tinto, que el romero apura...

Y el ágil volador en raudo vuelo,
los aires hiende, se remonta al cielo,
y rompe en llanto aurífero en la altura.

LA LECHERA

Ojos negros, castaña cabellera;
las mejillas de nieve y escarlata;
las pomas del amor, ¡cuán bien retrata
su turgente y temblante delantera!

Miradla, por la alegre carretera,
cuando el naciente sol su luz dilata,
y a sus rayos el cántaro de lata
salpicado de helechos reverbera.

Dibujando graciosas redondeces,
el percal a sus formas ciñe a veces
el viento caprichoso, jugueteando...

Desnudo el pie, la pantorrilla al aire,
y moviendo su cuerpo con donaire,
oliendo al retamal pasa cantando...

A TERESA MANCHA

Rompió a cantar, mujer encantadora,
tu amante y bardo en queja lastimera;
¿quién viendo extinta su ilusión primera,
al recordarla, de pesar no llora?

Bebió en tus labios—rosicler de aurora—
el íntimo placer que produjera
la sensación del beso, placentera,
que deleita arrobando y enamora.

Luego... el idilio; nupcias sin rituales;
embriagadores éxtasis carnales
que dignifica una atracción secreta...

Mas, las ansias lascivas y sin freno,
se trocaron en lágrimas y en ciego,
y en gritos de dolor de tu poeta.

REMEMBRANZA

Marco el postigo a su hermosura era,
¡ha cincuenta años! ¡Con dolor lo digo!
Hoy pasé por su calle y el postigo
abierto vi, como diciendo: —¡Espera!—

Ni un compañero de mi edad primera
existe ya, de mi pasión testigo;
de aquellos que rondábanla conmigo
por las losas gastadas de la acera.

¡Ella, núbil, bajó a la sepultura
llevándose un ensueño de ventura!
Cruzo delante de su hogar desierto...

Vuelvo atrás la mirada entristecida,
y se le antoja al alma dolorida
hoy, el postigo aquel, un nicho abierto.

LA ESPERANZA

Existe un viejo lugar,
como su nombre, risueño;
vistoso, pobre y pequeño,
a las faldas de un pinar.

Son humildes sus hogares
que sus viviendas escasas,
las forman exiguas casas
entre múltiples pajares.

Sencilla gente lo puebla;
el sol le abrasa en Estío,
y el invierno húmedo y frío
cúbrole siempre de niebla.

Sus rústicos moradores
en aquel sitio silvestre
viven la vida campestre
que viven los labradores.

Cuida un año y otro año
con solicitud avara,
el porquero su piara
como el pastor su rebaño.

Y la huerta, la heredad,
cultiva con noble empeño,
asiduamente su dueño
en aquella soledad.

Refiere la tradición
si no es infiel mi memoria
cómo unido a nuestra historia
va el nombre de esa región.

Cuando Fernández de Lugo
con su valerosa grey
a Bencomo, el guanchè-Rey,
someter quiso a su yugo,

vióse en la lid tan perplejo,
qué emoción todavía
la jornada de aquel día
al pronunciar «¡Acentejo!»

Fué su tropa tan diezmada
en la formidable lucha
que su gente brava y mucha
se redujo casi a nada.

Los que de aquesta refriega
para contarla quedaron
sin rumbo se dispersaron
por el monte y por la vega.

Los que vencidos subieron
del monte a la cima ingente,
y por la opuesta pendiente
de la cumbre descendieron,

tras de la grave jornada,
tras de la infausta derrota,
vieron, desde allí, la flota
columpiándose en la rada.

Fatigados y maltrechos,
sienten en tal ocasión
palpitar su corazón
a la esperanza en sus pechos.

Y al tornar la confianza
a sus almas doloridas,
al ver ya en salvo sus vidas,
exclamaron: «¡Esperanza!»

Desde entonces, no os asombre,
lleva el lugar mencionado
en tal motivo inspirado
tan amantísimo nombre.

BA J A M A R

Yo tengo una casita
que el cierzo baña,
entre el mar y la sombra
de una montaña.
La embellecen en torno
lindas palmeras
que entre pitas se yerguen
y entre chumberas.
Anexa al predio mío
y a mi casita,
solitaria y muy blanca,
tengo una ermita,
donde a San Juan le rezan
los labradores;
recinto levantado
por mis mayores.
La comarca es abrupta;

árido el suelo,
pero puros sus airès,
muy claro el cielo.
El aura que descende
desde las lomas
y el corazón perfuma
con sus aromas;
y las emanaciones
del mar sereno
que despiden las algas
de su ancho seno,
en la altura se besan
del agrio risco;
y el campo huele a hinojos
salvia y marisco.
En éxtasis profundo,
dentro el paisaje,
abisma mis sentidos
el oleaje.
Las barquillas que impulsa
la brisa fresca,
por el líquido espejo
tras de la pesca,
al tornar presurosas
a las orillas,
con sus linos hinchados
y raudas quillas,
parecen a lo lejos,

de mi cabaña,
tiendecillas movibles
de una campaña.
¡Qué plácidas y alegres,
cuán seductoras,
viendo el mar y barquillas
paso las horas!
Cuando el astro rojizo
se hunde en los mares,
y enseña el firmamento
sus luminares,
en el banco de tosca
mampostería
que está junto a la puerta
de la alquería,
entre dulces coloquiós
y amena calma,
con mi esposa y con ambos
hijos del alma,
¡qué plácidas, alegres,
y halagadoras.
a la luz de los astros
paso las horas!
La luna amarillenta,
que lenta asoma,
entre pardos celajes
tras de la loma;
el ladrido lejano

del ronco perrō,
que repiten medrosos
barranco y cerro;
el pájaro nocturno
que vuela errante
invisible a los ojos
del caminante;
el susurro del árbol
que agita el viento,
y parece murmura
sentido acento,
el insecto canoro,
cuyo sonido
revibrante y agudo
lanza escondido;
y el ruido quejumbroso
de la marea
que allá en los malecones
reburbujea;
inundan a mi pecho
de poesía:
¡Oh, noche misteriosa
viuda del día!
¡Oh, campo!, ¡oh, mar!, ¡oh, cielo!
ritmo y colores,
escenario sublime
de mis amores!
Casita de mi predio

y aires marinos,
ermita donde rezan
los campesinos;
barcas pescadorcitas
de mis riberas,
que las ondas azules
cortáis ligeras;
luminares y olas,
blandos rumores,
esencias, desprendidas
de los alcores;
balsámicos perfumes
de los mariscos,
voces que repercuten
los altos riscos,
si vejez a mi vida
reserva el cielo,
gozar vuestros encantos
tan solo anhelo.
¡Y vengán a la postré
males prolijos,
¡contigo! amada esposa,
y ¡ellos! mis hijos.

VERSOS INTIMOS

De bruñido metal, en cruz sencilla,
herencia de mis padres y mayores,
tengo un Cristo que débil lamparilla
lo baña con sus pálidos fulgores.

A un lado vése en un cartón grabada
la imagen de la Virgen del Carmelo,
y del otro la efigie idolatrada
del hijo mío que condujo al cielo.

Ante este venerado crucifijo
cayó de hinojos mi afligida esposa
pidiendo por la vida de aquel hijo
que hoy bajo el mármol en quietud reposa.

Negóse al ruego: inexorable y mudo
la queja y el clamor escuchó en vano;
¿cómo, entonces, mi fe vacilar pudo?,
¡lo ignora aún mi corazón cristiano!...

¿Quién es la miserable criatura
que tus designios inquirir pretende?
¡Ceguera! ¡Error! ¡Insensatez! ¡Locura!...
¡Oh, Ser trascendental, ¿quién te comprende?

Atomo soy que por el mundo voy
errante y solo en mi destino incierto;
yo te ofendí... ¡perdóname! yo soy
un loco con razón, un vivo muerto!

La pena me produce desvarío,
la tristeza me envuelve con su manto,
siento la soledad en torno mío
y busco la quietud del Camposanto.

Allí sobre una losa funeraria
que florido heliotropo la sombrea,
mi labio entona virginal plegaria
y a intervalos un nombre balbucea...

—¡Juan! ¡mi adorado Juan! ¿Cómo he po-
[dido
vivir sin ti, mi dulce compañero?
¡Cuánto, si ven los muertos, no has sufrido
mirando mi dolor... dolor tan fiero!...

Digo, y de pronto a veces alongado
turba el fosero mi expresión sentida,
con la piqueta abriendo soterrado
humilde fosa que restó una vida.

Mueve la brisa el pálido hierbaje
y en son de queja en el ciprés murmura;
las nubes su barcino cortinaje
tienden veloces por la azul altura.

Nadie responde a mi clamor: ¡Qué hondo
silencio en torno! ¡penetrante frío
surgir parece del helado fondo
del sepulcro en que yace el hijo mío!

- ¡Hijo infeliz! -prorrumpo--deja, deja
esta prisión angosta y escondida.
¡Oye mi ruego! ¡Muévete a mi queja!
¡Hijo del corazón, vuelve a la vida!...

O ven, Muerte, veloz, y corta el hilo
de mi existencia inútil; ven, acude,
y por piedad arrástrame a este asilo
donde el alma del cuerpo se desnude.

El contacto, quizá, de mis despojos
con sus cenizas, dócil a mi empeño
las animara, y los cerrados ojos
abriera como quien vuelve de un sueño...

Acaso, igual, que el ínclito profeta
resucitó el cadáver del semita,
tornara al mundo yo, pobre poeta,
al que a la sombra de esta cruz dormita.

El que leyes dió al Orbe, único y trino,
colgó los astros y lo ignoto manda,
¿no puede transformar su orden pristino?
¿A Iázaro no dijo: «¡Alzate y anda?...»

... ..

Serena con tu bálsamo sublime
fe de mi madre mi razón enferma,
dejad que en tanto este dolor me oprime
el hijo de mi amor repose y duerma.

¡Reposa!; ajeno a la traición infame;
a la calumnia vil y al dolo artero,
¡no hay desengaño que a la tumba llame
ni envida que rebase su lindero!

El ambiente social es más insano
que los olores que el sepulcro mana;
y el hombre, ruin, más mísero gusano
que el roedor de la materia humana.

¡Luz a mi mente! Mi turbado pecho
recobrar sienta la perdida calma...
¡el sepulcro! no importa por lo estrecho
si a mejor mundo se remonta el alma.

Dios siempre es justo, excelso y trascendente,
sú sabio sello en lo creado imprime,
cuando llama a su seno al ser viviente
de la pena mundana lo redime.

—¡Oh, Cristo, de mi hogar y mis mayores,
a la demanda de una madre mudo!
¿Quién penetra tus leyes superiores
si llevas el misterio por escudo?

Yo sólo sé que tus abiertos brazos
emblema son de paz y de consuelo,
símbolo de atracción y eternos lazos,
y que señala tu mirada el Cielo.

¡También me postro a ti, y en ti confío!
y espero tanto de tu amor clemente,
que has de mostrarme al fin al hijo mío
cuando te incline la marchita frente.

¡Sí que lo espero! cõnvicción que alegra,
que tú me inspiras y en mi pecho mora,
¡Tú! que del seno de la noche negra
sacas triunfante la encendida aurora!

LA FUENTE DE «GUILLEN»

Allá, yo niño, visitar solía
la fuente de «Guillén» cabe un sendero;
dos chorros de cristal ella vertía
sobre musgoso y añicho abrevadero.

Los mirlos anidaban en la umbría,
cantábanla el canario y el jilguero;
hoy, agotó la fuente la sequía...
¡Que destruyó al bosque el carbonero!

¡Mi lira excrete al talador estulto!
su crimen forestal no quede inulto:
y como penã al comunal perjuicio,

que lo inhumen envuelto en la mortaja,
sin que haya tablazón para su caja
y padezca de Tántalo el suplicio.

¡ A M O R !

La Creación, que en el espacio gira,
La atracción que los orbes encadena,
Y el grano microscópico de arena
Que en el desierto el caminante aspira;

Lo infinito y lo exíguo: cuanto mira
La Humanidad en la graciosa escena
Del Universo, Amor, ¡Amor! lo llena
Y cántale al Amor la eterna lira

Un pesebre, en el fondo de una gruta
Morada, acaso, de la bestia hirsuta,
Cuna es de amor purísimo y fecundo...

Amor... ¡es una Cruz! ¡Su emblema santo!
Y el estrellado firmamento el manto
Con que amoroso Dios abraza el mundo.

POETAS ISLEÑOS

Guillermo Perera

(Recopilación de sus poesías)

Introducción de

LEOCADIO MACHADO



LIBRERÍA HESPERIDES.—(CANARIAS)

Santa Cruz de Tenerife

UN RECUERDO

Quizás ocurriese por el año 1880 lo que voy a referir, aunque mi flaca memoria no me permita aseverarlo. Sólo recuerdo que Guillermo y yo estudiábamos aquel año la asignatura de Psicología, Lógica y Ética, de la que se había encargado interinamente el entonces auxiliar, y siempre querido maestro don Antonio Zerolo Herrera.

Los alumnos internos y algunos externos, habíamos creado por aquella época un «Ateneo», o al menos nosotros bautizamos con ese histórico nombre una «corporación científico-literaria-estudiantil» que funcionaba sólo los sábados por la noche y en la que—con perdón de Atenas—se discutía, sin que nos arredrara el tema ni nuestra insuficiencia, desde las concepciones más elevadas del espíritu humano hasta los últimos menesteres de la prosaica vida.

Recuerdo que al discutirse sobre el tema

del alma humana, Guillermo Perera y yo sosteníamos su existencia, frente a un numeroso grupo de materialistas, que seguían las tendenciosas ideas de varias publicaciones populares. Juntos nos íbamos a la Biblioteca provincial y las obras de Kant, de Hegel, de Spencer, de Spinoza, de Balmes, del padre Ceferino y de otros, digeridas unas veces y en plena digestión otras, salían en párrafos redondos por nuestra boca, con argumentos y ejemplos tan contundentes, que nuestros contrarios se batían en retirada o se entregaban a la vergonzosa huída, teniendo Perera y yo el especial cuidado de que nadie supiera en qué fuentes bebíamos las puras linfas que después emergían de nuestros labios como si fuesen de propia producción, siendo en realidad surtidores artificiales con los que deslumbrábamos a nuestros incautos contrincentes.

Perera, valgan verdades, tomaba las cosas más a pecho que yo, indignándole grandemente que hubiese ser racional capaz de negar la existencia del alma.

—El que la niegue—decía—no lleva aquí dentro nada (dándose golpes en el pecho y en la frente); el que no cree en ella, no siente ni padece, ni sabe qué es una madre, ni

ha tenido una novia, y es sencillamente, un irracional bípedo...

Su alma de poeta, aunque la poesía estuviese aún en estado latente, llevaba ya en su seno el embrión que más tarde la hizo brillar con luz propia y atrayente. Potencialmente llevaba ya en sí toda la hermosa obra literaria que algunos años después cautivara a todos sus lectores. Aquel fervor con que, de adolescente, defendiera la existencia del alma, cristalizó al llegar a la edad viril, en las brillantes concepciones poéticas con que modestamente, casi pudiera decirse tímidamente, nos deleitara en repetidas ocasiones.

Toda su imaginación de muchacho contra los negadores del alma, se convirtió más tarde en un culto noble y sincero por todo lo que fuese puro, elevado, inmaterial.

Guillermo Perera, como el hidalgo de las camisas nones que no llegaban a tres, tuvo que vivir siempre recluso en un rincón de «su casa solariega». La Secretaría del Instituto, donde fué siempre alumno aventajado, le acogió en su seno, y aquel espíritu libre, soñador, poético, se pasó la vida en un trabajo monótono y mecánico que apenas le dejaba tiempo para dedicarse a sus ideales aficiones.—Leocadio Machado.

EL POETA

Con Guillermo Perera perdió nuestra tierra uno de los poetas que verdaderamente honraban y enaltecían la musa isleña. Una tarde de Corpus, mientras las campanas pregonaban la solemnidad del día y el ambiente de la Vega se llenaba de aromas y los cantos litúrgicos resonaban en la amplitud de las calles laguneras, alfombradas de brezos y retamas, le dejamos a las puertas del cementerio. Y sentimos que algo muy íntimo, muy hondo, se desgarraba en nuestro pecho. Era una lágrima silenciosa por el muerto. El recuerdo de una amistad y una camaradería jamás entibiadas. El último adiós al poeta, que, al fin, había encontrado el reposo que tanto codiciara. Y nos alejamos recordando aquellos sus versos de la juventud, que podrían ponerse como epitafio sobre su tumba:

«Ningún temor me asalta ante el misterio
profundo del morir.

¿Acaso de ilusiones, cémenterio
no es siempre el porvenir?»

Guillermo Perera... ¡Inspirado cantor de la princesa Dácil! Toda su obra poética tenía un dejo de melancolía, de tedio, de ternura y desaliento espiritual a la vez. Jilguero que sólo sabía cantar en su jaula, fuera de ella hubiese sucumbido de nostalgia, de modorra guanche. Y así decía:

Si acaso mi destino
a otro país me lleva,
que a mis oídos lleguen
siempre los dulces ecos de mi tierra.

Dijérase que llevaba en el alma un drama íntimo, una herida honda, que se reflejaba en los doloridos acentos de sus estrofas.

¿Morir qué importa si la muerte espanto
no me podrá causar?

¡Como Dios no castigue amarte tanto
sé que me he de salvar!

Quien, desde mozo, amaba ya la muerte con ansia incontenible, no es extraño que desdeñara las alegrías de la vida. Y como un pájaro ciego, transido de dolor, cantaba por aliviar sus penas. Siempre con la dignidad

e independencia de su condición humilde y de su espíritu noble y sincero. Convivió y se identificó siempre con el pueblo, con los suyos, pero jamás pervirtió su musa con el halago a las pasiones de la muchedumbre. Procuró en todo momento elevarse sobre las impurezas del arroyo, sobre toda pequeñez humana, con ese desdén por la llanura que sienten los espíritus selectos, enamorados, como las águilas, de la diafanidad de las cumbres. Y con legítimo orgullo pudo decir que jamás vibró en su lira la adulación rastrera, «ni la impulsaron odios ni necia vanidad».

Mi musa no es la musa que viste ricas galas, que es triste pajarillo que luz ni flores ve, y pliega pesaroso las ya cansadas alas y cuando canta, canta sin comprender por qué.

Tal era el poeta, herido siempre de desilusión, enfermo de tedio. ¡El cantor de la princesa Dácil! ¡El de los suaves madrigales, el de los inspirados romances, que cantaba «sin saber por qué»!—Leoncio Rodríguez.

Guillermo Perera fué un rezagado, un poeta de gustos sencillos, de musa apacible y sincera, que traducía su emoción en formas claras y límpidas. Espiritualmente pertenecía a la gloriosa época romántica, a los tiempos en que el verbo romántico no estuvo aún prostituído por la retórica.

No supo, o no quiso saber, de la evolución de la Lírca hacia las formas complicadas, perfectas, obtenidas pacientemente, cincel en mano, que a las veces, como dijera un crítico, más pertenecen a la «joyería que a la poesía». Fué un ingenuo, que cantó tan ingenuamente como un pájaro, por la necesidad de comunicar las sensaciones, sin curarse de nada que fuera extraño a su propia emoción.

El poeta y el hombre concordaban perfectamente, no estuvieron jamás en contradicción, porque de una sola raíz y de una sola savia se nutrieron: de la bondad inagotable de su alma de niño.— B. Pérez Armas.

A LA MEMORIA DE GUILLERMO PERERA

**Por ley inexorable, la muerte muda y fría,
te apartó, para siempre, de nosotros, hermano,
cuando aún los destellos del astro soberano
en tu mente mostraban toda su lozanía.**

**Cincelador devoto del pensamiento hispano,
fuiste de nuestras letras orgullo y garantía,
que al perderte perdieron lo que en tí más valía:
un corazón de niño y un espíritu sano.**

**Pudo, aleve, la intrusa herir en lo más vivo
a los que en tí tuvieron para el solar nativo
un firme y elevado valor intelectual,**

**Pero evitar no puede que en esos corazones,
plenos de generosas y nobles ambiciones,
aún tenga tu memoria piadoso pedestal,**

Domingo J. MANRIQUE

AL AMIGO MUERTO, GUILLERMO PERERA

Una vez que has pasado los temidos umbrales
¿recuerdas, hombre bueno y elevado poeta,
aquellos nuestros largos coloquios vesperales
donde apuntaba inquieta
la duda, por entrambos compartida,
sobre lo que es la muerte, sobre lo que es la vida?...
Muchas veces te dije:
existencias pasadas pesan sobre nosotros;
en nuestras almas pesan existencias de otros;
y cual una grotesca caravana de atlantes
por áspera pendiente
subimos vacilantes.
¡Con qué angustiosa mueca jadeamos
queriendo sonreír frívolamente
bajo el terrible peso que cargamos!

Pero tú no trataste de sonreír siquiera;
con acento empañado por la melancolía
cantabas el recuerdo de aquella primavera
remota de tu espíritu que floreciera un día...

Y era tu canto ingenuo una queja sonora
que no osó rebelarse contra el rudo destino;
llamabas a la muerte como libertadora
que trocase en oasis la aridez del camino.
Y el brumoso horizonte se tiñó de esperanza;
entreveías tras el cielo obscuro
luminosas riberas y mares de bonanza...
Es que encima de todas nuestras limitaciones,
surgiendo de la mente, tal vez del corazón,
alumbrando un instante pavorosas regiones
brilla el relámpago de la intuición.

Ya estás «al otro lado»...¿ Se han convertido en na-
el piélago en reposo, la ribera soñada?... (da,

Manuel VERDUGO

Composiciones varias

Mi musa no es la musa que inspira a los poetas,
ni viste con las galas de espléndida ilusión,
pues como bajo el césped se ocultan las violetas
mi musa va en el pecho, porque es mi corazón.

Jamás vibró en su lira la adulación rastrera,
ni la impulsaron odios ni necia vanidad;
mi musa, que es humilde, no tiene más bandera
que amor a la justicia, dar culto a la verdad.

Si canta, es porque siente, no canta porque sabe,
y si en cantar es torpe no lo es en el sentir,
que por instinto, acaso, mi musa es como el ave
que canta cuando goza lo mismo que al sufrir.

Mi musa no es la musa que viste ricas galas,
que es triste pajarillo que luz ni flores ve,
y pliega pesarosa las ya cansadas alas
y cuando canta, canta sin comprender por qué.

C E L O S

Me preguntas qué son celos
y yo, sintiéndolos tanto,
no sé si es mortal quebranto
o rencorosos anhelos.

Hijos de la duda, sé
que engendran pena violenta
en el alma que sedienta
está de amor y de fe.

Y sé también que tus ojos,
claras luces de los cielos,
cuando miran con enojos
son las fuentes de los celos.

Y también, que tu mirada,
de la esperanza fulgor,
celos da cuando es airada,
celos quita si es amor.

¡Con qué terrible violencia
bulle a impulso de los celos
turbio oleaje de duelos
en el mar de la existencia!

Si en grata meditación
sumerges la pura frente,
cual si evocara tu mente
memorias del corazón;
en tu oculto pensamiento,
en tu trémulo suspiro
con profunda angustia aspiro
de los celos el aliento.

¿Qué son celos?—a mí mismo
me he preguntado.—¿Es locura?
¿Es tal vez vil egoísmo
o indefinible ternura?

Que es demencia bien se mira
en el mudo frenesí
con que mi mente delira
desde que celos sentí.

Y el egoísmo está claro
en el intenso dolor
que, de tu cariño avaro,
siento al dudar de tu amor.

Que son de ternura exceso
cuquiera adivinará,
viendo que, hasta al darte un beso,
tu rubor celos me dá.

Pasión tan honda y compleja
quiero desechar de mí:
tu virtud, celos aleja
del alma que cree en tí.

NUNCA

¡Nunca! dijiste con acento breve,
rápido cual puñal que hiere aleve
tras rencorosa y pérfida asechanza;
y sentí el frío intenso de la nieve
helar la hermosa flor de mi esperanza.

¡Nunca! Palabra que sonó en tu boca
como el choque del mar contra la roca
sugiriendo la idea de algo eterno:
negación absoluta a mi ansia loca
y el penar infinito del infierno.

Tu voluntad indómita y bravía
hizo con ella la muralla impía
en que se estrella mi constante anhelo.
Dios, tal vez, igual NUNCA gritaría
prohibiendo a Luzbel volver al cielo.

Aun me parece que en mi oído zumba,
como si fuera un eco de ultratumba,

esa voz agorera de mis males;
y ver cómo a su impulso se derrumba
la torre de soñados ideales.

Fué sentencia fatal, fué la condena
del alma a lo imposible, ruda pena
que el más vivo deseo deja inerte,
porque no en vano ese vocablo suena
con ruido de estertor que anuncia muerte.

Tal vez querrá tu corazón contrito
exhalar algún día el mismo grito,
del mal que hiciste al mío, arrepentida:
¡gota de miel será en el infinito
mar de tristezas que anegó mi vida!

Para tí misma, acaso fué sorpresa
decir NUNCA en lugar de la promesa
que palpitó en tus labios un momento:
yo ví en tus ojos la intención aviesa
y después el pesar noté en tu acento.

¡Cuánto infortunio un solo adverbio labra!
El día en que tu pecho al bien se abra
comprenderá, aunque tarde, por sí mismo,
cómo puede el vibrar de una palabra
lanzar dos corazones al abismo!

Hoy seguimos los dos opuesta senda,
cegados ambos por la misma venda
que ciñó la demencia a nuestros ojos,
por dejar tú al rencor suelta la rienda
y no poner yo freno a mis enojos.

Pero jamás las olas del olvido
la roca de mi amor han corroído;
y resistiendo a fáciles mudanzas,
aun yace en ella, abandonado, el nido
que formaron mis locas esperanzas.

EL RECUERDO

La existencia, corta o larga,
la hace la suerte a medida;
no tiene fin si es amarga,
si es feliz, breve es la vida.

Del alma el recuerdo fiel
todo el pasado renueva,
y vierte acíbar o miel
según la fibra que mueva.

Diz que no muele el molino
por el agua que pasó;
y que el río en su camino
para atrás nunca volvió.

Pero el recuerdo es un río
que, en el mar de nuestras vidas,
hace entradas y salidas
cuantas quiere el albedrío.

Yo que ya me siento viejo,
con recordar joven soy,
que es el recuerdo un espejo
en que mirándome voy.

Su cristal es la conciencia,
donde, en vasto panorama,
reproducir se ve el drama
de toda nuestra existencia.

Del bien que se gozó un día,
vuelven a sonar las notas
en las teclas, nunca rotas,
de cantora fantasía.

Las fugaces ilusiones,
las dudas y desengaños,
son páginas que los años
graban en los corazones.

Y el amor, de vida fuente,
y el bien, eterna ventura,
duran tanto como dura
el recuerdo en nuestra mente.

«Si recordar es vivir»,
a fuerza de en tí pensar,
pienso que me he de morir
cuando te llegue a olvidar.

Y en el gris atardecer
de mi vida, tus miradas,
por el recuerdo evocadas,
me darán nuevo placer.

Como vienen de muy lejos
para hacer las noches bellas,
los diamantinos reflejos
de las pálidas estrellas.

Si la vida a comenzar
pudiera otra vez volver,
¡cómo te habría de amar
por hoy, mañana y ayer!

Mas qué triste es la ventura
que el recuerdo a traer viene:
¡dicha que fué, siempre tiene
el sabor de la amargura!

Tú lo sabes, dueño mío,
que mis memorias mejores,
por tí las llevo, cual flores
que no marchita mi hastío.

Y por ello, al recordarte,
en mi pecho, siempre fiel,
hay la miel de no olvidarte
y de tu olvido la hiel.

Mi vida, dulce o amarga,
si medirla yo pudiera,
para adorarte la hiciera
una eternidad de larga.

EN SU ABANICO

Al escribir mis versos en tu abanico,
fiel confidente, acaso, de tus amores,
me imagino que clavo en un acerico
todos los alfileres de mis dolores.

Pues el mirarlo sólo me causa enojos,
que es para mí, en tus manos, arma de guerra:
un escudo es, abierto, para tus ojos
y es manojo de flechas, cuando se cierra.

Mas no debo quejarme de tu abanico
porque tú que lo esgrimes aun más me dañás;
tú, que has hecho de mi alma blando acerico
donde clavás los dardos de tus pestañas!

HOJAS DE PAPEL

¡Con cuánta indiferencia se mira una cuartilla
sin ver que en sus entrañas va el germen de un tesoro!
(ro!

¡Cuántas dichas da a veces una carta sencilla
que no se cambiarían por una mina de oro!

¿Qué fuera la palabra, la luz del pensamiento,
sin el papel que acoge su vida y la perdura?
Un grito que se pierde con el rumor del viento
o un rayo que un instante brilla en la noche oscura,

El corazón, a veces, como al mejor amigo
cuenta al papel sus cuitas, sus sueños y alegrías
seguro de que siempre será el más fiel testigo
de todo cuanto sabe de los pasados días.

El arte en él vacía sus bellas concepciones
y el alma sus mensajes que dulce amor perfuma,
y es su blancura misma para los corazones
de nieve, con la pena; con la ilusión, de espuma.

Hoja no escrita es huerto que, sin ser cultivado,
anhelos maternales dentro del seno anida
en tanto mudo espera la reja del arado
que trace el pentagrama del himno de la vida.

Y el labrador entonces que con ruda fatiga
en el virginal predio sus ternezas derrama,
ve surgir una nota por cada rubia espiga
y un canto de esperanza en cada verde rama.

La misma superficie del mar, cuando tan suaves
las olas sin espumas refulgen como acero,
es hoja luminosa donde escriben las naves
las bondas emociones del alma del viajero.

Páginas engañosas para los emigrantes
en las que ilusos leen futuras bienandanzas,
creyendo que en los surcos de las quillas cortantes
sepultan infortunios y siembran esperanzas.

Parece el papel blanco como una alegoría
de la Nada, el constante vacilar de la duda,
y tiene algo de abismo y da la impresión fría
de losa funeraria sin epitafio, muda!

Mirándolo impoluto, mil veces imagino
sobre el cambio de suerte que le daría unos trazos
o si tal vez mañana no tendrá más destino
que ver, cual mariposas, volando sus pedazos.

No siempre al bien se presta, también al mal se
(inclina,
que es el papel lo mismo que láminá de acero
de la que hacerse puede la daga florentina
o la brillante espada de noble caballero.

Y muchas veces mancha su nitidez de nieve
el tacto repugnante de venenosa mano,
y es portador entonces de la calumnia aleve,
de torpes invectivas o anónimo villano.

Su misión es más noble y habrá ignorada pluma
que engendre en sus entrañas la vida, el movimiento,
salpicando su virgen vestidura de espuma
con el polen fecundo de un genial pensamiento.

... Y.

¡Un poeta, lo mismo que el rey aventurero
que dar quiso su trono por un veloz corcel,
también cambiara un trono, no un trono, el mundo
(entero,
por la gloria que duerme sobre el blanco papel

CANTO A LA JUVENTUD

Juventud, rosal de amores,
deja que pueda aspirar
el aroma de tus flores
que pronto se han de secar.

Bella edad que por divisa
llevas siempre, con fruición,
en la boca la sonrisa
y en el alma la ilusión.

A mi mente soñadora
viene contigo el placer,
pues tienes como la aurora
un radiante amanecer.

En tu esplendoroso imperio,
vive la felicidad
en tan dulce cautiverio
que no quiere libertad.

Mariposa de alas de oro,
no des a tu vuelo fin,
vuela con rumor sonoro,
pero vuela en mi jardín.

Cuando a la vida embalsama
tu aliento primaveral,
es el corazón la rama
más florida del rosal.

Juventud, rosal de amores,
deja al alma juvenil,
perfumarse con tus flores
y tus efluvios de Abril.

D O L O

Llegué a la Iglesia que desierta y mudã
estaba a la sazón,
aun esperando alimentar la duda
de tu inicuã traición.

Atravesé la nave cauteloso
y la sombra busqué,
donde sólo brillara luminoso
el faro de mi fe.

Pero de pronto, la anchurosa puerta
se abrió de par en par,
y de los cirios a la luz incierta
te ví con él entrar.

Y la triste esperanza que alentaba
ya desengaño fué,
pues la fe de mi duda se trocaba
en duda de mi fe.

Y cuando ante el altar, humildementẽ,
de rodillas te ví,
imaginé que, acaso, al Dios clementẽ
mentías como a mí.

LA ILUSION

¡Qué promesa engañadora
es la ilusión!

¡Y cómo halaga traidora
con su música sonora
las ansias del corazón!

LEJOS DE TI

Si en tu ausencia amor mío,
vivir aun puedo,
es que aliento a mi vida
con tu recuerdo;
mustios mis labios
sólo un nombre pronuncian,
tu nombre amado.

Sin el calor amante
de tus miradas,
del corazón se alejan
mis esperanzas:
cualavecillas
abandonadas, gimen
por tus caricias.

Lejos de tí, el espacio
lleno de quejas;
y con dolor aspiro
aura de penas.

¡Ay! si vinieses
perfumaría tu aliento
tan triste ambiente!

Sin la dulce armonía
de tus palabras
en insufrible insomnio
se agita mi alma;
y, por las noches,
junto a tí, vaga ansiosa
charlando amores.

Cuando a tí tristes lleguen
rumores tiernos,
como de mariposas
suave aleteo,
que es mi alma, sabé,
que en suspiros murmura
sus soledades.

Y si en sueños se agitan
tus dulces labios,
como flores a impulso
de soplo blando,
es también ella,
que en las alas de un beso
mi amor te lleva...

ECOS DE MI TIERRA

Al par que los recuerdos
de mi niñez serena,
en mi alma vibran siempre
los inefables ecos de mi tierra.

Sus misteriosas notas
de melodía eterna,
relatan en secreto
de mi vida las íntimas escenas.

... ..

Si a mi alma la esperanza
alguna vez alienta,
rayo de sol parece
penetrando en el fondo de las selvas.

Al ver cómo en las fuentes
se miran las estrellas,
recuerdo unas pupilas
reflejando en las mías sus ternezas.

Del céfiro y las flores
charlando en la pradera,
los ecos repercuten
en dos amantes bocas que se besan.

Si quietud apacible
en el Atlante reina,
es cual si en el cerebro
reposaran cansadas las ideas.

Trinados de las aves,
gemidos de hojas secas,
murmurios de un arroyo...
del alma dolorida son endechas.

En los rumores vagos
de mi florida vega,
pienso que los dormidos
latidos de mi mente se reflejan.

Las blanquecinas nubes
que raudas atraviesan
el cielo de Nivaria,
mis dulces ilusiones representan.

Y cuando el desengaño
amarga mi existencia,

ën el corazón sientø
todas las nieves que a mis cumbres hielan̄.

Si acaso mi destino
a otro país me lleva,
que a mis oídos lleguen̄
siempre los gratos ecos de mi tierra.

PUESTA DE SOL

Cuando veo que contemplas
con místico arrobamiento
el sorprendente momento
en que va a ocultarse el sol,
leer quisiera en tus ojos,
soles del alma, irradiados,
los secretos misteriosos
que guarda tu corazón.

En quién o qué es lo que piensas
en adivinar me abismo,
hasta el punto, que yo mismo
si pensando estoy no sé;
que embelesado al mirarte,
ni un pensamiento tendría
de no ser mi fantasía
de la tuya espejo fiel.

Pero, no obstante, imagino
que cuando el sol a otro mundo

marcha a iluminar fecundo,
tristezas te hace sentir;
y que en silencio le ruegas
se lleve, en sus raudos giros,
los soledosos suspiros
de tu pecho juvenil.

El sol, más que tú dichoso;
sigue siempre su carrera
yendo de esfera en esfera
su brillante luz a dar;
mas, al verle partir, creo
que toma sus rayos rojos
de la lumbre de tus ojos
y a Dios a ofrecerlos va.

Quizás, como yo, tú pienses
que del sol la despedida
simbolice de la vida
la fugaz terminación;
pues él, que es rey del espacio,
cuando al occidente llega,
es como el hombre que entrega
su postrer aliento a Dios.

Nace y su camino traza
majestuoso paso a paso,
sabiendo que tiene ocaso

como ha tenido zenit;
y así, su vida es un día,
porque al nacer como aurora,
ya está esperando la hora
de, como noche, morir.

Por sus últimos destellos
iluminadas las nubes,
son cual nidos de querubens
colgados del cielo azul,
de donde alegres nos miran,
y de los muertos queridos
los recuerdos bendecidos
nos dan en besos de luz.

Y viendo que el mar y el cielo,
con irisados colores,
recogen los resplandores
con que los inunda el sol,
al alma, absorta, parecen
como dos inmensas aías
revestidas con las galas
de universal floración.

LA VIDA QUE PASA

La existencia es como el día
que, con dolor o placer,
hace siempre florecer
la universal alegría
de un radiante amanecer.

Amanecer que es la aurora
más bella que un ser alcanza
en la vida engañadora,
porque el sol que la colora
es el sol de la esperanza.

Y por sus rayos nimbado,
tras un mañana ignorado
sigue el hombre su carrera;
y aunque hilando va un pasado,
no recuerda, porque espera.

Con rara clarividencia
ha presentido quizás

otra futura existencia,
a la que, con impaciencia,
marcha sin mirar atrás.

Late el pecho placentero
si en él la juventud arde,
y no ve que el tiempo artero
trueca el matinal lucero
en estrella de la tarde.

Juventud, himno triunfal
de amor, eterno ideal,
¡con qué doliente congoja
ve el alma que se deshoja:
tu rosa primaveral!...

X

La existencia es como el día
que, caminando al acaso,
halla fatalmente al paso
la suave melancolía
en que se envuelve el ocaso.

Ocaso que es la vejez,
pues en el hombre se advierte
que del sol sigue la suerte:
cuando sale, es la niñez;
cuando se pone, la muerte.

Gira de prisa la cuerda
en el reloj de la vida;
y en cada ilusión que pierda
siente el alma dolorida
que, en vez de esperar, recuerda.

Late el corazón cobarde
cuando en él la fe no ardé
y declina la esperanza,
y es la estrella de la tardé,
no el lucero, quien avanza.

De amarga experiencia espejo,
cuando su misión termina,
sabe bien un triste viejo
que no hallará ni un reflejo
en la noche a que camina.

No necesita ser pobre
la vejez para mis daños,
que aunque riqueza le sobrè,
siempre para un viejo es cobrè
todo el caudal de los años.

Marcha el hombre, del destino
sobre las alas abiertas,
y al terminar su camino,
ve, incansable peregrino,
que otra vida abre sus puertas.

LAS FOLIAS

Son un canto de cisne las folias,
del ave que si canta cae inerte,
pues imitan los ayes de la muerte
y expresan del vivir las agonías.

Con sus notas se lloran alegrías
y se cantan tristezas, de tal suerte
que no habrá quien, oyéndolas, acierte
si siente gozos o melancolías.

Porque ellas riman con sus dulces sonos
cuanto ansía mi patria, añora o sueña:
desengaños, recuerdos, ilusiones;

la escala pasional del alma isleña
que ha compuesto sus lánguidas canciones
con el beso que el mar da a cada peña.

YO SE QUE ERÉS HERMOSA...

Yo sé que eres hermosa, que tu gentil figura
parece concebida por un sueño de amor
que en tu marmóreo cuerpo labrara la escultura
de la belleza eterna, cual mágico escultor.

Sé que en tu boca, puerta de ignorada ventura,
están de centinelas sonrisas de pudor
que a torpe atrevimiento y a toda idea impura
dan altivas el «alto» como manda el honor.

No hay nadie que teniendo la exquisitez de artista,
el deseo de verte y admirarte resista
—la causa no preguntes, aunque también la sé—;

y sé que, si de pronto se desgarrara el velo
que cubre tus encantos, creyérame en un cielo
postrado ante la excelsa belleza de Friné.

LA LIRA ESPAÑOLA

Para el poeta es la lira
como el cuerpo para el alma;
no hay instrumento más digno
de poéticas andanzas.

De todo el que escribe versos
si está ungido por la fama,
con razón se ha dicho siempre
que pulsa la lira y canta,
ya cante dulces amores
o patrióticas hazañas,
ya los rencores o celos,
desafíos y venganzas.

Con la lira de Tirteo,
que luego fué de Quintana,
se enciende en los corazones
el sacro amor a la patria;
y al son de la de Gil Polo
todos los Alicios cantan

desdenes de Galateas
ante las ondas de plata.
En la de Zorrilla surgen
las morunas serenatas
al pie de los ajimeces
de nazarenas esclavas;
y con la voz de otros tiempos,
que de tan lejos nos habla,
nos cuenta las misteriosas
tradiciones de Granada.

La lira del Romancero,
do late el alma de España,
para cada pasión tiene
una cuerda y una gama.
¡Cómo llora las ausencias,
desengaños, las tronchadas
venturas y las derrotas
en torneos o en batallas!
¡Cómo gime en las mazmorras,
y se alborozaba en las zambras,
y ruge con las traiciones,
y con las victorias canta!

¡La lira del Romancero!
¡Cómo brotan las escalas
de los sentimientos todos
en sus cuerdas legendarias
donde vibran los recuerdos,

y sonríen esperanzas,
y refulgen ilusiones
como en las cuerdas del alma!

Es entre los instrumentos
como canora calandria
que remeda los cantares
de las aves más preciadas;
por eso expresa las penas
con quejidos de guitarra,
tan tristes, que las que vierte
no son notas, sino lágrimas...
Parece morisca guzla
si trina amorosas ansias,
y en la noche silenciosa
son cual besos sus sonatas.
Y cuando sus melodías
con fervor místico lanza
y en salmodia inimitable
eleva a Dios alabanzas,
son entonces sus tañidos
dulces acordes de arpa
que suenan majestuosos
con la unción de una plegaria.

Predilecta de las musas
es la lira de mi patria
que ha enaltecido, vibrantē,

las grandezas de la raza
y ha llevado a todo un mundo,
paso abriéndose la espada,
el espíritu de un pueblo
con el ritmo de su habla.

FRANCESCA DI RIMINI

Era noble, sensible, el alma pura,
y hecha al mimoso halago del destino;
sembrado halló de flores su camino
y las flores le dieron su hermosura.

Falaz el desengaño, su ventura
en un instante desgarró asesino
al mirar que un esposo clandestino
robó a traición su lecho y su ternura;

¡Qué horrible despertar, qué hondo des-
[pecho
sintió en el corazón cuando la aurora
le mostró el nido de su amor deshecho!

Y si a su vez, también, fué ella traidora;
la sangre que al morir vertió su pecho
purificó su carne pecadora.

PATIO DEL INSTITUTO

A don Adolfo Cabrera Pinto

Al llegar a esta casa todos los días
el alma de recuerdos aun palpitante,
siento tantas tristezas como alegrías
gocé cuando venía como estudiante.

En la vida, cual dijo noble poeta,
fueron tiempos pasados siempre mejores,
y es que bulló en sus ondas de mar inquieta
la juventud perdida, vergel de amores.

Se transforman, progresan todas las cosas;
el sol constante alumbra nuevas mañanas;
pero el rosal del alma no da más rosas
que las que de ilusiones fueron hermanas.

Cual esta mansión fuera no hay quien
(recuerdâ
si mira sus bellezas tan peregrinas;
el germén de la vida nunca se pierde,
por eso nacen flores entre las ruinas.

Antaño estaban llenos de hondo misterio
los hoy risueños claustros, celdas y salas,
y en el tétrico ambiente del monasterio
cernía la tristeza sus negras alas.

El silencio de tumba, grave y austero
que reinaba en los patios, plantel de yedras,
sólo se interrumpía por el parlero
gotear del tejado sobre las piedras.

En noches invernales, rústica fuente
entonaba monótona canción de cuna,
y en los hilos de plata de su corriente
se enredaban los rayos de clara luna.

Como espectros, sombríos, hombres viriles
vagaban taciturnos por el convento
acallando con rezos ansias febriles
y refrenando austeros el pensamiento.

De la vetusta torre, las tres campanas
eran como un emblema de humanas vidas:

con igual son reían por las mañanas
que lloraban de tarde dichas perdidas.

¡ Tienen su campanario los corazones
donde está el campanero siempre despierto
para tocar a gloria con ilusiones
para, con desengaños, tocar a muerto !...

Al fin huyó del claustro la paz serena
al entrar, traspasando viejos dinteles,
las juveniles turbas, como en colmena
penetran las abejas para dar mieles.

En los patios surgieron bellos jardines
donde la Primavera teje su nido,
y entre aroma de rosas y de jazmines
se ve que el Paraíso no se ha perdido.

Yo no sé qué atracciones tiene esta casa
que aquél que la ha vivido nunca la olvida;
con temor se entra en ella y el tiempo pasa
y al correr de los años es más querida.

Los de más luminosas, bellas auroras,
aquí pasé los días más halagüeños,
midiendo de mi vida todas las horas
un reloj de esperanzas y otro de ensueños.

Recordándolos, pienso como el poeta,
que los tiempos pasados fueron mejores,
porque es cuando se forja la mente inquieta
el alcázar soñado de los amores.

Un ayer y un mañana son los espejos
en que mirar se puede la vida entera:
lloran con sus recuerdos los que son viejos,
la juventud ferviente canta y espera...

A LAS HUMANITARIAS DAMAS DEL ASILO VICTORIA

¿Cuál es el sentimiento que fulgura
con tanta santidad en vuestro seno
que os impulsa a cumplir misión tan dura
cual cuidar como propio al hijo ajeno?

¿Es piedad por la extraña desventura?
¿Es virtud, o el deber frío y sereno
quien arrancar os hace, con ternura,
las flores del candor del mismo cieno?

Es algo más: el maternal instinto,
en ninguna mujer jamás extinto,
del que la gran misericordia emana.

Es sed de inmenso amor por el que quisō
perder Eva el risueño Paraíso
para ser madre de la raza humana!

UN DESEO

Leí tu carta y fué su contenido
mezcla de sangre y hiel,
que corriese a torrentes en el alma
y en las venas dejase de correr.

Copió mi mente el negro de la tinta,
lo blanco del papel, mi palidez,
y los pérfidos trazos desgarraron
mi esperanza y mi fe.

Mi asombroso estupor duró un instante
que un siglo fué más bien:
que el desengaño es el reloj maldito
que señala las horas al revés.

«Pertenezco ya a otro», me decías,
si es que supe leer
lo que escribiste con la misma mano
que me guió al amor en mi niñez.

Sutil salpicadura de la tinta
reflejó en el papel
la honrada rebeldía de tu pluma
y la vileza de tu proceder.

Y desde entonces de un tenaz deseo
tuve insaciable sed:
que una hija tuvieses, tan hermosa
como su madre fué.

Y que su corazón, desde sus labios,
con lúbrica embriaguez,
pudiera devorarlo, cual tú al mío
destrozaste también...

Mas distinguir el móvil que me impulsa
no he sabido ni sé:
si es que quiero vengarme de tí en ella
o en ella idolatrarte a tí otra vez!

MIENTRAS CALLAN TUS LABIOS

Tu abanico airoso sus pliegues extiende
igual que sus alas un ave ideal,
que al sol de tus ojos su plumaje enciende
con el suave brillo de tarde otoñal.

Y él dice, aunque callen tus carmíneos labios,
todo lo que piensas, discreto y sutil:
se cierra de golpe si sientes agravios,
si esperas o sufres, se agita febril.

Porque es avecilla que en su vuelo lanza
de dichas o penas la dulce canción;
y al abrir sus alas nace una esperanza,
si triste las pliega muere una ilusión.

T E D I O

Ya que en la vida, por aciaga suerte,
muchas dichas gocé,
quiero morir, que al menos en la muerte
dulce paz hallaré.

Ningún temor me asalta ante el misterio
profundo del morir.

¿Acaso de ilusiones, cementerio
no es siempre el porvenir?

Tal vez cuando yo muera el primer gozo
mi espíritu tendrá,
que plegaria de amor, cada sollozo
qué tu exhales, será.

Las ansiadas caricias que me roba
tu invencible pudor,
en el silencio de mortuoria alcoba
me dará tu dolor.

Vivo podré perderte, y si te pierdo,
¿cómo entonces vivir?
Y muerto quizás viva en tu recuerdo...
¡Preferible es morir!

Morir, ¿qué importa, si la muerte espanto
no me podrá causar?
¡Como Dios no castigue amarte tanto
sé que me he de salvar!

HABLILLAS

¡Qué semblante triste,
qué frente abatida
llevaba Juanillo
hoy, de mañanita,
yendo con sus cabras
por la serventía
que conduce al prado
donde aquéllas pacen toditos los días!

El, que siempre alegre
con sus cabras iba
y que por las tardes
cantando venía,
cuando por mi vera
cruzó, en sus mejillas
brillaban dos gotas
como las que sobre la yerba lucían.

—¿Qué tienes—le dije—,
qué pena maldita

llevas, cuando todos
hoy se regocijan?
—No a todos, me dijo,
la Virgen da dichas;
desengaños matan...

¡y voy desengaños recogiendo a prisa!

¡Cómo daba angustia
ver la comitiva
que ví esta mañana
por la serventía!
Con andar tardío,
a Juan precedían
las cabras y el perro,
todos, las miradas en el suelo fijas.

Y allá, por el lomo
donde está la ermita,
bullía la gente
de fiesta vestida;
y en el hondo valle
repetir se oía
los ecos lejanos
de alegres campanas y dulces cantigas.

El mismo contraste
de toda la vida
en aquel momento
se ofreció a mi vista:
¡el dolor abajo,

el placer arriba!

La antítesis siempre:
lágrimas en bodas y en los duelos risas!

Lancé una mirada
por donde Juan iba
y oí de las cabras
sonar las esquilas;
me volví hacia el cerro
en que está la ermita,
y vi mucha gente
moviendo los brazos como el què repica.

Que allí las campanas
sin cesar se agitan
y a la muchedumbre
a danzar convida;
y en tanto el tañido
de aquellas esquilas,
parecióme el toque
que va pregonando que un ser agoniza.

... ..

La historia, primero
no fué más que hablillas;
luego sin embozos
asaz repetida,
como un hecho cierto
todos la sabían,
y fué huracán pronto
lo que se juzgara pasajera brisã,

Como se contaba,
verdad o mentira,
Juan también lo supo;
¡Carmen le vendía!
Cuando a sus oídos
llegó la noticia,
en ella pensaba
con los embelesos que se piensa en dichas,

Cual si le arrancasen
del alma las fibras,
quedó el triste mozo
sin pensar ni vida,
ni un eco en el pecho,
sin luz las pupilas,
como una guitarra
con todas las cuerdas de golpe partidas,

Mas, ¿quién vió el primero
la traición maldita?
Si no la vió nadie,
todos lo decían;
lo que ya se sabe
verlo no precisa:
¡también la calumnia
fácil lengua tiene y a ciegas camina!

Y por eso el pobre
pastorcillo iba
triste y cabizbajo

por la serventía.

¡Qué importa que el hechō
fuera sólo hablillas,
si verdad resultan

los dichos muy dichos aún siendo mentiras!

Al caer la tarde,
cuando la campiña
con manto de sombras
su verdor cubría;
y 'el sol la faz roja
en dos dividida
por el horizonte,

un tiempo en dos mundos su luz difundía:

mientras que en el lomo
donde está la ermita,
con loca algazara
la gente bullia,
ansiosa contando
minutos por dichas,
antes que la noche

ahuyentar viniera tantas alegrías;

allá, solitaria,
rústica casita,
envuelta en tristezas
se hallaba sumida,
como si las penas

todas reunidas,
de todos huyendo
hubieran querido darse en ella cita.

En la vieja puerta
que un parral tapiza,
esperaba Carmen
oír las esquilas
que todas las tardes
a anunciar venían
que su sol llegaba
mientras que a otros mundos el otro sol iba.

Inútil espera,
ya Juan no vendría;
la traidora duda
halló en él guarida;
y la duda, siempre,
como escarcha impía
de las ilusiones
las más puras flores temprano marchita.

Y ella era inocente
¡Dios bien lo sabía!
por más que culpable
todos la imaginan;
que siempre en el mundo
fué cosa sabida
que verdad parecen
los dichos muy dichos, aún siendo mentiras!

LA CRUZ

Emoción inexplicable,
sentimientos infinitos,
de recuerdos un poema,
de dudas un laberinto,
siento al mirar el madero
emblema del Cristianismo.

¿Por qué veneración tanta
por la Cruz todos sentimos,
cuando de horror y de miedo
debe ser tétrico signo?...

Al alzarse, solitaria,
al borde de los abismos,
en altos despeñaderos,
en los cruces del camino,
¿no están diciendo al que pasa,
con elocuente mutismo,
que de catástrofe horrible
es señal en aquel sitio?...

Y al verla, de un cementerio
en el fúnebre recinto,
cual misteriosa atalaya
de los sepulcrales nichos,
¡velando allí por los muertos,
no arranca llanto a los vivos?

También tan augusta enseña,
¿no fué cadalso maldito
donde ejecutarse pudo
con sanción de un pueblo inicuo
la sentencia más injusta
que han presenciado los siglos?

¿Por qué, entonces, repugnancia
no inspira, si de martirio
ha sido vil instrumento,
y de afrentosos castigos?...

Mas no, que cuando los ojos
en ella creyente fijo,
de infinitas esperanzas
un mundo infinito miro!

De piedad mi alma se llena
al hallarla en mi camino
revelando de una vida
el fin cruel e imprevisto;
y recuerdo con tristeza
y con hambriento cariño,
la que allá, en el cementerio,
vela a mis muertos queridos l...

Y cuando va majestuosa
llevando el cuerpo de Cristo,
la víctima más sublime
del más grande sacrificio
que los cielos y la tierra
ver consumarse han podido,
entonces también yo sufro
la sed del alma, y me digo:
¿cuándo podrán esos brazos
que la Cruz lleva tendidos
con solicitud de madre,
brindando a todos cariño,
unir en abrazo eterno
razas y pueblos contritos,
desterrando para siempre
el miserable egoísmo;
y pueda mirar el hombre,
en su conciencia esculpido:
«yo no quiero para nadie
lo que no para mí mismo»!

A MATILDE MARTIN

No siempre canta el que goza,
ni llora sólo el que pena;
cantar y llorar, a veces,
en la causa se asemejan.

Muy distintos sentimientos
en el corazón alientan,
hijos de mil emociones,
de circunstancias diversas,
y aquellos que lloran unos
otros cantando los muestran;
pues son lágrimas y notas
la más expresiva lengua
en que las almas escriben
sus pasionales poemas.

Y aunque parecen contrarias
en el fondo son gemelas:
yo he llorado mis placeres
y he cantado mis tristezas.

Este contraste en la vida

resulta ya ley suprema:
llorando recibe el niño
del mundo la luz primera
y sólo al morir, el cisne
oir su canto nos deja.
Cuando las flores del cielo,
las silenciosas estrellas,
lanzan fúlgidas miradas
a las flores de la tierra,
caen sus notas de diamante
sobre lágrimas de perlas.



Tú, que vas del arte siendo
ya halagadora promesa,
porque en tu garganta puso
la música sus cadencias,
cuando por el mundo vayas
cantando dulces endechas,
siendo reflejos tus cantos
de las pasiones ajenas,
mirarás en muchos ojos,
sobre las pupilas secas,
el espejo cristalino
donde se mira la pena.

Y cuando los ojos tuyos,
lágrimas amargas viertan,
y tus propios desengaños,

que ojalá nunca los tengas,
llorarlos con tus cantares
acaso tal vez pretendas,
la dulzura de tu acento
con que al oyente estremezas,
hará olvidar que tú cantas
llorando ilusiones muertas.
Así es que nunca sabremos
ya sea alegría o tristeza,
si con armoniosas notas
o con lágrimas acerbas,
si cual cisne que se marcha
o como niño que llega.

Cantar será tu destino,
mas si alguna vez te llevá
a llorar rudos dolores
que al alma ponen a prueba,
llora con dulces arpegios
y nunca lágrimas viertas...

Quiera Dios darte de triunfos
una alfombra en tu carrera,
que risueñas ilusiones
bullan siempre en tu cabeza,
para que cantando enseñes
à España y a Europa entera
cómo cantan los canarios
y calandrias de mi tierra.

MADRIGAL

A gigante montaña,
a cuya cima, vista desde el llano,
parece que arde el sol que en luz la baña,
una tarde subí con loco anhelo,
como un niño que cree el mismo cielo
poder tocar con levantar la mano.

Ya en la cumbre, aún más lejos,
vi el cielo dilatarse en las alturas,
y del sol los ya pálidos reflejos
hundirse en la penumbra de la noche,
mientras las flores al cerrar su broche,
recogían sus últimas ternuras.

Y cuando anonadado
descendí con profundo desconsuelo,
más que el cuerpo mi espíritu cansado,
tendí al valle una lánguida mirada,
y al verte en él, a mi alma enamorada
le pareciste sol y el valle cielo!

SEPULGRO VACIO

En medio de poéticos jardines
 existe un panteón
donde depositar quiso una madre
 el hijo de su amor.

'Ante aquel mausoleo triste envidia
 sentí en mi corazón:
¡mi vida por el muerto que encerraba
 trocado hubiese yo!

Que allí exhalan las flores en aromas .
 una eterna oración;
y encendidos los cirios de sus rayos
 le tiene siempre el sol.

Las aves de sus trinos las salmodias
 elevan hasta Dios,
mientras piadoso el cielo, de rocío
 da llanto bienhechor...

Orar quise a mi vez, mas a mi espalda
una burlona voz
oí que me decía: «en esa tumba
a nadie se enterró.»

¡Un rayo fué de luz! Comprendí entonces
que me niegues tu amor;
que es tu pecho también tumba vacía:
¡no tiene corazón!

EN LA MUERTE DEL POETA ZEROLO

Lo mismo que el bardo
romántico, ingenuo,
que vertió en sus rimas
su espíritu inmenso,
cuando he presenciado
de un ser el entierro,
yo también he dicho
con dolor intenso
«Dios mío, qué solos
se quedan los muertos».

Se quedan, sí, solos
los seres aquellos
que al cruzar la vida
ni meteoros fueron,
ni estrellas errantes
que un instante, al menos,
alumbran su senda
con fugaz destello.

Mas tú no estás solo,
cantor de este suelo.
Como si no hubieses
todavía muerto,
palpita tu imagen
en nuestros cerebros.
Sobre tu alto nombre
no tendrá el velo
nunca ingrato olvido
ni torpe silencio.
Los hombres del día
y los venideros
guardarán por siempre
tu grato recuerdo;
tendrán en el alma
para hacerlo eterno,
los unos, su pena,
los otros, tus versos.

El aciago día
que fui al cementerio
para ver el triste
solitario lecho
en que a dormir ibas
el último sueño,
oí, como si alguien
me hablara en secreto,
la voz con que a veces
nos habla el misterio:

aquí nunca solos
se quedan los muertos,
que una sola lágrima
al caer al suelo,
hace abrir las rosas
de luz del recuerdo.

A veces los vivos,
de su pena en medio,
más solos se quedan
que los mismos muertos;
que al dar al que muere
un adiós eterno,
nos parece entonces
el triste aposento
que antes ocupaba
un amado enfermo,
cual frío sepulcro
que hiela los huesos
y amedrenta al alma
con sus lúgubres ecos.

Cuando a helada tumba
descendió el Maestro,
nimbada aún su frente
por fúlgido estro,
pensé en esas horas
de recogimiento
en que el Sol se marcha
a otros hemisferios,

no sin dejar antes
encendido el cielo
con flores de estrellas
y franjas de fuego...

PRO PATRIA

Siempre, con gran desconsuelo,
en mis islas he mirado
que teniendo un solo cielo
no puedan tener el suelo
con la misma unión formado.

Mas, tal vez, Naturaleza
quiso, pródiga y fecunda,
para mostrar más grandeza,
en el mar que nos circunda
desparramar su belleza.

Resultó mal su intención,
que al dividirnos en peñas
todo fué separación,
porque en las almas isleñas
hizo mayor división.

Del amor patrio los lazos
hay quien ya quiere romper,
y quien extiende los brazos,

que se hicieron para abrazos,
con ansias de acometer...

¡Qué sarcasmo es el llamar
afortunada a esta tierra!
¿Qué dicha se puede hallar
donde parece que encierra
toda su amargura el mar?

Yo a ese mar que nos separa,
si el poder de Dios tuviera,
con entusiasmo vaciara
en el estéril Sahara
y de siete una isla hiciera.

Para que en esta región,
fundida así en grata unión,
se borrara en un momento
la ruindad del pensamiento,
el odio del corazón.

Vano empeño. La perfidia,
con maquiavélica insidia,
ha puesto ya su puñal,
afilado por la envidia,
en las manos de un rival.

Y ya que a lucha cruel
nos llevan con saña ruin,
pienso, a la conciencia fiel,
que conociendo al Caín
no debemos ser Abel.

LA CALUMNIA

¿Cuál es la madre ruin que la ha engendrado?
¿Es la rastrera envidia o la demencia?
¿De la innoble venganza será esencia
O la ciega torpeza la ha creado?

Qual la perfidia anida en el malvado
Y se nutre de vil maledicencia;
Con vengativa saña en la inocencia
Siempre astuta sus garras ha clavado.

En donde quiera que sus alas bate
Apaga de la fe la luz sagrada
Que con duda satánica combate;

De la traición cobarde digna aliada,
Por detrás hiere, pero nunca abate .
La majestad de una conciencia honrada!

LA MAGDALENA

Halagos perniciosos, sensuales apetitos,
tu vanidad formaron cegando tu razón;
y en donde hallar creías deliquios infinitos,
de tu pudor no oyendo los dolorosos gritos,
bebiste delirante la hiel de la abyección.

Los nobles sentimientos que tu alma en sí atesora,
frenética lascivia supo un instante ahogar,
lanzando brutalmente tu carne pecadora
por la tortuosa senda que guía engañadora
a los mentidos goces de odiado lupanar.

De la pasión a impulsos, sin freno tu albedrío,
¿quién tu fatal carrera podía detener?
A la virtud cerraste tu corazón impío,
tu hogar abandonado con ciego desvarío;
y amores reposados, por lúbrico placer...

En tu turbado espíritu quiso por fin el cielo
que la verdad surgiera y amor santo infundir;
rompióse de improviso de tu existencia el velo;
horror de tí sentiste, que con amargo duelo
en consolador llanto pudiste traducir,

Impreso en tu faz bella letal remordimiento,
bañaste con tus lágrimas los pies del Redentor
que te miró piadoso; leyó en tu pensamiento
que era tu amor tan puro cuan rudo tu tormento,
y dióte el gran consuelo: ¡gozar con tu dolor!

DESCONSUELO

Cuando fijo mis ya cansados ojoḡ
en tus pupilas en qué el amor arde,
por nacer tan temprano siento enojoḡ
y pena de que tú nacieras tarde.

Y ese gran descontento, apasionadō
llevé siempre en el pecho como un tontō;
¡cuántas veces de niño he suspirado,
por que nací tan tarde y tú tan pronto!

COPLAS

Es mentira que los ojos
son del alma los espejos,
que el alma tuya es horrible
y tus ojos son muy bellos.

La mayor de las penas
que yo he tenido,
la tuve con el gozo
de haberte visto;
pues al instante,
presentí las angustias
de no mirarte!

Unidas llevo en el alma
muerte horrible y vida acerba;
mis heladas ilusiones
y mis punzadoras penas...

Comprendí cómo se sufre
y al mismo tiempo se goza,
cuando me diste aquel beso
llorando y de pena loca!

Te quejas de que tienes
los ojos «bizcos»,
pero yo a Dios alabo
que así los hizo;
pues me parecen
sol de invierno que es grato
porque no hiere.

Que jamás me olvidarías
me juraste por tu amor:
no pecarás por perjura,
que amor nunca en tí existió!

Torpe verdugo fué el cura
que a tí y a mí nos «ahorcó»,
pues ha tiempo nos casó,
y a pesar de esa «ahorcadura»,
ni tú te has muerto ni yo.

**A Guillermo Perera después de leer
su poesía "Mi Musa"**

...putes hunc esse poetam.

Ingenium cui sit, cui mens divinior, atque os
Magna sonaturum, des nominis hujus honorem.

(Horacio, Lat. IV.)

..y cuando canta, canta sin comprender por qué.

Te engañas, que es tu musa, numen de los poetas,
riquísimo venero de rauda inspiración,
y aunque se oculte humilde como hacen las violetas
constante lo Numina la luz de tu razón.

Es cierto que no adulas, ni odias, ni eres vano,
que siempre justo cantas al bien y a la verdad,
por esto vives pobre, sin el aplauso humano
que comunmente es eco del dolo y la ruindad.

Tú cantas porque sientes y porque sabes cantas,
como la abeja liba la miel en el pensil,
como susurra el bosque y trinan aves tantas,
como su aroma exhalan las rosas en Abril.

Poeta, si buscaras a quien tu estrofa inspira,
las nubes de las penas jamás te nublarán,
risas en vez de lágrimas harían vibrar tu lira
y amor, fe y esperanza tus goces te darán.

Yo juro que es tu estro, tu numen y tu musa
Aquel que es la belleza, el bien y la verdad,
el Dios de las alturas que da la ciencia infusa,
el que te busca y ama, pues Dios es caridad.

Ya está el enigma claro, lo oculto descubierto,
el triste pajarillo flores y luz ya ve;
vuela gozoso, cree, espera en lo que es cierto,
y cuando cantes, canta al comprender por qué.

SANTIAGO BEYRO

BIBLIOTECA, CANARIA

La Princesa Dácil

POB

GUILLERMO PERERA ALVAREZ



LIBRERIA HESPERIDES.—(CANARIAS)

Santa Cruz de Tenerife

EL POETA

El Arte no es un juego de manos,
ni un negocio de mera habilidad,
Cuatro versos desaliñados de Bécquer
llegan mejor al alma que cincuenta
endecasílabos magistralmente
labrados por D. Juan Nicasio Gallego.

Federico Balart.— «Impresiones».
(Página 47).

El pensamiento, que servē de lema a estē artículo, no es exclusivo de Balart: recuerdo que el original Narciso Campillo, explicando literatura a sus alumnos les decía: «para averiguar si una poesía es buena o mala, la «rēpeta» es sencilla: si, después de leer los ver-

soñ, sē quēda uno comō si hubiēra bebido un vaso de agua, el poeta es un majadero; si los versos producen un «cosquilleo» en el corazón y un estremecimiento en los nervios, el poeta vale; si desea uno repetir la lectura de aquellos versos que le conmovieron, el poeta vale mucho; si logramos aprender de memoria la composición, el poeta es un «poeta-zo.»

He aquí un precepto de crítica, mitad infalible, y mitad falso. Infalible, porque puede asegurarse que toda composición que no produzca el «cosquilleo» y el «estremecimiento» supradicho, es fría, artificiosa y convencional. Falso, decimos, porque todos nos emocionamos por una porción de motivos, ajenos a las condiciones artísticas... ¡A quién no lleve hasta el fondo del alma la carta de una madre ausente, la promesa de amor de la mujer querida, la palabra balbuciente e incierta del menor de nuestros hijos!... Y, sin embargo, la carta de la madre puede rebosar de faltas de ortografía, la misiva de la mujer que amamos puede estar llena de solecismos y el lenguaje del niño es arbitrario y antiprosódico.

Por eso, antes de estampar en el papel, el epígrafe de este trabajo, «Un poeta», he tra-

tado de razonar la emoción gratísima y profunda que me produjo una poesía, semi-égloga, semi-madrigal, sentida, tierna, delicadísima, la poesía titulada «La Princesa Dácil», primorosa composición que, salvando los estrechos límites de clasificaciones retóricas, no puede ser encerrada, sin profanación, en el grupo de romances tradicionales, o en el de romances amorosos.

El asunto de «La Princesa Dácil» no puede ser más grandioso, ni más simpático, ni más verdadero. Para el poeta, aquel Gonzalo del Castillo que se une con la hija de un Mencey representa la fusión de guanches y españoles y es el símbolo de todas las virtudes, de todas las grandezas de los isleños canarios.

«Así, fundidas en una
estas dos razas opuestas,
como en campo de combate
sangre enemiga se mezcla,
surgió la raza canaria,
noble y leal, pero fiera
siempre que planta invasora
hollar quiere sus riberas!»

Y esta unión de conquistados y conquistadores se hace a impulsos del amor

«que auna las voluntades,
fundiendo opuestas ideas,
y a la sombra de sus alas
pueblos y razas se estrechan».

bellísimo pensamiento que se desarrolla en dramáticas y variadas escenas a las que sirve de marco el popular y tradicional romance, que comienza con genio eminentemente castellano en estos versos impregnados de verdadero sabor castizo.

«Cuando Gonzalo Castillo,
noble en linaje y proezas,
arribó, en son de conquista,
a las costas tinerfeñas,
del bravo Alonso de Lugo
bajo la insigne bandera,

.....

.....

narración poética por excelencia en que el más acabado prosista no podría añadir ni quitar una palabra, prueba patente de la ausencia de ripios que caracteriza el poema.

El desarrollo de la acción, lo que llamaría un retórico «forma interna»; lo que califica-

ría un estético, de «concepción calotécnica», responde maravillosamente a la excelencia del asunto. Después de la introducción del romance en que se marca el contraste entre los propósitos bélicos del héroe y el desenlace idílico de la acción del poema, se describe con vigorosos colores cómo

«marcial escuadrón, de Añaza
partió armado a la ligera;»

y de tal modo es viva la frase del poeta, qué parece vemos el relucir de los guerreros cascos y el flamear de las banderas y el brillar de los aceros y creemos escuchar el galopé de los caballos que hacen trépidar la tierra bajo sus ferrados cascos.

A continuación de esta escena eminentemente épica nos ofrece el autor—con ese instinto que caracteriza al poeta verdadero—un paisaje apacible, el magnífico valle de Aguerre, cuya tranquilidad forma hermosa antítesis con el ambicioso avance de los conquistadores. Allí se desarrolla la parte más patético de la acción: Gonzalo del Castillo ve, acercándose a una fuente, una doncella tan hermosa que

«al pintarla, se alborozaba
el agua con su belleza.»

Y si, al pronto, la joven se sobresalta por la presencia del desconocido, luego una secreta simpatía se establece entre Dácil y Gonzalo

«Y hablaron tan expresivos,
se hicieron tales promesas,
que, desde aquel grato instante,
la parlera fuente aquella,
celosa pinta en su fondo
en vez de una, dos cabezas.»

¡ Hermosa manera de decir ! ¡ Dulce é intencionado madrigal ! ¡ Cuánto más profundo será al llegar aquí el sentimiento de las lectoras que si comparan a Dácil con Eloísa, con Virginia, con Julieta, con Isabel de Segura, con Doña Inés, con Tais, con Aspasia, con Safo o Cleopatra !

¡ Qué diferencia entre la erudición poética y la verdadera inspiración !

Más tarde Gonzalo cae prisionero y los guanches lo tratan

«con la bondad y nobleza
propias de raza valiente,
fiera sólo en la pelea.»

Y Dácil, con lógica verdaderamente fe-

menil, (que denota en el poeta profunda intuición psicológica)

«En su amante desvarío
ya ser cristiana quiere ella;
que siendo él valiente y bueno
ha de ser su ley la buena.»

Los menceyes atienden a los ruegos de Dácil, que esforzando sus argumentos de mujer amante, exclama:

«¿Por qué no rendir la frente
a las plantas de la reina
por quién luchan los de España
y que en mi Gonzalo impera?»

La lucha termina, Dácil y Gonzalo se unen,
y,

«otra vez aquella fuente
que se oculta en la floresta,
de nuevo retrató, unidas,
en vez de una, dos cabezas.»

Este es el argumento de la hermosa poesía que motiva este artículo. En cuanto a la forma, bástenos llamar la atención sobre los cuatro versos que acabamos de transcribir, ya que, en su lugar, hemos notado el «genio eminentemente castellano» que campea en

todos los versos del romancé, «impregnados de verdadero sabor castizo». Refiriéndonos exclusivamente a estos cuatro versos que citamos como modelo y a los que preceden, otros dos que dicen

«Y hablaron tan expresivos,
se hicieron tales promesas...»

podemos afirmar que aquí se presenta lo que dijo Echegaray: «Lo sublime en lo vulgar», la frase llana del pueblo rebosando majestad superior a la que ostentan artificiosamente los poemas eruditos. Así como aquel «Desengáñate» del «Volverán las oscuras golondrinas», de Bécquer, tiene más poesía que todas las odas de Herrera y Gallego; así este trozo de romance tan oportunamente adjetivado y con tanta naturalidad y sentimiento escrito, tiene más vigor y grandeza que mil composiciones académicas que en los certámenes se premian.

Cumplimos nuestro deber de amantes de la poesía, rindiendo este homenaje de admiración a Guillermo Perera, el poeta autor de «La Princesa Dácil».

LEOPOLDO PEDREIRA

La Princesa Dácil

I

Cuando Gonzalo Castillo,
noble en linaje y proezas,
arribó en son de conquista
a las costas tinerfeñas,
del brávo Alonso de Lugo
bajo la insigne bandera,
nunca imaginó, confiado
en su valor y destreza,
y atento sólo a la gloria
de aquella gigante empresa,
que su corazón altivo,
insensible a dicha y pena,
para el amor de diamante,
de malla para la guerra,
entre estas peñas lo hiriesen
del amor las blandas flechas,
lanzadas por unos ojos
de soñadoras promesas.
¡Qué mucho que una mirada
virgen, pudorosa, tierna,
cuando por ella se asoma

un alma por vez primera,
henchida de ansia infinita
y de deliquios sedienta,
hiera, como agudo acero,
subyugue, como la fuerza,
y alrededor de su lumbré
nuestros corazones sean
trémulas mariposillas
que a la luz se arrojan ciegas!

¡Y qué extraño que al influjo
de los ojos de una bella
el pecho más valeroso
esclavizado se sienta!
Podrá el brío de las armas
arrasar toda la tierra,
mas la espada no persuade
ni convencen las cadenas.

Pero el dulce amor, en cambio,
con invisibles saetas,
grata y suavemente vence
y el vencimiento no afrenta:
que es vencedor el vencido
del amor en la contienda!
Por eso, si en la conquista
de estas atlántidas peñas
rindió a Gonzalo Castillo
el amor de una doncella,
fué tan súbita derrota
de la victoria la muestra;
que del amor al aliento
surge universal terneza
que aúna las voluntades,
fundiendo opuestas ideas,
y a la sombra de sus alas

pueblos y razas se estrechan
con los mismos pensamientos,
con idénticas creencias.

II

Tan pronto desembarcaron
en la nivarina tierra
las bravas huestes de España
de su dominio sedientas,
y sentaron los reales
en sus plácidas riberas,
marcial escuadrón, de Añaza,
partió armado a la ligera
a fin de explorar los campos
y desconocidas selvas
que se ocultan tras los cerros
como púdicas doncellas.
¡Es de ver la bizarria
del que marcha a la cabeza!
Serenos avanza, atrevido
a la par que con cautela,
pues unidos lleva en su alma
el valor y la prudencia.
De cristiano y caballero
distintivo honroso ostenta:
roja cruz en manto blanco
que desde sus hombros cuelga,
y agitado por las brisas,
semejando una bandera,
extiende los anchos pliegues
y en aire de triunfo ondea.
Es Gonzalo del Castillo,
de castellana nobleza,

que en lo leal y en lo fuerte
a un castillo se asemeja.
Cruza henchido de esperanzas
la escarpada y ruda senda
que conduce a las colinas
que fiel guarda a Agüere prestan;
y desde las altas cumbres
ve, con intensa sorpresa,
el valle más delicioso
que engendró Naturaleza.
Vasta y límpida laguna
en medio de fértil vega
mansamente se dilata
y en bosque espeso penetra,
placentera retratando
madroños y mocaneras;
sus aguas son transparentes,
tan azules y serenas,
que las armoniosas aves
que aquella espesura pueblan,
parece que entre dos cielos
dichosas y alegres vuelan.
Tibio ambiente perfumado
de flores mil con la esencia,
vaga entre las verdes hojas
que a su suave halago tiemblan,
mientras susurran las fuentes
cristalinas y parleras
que, como fieles espejos,
el bosque y cielo reflejan.
Y en tan hermoso conjunto
en aquel sitio se mezclan
aves, fuentes, lago y bosque,
flores, frutos y aura ledã,

que sin duda feliz reino
tiene allí la primavera!
En dilatada llanura
que esmalta olorosa yerba,
rebaños de ovejas pacen,
de los isleños riqueza.

A su vista, la codicia
de los soldados despierta
y bajan al prado, haciendo
de ganado rica presa.

Nuestro caballero, en tanto,
en la espesura se interna
seguro de que su planta
en hollarla es la primera.
De una fuente el rumor suave,
atrayéndole, le orienta,
y en su busca va animoso
por enmarañada selva.

¡Nunca tal cosa intentara!
Cuando a la fuente se acerca,
ve, de dulce emoción lleno,
hermosa y gentil doncella
que en la plateada charca
se contemplaba risueña;
y al pintarla se alborozó
el agua con su belleza.

De improviso sombra extraña
en la fuente se refleja,
y asustada, ahogando un grito,
púsose en pie la doncella,
quedando, inmóvil y altiva,
de Castillo en la presencia.

¡Nunca amor, siempre de caza,
lanzó más certera flecha

cómo la que hirió a Gonzalo
 al mirar moza tan bella!
 Ella entonces majestuosa,
 de su espanto ya repuesta,
 mira al doncel, e ignorada
 sensación experimenta
 al contemplar su arrogante
 gallardía y gentileza.
 Por su atavío guerrero
 que es un enemigo piensa;
 mas se siente a él arrastrada
 por desconocida fuerza,
 como eléctricos fluidos
 que si opuestos son se estrechan.
 En éxtasis delicioso
 dulce rato se contemplan,
 hablando esa lengua muda,
 universal y secreta,
 con que se entienden las almas
 y en los ojos reverbera.
 "Dácil me llamo,—decía
 "ella ya a amarle resuelta.—"
 "Hija del Mencey más grande
 que en esta tierra gobierna."
 Y hablaron tan expresivos,
 se hicieron tales promesas,
 que, desde aquel grato instante,
 la parlera fuente aquella,
 celosa pinta en su fondo,
 en vez de una, dos cabezas.

III

Las praderas nivarinas,

antes plácidas y amenas,
por planta invasora holladas,
por ardiente sangre secas,
sin rebaños ni pastores
se hallan tristes y desiertas,
Mas un día, de vencida
ya los hijos de esta tierra,
tras atléticos esfuerzos
y de gloriosas proezas;
y viendo tristes nublarse
el sol de su independencía,
por el reino de Taoro
cundió sorprendente nueva
que luz fué de la esperanza
en el antro de sus penas.

Como elocuente tributo
de respeto y obediencia,
enviaba el rey de Tegueste
á Bencomo rica presa:
á Gonzalo del Castillo,
prisionero hecho en la guerra,
Con júbilo inusitado
la noticia se celebra,
porque tal campeón cautivo
es de gran victoria muestra.

A su llegada se agolpa
toda la grey guanchinesa,
mas al bravo adalid tratan
con la bondad y nobleza
propias de raza valiente,
fiera sólo en la pelea.
En saber no tardó mucho
Dácil, la gentil princesa,
quien era aquel prisionero;

que ha tiempo prisión secreta
en su alma virginal tiene
del amor con las cadenas.
Sintiendo emoción extraña,
mezcla de alegría y pena,
Dácil se lanza a la gruta
donde a su Gonzalo encierran.
¡Qué tierna fué la entrevista!
¡Qué dulcísimas escenas!
En su amante desvarío
ya ser cristiana quiere ella;
que siendo él valiente y bueno
ha de ser su ley la buena.
Y él en el dulce semblante,
leyendo bondad suprema,
ama en ella la hidalguía
de aquella raza de atletas.
Y así, en fruición deliciosa,
se funden de tal manera
sus almas y aspiraciones,
sus sentimientos e ideas,
que son como dos arroyos
que en el mismo mar penetran,
Y de aquella tenaz lucha
en la grandiosa epopeya,
ella, de candor paloma,
el ramo de olivo ostenta
para él generosa siendo
de libertad mensajera.
Libre al fin, partió Gonzalo,
no sin profunda tristeza,
que de su amor la nostalgia
aguda en el alma lleva;
y el nunca esclavo albedrío
en poder de Dácil deja.

IV

Sin poder ya sostenerse
en la desigual pelea,
iban los guanches cediendo
ante las armas de Iberia;
mientras se alzaba en Nivaria
del cristianismo la enseña,
que con los abiertos brazos
los esperaba serena.
Vencidos en los combates,
diezmados por la epidemia,
sin aliento y quebrantados
por la hiel de la tristeza,
hacen gigantes esfuerzos
por la patria independencía;
mas todo en vano, la suerte
les es por su mal adversa,
¿Qué hacer en lance tan duro?
¿Cómo terminar la guerra
si el rendirse es cosa triste
e imposible es la defensa?
Dácil en tanto luchando
con encontradas ideas,
a la par que por los suyos
también por Castillo ruega.
¿Por qué más luchar? a ratos
en sus soledades piensa,
¿Por qué no rendir la frente
a las plantas de la Reina
por quien luchan los de España
y que en mi Gonzalo impera?...
Por fin llegó el fausto día,
en que grata paz, risueña,

a nivarios y españoles
bajo sus alas alberga;
y solemne los conduce
ante la sagrada enseña
que, con los brazos abiertos,
amorosa los espera...

Henchido el bravo Gonzalo
de felicidad suprema,
después de vencer, vencido
va a los pies de Dácil bella;
y concentrando en sus ojos
de tierno amor un poema,
sintieron bendición santa
caer sobre sus cabezas.

Y así, fundidas en una
estas dos razas opuestas,
como en campo de combate
sangre enemiga se mezcla,
surgió la raza canaria
noble y leal, pero fiera
siempre que planta invasora
hollar quiere sus riberas!

Un idilio fué la vida
de Gonzalo y la princesa.

Tan inefable ventura
gozaron sus almas tiernas,
que del edén de Nivariá

El era Adán y Ella Eva.

Y otra vez aquella fuente
que se oculta en la floresta,
de nuevo retrató, unidas,
en vez de una, dos cabezas.

F I N

Los dos hermanos

(Leyenda)

A la memoria de mi hermano
Patricio.

I

Há más de cuatro centurias
que en uno de los extremos
de Tenerife, el del norte,
bien definido lindero
de los agrestes dominios
del príncipe guanchinesco
que Hidalgo llama la historia,

aunque, díscolo y soberbio,
más que de los bienes propios
vivía de los agenos,
se alzaba gigante risco,
tan escarpado y severo
que imposible parecía
hasta su cima el ascenso,
pues fuera el así intentarlo
querer remontarse al cielo!

Por su ancha base el Atlante
se revuelve siempre inquieto,
como reptil que pretende
sacudir con rabia el peso
del pie que duro le aplasta,
sin poder lograr su intento!

Así, en frenética furia,
se lanza a veces soberbio
sobre la impasible mole,
de asaltarla con empeño,
y al ver su impotencia, gime,
y con impulso violento
repliega las rudas ondas,
hinchando el undoso seno,
y en salivazos de espumas
rompe otra vez sus esfuerzos!

Un día, cuando la aurora,
como un iris de consuelo,
de luz trazó un horizonte
por el Oriente, a lo lejos,
tras larga noche en que horrible
tempestad conmovió el suelo,
los sencillos habitantes
de aquel rincón tinerfeño,
pudieron ver con asombro

y supersticioso miedo,
que en vez de aquella montaña
dos riscos aparecieron,
fantásticamente erguidos,
cual dos sombríos espectros
que de improviso surgieran
de aquel mar, del fondo negro

Los dos terminando en punta,
como dos conos inmensos,
tan iguales, que parece
uno del otro reflejo.

No hay un sitio en la comarcã
que fué del Hidalgo reino,
del que verse no se pueda
los formidables gemelos,
que, por la base abrazados,
se elevan allí altaneros
como estãtuas que tuviesen
sólo un pedestal de asiento.

Pronto convirtió la gente
en curiosidad el miedo,
y la explicación buscaron
del original suceso,
que de boca en boca corre
desde aquel mismo momento,
sin que nadie ponga en duda
la veracidad del hecho:
¡que hasta patrañas absurdas
toman sabor de lo cierto,
cuando ya por muy contadas
les da su sanción el tiempo!

De aquella núbil pareja
 no era el amor un secreto,
 pues nunca estar pudo oculto,
 donde quiera exista, el fuego,
 que si no los resplandores
 siempre se ve el humo al menos;
 y su amor nunca podían
 disimular Juana y Diego,
 que era tanto que, en sus ojos,
 rebosaba satisfecho,
 no teniendo ya bastante
 cabida en sus puros pechos.

“La huérfana”—así llamaba
 la gente a Juana en el pueblo,
 porque no conoció padre
 y había su madre muerto—
 desde que al lugar llegara,
 con sencillo traje negro
 que explicaba las tristezas
 mudas de sus ojos bellos,
 inspiró pasión vehemente
 al inalterable Diego,
 que había vivido, hasta entonces,
 a los noviazgos ageno,
 aunque muchos lindos ojos,
 de amor el dulce secreto
 revelarles habían querido
 con expresivo silencio.

Con la mar encariñado,
 y casi en la mar viviendo,

pues de todos los contornos
era el pescador más diestro,
en su madre pobre y viuda
sólo su amor había puesto.

También Juana por el mozo,
viéndole tan noble y bueno,
sintió todas las ternuras
resucitarse en su pecho,
tan vacío de afecciones
y de pesares tan lleno!

¡Cómo cambió su existencia
desde aquel feliz momento!

¡Con qué gozo por las tardes
bajaba al cercano puerto
para esperar de su amante
el anhelado regreso!

¡Y con qué inquietud horrible
miraba nublarse el cielo
si el atrevido marino
aún estaba mar adentro!

Más que el cielo eran entonces
sombrios sus pensamientos,
y su corazón latía
con más violencia en el pecho,
que las turbulentas olas
contra aquel risco del cuento!

Y entre opuestas emociones
la moza pasar vió el tiempo
con alegres esperanzas
o llorando a sus recuerdos
con ese bienhechor llanto
que es rocío de consuelo,
cuando se vierte en la dicha
por pasados sufrimientos.

A veces, amarga idea
cruzaba por su cerebro
y su corazón sentía
por extraña angustia opreso;
que á solas con su conciencia
se avergonzaba de un hecho,
que, olvidada de sí misma,
cometió en fatal momento,
y siempre lo recordaba
con inexplicable miedo.

¿Acaso serían fundados
aquellos vagos celos?
¿Delitos de amor castiga
también Dios, siendo tan bueno?

III

Próximo el dichoso día
de dar el pescador Diego
á halagadoras promesas
el honrado cumplimiento,
se hallaba Juana una tarde
al pie de tal risco, viendo
allá por el horizonte
de una vela el blanco lienzo,
que a tierra se dirigía
del aire al impulso recio,
como pájaro que al nido
tiende el afanoso vuelo,
cuando presiente tormenta,
o apaga el sol sus destellos.
Gozoso allí con su pesca
regresaba el marinero.

Cuando pudo distinguirle
agitó Juana un pañuelo

säludāndo alborozāda
al atrevido mancebo.

Mas de pronto, de la mano,
sacudida por el viento
se le escapó aquella prenda
yendo de su alcance lejos.

Cerca de allí, rapaz ave
se hallaba en tales momentos,
cual si fuera de desdichas
fatídico mensajero,
y rápida entre sus garras
aferró bien el pañuelo
y remontándose al risco
lo soltó en el alto cerro,
donde quedó tremolando
trabado por un extremo.

¡Qué amargura sintió Juana
al verse sin el objeto
que siempre guardado tuvo
junto a su mórbido seno,
cómo que era de su madre
grato y único recuerdo!

Se lo entregó moribunda
como clave de un secreto
que ansiosa quiso contarle,
más que con frases con gestos
que no entendió, aunque tenía
toda el alma puesta en ellos!...

Llegó Diego y de su amada
la causa del pesar viendo,
por la empinada ladera
comenzó a trepar, resuelto
a rescatar lo que el ave
se llevara en raudo vuelo:

que Amor también alas tiene
y jamás conoció miedo!

En vano fueron de Juana
para atajarle, los ruegos,
y tras él, de pena loca,
corrió con ímpetu ciego.

Por precipicios terribles
cruzaron con brioso aliento,
dejando sus pies y manos
ensangrentado reguero.

Y los riesgos ya vencidos
olvidando por los nuevos,
a donde el ave llegara
llegar por fin consiguieron!
Avido y de gozo henchido,
se arroja el mozo al pañuelo
y al mirarlo, horrible grito
exhaló de espanto lleno!

Semejante, otro él tenía,
con igual marca en el centro,
que le dió al morir su padre
revelándole un secreto
por el que enterarse pudo
que quien tuviera otro lienzo
como aquel, era su hermana.
¡Y ser de Juana el pañuelo!

IV

Por sus mutuas confesiones
los amantes comprendieron
que era una verdad maldita
el fatal descubrimiento.
¡Nunca decepción más triste

humanos seres sufrieron!
¡De un cielo de luz, lanzados,
como Luzbel, al averno!

El vértigo de la altura,
del sitio el hondo misterio;
la tortura en la conciencia
por el consumado incesto;
arriba, envuelto en las sombras,
y amenazador, el cielo,
y abajo el mar; ¡el abismo
de víctimas en acecho!
todo, en los tristes amantes
debió extraviar los cerebros.
Se miraron como heridos
por los mismos pensamientos;
frenéticos se abrazaron;
sonó un delirante beso,
y el Atlante dió un rugido,
como el del león hambriento,
al recibir en sus ondas
dos ensangrentados cuerpos!...

Reinó imponente en la noche
el estupor del silencio;
el mar, como reposando
su hartura, pareció quieto;
mas, de improviso en los aires
retumbó espantoso trueno,
e iluminando el espacio
un rayo desgarró el cielo
y dió sobre la montaña,
resquebrajando violento
de medio a medio la cima;
y tras pavoroso estruendo.

en dos quedó dividido
aquel risco tan inmenso!
Y allá están, los dos erguidos,
como eternos monumentos,
perpetuando la memoria
de Juana y su hermano Diego.



La Virgen de Guadalupe

TRADICIONES GOMERAS

LA VIRGEN DE GUADALUPE

POR

José Hernández Arteaga de Torres



LIBRERIA HESPERIDES.—(CANARIAS)

Santa Cruz de Tenerife

José Hernández Arteaga de Torres, inspirado poeta gomero, es el autor de la interesante tradición en verso «La Virgen de Guadalupe», Patrona de aquella Isla, y de otras leyendas y composiciones relacionadas con la venerada Imágen, de antiquísima historia.

El autor reunió estas composiciones en un pequeño volumen, editado en Sevilla el año 1876, y del que se conservan escasos ejemplares. La obra está dedicada a don José de Torres Padilla, Canónigo de la Metropolitana de Sevilla, tío del inspirado poeta isleño.

Las leyendas llevan por títulos, «La Aparición de la Virgen de Guadalupe en la Gomera», «La baja de los ahogados», «Un milagro de la Virgen» y «Consuelo de afligi-

dos», y según el autor están copiadas exactamente de la tradición.

De los milagros que se atribuyen a la Virgen de Guadalupe, existía relación completa y circunstanciada en el Archivo de San Sebastián de la Gomera, pero los holandeses robaron en una de sus piraterías aquellos y otros preciosos documentos, y no ha quedado más que la tradición oral que el poeta recoge en su libro. Unicamente—dice el autor—lamentando no haber hablado algo más de los «romeros», para consignar la admirable variedad de las promesas que a la Virgen hacen todos los años, viéndose a personas delicadas andar descalzas por malos caminos, ir muchas leguas en silencio completo una familia entera sin salir jamás de sus labios una sola palabra, y haciendo otra multitud de sacrificios que sería prolijo referir.

Dice por último el poeta que ha procurado que la estructura de sus versos se acomodase a los cantos populares más conocidos en la Gomera y que más reflejan el entusiasmo y devoción que todos sus moradores sienten por la Señora de Puntallana.

Ofrecemos a continuación a nuestros lectores algunas de estas tan poco conocidas composiciones del vate gomero.

La Ermita de Guadalupe

Hay del mar azulado,
junto a la orilla,
blanca, cual la paloma,
una capilla;
que a los marinos
arranca al contemplarla,
cantos divinos.

Solita y asentada
sobre la peña,
las rencorosas iras
del mar desdeña;
y su blancura
al corazón infunde
grata dulzura.

Tan sólo con su vista
ella engalana
los áridos peñascos
de Punta-llana:

Y por sus prados
véense arbustos y plantas,
verdes salados.

¿Por qué tal entusiasmo,
tal alegría
esa capilla infunde,
y tal poesía?

Porque allí mora
la que es de Guadalupe
Reina y Señora.

Y, brillantes y suaves
son los destellos
de sus hermosos ojos
grandes y bellos.

Y en su pupila
brilla la luz del cielo
dulce y tranquila.

Porque es pura y serena,
como la brisa,
de sus labios de rosa
leda sonrisa;

Y su mirada
bella con la hermosura
de una alborada.

Porque blancas y puras
son sus mejillas,
espuma que el mar forma
en sus orillas;

Su mano breve
campo puro y hermoso
de blanca nieve.

Y ruedan por su espalda,
blondos y bellos,
sus suaves y ondulantes
rubios cabellos.

Y es su ropaje
cual la flotante gasa
de albo celaje.

Y es flexible y gallardo
su esbelto talle,
palmera que se mece
suelta en el valle:

Y su andar suave
cual vuelo vagoroso,
vuelo del ave.

Ella del marinero
es Madre bella,
y de los mares llámase
la clara estrella:
Y es faro ciertó
que ahuyenta los escollos
y enseña el puerto.

Por eso es tan hermosa
aquella ermita
que está sobre la peña
blanca y solita.

Que a los marinos
arranca al contemplarla
cantos divinos.

A Puntallana por mar

Alegres jóvenes
de la Gomera
a quienes gusta
bullicio y fiesta,
cantad gozosos
que ya se acerca
La mañana, en que cánticos dulces
llenen la esfera.

El día es bello,
la mar tranquila;
ya canta alegre,
junto a la orilla,
el marinero
de tez cobriza

· que convida a los jóvenes todos
· con su barquilla.

¡Prontos, a bordo!
¡Alzad los remos!
¡A Guadalupe!
¡Bogad!—Boguemos,
dicen con júbilo
los marineros,
y dinero puntual y alegría
habrá de premio.

—Patrón, cuidado
con la barquilla,
que estas traidoras
maréas vivas
ponen revuelta
toda la orilla.
Y no es bueno que el mar turbe airado
nuestra alegría.

—Cómo devora
con recio empuje
el mar, que férvido
olas azules
al barco lánzanos
y bravo muje!
Bien, muchachos, ya pronto llegamos
a Guadalupe.

—Ya yo la hē visto,
ya se divisa
de nuestra Madre
la blanca ermita.
—¡Ea, muchachos!
¡A prisa, a prisa!
A decirle con fe y entusiasmo
¡Salve, Regina!

—
Virgen hermosa
De Punta-llana,
deja que pueda
mirar tu cara,
que es fresca rosā
de la mañana.
Dejá, ¡oh, Virgen!, que hūmilde y
lloroso
besē tus plantas.

A Puntallana por tierra

Bella es la noche,
el aura fresca,
lindos caminos
en la ladera,
ya nos invitan
con faz risueña
a partir, no por mar, que los barcos
se balancean.

Ya de los pueblos
romeros vienen,
regocijados,
cantando alegres,
Y a Punta-llana
la planta muéven,

¡Oh! ¡qué gozo, al mirār su contento,
su faz riente!

Pueblen los aires
lindas canciones,
todas de júbilo,
todas acordes,
ciñan las frentes
vistosas flores,
y la paz y alegría reanimen
los corazones.

Que las guitarras
sonidos dulces,
en las vibrantes
cuerdas modulen,
y regocijen
a los que acuden
A rezar y adorar a la Virgēn
de Guadalupe.

Virgen hermosa
de Punta-llana,
rosa fragante,
esbelta palma,
mística fuente
de dulces aguas,
Acoged a los que por su Reina,

Virgēn, tē aclaman,

Mirād a los pobres,
que de Chipude
vienen a honrartē,
con los de Orduñe:
Su don es corto,
Mas su amor suple,

Quē agradar ēs su afán a la Virgen
de Guadalupe.

Y los distantes
de Valle-hermoso,
de airoso talle,
de frescos rostros,
de ojos azules,
cabello de oro,
A rēndirte de amor homēnajē
Llegan gozosos.

Quē todos vean
una sonrisa
en tu semblantē,
Virgēn bendita,
y tu mirada,
dulcē y benignā
Lōs bendiga, y los colmē de donēs
de santa dichā.

Y quē ā suſ casas,
cuando rēturnen,
ā tus bondades
digan loores;
y a tī mil cānticos
dulcēs ēntonen,

Por tu amor ostentando inflama los
los corazonēs.

Aparición de la Virgen de Guadalupe

Rompiendo las mansas olas
que bañan a la Gomera
cruza fragata ligera
con viento en popa la mar.

Era de noche, y la luna
tras de la opuesta colina
su débil luz blanquecina
iba bien pronto a ocultar.

Eran esas dulces horas
en que la noche y el día
luchan con grata porfía
su imperio por sostenër.

Esas horas en que el cielo

anuncia ya la alborada
y la brisa embalsamada
su aroma empieza e verter.

Sonreía el alba pura,
soplaba apacible el viento,
y la mar sin movimiento
en arrullo encantador,

convidaba a los marinos
a gozar de su belleza
y a contemplar la grandeza
del pródigo Creador.

Españoles son, y buenos,
de simpáticos semblantes
los felices habitantes
de la bella embarcación.

Que fervorosos cristianos,
aunque con toscos aliños,
tienen el alma de niños,
de héroes el corazón.

Cantando van placenteros
dulces trovas españolas
al arrullo de las olas,
del buque el lento vaivén.

Y capitán e inferiores,
en unión inalterable,
de esta alborada agradable
disfrutan cumplido el bien.

Apenas del alto Teide

por la más erguida cumbre
brotó la primera lumbre
del claro y luciente sol,

Y fué con su luz espléndida
disipando el cortinaje
y el blanquecino celaje
del extendido arrebol,

Cuando oyeron la voz ronca
y el mirar vieron atento
sin acción ni movimiento
del pasmado timonel:

Y al mirar hacia la orilla
absortos todos quedaron
cuando una luz contemplaron
que brillaba cerca el mar.

Era la luz esplendente
cual la del sol, más tranquila
sin ofender la pupila
en el prolijo mirar:

y brotaba de una peña,
sin humo, radiante y bella,
como refulgente estrella
que el cielo azul tachonó:

Y al herir de los marinós
la vista aquella luz pura
de santo anhelo y dulzura
el pecho les inundó.

En breve a las gabiag suben
y las velas amainaron;
a fondo el áncora echaron,
y con prontitud y ardor,

En las lanchas todos entran
y esforzados y ligeros
bogaban los marineros
con entusiasmo y vigor.

Y mientras reman y avanzañ
fijos en la luz los ojos,
sus suaves destellos rojos
redoblaban más su afán;

Que eran sanos y creyentes
los corazones sinceros
de los toscos marineros
y del bravo capitán.

Por fin a tierra llegaron
y con gozosos semblantes
se dirigen anhelantes
la luz fulgurante a ver.

Y al tocar con mano trémula
la mágica peña rota
de donde aquella luz brota
misteriosa al parecer,

quedaron estupefactos
al ver con santa alegría
una imagen de María
de belleza celestial.

Estaba la sarta imagen
en nicho tosco metida,
por la peña defendida
y mirando hacia la mar.

Y cual escabel tiendoso
al pié del nicho sagrado
bello arbusto de «Salado»
se veía fácil brotar.

Puestos todos de rodillas
llorando de santo gozo
con el íntimo alborozo
que sus pechos inundó;

Cada cual tiernas palabras
a la Virgen santa dijo,
y a la Madre y Santo Hijo
cada cual se encomendó.

Después, del barco afanosos
dorada caja trajeron
donde a la Virgen pusieron
con santa solicitud;

y tomándola en sus brazos
el capitán conmovido
lleva el tesoro escondido
con amor y gratitud.

Y pusieronla en la cámara,
de luces la circundaron
suaves pebetes quemaron
y uno a uno, y dos a dos

fueron llegando, de júbilo
bañada la faz gozosa
a ver la Virgen hermosa
y a su excelso Niño Dios.

Hecho lo cual el solícito
capitán manda al momento
desplegar velas al viento
y el rumbo a España torcer.

Y levan anclas, e izan
las velas los marineros
con cánticos placenteros
que les dictaba el placer.

X

Hinchó las lonas el viento
y el buque a babor se inclinó,
que aunque no soplabá recia
la fresca y risueña brisa,
era no obstante asaz fuerte
para hacer que de bolina
rompiese las mansas olas
cualquiera pujante quilla.
Y, sin embargo, enclavada,
sin avanzar ni una línea,
está la bella fragata
por el mar azul mecida.
Y los marinos absortos

miran la cercana orilla
donde hallaron fortunadós
a la Virgen bendecida,
y de la que los separa
la breve distancia misma
que antes de levar las anclas
entre Ella y el buque había.

En vano el timón y jarcias
cuidadosamentem miran,
y las áncoras observan
por ver si están suspendidas,
pues nada ven que a la nave
andar, cual siempre, le impida.
Y mil preguntas se cruzan
por ver si alguien adivina
la causa que este suceso
tan impensado motiva,
todos se afanan, más nadie
con seguridad se explica
el fenómeno estupendo
que en descifrar se fatigan.
Mas al notar que en la peña
y en aquella tosca ermita
donde a la Virgen hallaron,
sus blancas alas batía
grupo hermoso de palomas,
que ya dispersas, ya unidas
giraban como azoradas

sin unión marcada y fija;
y al ver más tarde que, puestas
en dos ordenadas filas,
a la fragata se acercan
posando en sus cofas mismas,
y luego rompiendo el vuelo
poco a poco se retiran
y en el nicho se colocan
cual si fueran impelidas
por virtud de fuerza incógnita
que su vuelo dirigía,
y a repetir esta escena
sin descansar las obliga,
vió el capitán, cuya mente
era despejada y límpida,
que sin duda algún misterio
éstos giros escondían.
Subió a cubierta a la Virgen,
cuando observó que venía
el escuadrón de palomas
hacia el buque, y de rodillas
mandó a todos se pusiesen
en actitud recogida.

¡Cuál de todos el asombro
y la admiración sería,
al ver llegar las palomas
que abriendo sus alas nítidas
cubrieron unas gozosas

la imagen sacra y bendita,
y otras con los rojos picos
en levantar se fatigan
y llevar sobre sus alas
a aquella Virgen divina
que es el objeto anhelado
de su afán y sus caricias.

Llorando todos y apenas
dando crédito a su vista,
pues extasiaba sus mentes
tan celestial maravilla,
echaron de nuevo a fondo
las anclas y a toda prisa
colocan en la falúa
para llevarla a su antigua
morada, a la santa imagen
que quiso en aquella orilla
quedarse y ser el amparo
de la Gomera querida.

El capitán la coloca
en la misma tosca ermita
donde la halló, y manda al punto
dirigir rumbo a la Villa.

Así lo hacen, y la nave
antes en andar remisa,
rompe ahora con arrogancia
el ledo mar con su quilla:
Y en breve a los Roques llega

y ufana y con gallardía
llena de mil banderolas
que gozo dan a la vista,
pone la proa a la tierra
en frente ya de la Villa,
y anclada queda arrullándose
en su anchurosa bahía.

X

Con presteza suma
sábese el portento,
fórmanse en corrillos
nobles y plebeyos,
los ricos y pobres,
los niños y viejos.
Cunde el regocijo
en sus santos pechos
y los vivas óyense
que lanzan al viento.

Las autoridades,
dando noble ejemplo
de la fe que inflama
su cristiano celo,
mandan que al instante
marche todo el pueblo
y de Punta-llana
tomen el sendero.

Llegan, ven la Virgen,
del divino cielo,
contemplan la risa
de su Niño excelso,
riegan con sus lágrimas
aquel pobre suelo
hoy enriquecido
por tan gran portento.
Toman en seguida
unánime acuerdo
de alzar allí mismo
un pequeño templo
do la Virgen tenga
un más digno asiento.
Se acaba bien pronto
con primor esmero,
y antes de alejarse
aquel feliz pueblo
que tuvo la dicha
de ser el primero
en ver a su Reina
abren los cimientos
de la blanca ermita
que en muy breve tiempo
con afán solícitos
todos construyeron,
y en donde a la Virgen
hoy morando vemos.

El ramito de Salado⁽¹⁾

Ramito de salado,
ramito verde,
Verde cual la esperanza
que nunca muere.

Cuánto alborozo
siento al verte ¡oh!, ramito,
ramito hermoso.

Tú de los bendecidos
y alegres prados

(1) Salado, arbustillo, exclusivo de Punta-Illana, que se considera como ramo bendecido por la Virgen de Guadalupe. Cuando alguno no puede ir a la fiesta, encarga a los que van que le traigan un ramo de salado que besan al recibirlo, y conservan luego cuidadosamente hasta renovarlo al año siguiente.

De Punta-llana hermosa
fuiste arrancado.

Ramo bendito,
que del mar por las brisas
fuiste mecido.

Deja que te contemple,
ramito bello,
que loco de alegría
te dé mil besos;

Bendita planta,
de los prados felices
de Punta-llana.

Ramito primoroso,
santo amuleto,
que ahuyentas los pesares
y das consuelo,

tú me has traído
sonrisas de la Madrē
de mi cariño.

Por tí sé que ella tienē
en su mēmoria,

a este hijo cariñoso
que en ella adora;

Ella se acuērdā
de su hijo y lo bendicē
cual Madrē tiernā.

Por eso voy a darte
seguro asilo
en mi amoroso pecho,
gentil ramito.

Y de la Virgen
verás cuántos elogios
mi amor te dice.

Verás que mis palabras,
que mis suspiros,
son todos por la Madre
de mi cariño.

Ramito verdē,
verde cual la esperanza
que nunca muere.

POETAS ISLEÑOS

Rafael Romero

“Alonso Quesada”

**(Selección de poesías del libro
«El lino de los sueños»).**

INTRODUCCIÓN

DE

TOMAS MORALES

SANTA CRUZ DE TENERIFE
Valentín Sanz, 15.

Sabe esperar, aguarda que la marea fluya,
—así en la costa un barco—sin que al partir te inquiete
(te)
todo el que aguarda sabe que la victoria es suya,
porque la vida es larga y el arte es un juguete.

Y si la vida es corta,
y no llega la mar a tu galera,
aguarda sin partir y siempre espera,
que el arte es largo, y además no importa.

ANTONIO MACHADO

Epístola

EPISTOLA A DON ALONSO QUESADA

**Hermano Rafael: Desde tu mente
cálida de esa luz del mediodía,
tu canto llega a mí, sonoramente,
en un desbordamiento de armonía.**

**Viene de lejos, trae la hermosura
de mis cielos magníficos y claros,
y el rumor de ese mar, que, azul, murmura
los salmos que a mi espíritu son caros...**

**Poeta apacentado en las maestras
lecciones de las brisas y las olas;
con un hondo querer de cosas nuestras
y líricas vejéces españolas**

**De ingenio agudo y señorial gracejo,
de romántico hablar, en donde brilla
y suena—brillo y ritmo de oro viejo—
esta adorable lengua de Castilla...**

Trompa de plata, música armoniosa
que las traillas métricas engalga;
ingenua voz leal, voz amorosa,
voz infantil, sentimental e hidalga...

¡Oh dolorida voz, la voz amada!
Cuando nutrida de alta fortaleza,
con una mansa humillación honrada,
habló de la horfandad y la pobreza.

Y en la familia el pensamiento fijo,
Cuerda mostróles el camino llano,
y en tí encontraron natural cobijo:
amigo y preceptor, padre y hermano.

Que al ver su ruta de inquietudes llena,
puro caudal de fuente generosa,
abrióse tu alma a la Piedad, serena,
como se abre en un búcaro una rosa...

Luego, el dolor más fuerte: Despiadada,
la tortolica del futuro nido,
te dió a beber la copa acibarada
donde escanciaron Desamor y Olvido.

Mas, para alivio tuyo, quedó entero
—millonario desdén y bolsa escasa—
el gesto despectivo y altanero
que no aplastó la ruina de tu casa.

Más tarde, la oficina. ¡Cuántas veces
tropezó tu mirada en rebeldía
con la mirada gris de esos ingleses,
llenos de mercantil filosofía]

**Y aquella exaltación de tus maneras
que recabaron locos ideales,
se abatió pesarosa en las hileras,
sin emoción, de libros comerciales.**

**Pediste esfuerzo al pensamiento esquivo,
y dócil la razón a tu demanda,
de la resignación te dió el motivo
para ganar el pan como Dios manda...**

**Y al par que en los guarismos cotidianos,
pensaste en las estéticas doctrinas:
así tienen tus versos castellanos,
sonoridad de libras esterlinas...**

II

**¿Y tu ejemplar pereza? Torcedura
que ese sol africano fundamenta;
aunque tema tu réplica segura,
quiero que salga a universal afrenta,**

**De flores tu interior pulcro vestiste,
y en una eterna espiritual sonata,
al pasivo ensoñar, adormeciste
la voluntad, a la labor ingrata.**

**Como esa vida fueron tus canciones:
desidia mora y arrogancia hispana,
con lujos de proyectos e ilusiones
y aquel fiarlo todo en el mañana;**

**y aquel todo dejar para otro día,
terrochando en orgías tu tesoro,**

y olvidando la gran sabiduría
del britano decir: «El tiempo es oro.»

Presente ten, que el matinal reflejo
en cerrazón las vagas horas mudan,
(No tomes mis palabras por consejo,
que ni mi edad ni mi saber me escudan.)

Pero te digo: El Tiempo abre su mano
y laborar debemos a la aurora,
que en la temprana siembra tiene el grane
una mayor virtud germinadora...

Y el tiempo nos azuza: toda huella
de ayer, debemos rebasar mañana:
cuando se llega a la soñada estrella
hay que partir hacia otra más lejana...

Hoy el agua del nuevo regadio
corre por tus sembrados satisfecha,
y dice ya tu campo en labrantio
lo que será la próxima cosecha.

Cosecha de tu amor, donde revienta
la ópima fuerza del solar latino:
Fecundidad de sol y de tormenta,
de carne, de dolor, de sangre y vino...

Ya el aromado fruto de tu empeño
cobró a su madurez plena sazón:
sobre la tierra fértil del ensueño
la simiente inmortal: el corazón..

TOMAS MORALES

El lino de los sueños

LA ORACION DE TODOS LOS DIAS

**¡ Bendita la pobreza de mi casa!
Hoy la comida ha sido más humilde...
Mi madre ha sonreído tristemente,
pero había una paz en su mirada...**

**Yo gano el pan de una infeliz manera
porque yo no nací para estas cosas;
hago unas sumas y unas reducciones;
y así me consideran y me pagan...**

**Hoy hace cinco años que mi padre
me dejó este gobierno; cuando era
más amplia la ilusión, y la locura
pasaba por mi mente a enamorarse...**

**¡ Bendita la horfandad, las privaciones,
el amargo dolor y los caminos**

por donde, sin oficio, voy andando,
profeso caballero de la Noche!...

Las seis mujeres de mi casa, dicen
que esta resignación me dará el cielo:
verdad será; porque lo dicen todas,
y ellas en esas cosas saben mucho...

Conformidad de toda pesadumbre:
¡Mañana moríremos!... Los gusanos
todo nos quitarán menos la risa
petrificada en nuestra calaverá!...

¡Benditas sean las amargas horas,
la pobre compasión de los mayores
y esta inquietud de no saber mañana
dónde tendré el hogar y los ensueños!...

... ..

Serenamente el mar viene a mi alma,
en estas lentas tardes del verano;
sobre la arena de la playa aguarda
mi corazón la sombra que lo envuelva.

(¡MI corazón de noche!... ¡Es esa dulce
y tenue claridad, que no es del cielo
ni de la tierra, y que en la noche tiembla
como una huella de la tarde ida!)

**Y mi alma, tiende sobre el mar dorado
una esperanza de mejores tiempos,
en ese instante en que las cosas todas
por demasiado ciertas nos engañan...**

**¡Las venideras horas serán buenas,
y buena la verdad de mi reposo!
—digo, y bendigo la infantil creencia
de este mi pobre corazón, tan niño!...**

Las tres oraciones

ORACION MATINAL

La mañana ha brotado sobre el campo
como una rosa blanca.

Junto a la puerta del hogar has puesto
la silla más pequeña de la casa.

Hoy es el día solemne en que has llegado
y el pueblo duerme aún sin saber nada...

Todo el silencio matinal parece
de una sagrada discreción; y tu alma
se recoge a su fondo, porque tenga
asilo más propicio la mañana.

La silla más pequeña es la armonía
y es la visión de una virtud lejana,
Allí, en reposo vespéral, un día,
mi tarda vuelta aguardarás callada,
cuando sobre tu frente esté el lucero
y haya un doble calor en tu mirada...

¡Dios te proteja, que supiste darme

en un minuto la verdad soñada!..

El haga para tí todas sus rosas
y tenga para el pan toda su gracia.
¡La Muerte tardará!..Ya nos lo dice
el mudo platicar de nuestras almas..:

Junto a la puerta del hogar pusiste
la silla más pequeña de la casa,
y la santa humildad de tu figura
era infinitamente iluminada,
porque tuviera esa merced celeste
el blando sentimiento que brotaba.

Madrecita gentil, ¡seas bienvenida!
La madre vida, buenamente, calla;
y tiene esa sonrisa bondadosa
que otorga todas las locuras sanas.

Yo he visto en el temblor de tus pupilas,
al disponer mis cosas, como el ama,
una lejana ordenación de amores
y una orgullosa gratitud lejana...

¡Oh casa mía de la aldea, pura,
casa junto al pínar de la hondonada!..
Junto a la puerta del hogar, la silla;
sobre la silla, tu silueta blanca...
¡Y el manto de oro, bajo el cielo amado
protege el ansia maternal, que vaga
como un secreto, por el campo, mientras
por mi sendero, tu pupila indaga!..

ORACION VESPERAL

La tarde muere, y tiene
todo el dulce color de mi recuerdo...
Porque cuente la historia de mi vida
que muera así la tarde se ha dispuesto,

El lejano sonido de una esquíla
pone en la brisa un pastoril comento
que al perderse al través del cielo malva
hace brotar la rosa de un lucero.

El niño corazón tiembla y solloza:
tiene miedo de amar; pero es un miedo
que le gusta tener cuando la vida
es infantil, como esta tarde el cielo.

El pobre corazón tiembla, y parece
que busca otro rincón dentro del pecho,
otro rincón más hondo en que ocultarse
por temor de saber un cuento nuevo...

La tarde entera tiene
el color de la infancia de mi ensueño;
hay una golondrina misteriosa
que ha detenido en el azul su vuelo...

¡Yo pongo mi ilusión sobre sus alas,
y la quietud del lírico momento
se diluye en el oro más lejano
que no acabó de hilar el sol que ha muerto!.

Mi vida toda tiene
la suavidad divina de un secreto;
¡Parece que me dicen al oído,
con todo el corazón, que estoy viviendo!

ORACION DE MEDIA NOCHE

La barca negra
que siempre está en la mar, viene a la orilla:
Hay un farol iluminado en ella
y un viejo manto para la partida ..

Toda la turba sideral parece
que se confunde atónita y que espía
las huellas de mis pasos en la playa...
Mi sombra va delante como guía.

Llega hasta el alma el resonar de estrellas
y no se cree en nada de la vida:
La hora mejor para una muerte seria,
sin ataúd, ni cantos, ni elegías...

Voy en silencio por la oscura playa.
La noche es otoñal... Nadie camina.

Al fondo de la aldea, el cementerio

es una sombra luminosa... Brilla
como la mancha que los ojos tienen
cuando han mirado al sol, «y ya no miran...»

¿No has meditado nunca en esa losa
que ha de tener una memoria escrita,
y en esa tenebrosa luz de lámpara
que enciende la piedad de la familia?...

¿O en aquel padrenuestro extraordinario
que siempre cantan en la despedida?...

¿O en ese—¿de qué ha muerto?—que florece
en estas tardas bocas de provincia?...

¿Y luego, el día de los muertos, esas
sentimentales gentes que visitan
los camposantos, y renuevan todos
nuestros inciertos pasos por la vida?...

¿No sientes el dolor de esta grotesca
danza de reglamentos, que eterniza
nuestra memoria, y graba fuertemente
la huella que te importa dejar limpia?

Y ahora el silencio es más intenso; y habla
una tranquila voz, en lejanía:

—Aleja de tu espíritu ese albergue,
que será para todos algún día...

¡Y evádate en la noche, entre las sombras;
y sé una parte de la noche misma...

Situaciones líricas

(LAS HORAS, LOS MOMENTOS, LOS
RECUERDOS.)

UN RECUERDO INFANTIL

Néstor

Este es un buen amigo de otros días
que ha retornado de un solar lejano.
Fuimos, allá en la infancia, compañeros,
eternos compañeros, casi hermanos.

El en el fondo de mis ojos busca,
impaciente, la luz de aquellos años...
Yo voy poniendo en su pupila inquieta
mi indagación también sobre el pasado.
Y después del silencio, en que las almas
tornan a verse con temor de extraños,
y van y vienen desde un pecho al otro
por si encontraran el rincón amado,
él me abraza y me dice con aquella
primera voz, que el tiempo le ha guardado:
—¿Te acuerdas de aquel día tan famoso

en el que huímos del colegio odiado,
y después de elegir sitio seguro
al cementerio fuimos a ocultarnos?...

Tranquitos, bajo el sol de la mañana
junto a una sepultura nos sentamos.
¡La mañana de abril en la que había
como un silencio muerto en todo el campo!

Una campana lenta de agonía,
un sonido dió entonces, funerario:
las notas esparciéronse medrosas
con temblor de hojas secas, a lo largo...
¡Abrieron una fosa!... Los rosales
con timidez sus rosas agitaron
a cada golpe de la azada, y todo
era de un hondo meditar amargo...

¡Y el alma halló el lugar plácido y bueno
porque fué albergue en nuestra huida, her-
mano!

CANCION SOLITARIA

A Saulo Torón.

Estoy ante la puerta de mi casa;
es más de media noche... Hay un silencio
lugareño que pone la inquietud en el alma.

¡El silencio de noche en mi pueblo
se siente de otro modo! El ha salido
del fondo de este mar, solemnemente,
como un hondo secreto...

Yo estoy ante la puerta de mi casa.
No tengo, llave para abrirla... Espero.
Hoy olvidé la llave, y es preciso
despertar a estas gentes si reposarme quiero...

Voy caminando... duermen... ¡Son mujeres
y están mejor a solas con el sueño!

Yo cogeré mi corazón de mozo
y con él vagaré por el silencio;
y por matar el tedio de mis horas
lo iré, como una rosa, deshaciendo...

S I R I O

**Sirio es la estrella más ingenua. Ahora
brilla su luz tan colegial, tan sana,
que este dolor del corazón se mengua
y es, como un lago, para Sirio, el alma...**

**Parece un Infinito que se esconde
dentro del corazón: una pasada
pureza que retorna a confortarme,
¡Una renovación inesperada!**

**Noche azul de mi tierra: ¡Oh virtuosa
noche de rosas blancas,
que se deshojan en el mar y dejan
un luminoso aroma sobre el alma!...**

Sé buena... como yo. Así, tu vida

será el sendero que esta noche santa,
en lo más hondo de mi Ensueño empieza
y en lo más lejos de esa estrella acaba.

EN LAS ROCAS DE LAS NIEVES

¡El puerto de Las Nieves, solitario y lejano,
junto a unas rocas negras!..

Hace ya muchas horas
que, en una extraordinaria narración, nues-
tros ojos
vieron delineadas estas montañas brujas...

Allá, por nuestros años primeros de colegio,
¿no recordáis los imanados montes
adonde una galera arribó misteriosa
porque una mano extraña le desvió la ruta?

Este mar se ha dormido hace cien años...
¡Mira
que dentro de las rocas hay un encanto he-
(cho...!

Un anillo... una flecha... ¡una palabra acaso!

- hará surgir la ansiada princesa de Darío...
«¡que estaba triste de esperar!»

Estas cosas vulgares de todos los amigos
poetas, nuestra alma iba labrando triste.
Era al atardecer... ¡Con una nueva amada
marchaba el corazón entre los cuentos!

A LUIS MILLARES

... ..
Allí de un hueco humilde yo soy el dueño;
allí dormiré un día mi último sueño.

... ..
Pienso en él con serena melancolía
como pienso en la cuna donde dormía.

... ..
¡Pedacito de tierra que eres mi tierra!

Luis Millares

Acabo de llegar al Cementerio
y he visto tu pedazo y mi pedazo
de tierra, Luis. Enfrente los ha puesto
esa mano cruel, que ha gobernado
tus horas y las mías... Y he sentido
una satisfacción con el hallazgo:

como cuando en las noches de comedias
tú compras tu billete separado
de mí, y después nos encontramos juntos
sin pensar que estuviéramos al lado...

La tierra estaba húmeda y tenía
una atracción sensual... He meditado:

Aquí pondrán los hombres y las rosas
¿Si hay quien cubra de rosas el pasado?
Que el amor de los muertos, si es eterno,
entre ellos mismos es... No hay que soñarlo
en la memoria de los nuestros mucho,
que ellos sembrando irán otro sembrado.

MAÑANA DE CARNAVAL

A R. Gómez de la Serna

¡Carnaval! ¡Y van más años!
Las carrozas, los pánderos
y máscaras de animales
porque nadie está contento
con la suerte que en la vida
le ha tocado... ¡Dulces tiempos
de una infancia primorosa,
en que era un disfraz el sueño
de todo el año! ¡Pierrot!
¡Pierrot y Arlequín, los viejos
amigos!... (Aun la amistad
perdura a través del tiempo.)

¡Máscaras, sombras lejanas

de aquel bullicioso ensueño,
cuando cubierto mi rostro
iba, y mi infantil deseo
indagaba entre las turbas
el enemigo secreto!...

... ..

¿Y después?... Como en la vida:
el no importarnos, y el lento
caminar, tan conocido,
del enmascarado serio,

A LA HORA DEL ANGELUS

En San Telmo ha sonado la oración,
¡Mi alma no se renueva!
El cielo está cubierto y la memoria
todo lo olvida por estarse quieta.
¡La memoria en silencio!
Es el instante de las cosas ciertas...

Todo el amor, todo el dolor, ¡oh amada!
detener un minuto en su carrera,
y oír cómo este toque de oraciones
vibra perdido dentro el alma hueca...

ELEGIA AL CANARIO

Hoy, al dar el sustento al pajarillo,
le hemos hallado muerto.

Fuó una extraña
emoción, un dolor tan extraño,
como si lentamente fuera saliendo el alma
de nuestro pecho, y viéramos partir
sin tener el valor de sujetarla...

Un silencio infantil, sobre nosotres
pone las suaves alas...

¡El pájaro de oro se ha evadido
por un rayo de sol de la mañana!

CANTO A JESUS DE NAZARETH

Jesús: tu mar está sereno ahora.
¡Oh, la virtud de tu bendita mano
cuando paró las ondas y pisaban
tus pies sobre el cristall...

Tiempo pasado
que fué mejor... ¡porque no ha sido nuestro!

El silencio en el mar es muy lejano...
Y la quietud azul con oro y rosa
allá... por nuestra alma; que ha llegado
al Infinito en este instante puro...
El horizonte es nuestro anhelo amado
que el alma entera ha recogido, dulce,
la limosna del sol...

¡Ah, cuantos años
frente al mar!... Como ayer, hoy es lo mismo:

el alma que se aleja... y se detiene
para contribuir en el ocaso...

Jesús: yo creo en la virtud sagrada
de tus benditas manos.
Para las ondas, como ayer y ordena
mi sendero cercano.

Yo curaré, las llagas de mis plantas
cuando vaya a partir, por no mancharlo;
limpias y azules seguirán las ondas
para guardar al sol en el descanso...

Jesús: no tengo otro recuerdo fuerte
que esté sobre mi espíritu, que el tuyo.
¡Tiende la transparencia de tu manto!,
que aguardo su piedad en esta orilla
hasta un futuro amanecer, confiado...

Los poemas áridos

A DON MIGUEL DE UNAMUNO

Dedicándole los poemas áridos

«MI dulce silencioso pensamientos,
va hacia tí, don Miguel, maestro y amigo,
desde el aislado hogar que tú marcaste
a esa tu Salamanca la Doctora.

Y va por el Azul, manso y humilde,
como un remero, a visitar el tuyo:
le acoja tu piedad, en todas formas,
poderoso Señor de las Alturas...

La noche es amorosa en la partida;
la luminaria astral brilla más cerca
y el pensamiento, al despedirme, porta
como una unción romántica con él...

La del alba será cuando se acerque

a la llanura amada, el pensamiento;
y entonces ampliará todas sus ansias
y tendrá en el llano otra leyenda,
porque, buen don Miguel, poeta y amigo,
mi alma es la soledad de esa llanura:
con un sonoro cabalgar por eco
y el incendio solar... ¡como la sangre!...

El viaje silencioso de esta hora
—viaje de peregrino a Tierra Santa—
es por llevarte las creencias puras
que de tu religión he recogido.

¡Salamanca ha surgido!... Es el ensueño
y el reposado meditar lejano...
¡Y el huerto de Fray Luis, tan deleitoso,
por su mano plantado, en primavera!...

Pongo en tus manos, pues, este presente
labrado en soledad hora tras hora...

El lino burdamente está tejido;
mas la verdad del corazón, ¡lo hace un bro-
(cado)!

FIN

Y ahora, Señor, con todo amor acoge
el pensamiento silencioso mío;

**Y en un silencio sacro, dame el tuyo,
como una bendición Pontifical...
«Mi dulce silencioso pensamiento,**

LA MAÑANA DE LOS MAGOS

El padre sol solemnemente pone
sobre mi casa todo el oro nuevo
de esta mañana pastoral de Reyes...
Amorosa mañana de mi infancia.

Mi madre cose en un rincón del patio
y las tres niñas, silenciosamente;
las manos primorosas van y vienen
como unas hacendosas lugareñas...

Ya no hay juguetes en la casa... Todo
es trabajo de vida recio y duro;
¡hay que vivir!, que la soldada es poca
y la ilusión un lujo insostenible...

¡Horas lentas de amor! Pasan los días
en una igual distribución de cosas,
y vuelve el sol, y como ayer, nos halla
hilando el mismo lino en nuestra rueca...

Trabajo rudo, ¡mas un mar sereno
que fortalece el sol!..

¡Oh, madre vida,
dame tu sano amor a todas horas,
pon en mi fuerza tu verdad suprema!

Ve cómo están estas muchachas llenas
de fiel resignación... Cómo en sus ojos
hay la certeza del oficio nuevo...

¡y el cumplimiento de la ayuda hermana!

FIN

Si el pan es tosco, es pan de campo sano...
mas es buena la vida, y en la tierra
¡labrad otra ilusión!, que un nuevo día
florecerá como un juguete útil...

ALABANZA DE LO COTIDIANO

Esta tarde, esta calle no es mi calle,
Hay unos gallardetes que la adornan
y un arco hecho de palmas, y unas rosas
de papel amarillo en la cornisa...

Es día de San Telmo y todo el barrio,
que es marinero, huelga y se divierte...
Yo voy por otra calle, que no tiene
aquella bondad mansa de mi calle.

Aquí he llegado y me contemplan todos
llenos de asombro... ¡Es una cara nueva!...

¡Oh la adorada ruta cotidiana
de este espíritu mío, tan piadosa!

Parece que el camino se ha perdido,

y que no voy a ningún lado cierto
y que es otra la hora, y muchos días
se han llevado ayer noche en el silencio...

¡Qué camino más amargo el que me lleva
y qué distinta de bondad, la vida!...
¡Qué recio el corazón que no tolera
esta disposición irremediable!

FIN

No abandones tu ruta cotidiana,
traza tu vida de un humilde modo,
que es la virtud suprema, la costumbre,
¡y es mayor que el amor!...

Toda una vida
trunca la ruta nueva, y en el alma
pone una sombra fría, esa otra luz...

LA ETERNA SOMBRA

¡El silencio esta noche!... Nunca el miedo
llegó más silencioso...

¡Hora escondida
entre los cortinones de mi cuarto,
como para surgir a media noche!...

¡Esa hora de siempre, la indecisa,
la que es como un relieve de las otras;
esa hora eterna del temor, la hora
en que se funden todos los recuerdos
funestos de la vida!...

Y el alma recia, hoy temblorosa escucha
—¡Ah, no morir ahora, madre mía!...
Mas la muerte parece estar cercana.

Por el sombrío corredor, camina
una perversa sombra recatada,

que al llegar a mi lecho se desborda
sobre mí. ¡El corazón se aquieta súbito!...

¡Oh, y mañana el huerto y los naranjos,
y la tierra, y el agua de mis fuentes,
y esta sagrada claridad del alba
sobre mi mar Atlántico!...

¡Oh, no morir ahora, que mañana
el sol ha de brotar más luminoso!
El corazón lo dice, y él espera
alcanzar la mañana todavía...

(En la ventana, angustiosamente:)

Yo abro mi corazón bajo los cielos,
como esas flores que de noche se abren...
Y la luz de la luna lo ilumina,
porque la sombra parta...

¡Y ha partido!

TIERRAS DE GRAN CANARIA

Tierras de Gran Canaria, sin colores,
¡secas!, en mi niñez tan luminosas.
¡Montes de fuego, donde ayer sentía
mi adolescencia el ansia de otros lares!...

Campos, eriales, soledad eterna;
—honda meditación de toda cosa—
¡El sol dando de lleno en los peñascos
y el mar... como invitando a lo imposible!

¡Todos se han ido! Yo, desnudo y solo,
sobre una roca, frente al mar, aguardo
el mañana, ¡y el otro!...

¡Floras amadas
no nacidas aún! Ansias secretas
de esa perfecta orientación humana...

Tierra de amor, en lejanía—siempre

llena de luz para mis ojos crédulos,—
en estos campos sin color, mi alma
tiene el eco engañoso del Desierto..

En el azul están mis ideales
tan invisibles como las estrellas
en este atardecer.. ¡Y sin embargo
allí brillando están eternamente!

Campos de Gran Canaria, sin colores,
¡secos!, en mi niñez tan luminosos...
¡Montes de fuego, donde ayer sentía
mi adolescencia el ansia de otros lares!...
Soledad, aislamiento, pesadumbre...

El corazón siempre en un punto misterioso
y el alma sobre el mar ¡blanca!... ¡El velero
que no pasa jamás del horizonte!...

DENTRO DE UN SIGLO, AMIGO...

Dentro de un siglo, amigo, ya estaremos
bajo la tierra, por fortuna, todos.

No hay que apurarse, pues; gozar el día
es lo mejor, sin inquietud alguna.

Si hay azul y un buen sol, el alma entera
florece de amor y de alegría;
si el cielo está nublado... buscaremos
la tristeza más cómoda al espíritu.

Perfecciona tu modo dulcemente;
y pon en cada cosa, lo adecuado.
Una triste dulzura ante la muerte
y una alegría mansa en lo dichoso...

Exclama: —¡ Hermoso sol!— en esos días
sonoros del verano. En el invierno:
—¡ Cuánta melancolía en esos valles,
sobre esos montes que cubrió la nieve!..

HAS DE RESIGNARTE AL FIN

Para lograr la calma, en estas cosas del dolor y el amor, y del monótono camino, tan lejano, que en mi vida puso la suerte sin piedad ninguna, hube de aclimatarme como aquella Dama del mar... Y ahora responsable soy de mi seriedad y de mi idea...

Mas como busco el modo de la muerte trabajando constante en su secreto, es porque ya no tengo la armonía de aquella Juventud toda de auroras...

Verás: el sufrimiento y la amargura es la ignorancia!...

**Hay que volver de nuevo
y entonces el cerebro es otra cosa...**

FIN

**Un amigo ha partido esta mañana;
yo he cerrado sus ojos que, tenaces,
perfiaban por mirar lo que perdían...
¡Y es que no supo aclimatarse nunca...
y como la sirena sollozaba!...**

UNA INGLESA HA MUERTO

Hoy ha muerto una inglesa. La han llevado al cementerio protestante, envuelta la caja blanca en flores y en coronas, y el pabellón royal, como un trofeo, lucía entre las rosas sus colores...

Un pastor anglicano la ha leído toda una historia, al destapar la caja... La colonia británica, elegante, discreta y grave, no torcía el ceño...

Solemnemente el acto fué pasando sin dolor y sin pena bajo un cielo español. Más correctos y pulidos estos amables hombres desfilaron ante la muerta... ¡y deshojaron rosas sobre la figulina adormecida!...

Uniforme la marcha, la tristeza,

~~El tono de la voz y el movimiento~~
del brazo... una lección bien aprendida;
¡la exquisita medida de sus modos!...

Y la muerte, a la tierra fué tornada...
Sola, al país del sol, llegara un día
y ni amantes ni hermanos, los azules
ojos cerraron... ¡Los azules ojos!...

¡Todo lo azul de esta Britania grave!

VUELVE A VER A SU AMIGO EL MAR

**Hermano mar, he vuelto... ¡Tantos días de soledad en el hogar enfermo!
¡Qué lentitud la de las horas! Este reloj del comedor ¡tan viejo! apenas andaba, y luego el vaso del remedio sobre la mesa sin vaciarse nunca...**

Y ante nosotros el ropero oscuro, donde guardamos nuestra pobre veste, era, a la media noche, como un trago que aguardaba un instante decisivo...

¿Cómo estará mi mar?... Y tus rumores llegaron a mi lecho suplicantes, y el infinito de tu azul sonoro tenaz me reclamó... ¡Mas no podía, que el corazón andaba por senderos.

remotos, en un viaje aventurado,
y tuve miedo, hermano mar, de hallarme
cerca de la llanura subterránea!...

Mas hoy ya torno sin las fuerzas viejas,
único amigo, a confortar mi alma:
tú sabes que yo soy un pobre niño
de muy poca salud, y es necesario
que me prestes la ayuda de tus vientos
para llenar mi corazón vacío...

Hermano mar, ¿cuidarás mi vida,
tú me devolverás la salud buena
y pondrás en mis ojos la luz fuerte
para los horizontes y los llanos...

Tú me darás del sol las fuentes rojas
en estas horas matinales, cuando
el viejo padre nos ofrece todo...
Y yo tendré la sangre primitiva...

F I N A L

...Y, sin embargo, sé que esta mi vida de mansedumbre y de dolor sereno no será larga... que el Espectro pone sobre mis años la medida exacta.

Y este buen corazón, que hace lo manso de mi carácter, y consuela siempre la vulgar amargura de las cosas, será el motivo, para la Posada donde haré noche eterna, sin remedio...

—Amigo corazón: yo sé qué día tu débil armazón ha de romperse; cuándo será el reposo de estas horas, ¡aprisionadas a una ley de raza!... Porque sé que es así, te he gobernado; la ruta de emoción, del mejor modo;

y un blando amor, sobre la Tierra Madre,
dejas en los instantes reflexivos,
cuando en sereno discurrir, aguardas
tu participación de Fortaleza...

¡Tierra de fuego!... La lejana tierra
de la salud te guardará... ¡Los montes
eternamente secos, y el silencio
áspero y rudo de estas soledades!...

... ..

Los ingleses de la colonia

EL DOMINGO...

Para Antonio Machado

¡Tristeza de estos libros, sin emoción, sin alma,
en un arca de hierro guardados seriamente!...

¡Oh, no sabéis cuando se es pobre, cuando
se gana así la vida tan cotidianamente,
la infinita amargura que rebosa en nosotros
al ver en los domingos estos libros ingleses!

Hemos llegado ahora fatigados del viaje
dominguero, y buscamos entre nuestros papeles
de cuentas y de sumas, un libro que dejamos
escondido ayer tarde... La oficina parece
que sueña un sueño suave de ausencia y de recuerdo...
¡Y es sólo nuestra alma que al silencio se ofrece!

Las puertas de cristales donde ha sido grabado

con las letras en oro el «Private» consiguiendo,
al impulso secreto de una mano anglicana
se abre, porque aparezca en el umbral un jefe...

—«Good-evening», señor, ¿cómo ha venido ahora?...
¡Y piensa que venimos a trabajar, pacientes,
como el buey, en el campo mercantil, y suaviza
su mostacho con la sonrisa complaciente!

¡Una ilusión de rosas!...¡Hasta el que menos sueña,
hasta el más aritmético, sus ilusiones tiene!...
No hay que romperlas nunca y por eso mi boca
responde: —Trabajando un rato, mister Siemens:
unos cuantos asientos que de ayer me quedaban,
he venido a ponerlos para estar al corriente...

—«Good-by», mister Quesada...

¡Y se aleja!...

¡Y yo sigo
mi florido sendero, como un muchacho, alegre!...

UN TENEDOR DE LIBROS

Este es un tenedor de libros, bueno;
un inglés muy pacífico, que mira
distráido el amor... Frente a mi mesa
él trabaja consciente.—Es la oficina
de una entidad británica, severa,
donde pagan ¡mis números! con libras...

Hay un claro de sol sobre la testa
del inglés y él lo siente y se suaviza
aquel mirar tan mercantil que tienen
los ojos grises... pero no termina
la operación de cálculos que sigue
la recta ruta, bajo el sol, precisa...

Todos trabajan menos yo, que miro:

¡mi alma en todo minuto está propicia!
Y este es el mal de mi futuro de hombre.
¡Esta es mi enfermedad desconocida!...

El inglés ha parado, por fumarse
un cigarrillo de opio; una sonrisa
tiene en los labios y una gracia inglesa
me dice en tanto el cigarrillo lía...

Y entonces, la discreta entonación
de este adorable mister, finaliza,
y al verme como ayer, puesto los ojos
en lugar diferente al que me obligan,
clama: —Señor poeta, muchas nubes
para ganar con claridad la vida!...

¡Pero me cuenta de la Amada, lejos,
en los fríos hogares!...

Una cita
de patriotismo, que orgulloso siente
su corazón, todo teneduría...

Y mi alma puesta en ocasión de plática,
al alma inglesa a platicar invita,
con la recordación de aquella aurora
en la que alondra y risueño porfían...
Y el entusiasmo del inglés florece,
como una flor exótica, divina,
que sólo ha visto nuestros buenos ojos,
en un caliente invernadero, un día...

E L B A L A N C E ...

A Tomás Morales.

Estos cuarenta ingleses esta noche se juntan
para hacer un balance porque termina el año
El trabajo nocturno, si es trabajo de números,
tiene para estos hombres un voluptuoso encanto.
Van llegando puntales. Sobre las altas mesas
van uniformemente los libros colocando;
luego sacan sus pipas; reposados encienden
y antes de dar comienzo beben un whisky agrio.

La oficina está plena de luz, y yo he venido,
como todos los días, con bastante retraso...
Ellos, que no toleran la indiferencia mía,
en su lengua, a mis modos, ponen un comentario...

Y el más viejo de todos, el tenedor primero,
—¡jaranero divino!—a mi entrada alza el vaso
y con una postura de orador de Hyde-Park
grita: —¡Brindo, señores, por el amigo Byron!

Los demás se sonríen—una burla británica.—
Yo sigo a mi pupitre y empiezo mi trabajo...

E L S A B A D O

A Domingo Rivero

Son las tres de la tarde. La oficina está envuelta en el oro marino que nos trae el verano: ese oro que viene de estos mares los días luminosos... ¡El oro del desierto cercano!...

El gerente ha salido para toda la tarde a jugar la partida de «foot-ball» porque es sábado. Los demás, como menos, seguimos la tarea: ¡el eterno pan nuestro, de tan eterno amargo!

Lentamente las hojas de los libros, las mueven estos ingleses jóvenes, tan hermosos, tan castos, que el rubor los abrasa si contáis aventuras que corristeis vosotros en los más locos años...

Yo tengo el pensamiento puesto en una columna

donde una araña teje... ¡lo que yo voy pensando!
Este decir lo ha dicho el cajero que sabe
mucho Dickens y tiene presunción de flemático...

¡Oh, este mister Quesada con sus ensueños locos,
—Como el cojo poeta, es violento y romántico...
—¡El quisiera ahogarse como Schelley un día,
y ser pasto de hoguera frente a su mar atlántico!...

Yo siento este rocío de ironía, que cae
mansamente en mi alma, mientras reviso un cálculo.
Ellos, de suma en suma, van poniendo sus burlas
con esa suficiencia sonora de hombres prácticos.

—¡Oh las horas rurales de mi vida, perdida
en la evasión de un humo muy azul y lejano!...
¿Qué será, de este modo, cuando al umbral sereno
de la vejez arribe, sin haber comenzado?...

—El poeta no dice una palabra ahora,
que tiene el pensamiento de loco aprisionado.
—¿Por qué no dice nunca las trovas que ha lucido
esa testa que odia el mayor y el diario?...

Como un presunto brindador, el tintero
alzo en mi mano y digo, conceptuoso y romántico;
—¡Oscar Wilde fué el primer corazón de Inglaterra!;

brindo, pues, por sus labios y sus ojos extraños,
y por la complicada ternura de su alma
y el ensueño sonoro de sus celestes años...

Ellos se ruborizan... Inclinan las cabezas
y tornan, silenciosos, de esta vez al trabajo...

UN CONCIERTO EN LA COLONIA

En la puerta, dos viejas servidoras inglesas me toman presurosas el gabán y el sombrero... El acto ha comenzado hace varios minutos. Cantan un coro grave todos los caballeros.

Es una fiesta en Pascuas que la colonia tiene en el «Nuevo instituto para los marineros». Todos están oyendo como en una capilla; las inglesas escogen cada una su sueño, y estos uniformados tenedores de libros relucen como «smokings» que tienen rasos nuevos...

Yo no sé lo que cantan, pero sin duda ofrece unas melancolías de nieblas, el concierto; los ingleses deshojan una tristeza vaga, cuando termina el coro con un acorde lento.

Y ahora canta una dama de cabellos dorados,
una canción graciosa que tiene un ritornelo
popular. ¡Cómo ríen estas muchachas lindas
tan leves como el lino, sin color y sin senos!...

Las inglesas apláuden... los ingleses sonríen.
El Director me mira para observar mi efecto;
yo hago una cortesía, castellana y sonora
y el Director me envuelve con su agradecimiento.

Después, el Cónsul dice que vayamos afuera;
el «hall» está adornado con ramas y letreros
en inglés. Nos invitan con café muy caliente
y en seguida con vasos de «sangría-refresco...»

Y entonces, tres inglesas, con tres bolsas de seda,
se acercan a nosotros para pedir dinero;
y yo que no contaba con esta picardía
y que no llevo nunca conmigo, sino ensueños,
ante estas tres figuras fatales, tembloroso,
como ante mi Destino, sin vacilar me entrego...

... ..

M I S S F O R D

Esta inglesita linda, como un búcaro, pulcra, llena de un suave aroma de limpieza británica; con sus cabellos claros, y sus faldas de lino y sus blusas de seda, y el sombrero de paja... ¡Ah, cómo la han besado todos los españoles bajo esa fronda amiga, en esas noches cálidas, cuando la luna busca el pretexto del árbol más obscuro y espeso, para la tolerancia!...

¡Oh madama la luna!, consentida señora: yo apuesto con tus luces, mis discreciones máximas, que he de internarme mucho cuando me toque en
[suerte
y has de alumbrar la fronda sin atinar mis «ramas»...

La madama adorable ¡tan latina! ha brillado

sobre el linar divino de la cabeza blanca;
y los labios ingleses, aclimatados, lucen,
como meridionales, una sangrienta mancha...

—Vamos, mister, al bosque...—Y la leve muñeca
se prende a nuestro brazo, francesamente lánguida...

Hay un rumor perdido bajo las arboledas...

Una «mistress»—la madre—qué es novelista, habla
con un cajero viejo, de monocle de concha,
de anillos de amatista y flor en la solapa...
mientras en una mesa de mimbre un par de lores
de similar, emprenden la segunda jornada
de «whisky and soda»; ahora sin soda, sólo whisky...
¡para que el whisky luzca toda su pompa áurea!

La luna ha sonreído tan adecuadamente,
como una compatriota de la gentil muchacha...

POETAS ISLENOS

AURORAS

SELECCION DE POESIAS DE

Rafael M. Fernández Neda

PROLOGO DE

D. Benito Pérez Galdós

LIBRERIA HESPERIDES.—(CANARIAS)

Santa Cruz de Tenerife

De un canario a otro canario

(Julcio crítico por don Benito
Pérez Galdós)

A la vista tengo un libro titulado «Auroras», colecciones de poesías de don Rafael M. Fernández Neda. En él hay composiciones de todas clases, trozos de gran elevación, baladas que respiran ternura y melancolía, cuadros de filosofía social, sonetos, elegías y fábulas. Se encuentra el sentimiento junto a la sátira, la gravedad lírica del amor platónico junto a la triste hilaridad del amor desengañado; el lenguaje sincero del vehemente junto a la versátil conversación del caprichoso; descripciones en que se adula a la diosa Naturaleza, como hace Zorrilla, al lado de otras en que se la insulta, a la manera de Heine.

Se conoce que el autor de este libro, al crear en la oscuridad sus bellas poesías, se encuentra agitado por una duda continua; está en esa primera edad del poeta que re-

fleja la timidez en todas sus obras. Al sentirse inspirado vacila entre los diversos géneros que el ancho campo de la literatura le presenta; no sabe si atender a la voz sincera de su corazón donde aun no ha entrado el hastío, o a la voz de la sociedad que en torno suyo rinde culto a la farsa. En un momento de intuición traslada en sus versos toda su fe, pero reflexiona, se asombra de su obra porque la cree falsa; vuelve a dudar, escribe de nuevo mojando la pluma en la hiel de la incredulidad, y entonces la cree terrible; fluctúa sin cesar entre la ilusión consoladora que halla en sí mismo y la realidad descarnada con que habla a su oído la ironía social; tan pronto siente como ríe. Después de contemplar una belleza con el entusiasmo de la juventud, pasa a analizarla con la frialdad de la experiencia; admira y censura a la vez; arroja un velo sobre una beldad, y más allá arranca el antifaz a otra; vacila entre ser entusiasta revelador de sus sentimientos o triste y hastiado apóstol del escepticismo.

Sin embargo, a pesar de esta variedad de géneros, de hallarse reunidos elementos heterogéneos, se advierte en dicho libro una profunda unidad. La intención descuella en

él, disimulada algunas veces y franca otras; cierto espíritu de investigación y crítica se enlaza sutilmente con las más bellas imágenes y los más delicados conceptos. En la mayor parte de las composiciones se encuentra siempre tras la flor que perfuma una recóndita espiná que hiere, inculcando en el corazón la amarga savia de una verdad o de un desengaño, mientras los labios liban incautamente la dulzura de la corola.

La balada que lleva por título «Un rayo de gloria» contiene en una bella forma un intencionado pensamiento. Un niño pregunta con infantil candor noticias de Homero, y despertándose en él un vivo deseo de ceñir la corona del genio, exclama: «¿qué es gloria?»

Pero no puedo dar idea de lo que esto vale; necesito copiarlo, y lo haré aunque prolongue demasiado la dimensión de este artículo:

—Decidme, padre, ¿qué es gloria?

—Contempla el naciente sol
que corona esa montaña
y cielos y tierra baña
con sus tintas de arrebol;
cómo la niebla sombría

se pierde en vapor espeso,
al pasar su tibio beso
sobre la frente del día.

Mira cual alegre el mundo
a su influjo se levanta
y un himno de gracia canta
en su entusiasmo profundo.

Pues la gloria celestial
es un rayo soberano
con que ciñe el sol ufano
la cabeza de un mortal.

—Padre, yo quiero subir
a esa montaña.

—¡Es tan alta!

—Un rayo de sol me falta
para mi frente ceñir.

—Niño, tu pueril empeño
como insensato abandona.

—Yo he soñado una corona.

—Locos deseos del sueño.

—En mi ambición no desmayo.

—Pero, ¿qué pretendes, hijo?

—Llebadme; el sol está fijo
y quiero arrancarle un rayo.

El niño se lanza por la pendiente; pero sus
fuerzas le abandonan en tan difícil empre-
sa. El sol se aleja a medida que él avanza

Jadeante, abatido; quiere volver a la tierra
y exclama:

¡Oh, después de esfuerzos tantos
veo con dolor profundo
que al descender, ese mundo
no tendrá para mí encantos!
—¡Triste del hombre que sueña
de la gloria los reflejos!
—De aquí veo el sol más lejos
y la tierra más pequeña.
Siento un pesar tan extraño
y tan profundo vacío...
—¿Qué es esto, padre?

—Hijo mío,
es tu primer desengaño.

Estas ambiciones desvanecidas por la experiencia, este Icaro infantil que se precipita desde la altura que pretendió escalar, constituyen una imagen bellísima, que unida a la excelente forma y la fluidez del verso hace esta composición una de las mejores del libro.

Sólo puede ponerse a su lado «El llanto de la inocencia». En ésta desempeña también la niñez el principal papel. La poesía, el sentimiento, se refugia en brazos de los niños;

como ellos hablan con los ángeles, juegan con las aves y corren tras las flores. A esta clase de tímida poesía que se manifiesta traviesa y juguetona unas veces, triste y desconsolada otras, siempre revestida de la encantadora impertinencia de los primeros años, revelando su inmaculada originalidad, pertenece la composición que se ha citado.

En el hogar doméstico se desarrolla la acción de un tierno drama. Nace un niño y todo es alegría en la casa. Su hermanita, al saber que un ángel ha bajado a la tierra, exclama:

—¡Un ángel!, yo quiero verlo.

¿En dónde tiene las alas?

—Para que no deje el mundo
fué necesario cortarlas.

—¿Lo mismo que a mi paloma?

—Sí; lo mismo, hija del alma.

Pero la escena cambia; el llanto ha sustituido a la alegría; el ángel ha volado al cielo a pesar de las alas cortadas. La niña desgarraba con sus preguntas el corazón de la madre:

—Madre, madre, ¿por qué suenan tan a lo
[gres las campanas]

y entre cortados sollozos
ahogan vuestra garganta?

—Porque un ángel sube al cielo.

Pues el cielo ¿no es su patria?

Allí encontrará la dicha.

—Pero la mía me falta.

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¡Pobre niña!

¿Y si tu paloma blanca
se fuera al cielo?

—Imposible:

no le han crecido las alas.

Al ángel sí.

—Mas no llores:

verás cómo Dios nos manda
otro mejor.

—Pero, madre,

si mi paloma volara,

también me pusiera triste.

Voy a verla.

—Hija del alma:

La niña corre en busca de su paloma y la encuentra fría e inmóvil; en vano la besa y le da calor en su seno. La paloma, a pesar de sus alas cortadas, vuela hacia el cielo en compañía del ángel.

Este cuadro está trazado con singular deli-

cadeza; sus suaves contornos, en que el pincel del autor ha depositado los más frescos colores, tienen toda la vaguedad de la poesía alemana, arte pudoroso cuyas formas castas se dibujan apenas sobre un cielo de serena melancolía.

No es inferior la balada «Pan para el niño». Una madre, expuesta al rigor del frío, pide en las calles pan para un niño desfallecido que lleva en los brazos. Llegamos un momento en que la voz expira en su garganta; advierte en el inocente los síntomas de la muerte, y calla. El poeta ha completado el cuadro con la siguiente quintilla:

Y al levantar el semblante
en su maternal anhelo,
divisó una nube errante
en la que un ángel triunfante
iba elevándose al cielo.

Este final resplandeciente contrasta con la plegaria de la madre, que es tenebrosa y sombría; es un toque luminoso dado en un lienzo oscuro, a semejanza de esos cuadros en que Murillo ha pintado una celda lóbrega, cuidando de introducir por el techo un

rayo de luz celestial en que flotan ángeles confusos.

Qué bella es también la balada «El suspiro», que principia:

El cielo luce sombrío
melancólicas congojas,
murmura en el aire frío
el viejo laurel del río
al perder sus secas hojas.
Entrambas manos cruzadas
inclinada.....

No puedo seguir, porque tendría que copiarla toda, seguro de no encontrar una de esas palabras extrañas que se encuentran en todas las composiciones, por buenas que sean, uno de esos versos duros, en los cuales choca la imaginación del lector, sufre un momentáneo desencanto, necesitando saltar sobre ellos para admirarse de nuevo.

Resistiré por lo tanto a la tentación de trasladar el final de «El suspiro». Si tuviese con esta composición semejante preferencia, tendría que hacer lo mismo con otras tan buenas como ella. Por ejemplo, «Los lirios de la montaña», elegía tan tierna como es desgarradora la anterior; «El hijo del

guarda-bosque», que me recuerda el caballo de Mazzepa; «La verdad y la inocencia», diálogo que encierra una marcada intención, y «Recuerdos de la patria», donde el autor manifiesta su doble amor filial echando de menos una madre y una patria.

Pero lo que sí haré, aunque esto se haga demasiado largo, es citar algo de otro género que descuella en el libro del señor Neda, rivalizando con el género de sentimiento.

Habla el lenguaje de los descreídos que niegan la belleza moral y menosprecian la física. En la poesía «A la Luna» apostrofa crudamente a la que por largos años ha vivido en olor de santidad, presidiendo con su trasnochada castidad las expansiones platónicas de los amantes; a esa deidad nocturna, elemento «sine qua non» de todas las parrafadas eróticas; fanal que desliza siempre su indispensable rayo, su amarilla luz en los grupos tradicionales de Romeo y Julieta, de Abelardo y Eloísa, de Hero y Leandro. Los poetas no saben urdir una escena nocturna sin la pálida y nacarada intervención de esta señora; los pintores no conciben unas ruinas sin colgar en el lienzo el necesario harapo de luna; no hay maquinista de escena que no la cuelgue de las bambalinas para

iluminar la pintarrajeada fisonomía de una actriz. Ella es «factotum» indispensable; sin ella no se concibe un cementerio, ni una serenata, ni el lago de Como, ni el golfo de Nápoles, ni el Rialto de Venecia. Pasa del azul limpio del cielo al azul de brocha gorda de los teatros; todos la miran, todos la cantan, la copian y la adoran como un emblema de virginidad y pureza.

El autor de «Auroras» la trata así:

¿Por qué sigues la carrera
del mundo en eterna lidia,
como la pálida envidia
encarnizada y rastrera?

¿Hay algún crimen, responde,
que tortura tu existencia,
que estás como la conciencia,
ya se muestra, ya se esconde?

Tienes de casta opinión;
mas harto vieron los griegos
tus batidas y tus juegos
con el amante Endimión,
Celébrante ruborosa
y tímida y nacarada,
y eres lo más descarada
que puede ser una diosa.

¿Eres tú guardia civil
que sorprendes sin ruido
al rondador suspendido
en una escala sutil?

¿Qué malos genios te abortan,
menguada, para venir
a husmear y descubrir
secretos que no te importan

... ..

¿Dónde tienes esa miel
con que untas el labio, avara,
al asomar esa cara
redonda como un pastel,
en la misteriosa alcoba
que ha dispuesto el Himeneo,
donde el amante deseo
el sueño a los ojos roba?

... ..

¿Y escondes, vieja taimada,
ese rostro maldiciente,
dejando fuera la frente
por dos cuernos coronada?

Si inconstante la fortuna
a levantarme se atreve,
nunca en sus alas me lleve
a los cuernos de la luna,
pues temo la contingencia
de un encuentro inesperado,

que me deja, mal mi grado,
a la luna de Valencia.

Parece que se lee a Heine, el poeta del hastío, que juró guerra a muerte al santonismo de la belleza y a las formas poéticas consagradas por la tradición.

En el concierto de los besos se encuentra una ingeniosa clasificación de esos, ya traidores, ya inocentes desahogos de toda clase de cariños y pasioncillas.

Dice así:

Falsos como mercaderes,
sutiles como tramposos,
se deslizan cautelosos
los besos de las mujeres.
Y traban riñas arteras
allá por las soledades,
cantándose las verdades
lo mismo que rabaneras.

Y en las nieblas de las dudas
se agitan alborozados
los descendientes menguados
del fatal beso de Judas.

... ..

Allí se arrastran cansados,
cantando un andante lento,

los besos de cumplimiento
que se prestan los casados.

En confusa algarabía,
allí resuenan las quejas
de los besos de las viejas
al son de una letanía,
murmurando desengaños
a mandíbulas batientes,
que no pueden entre dientes
por castigo de los años.

Entre el espeso capuz
de una mal plegada toca,
huye un beso de una boca
que se apoya en una cruz;

... ..

¿Deseas que algo te diga
sobre lo qué es el beso?

Un juguete para el niño,
para la madre un tesoro,
para los deseos oro,
e ilusión para el cariño.

Es de los tristes consuelo,
de muchos moneda falsa,
de los matrimonios salsa,
de la seducción anzuelo.
Para el hombre desgraciado
la cuerda de un arpa rota
para los viejos la nota

de un violín desafinado.
Un mal libro para el sabio,
para el artista la luz,
y para el labio una cruz
dibujada en otro labio.
Para el filósofo un ruido,
para el negociante un cero,
para el reposo un ratero,
para mí lo que te pido.
Y, en fin, cual dice un autor
ducho en la materia, el beso
no es otra cosa que el queso
de los ratones de amor.

Que en el amor no es inferior a la precedente en vis cómica y espontaneidad. «La Verdad en el espejo» es una especie de juego de linterna mágica, en que van pasando innumerables cuadros sociales, trazados con picaresca intención. «Una historia de amor» es digna por la viveza del diálogo, por los contrastes oportunos que presenta, y el chiste culto que en ella descuella de las excelentes escenas cómicas de Bretón de los Herreros.

No quiero seguir enumerando otras composiciones que se distinguen por la intachable corrección de la forma y la fluidez de la

versificación, tales como «El pabellón francés», «A Carmen», «La Pereza», «La Caridad», «Horas benditas», «A Italia», «El Juramento» y «A una coqueta».

Sólo me permitiré por vía de conclusión citar la sencilla balada «La Serenata», magistralmente traducida del alemán:

¿Qué halagüeña melodía
viene mi sueño a turbar?

Alta es la noche sombría.

¿Quién puede así, madre mía,
venir tan tarde a llamar?

Nuestra calle está desierta
y sólo turba tu calma
la fiebre que te despierta,
que nadie canta a tu puerta,
pobre enfermo de mi alma.

• No es un canto de este suelo,
los ángeles son... en pos

• tenderé de ellos mi vuelo...

Me llaman para ir al cielo.

¡Adiós, madre mía, adiós!

No concluiré sin traer la atención de los lectores de «Auroras» hacia el prólogo del señor Caro. Es un admirable trozo de prosa castiza, donde se ve el corazón del amigo ex-

pansivo que ama, y la inteligencia del crítico que aconseja y aprueba. La elegante prosa y la inspirada poesía se completan, se enlazan en un amistoso abrazo.

Libros de esta clase no necesitan recomendarse; paulatinamente se apoderan de la opinión, esclavizan al público, encontrando en todos los círculos lectores de todas condiciones. No hablo de los lectores de pacotilla, de esos que hacen copioso abasto de la poesía de relumbrón, y regalan su estómago con esas indigestas novelas condimentadas por escritores de jornal y repartidas en raciones de a ocho páginas por empresas literario-comerciales. Refiriéndose a esta clase de lectores de escaso cacúmen y superficial criterio, dijo el inmortal Lope de Vega:

El vulgo es necio y, pues lo paga, es justo
hablarle en necio para darle gusto.

B. Pérez Galdós.

Madrid, agosto, 1865.

Rafael M. y Fernández Neda

Rafael M. Fernández Neda es uno de los poetas mejores y más correctos de nuestras promociones literarias románticas. La lectura de los clásicos españoles y la de los grandes románticos, especialmente los cultivadores del romance, informan la primera actuación poética de Fernández Neda. Sus ojos fueron desde la niñez encadenados cautivos del paisaje orotavense, donde por primera vez vieron la luz clara de los días templados y la diafanidad de nuestro limpio azul.

Fernández Neda era hijo de don Sebastián Martín y de doña Andrea Fernández de la Guerra y Neda; nació en la Orotava por 1843, pues a los veinte años solicita matricularse en el primer curso de Jurisprudencia de la Universidad de San Fernando, y en el curso de 1854-55, del que por cierto no llegó a celebrarse más que su apertura,

ya que el Gobierno no concedió el ansiado restablecimiento de aquel centro.

Según se desprende de la lectura de su maravilloso artículo «El balcón del chantre», estudió en el Instituto de La Laguna durante el bienio progresista, o sea de 1854 a 1856. Antes, en 1852 emprendió un viaje fuera de las islas y a fines del mismo año fecha una de sus composiciones en Lisboa. Acaso de las primeras que escribió fuera la inserta en «El Noticioso de Canarias», del 15 de mayo del referido año, en la que se despide de la Orotava y de la isla.

En julio de 1853 está ya en la Orotava, permaneciendo en Tenerife hasta 1859. Diversos trabajos suyos aparecen durante esta época en los periódicos locales. En 1854, la revolución de julio inspira su inflamada lira progresista y juvenil y en un razonado artículo pide el restablecimiento de la Universidad. En junio del año siguiente contribuye a la brillantez de la fiesta de San Isidro en su Villa, componiendo poesías para ser recitadas en una alegórica representación pública. En agosto de ese año acompaña a distinguidos personajes locales a una excursión a los altos de «La Camellita» en busca de una necrópolis guanchè, cuya destrucción lamen-

ta el poeta en un remitido al «Eco del Comercio». En febrero de 1859 interviene en la brillante despedida que el Casino de Tenerife hace al Capitán general, don Narciso de Ameller, recitando unos inspirados versos alusivos al general, a la fiesta y a las bellas. En abril de ese año canta en sentida composición la muerte de la joven poetisa Fernanda Siliuto y en septiembre marcha con su hermano a Alicante con objeto de seguir viaje a Madrid para continuar sus estudios.

De este año es la publicación del poema épico-dramático, titulado «El Doncel de Mondragón», que Rafael M. Neda, Fernando Final y Agustín E. Guimerá escribieron bajo el pseudónimo de «Aned-Nalif-Ruigame», que esconde los apellidos de los tres. Los versos mejores de esta obra, (cuyo análisis no es de este lugar), son sin duda debidos a Martín Neda; las quintillas y los comienzos del libro octavo, muestran la huella de su mano. Una de las zorrillescas estrofas del citado libro octavo y que dice

El viento murmuraba entre el follaje
del jardín del convento tristes notas,
y en el ancho tazón lloraba perlas
una fuente sonora

ofrece una imagen poética que el autor usará en las seguidillas dedicadas a su hermano Manuel:

La poesía, es fuente
que perlas llora

(«Auroras», pág. 75)

y en las del «Canto a la Primavera»:

La fuente cristalina
vierte sus perlas

(Idem, pág. 4)

Ya en Madrid, la toma de Tetuán por nuestras tropas en el año 1860 y la ausencia de la patria, inspiran su vena poética y en septiembre del año siguiente regresa a la Orotava para marchar a fines de ese año o principios de 1862 a Madrid, donde se estableció hasta su muerte, ocurrida a principios del presente siglo.

Fernández Neda pertenece a la generación posromántica que cultiva una poesía en la que los temas de la gran escuela no se cultivan en las dimensiones que aquélla lo hace en sus momentos capitales. La nota de tristeza es ahora de melancolía; el romance

no florece tan sólo con temas medievales o legendarios; los motivos tétricos no son tan abundantes y los metros no muestran ya los atrevimientos primeros, ofreciendo muchos ejemplos de poema corto.

Claro es que, adscritas aún estas promociones a los últimos rayos del sol romántico, hemos de encontrar muchos de los caracteres de la escuela en estos poetas. También la tristeza y el tedio son númen poético de Fernández Neda que se referirá—como los grandes románticos—al motivo del día de difuntos; pero su forma de tratar a la luna, por ejemplo, es ya una manera satírica y burlesca, tan lejana de los arrebatos de la primera hora. La sátira abunda mucho en su poesía que recuerda en este aspecto el carácter filosófico-satírico de Campoamor. Composiciones como «La verdad en el espejo» y «Una historia de amor», publicadas en su libro de poesías «Auroras», que editó en Madrid y en 1865, ofrecen una época en la que ya se ha estrenado «El tanto por ciento» de López de Ayala y «Lo positivo» de Tama-yo. El mismo Neda dirá a su amigo León Morales:

...haciendo abstracción del pleonasma
llamemos pan al pan y vino al vino...

Entraba, pues, la literatura en la época que, por llamarla de alguna manera, diremos positivista, y en cierto modo opuesta a la precedente.

Pero Neda es un poeta lírico antes que nada; cultivador afortunado del romance no son los suyos propiamente narrativos sino subjetivos. Excepto en alguna composición como «El hijo del guarda bosque», Neda no es poeta narrativo.

El gran amor que sintió por su prometida, la señorita Carmen González del Castillo, le inspira delicadas composiciones dedicadas una a ella, alusivas otras y presente su amada en casi todas. La señorita del Castillo habrá de ser andando el tiempo su esposa y publicará en la «Revista de Canarias», correspondiente a 1879, dos bellas composiciones, firmando ya con el apellido de su esposo, con el que es probable estuviese este año en París desde donde escribe él también para la citada «Revista» y viajando con Neda por Suiza y la Costa Azul en el verano del mismo año. Murió esta señora en Madrid y en octubre de 1905, sobreviviéndole el poeta.

Notables son los sonetos—el de ella y el de él—que por cuestión y azares de amor, se escriben:

El de él, dice así:

Gozo tanto en mirarte, que me olvido
de lo mucho que sufro con no verte,
y vivo con tu vida de tal suerte
que me figuro que antes no he vivido.

Tu amor el rayo fulgurante ha sido
que dió aliento vital al pecho inerte:
el ángel eres que arrancó a la muerte
la vaga sombra de mi bien perdido.

No hay un solo recuerdo en mi memoria
que no te pertenezca; un pensamiento
que tú no inspires, y te adoro tanto,

que no envidio la dicha de la Gloria
mientras guarde la fe de un juramento
que por ser de tus labios es tan santo.

Ella, entonces, contesta de esta manera:

«Gozo tanto en mirarte...» ¿Por qué mientes?
¿Acaso ignoro yo que has olvidado

hasta el recuerdo del placer pasado
y que la dicha del amor no sientes?

¡Que no amas sino a mí!—Los Inocentes
pasaron; pero el labio desgarrado
no mentirá el amor que te ha jurado;
tú juraste también, mas te arrepientes.

¡Mi pobre corazón, cuánto ha sufrido!
Pero, Señor, ¿qué es esto?... Estoy llorando
y del perdido amor cuentas le pido.

¡Qué niña soy! El sueño va pasando.
¡Qué triste despertar! ¡Cuánto he dormido!
Y no me agrada ya vivir soñando.

Pero el poeta, que se referirá varias veces
a una coqueta y voluble Leonor, volverá
siempre a este hondo amor de su vida y en
una de las últimas composiciones de su libro
«Delirium», dirá:

¿Murió nuestra pasión, o está escondida,
cual tempestad rugiente,
en el revuelto mar de nuestra vida?
¡Oh, ya veo la nube estremecida
el rayo encadenar sobre tu frente!

Y más adelanté.

Lo que te adoro
tu corazón lo sabe...

En las primeras composiciones de su libro (que no reuné, desde luego, todas las que escribió hasta 1865), el poeta está más cerca de los grandes románticos y sus temas. La poesía que dedica a la poetisa Victoria Ventoso recuerda mucho las maravillosas estrofas de Zorrilla a Moraima en el libro octavo del gran poema «Granada».

Zorrilla escribe:

Tórtola blanca de azulados ojos,

y Neda y en idéntica versificación:

Tórtola de los bosques seculares,

Pero ya en la última mitad de su libro los «suspirillos germánicos», como decía despectivamente Núñez de Arce, llenan por completo su númen. La traducción que de Heine hizo Eulogio Florentino Sanz influyó sobremanera en los poetas de la época y las baladas y los «lied» germánicos, escandina-

vos, y en general la poesía nórdica, imperan entre 1857 y 1870 como si quisieran contraponerse al orientalismo de los primeros maestros de la escuela romántica. Imitaciones de Heine, Goethe, Uhland, Klopstock, Geibel y otros poetas daneses y escandinavos integran casi la segunda mitad de «Auroras». Martín Neda, por su permanencia en Madrid, marcha al unísono de su generación y es por esto el poeta canario que no figura retrasado en cuanto a moda literaria se refiere con una diferencia de años que la lejanía, entonces casi absoluta de las islas, imponía. Es posible que desde una mesa del «Suizo» oyera discutir en la tertulia de Bécquer a los amigos del poeta y que observara la taciturna figura de Gustavo, si acaso alguna vez no fuera su contertulio, al que probablemente conocería por el común amigo de ambos, Teobaldo Power, bien que éste fuera más joven que los dos.

María Rosa Alonso

Tenerife, 1940.

Selección de poesías de
Fernández Neda

RECUERDOS DE LA PATRIA

Los besos más ardientes
huyen como sueños, y la
felicidad como un beso.

GOETHE.

Como el perfume apacible
que, de fresca brisa en alas,
la risueña primavera
sobre la tierra derrama,
vienen en rápido giro
los recuerdos de la patria
a embalsamar con su aroma
las emociones del alma.

El pobre que un día entero
por ganar su pan se afana
cavando la dura tierra
que humedece con sus lágrimas;

al ver el sol que descende
tras las agrestes montañas;
al oír las tristes notas
de la argentina campana
que en la solitaria torre
la oración nocturna cantá;
al contemplar en la puerta
de la rústica cabaña
a su familia amorosa
con fervor arrodillada,
al cielo eleva sus preces,
dando rendido las gracias
por el pan de cada día
que con su trabajo gana.
Limpia el sudor de su rostro;
de sus fatigas descansa,
y sus pesares olvida,
y su espíritu se embriaga
con las afecciones tiernas,
con las emociones santas
del hogar y [a familia
en tranquila confianza.

Así el mortal que, afanoso,
el terrible peso arrastra
del dolor y el infortunio
que su existencia desgarran;
infatigable viajero
en el mar de la esperanza,
donde sin rumbo camina
que le lleve a amiga playa,
tras la sombra del deseo
desvanecida al tocarla;
en esas horas tranquilas
llenas de memorias gratas,

que, como brisas de mayo,
llevan aroma en sus alas,
los mil recuerdos invoca
de la niñez y la patria.

¡La patria!, nombre bendito;
sonoro como del aura
el vaporoso murmullo
entre las frágiles cañas;
dulce cual beso primero
que tiembla en la boca amada;
tierno como las canciones
que arrullaron nuestra infancia;
que ansioso el mortal pronuncia
y escrito lleva en el alma;
que el tiempo voraz no borra,
ni disipa la distancia,
ni en la ventura se pierde,
ni se olvida en la desgracia.

Por las espumantes olas
del Atlántico arrulladas,
como seductoras ninfas
que en sus cristales se bañan;
verdes oasis que brindan
tranquilo refugio al nauta
que desde el un Continente
a otro Continente pasa,
descúbrese entre las brumas
las islas Afortunadas.
Mas ¡cuánto cambian los tiempos!
¡Cuán presto las dichas pasan,
la felicidad se pierde
y la ventura se gasta!
Hoy solo quedan recuerdos
de nuestras glorias pasadas;

que la inconstante Fortuna
no vela, no, por mi Patria.

¡Recuerdos! benditos sean
esos efluvios del alma,
que el sol de la fantasía
desde su seno levanta;
rocío que del presente
fecunda la tierra ingrata;
luz de múltiples colores
que, en vistoso panorama,
los pasados cuadros pinta,
los monumentos restaura,
los nobles hechos renueva,
las muertas glorias ensalza,
y hasta el seco polvo anima
que las sepulturas guardan.

Vuela, pensamiento, vuela;
surca la inmensa distancia
que de los sitios queridos
en donde nací me aparta.
El regio Teide su frente
sobre las nubes levanta
para señalarte el rumbo...
Sigue, salúdale y para
junto al valle pintoresco
que se descubre a sus faldas,
y en ese apacible nido
de frescas rosas descansa.
¡Dichoso tú, pensamiento!
Bien haya el cielo, bien haya,
que animó la ruin escoria
con su benéfica llama;
que le dió el rápido vuelo
con que se remonta el águila,

y le franqueó los límites
del tiempo y de la distancia.
¡Dichoso tú, pensamiento!
¡Quién en tus alas volara
a respirar el ambiente
fresco y puro de la patria!
¡Cuán tranquila la existencia
en estos sitios resbala
como cristalina fuente
perdida en la verde gramal
¡Cuán ajena de rencores,
y de ambiciones bastardas,
y de amistades hipócritas,
y maledicencia infausta!

Aquí las esbeltas torres
del cristiano templo se alzan
en donde bañó mi frente
del Sacro bautismo el agua;
donde mis labios de niño
repetieron las palabras
de las oraciones tiernas
que mi madre pronunciaba.
Allí está el soto sombrío
en donde el arroyo mana
y entre guijas se despeña
en anchas cintas de plata.

Como el vapor transparente
que, al despuntar la mañana,
sobre las verdes colinas
onduloso se levanta,
al calor de la pasión
allí tendieron sus alas
dorados sueños de amores
que el espíritu embriagaban.

¿Por qué la virgen del Valle
a las praderas no baja
a recoger azucenas,
menos que su rostro blancas?
Aun la veo en mis delirios
y creo oír sus palabras,
y embriagado de ventura
arrodillarme a sus plantas.
Allí entre aquellos cipreses
una cruz escueta se alza,
que lleva escrita la fecha
de mi primera desgracia.
A su pie derramé flores
con mis lágrimas regadas...
¡Pobres flores!... ¡pobre madre!
¡Allí sus restos descansan!...

Aquí el pensamiento mío,
entre nubes de oro y nácar,
creyendo' un Edén el mundo,
alegre y libre volaba.

Allí deliró con glorias,
y suspiró por sus galas,
y anheló triunfos mentidos,
y creyó promesas falsas.

Días, venturosos días
que borda de oro la infancia,
y el sol de las ilusiones
con brillantes tintas baña.
¡Cuán presto llegó la noche,
la faz en sombras velada!
¡Noche cada vez más triste!
¡Noche cada vez más larga!
Ya no lucirá en los montes
la aurora de la esperanza,

que si brillara entre sombras.
fuera a mi anhelo más grata.
¡Días, mis días queridos,
cuyos recuerdos halagan
las amarguras de hoy,
los delirios del mañana...
El bien perdido no vuelve
y en más se estima si falta...
Cenizas mis glorias son
que el viento furioso arrastra.

Dicen que borra el olvido
las afecciones más caras;
que las memorias las piedras
mejor que los pechos guardan
y que por eso en las tumbas
queridos nombres se graban...
En el osario del mundo,
de mis muertas esperanzas,
sobre un sepulcro de tierra
recuerdo vivo es el alma,
y allí grabado está el nombre
de mi inolvidable Patria.

Madrid, diciembre, 1864.

EPISTOLA

Al Sr. D. Francisco de León y Morales

Es ya la Primavera... Estoy can-
[sado
de leer en novelas y canciones
la pintura gentil del verde prado,
donde siembra sus tiernas ilusiones
el vate enamorado:
El gárrulo murmullo
de la sonora fuente;
el beso que da Céfiro al capullo;
de quejumbrosa tórtola el arrullo,
y como sale el sol por el Orienté.
Renuncio por lo tanto al entusias-
[mo
del númen celestial, y en calma opi-
[no
porque, haciendo abstracción del
[pleonasma,
llamemos pan al pan, y al vino vino.
Te diré en prosa clara y verdadera

que lo mismo en Madrid que en las
[Canarias
y después de estaciones tan contra-
[rias,
ha llegado por fin la Primavera:
Que las tardes están muy deliciosas,
y que en rápido giro,
compitiendo en primores con las ro-
[sas,

recorren las hermosas
las verdes enramadas del Retiro.
Corto me quedaré si las alabo
al par de querubines; mas no creas
que no se ven cruzar al fin y al cabo
muchas feas también; pero muy feas.
No es extraño tal caso,
y bien claro se explica,
con permiso de Apolo y del Parnaso,
que de todo ha de haber como en bo-

[tica:
¡Qué mujeres, amigo, qué mujeres!
¡Qué gracia y donosura!

Ya nos brindan amor, gloria y pla-
[ceres;
ya nos causan desvelos y amargura,
según están esquivas o amorosas,
de rostro airado o tierno;
porque siempre hay espinas entre

[rosas
y al lado del Edón está el infierno.
Allí la rubia vaporosa y leve
por sus encantos brilla:
Flexible talle; piececillo breve;
blondos cabellos y color de nieve

que arrebola el cãrmfn en su mejilla.
Lánguida y extasiada.
entre ilusiones de oro
derrama pudorosa su mirada
al eco celestial de un "yo te adoro",
Allí de gracias y vivezas llena,
rebotando alegría,
se ostenta la morena
que nació bajo el sol de Andalucía:
Celestiales bellezas
de garzos ojos que altaneros miran,
y labios encendidos que suspiran
el cãlido vapor de las promesas.

¡Cuãnto lancee de amor, cuãnta aven-
[tura
y mimado doncel haciendo el oso!
¡Cuãntas falsas protestas y locura!
Citas y desafios de bragazas,
regalo del fondista,
que sabe componer las calabazas
para el festín "ad hoc" de la con-
[quista,

¡Cuãnta alegre comparsa!
¡Qué bello está el Retiro!
Pero cuanto aquí digo es una far-
[sa...
Una farsa también es cuanto miro:
La farsa es el resorte
de la célebre vida de la corte,

Pero ¿en qué estaba? esperã;
con tantas digresiones pierdo el ti-
[no...
Ya me acuerdo, en que vino,

como sabrás muy bien, la Primavera-
[ra...

Esa estación florida
que viste el árbol y los campos dora,
y un mundo de ilusiones atesora
para la triste y azarosa vida.

Mas te digo de paso
que su falso esplendor ya no me in-
[quieta,
ni que crezca en la cumbre del Par-
[naso

el lauro del poeta.

La ilusión es un sueño muy bonito,
es cierto; pero al fin es solo un sue-
[ño,

y su dulce placer me importa un pi-
[to,

Es triste la verdad; mas no me em-
[peño

en gritar como un loco,
con acento iracundo,
que es pícaro, y fatal, y ruín el mun-
[do,

al que cuanto yo diga importa poco.

En apacible calma
dejemos a la suerte que descorra
el sueño de oro en que se vela el al-
[ma...

verde como las uvas de la zorra.

¿Por qué tan cruda y afanosa guerra
entre la realidad y los delirios,
y fingir paraísos en la tierra
que aumentan de la vida los marti-
[rios?

Vivir desesperado, que es el colmo.
de la humana miseria,
o pedir sacro fuego a la materia,
que equivale a pedir peras al olmo.

Estoy desencantado; pero en tanto
procuro disfrazar a mi manera
y las delicias de la tierra canto...

¡Qué estación tan gentil la Prima-
[veral

Me gusta mucho, mucho, amigo mío;
mas no por sus poéticos dechados,
y sí porque se va quitando el frío
que llegó en el invierno hasta seis
[grados,

Ya en romántico alarde
no derraman mis ojos
estéril llanto de dolor cobarde.

Pisaré de este mundo los abrojos
cuidando no picarme; y si algún eco
despierta del pasado, amante o tier-

[no,
trataré de apagarle... Ya no late
mi corazón de niño... En este infier-

[no
sostendré con honor rudo combate;
sí, lucharé, y en pago
tal vez en mi memoria

bañará el pensamiento con su hala-
[go
un delirio de amores o de gloria.

¡La gloria! ¿Y qué es la gloria?

[Una careta
que se ponen con torpe hipocresía
el guerrero, y el sabio, y el poeta;

pero yo considero
que no existe en el día
más gloria que el dinero;
y con él ¡ya se ve! todo son flores,
y podrá hasta un jumento
a la cumbre subir de los honores
y pasar por prodigio de talento.

La mujer, el amor... ¡oh, qué ven-
[tura!
Yo adoro a las mujeres; mas no creo
en su amor, que es tan solo una im-
[postura,
otra máscara, en fin, puesta al deseo.
Una mujer te quiere; entusiasmado
la comparas a un ángel... ¡desvarío!
Averigua su amor que estás tronado
y te planta, no hay más, desespera-
[do,
maldiciendo el rigor del Hado impío,
El ángel ha caído de la altura
y tórnase mujer; en tu profundo
desencanto la acusas de perjura.
y ¿qué sacas con eso? Así es el mun-
[do;
Por eso si una boca sonrosada
adorarme promete, bueno, sea...
Yo también lo prometo; la taimadā
se burla, y yo me río, y luego... nada:
Con su pan se lo coma quien las
[crea.
¡Oh! cada vez que de mujeres hablo,
sobre todo en la Corte,
digo para mi sayo: ¡Guarda, Pablo!

Y la cruz les enseñó por sí forte,
que siempre ha sido tentador el dia-
[blo;

Tú guardas en el seno
fecundo manantial de poesía,
y pueblas con tu amor y tu alegría
las frescas sombras de mi valle
[ameno.

¡Qué bonito es mi valle! Su memoria
me encanta... ¡qué cuadro de un idi-
[lio!

¡Qué calma celestial! Esa es la glo-
[ria...

para un pastor amante de Virgilio;
¡Qué colinas aquellas tan amenas
con robustos castaños y nogales!
¡Qué prados de amapolas y azuce-
[nas...!

Sobre todo, querido, de nopales
noble planta que brilla
con el blanco matiz acrisolado
de la suave y fecunda "cochinilla"
que por oro se trueca en el mercado.

Y pues hablamos de oro,
dulce sonido que mi mente halagá,
perdido bien cuyas delicias lloro,
dírete, amigo, que el artero Moro
los cuartos que nos debe no los pa-
[ga;

Después de tanto afán; de la vertida
sangre española en ínclitas empre-
[sas,

obra cual suele la mujer querida,
engañando a su amante con prome-
[sas;

y entretanto el cuitado,
trocada su existencia en un infierno,
aguarda y sufre, débil y confiado,
como hace, al parecer, nuestro Go-
[bierno;

Por lo demás, amigo, voy pasando,
pasando nada más el tiempo vario
que dice el Almanaque, y ensartan-
[do

las cuentas del dolor en su rosario,
Si por las recorridas, mi memoria
las restantes calcula, pocas quedan...
¡Ya no hay más que una Gloria!
¡Cómo ruedan las cuentas, cómo
[ruedan!

Punto y aparte... ¡Adiós! que ya
[concluyo...

¡Mi memoria y cariño están contigo.
¡Vive feliz y amante.—Siempre tuyo,
y manda en lo que gustes a tu amigo,

Madrid, mayo, 1.º, 1861.

A MIS AMIGOS
Agustín E. Guimerá y J. D. Dugouy

La noche del dolor en que me pier-
do
derrama entre su calma
la rumorosa brisa del recuerdo
que lenta viene a refrescar el alma,
A su doliente arrullo
abre su cáliz, que secó el Estío,
el virginal capullo
del agitado y triste pensamiento
que baña la ilusión con el rocío
dulce y consolador del sentimiento:
Abre su cáliz, y apacible lanza
la balsámica esencia
de fugaz esperanza
que vuelve a consolar nuestra exis-
tencia.

¡Oh, calma venturosa,
reparador consuelo
del alma dolorida,
risueña imagen del tranquilo cielo
que iluminó la aurora de mi vida!
¡Quién pudiera volver a ese pasado,
tortura de un presente
que devora el cuidado,
y en el paterno hogar abandonado
el reposo encontrar que el mundo
[miente!

Y entre las frescas flores
de mi natal ribera
aspirar sus vapores
al aliento vital de Primavera:

Dulces memorias de la grata in-
[fancia,
puros recuerdos de la Patria mía,
que no borran ni tiempo ni distan-
[cia,
verted vuestra fragancia
en mi apagada y yerta fantasía.

De su ventura lejos,
mi espíritu abatido
busca de la memoria a los reflejos,
la inquieta imagen del amor perdido,
cual anciano doliente
que en las tardes benéficas de mayo
trémulo aspira el vacilante rayo
del moribundo sol en Occidente;
y al darle su amorosa despedida,
postrado al Cielo implora
que prolongue su vida

para verlo en la frente de otra au-
[rora;

Naciente primavera
me acaricia con brisas perfumadas;
mas ¡ay! de la hechicera
virgen de mis amores,
están ya las caricias olvidadas,
y el mundo para mí no tiene flores.
En mi pesar sumido
no me contentan tus risueñas galas,
primavera gentil, y sólo pido
que lleves mis recuerdos en tus alas
a esos sitios risueños
donde vive una gloria,
que no disipan engañosos sueños
del alcázar feudal de la memoria.

Con qué infantil anhelo
envidio las viajeras golondrinas
que dirigen su vuelo
a las verdes colinas
donde quedó su nido abandonado
entre marchitas flores...
¿Encontraré al volver un desterrado
el nido celestial de sus amores?
¿Acaso hallaré en él una mudanza,
fatal presente de mi suerte ruda?
Aun brilla puro el sol de la esperan-
[za,
y es un ruin pensamiento el de la
[duda.
Con ella ofendo a la mujer que ado-
[ro:

mas ¡cómo no, si creo
un sueño poseer ese tesoro;

si la llamo y la busco y no la veo!
Cansado estoy, y el alma
oprímese en mi seno
cuando recuerdo la apacible calma,
las frescas sombras de mi valle
[ameno:

Aquellos gratos días
de inocente placer y de abandono,
que la ilusión bañaba
de luz y de alegrías,
cuando en el regio trono
del infantil anhelo descansaba.
Su brillo se apagó: nubes de duelo
oscurecen mis glorias,
y sólo alguna vez luce en el Cielo
la aurora boreal de las memorias.
A su fugaz reflejo en los espacios
contempla mi martirio.
los escombros no más de esos pala-
[cios
que a mis amores consagró el de-
[lirio.

Allí, cual ave que en las ruinas vela,
su rostro asoma la verdad desnuda;
allí del porvenir por centinela
su misterio fatal guarda la duda.

Perdió el ardiente corazón su brío
con los encantos de una dicha breve,
y amargas horas señaló el hastío
en mis negros cabellos con su nieve,
[Turbia sangre rebosa
del pecho desgarrado;
peró ¡ay! no alcemos la pesada losa

que encierra las cenizas del pasado.
No vengan los gusanos del recuerdo
en el cadáver del placer perdido
a saciar el rencor; con su beleño
proteja y con sus sombras el olvido
el hondo arcano de su eterno sueño.

¡Tregua al dolor! El pensamiento
[mfo,

salvando la distancia,
tiende en los mares su impetuoso
[vuelo,
buscando ansioso el nido de la in-
[fancia,

el claro azul de su tranquilo Cielo.
A las faldas del Teide soberano,
que del espacio la extensión domina,
dejé mi nido en el añoso tronco
de una opulenta encina:

las tempestades del invierno ronco
habrán deshecho las doradas hebras
que tejó la ilusión; las blancas plu-

[mas
de los tímidos sueños que guardaba
se habrán perdido entre las densas
[brumas.

¡Qué feliz era yo cuando soñaba!

EL ANGEL DE MI GUARDA

Densa bruma de tristeza
mi marchita frente empañā.
¿Dónde está el dulce, maternal alien-
que no viene a borrarla? [to

En mis pupilas no hay brillo,
que en turbio llanto se bañā.
¿Dónde está el rayo de ese sol de oro
que iluminó mi infancia?

El cárdeno, seco labio
hondos suspiros exhalā.
¿Por qué están mudos los sonoros
de mis verdes montañas? [ecos

Mi cuerpo tiembla de frío
en noche de invierno helada.
¿En dónde está la cariñosa lumbre
de mi paterna casa?

En el congojado pecho
abatida gime el alma.
¿Por qué a enjugar sus lágrimas no
[viene
la pálida esperanza?

Solo estoy, y es muy horrible
esta soledad amarga.
¿Por qué no vela mi angustioso sue-
[ño
el Angel de la Guarda?

Angel mío, ya te veo;
me acaricias con tus alas;
al ruego amante de mi Madre vienes.
¡Oh, Madre idolatrada!

Tu amor disipa mis nieblas;
mis pupilas de luz baña;
despierta el eco de mi bien perdido;
con su calor me halaga;

mi espíritu fortifica;
mi soledad acompaña;
por ti el aliento maternal recobro;
veo el sol de mi infancia;

encuentro mi hogar perdido,
a la luz de la esperanza:
¡Bendito sea el celestial cariño
del Angel de mi guarda!

Madrid, abril, 1865.

A VICTORIA VENTOSO

Tórtola de los bosques seculares
de mi patria querida, cuyos ecos
repite tus dulcísimos cantares
temblando de emoción;
acoge de mi pobre pensamiento
esta tímida flor que te consagra,
cuyas hojas meció con suave aliento
tu tierna inspiración.

Del mismo valle las sonoras brisas
a entrambos en la cuna nos besaron;
a ti con sus balsámicas sonrisas,
con lágrimas a mí.
El puro sol que dibujó en el cielo
los virginales sueños de tus glorias,
sólo dejó las sombras al anhelo
conque triste crecí.

Los prados, y los bosques, y co-
[linas
que adornan nuestro valle pintores-
[co]

las fuentes y las flores purpurinas
que brotan por doquier;
ese gigante Teide soberano
que alza en las nubes su nevada
[frente,
vigía del Atlántico Oceano
de terrible poder;

El vago suspirar de los amores;
el inquieto anhelar de la esperanza,
entre el brillo, las luces y las flores
de feliz juventud;
los ecos de las selvas y los mares,
que llenaban los vientos de armonías,
arrancaron suspiros y cantares
a tu amante laud.

Cantaste, y tus cánticos suaves
en el tranquilo valle resonaron,
tiernos como el arrullo de las aves
que pueblan su confín;
puros como las hojas de tus lirios;
altivos cual las copas de tus palmas,
poéticos ensueños y delirios
de alado serafín.

Ya levantes la sábana mortuoria
que en sus grutas encubre a los
[Menceyes;
ya recorras las hojas de su historia
grabada en un volcán;
ya sigas a la parda golondrina
que deja de tu patria las riberas,
o ya cantes las glorias de Malvina
en la lira de Ossian;

al rumor de tu cántico divino
todo adquiere belleza y sentimiento;
guiado por tu númen peregrino
recobra más valor.
Como poeta ardiente y expresiva;
como mujer sensible y candorosa...
coronas de laurel y siempreviva
te dan noble esplendor.

Mas canta, que los ecos adormidos
en las selvas están; y entusiasmados
los verás levantarse estremecidos
de tus cantos en pos:
canta, mujer, que de la amarga vida
endulza los tormentos el poeta
con la sublime inspiración, nacida
del aliento de Dios.

El mundo para ti guarda sus flores,
guardan las aves sus acordes trinos,
y el astro de la luz sus resplandores
para adornar tu sien.
Deja vagar las puras ilusiones
que guardas en los pliegues de tu
[alma,
y vive entre las mágicas regiones
de tu soñado Edén.

Vive con esos sueños ideales
que brotan de la mente del poeta,
y su luz de la vida en los eriales
no vierta la razón.
Nunca descorra el desengaño horri-
[ble
ante tu vista el misterioso velo

tendido entre la tierra y entre el
[cielo...

¡La vida y la ilusión!

¡Ay! que las ilusiones son del alma
un bálsamo divino; son estrellas
que en esas noches de profunda cal-
[ma

se miran relucir.

¡Ay! que las ilusiones son las fuentes
que vierten sobre flores sus rau-
[dales;
esas tan vaporosas que tú sientes
no lleguen a morir.

Entonces al pasar el ronco acento
del desengaño horrible por tu labio,
dejará congelada entre tu aliento
una gota de hiel:

La esperanza en la tumba de la duda
su majestuosa frente inclinaría;
la sacra inspiración quedará muda
a su embate cruel.

Alienten con sus alas los querubes,
los amantes delirios de tus sueños,
y borde de oro sus ligeras nubes
el sol de la ilusión:

A través de su prisma nacarado
la dicha y el placer verán tus ojos
ya que Dios del poeta te ha prestado
el envidiable don.

Orotava, abril de 1852.

CONTESTACION

que dió a los anteriores versos la
señorita Victoria Ventoso

Hoy da música suave a mis oídos,
inspirado cantor, tu voz sonora,
y sus dulces y mágicos sonidos
dan gloria al corazón.

[Tú, el hijo predilecto de mi valle,
demandas a mi voz suaves acentos...
¡Oh! dí más bien que al escucharte
[acalle
mi pobre inspiración,

Esas del valle sonadoras brisas
que a entrambos en la cuna nos be-
[saron,
aun le guardan gratísimas sonrisas
a tu nuevo laud.

Sí, que es muy pobre mi incompleta
[lira
para unir a la tuya sus cantares;
sí, que tu voz a un porvenir aspira
de eterna juventud.

¡Bella es tu flor! Mi corazón la
[acoge
cual parcial voto, inmerecida ofren-
[da,

en la que a trozos mi entusiasmo
[escoge
verdades que sentí.

¡Cuán grande y puro es el hermoso
[velo
que pinta tu fecunda fantasía,
tendido entre la tierra y entre el cielo
que en mis delirios ví.

Tú lloras ya perdidas ilusiones;
mas ¿no sientes. cuán grata es la
[amargura
cuando se vierte en lánguidas can-
[ciones
el sentido dolor?

Para nosotros hay un ancho mundo
del que en vano pretenden despo-
[jarnos
los que no lanzan su sarcasmo in-
[mundo,
de terrible amargor.

Cántale al valle, a sus galanas flo-
[res,
a la de mayo reluciente espiga,
a esas aves que entonan bullidores
arrullos para ti:

Canta que el Eco me traerá tu acen-
[to,
y al derramar en mi alma la ventu-
[ra...
Llévete un ¡ay! de gratitud el viento,
de la que te oye aquí.

EL LIRIO Y LA GOLONDRINA

De un empinado monte en la ver-
[tiente,
Cabe al sonoro mar, se extiende un
[prado
Donde un tímido lirio alza la frente,
Perfumando al ambiente
Al recibir su beso delicado.

Pobre flor solitaria,
Allí consume su existencia triste,
En tanto que una tierna pasionaria
La cerca con anhelo,
Y de flores simbólicas se viste
En amoroso y púdico desvelo.

El céfiro volando murmuraba
Canciones de dulcísima armonía
Para la flor que amaba,
Y un suspiro en sus labios deslizaba,
Y a su vago rumor se estremecía.

Maş siempre el pobre lirio
Exhalaba sus quejas dulcemente,
Y siempre la corona del martirio
Mirábase lucir sobre su frente.

Algún oculto, roedor deseo
En su cáliz guardaba;
Algún recuerdo de perdida gloria,
Y el agua del Leteo
Por sus tiernas raíces no pasaba.

Acaso alguna ráfaga ilusoria
Resbaló ante su vista en vuelo blan-
[do,
Dejó escapar un cántico de amores,
Y por eso la flor vive llorando;
Que también tienen su dolor las flo-
[res.

Era la tarde; las nocturnas brumas
Colgaban en el monte
Sus leves cortinajes;
Las riberas bordaban con espumas
Las caprichosas olas,
Y en el contorno azul del Horizonte
Se pintaban fantásticos celajes
Del color de las gualdas y amapolas.

Cortando el aire con su pluma leve
Vuela sobre los mares peregrina,
Deshecho ya su nido por la nieve,
Una pobre viajera golondrina.
La vista tiende en derredor con pena
Al último reflejo purpurino
Del tardo sol sobre la mar serena,
Y dando un ¡ay! detuvo su camino.

Ló que sintió la flor en tal mō-
[mento,
Por superior ā mis esfuerzos callo;
Mas la triste, con impetu violento,
Se estremeci6 sobre su verde tallo:
Pas6 la noche: en el Oriente ufana
La aurora descorri6 su blanco velo,
Y la indecisa luz de la mañana
Sus tintas de oro dibuj6 en 6l Cielo;
A sus vagos reflejos
El ondulante vuelo se vefā
De la pobre viajera, que a lo lejos
En el azul del Cielo se perdía.
Pleg6 el lirio sus hojas primorosas
Con mortales angustias,
Y al venir las alegres mariposas
Las encontraron sin olor y mustias.

Su rumbo el ave errante hā pro-
[seguido,
Y tras esfuerzos grandes
Tocarā la ribera en que ha nācido,
E irā entre lirios a colgar su nido
En las inmensas faldas de los Andes.

EL SUSPIRO

El cielo luce sombrío;
Melancólicas congojas
Murmura en el aire frío
El viejo laurel del río
Al perder sus secas hojas.

Entrambas manos cruzadas,
Inclinada el alba frente,
Fija Blanca sus miradas
En las hojas arrastradas
Por la impetuosa corriente:

Y un suspiro de amargura
Exhala su labio seco,
Que en la vecina espesura,
Bañado en llanto, murmura
Con doliente voz el Eco,

Blanca

Eco, qué triste es tu acento;
Cállate, porque me espanta.

Eco

Escucha, Blanca, que canta
La voz del remordimiento.

Blanca

¡Oh!, ten compasión de mí:
¿Qué hago yo sino llorar,
Y sufrir, y suspirar?...

Eco

Mas ¿por qué suspiras, dí?

Blanca

¡Era tan grande mi amor!

Eco

Y es la virtud flor tan pura
Que ¡ay triste de la hermosura
Que no cuidara esa flor!

Blanca

¡Oh!, ¡perdón, perdón, Dios mío!
¿Hallarán fin mis congojas?

Eco

Donde lo hallan esas hojas
Arrastradas por el río.

Y Blanca tornó a mirar;
Las vió pararse un momento,
Arrebatarse, girar,
Y pasar, pasar, pasar
Impulsadas por el viento.

Presas de un frío estertor
Dobló la frente abatida,

... ..
Y el Eco murmurador
Cantaba: —“Heridas de amor
Sólo acaban con la vida”.

LA FIESTA DE SAN ISIDRO

ROMANCE DE CIEGO

Cuadro de costumbres de las Islas Canarias

Jupa la jupa,
lomite mía;
jupa la jupa
que viene el día.

I

Aldeanos, aldeanos,
bajad de vuestras colinas
que en el templo alborozadas
ya las campanas repican;
Marchemos a solazarnos
en las fiestas de la Villa
que, si la fama no miente,
serán como nunca vistas.
Luzcan sus galas las mozas;
cúbranse con la mantilla
y el sombrerico de palma

adornado de anchā cinta,
Vengan los fornidos mozos
con sus vestiduras ricas
y sus varas de avellano
con flotantes banderillas,
Pongan las madres sus tocas
y sus preseas de niñas,
y los ancianos sus capas
guardadas para estos días,
Resuenen las panderetas
y ándense las manos listas
repiqueteando los dedos
para acompañar la isa;
rasgueando las guitarras,
punteando las bandolinas.
Canten festivos romances
las viejas marisabidas
de galanteos de antaño,
desconsuelo de las chicas;
Los viejos, de tradiciones
de las costumbres antiguas;
de la fuerza de los guanches;
las guerras de la conquista,
y la rota del "Inglés"
codicioso de estas islas;
y el coro alegre responda
mientras el vate se inspira:

Jupa la jupa,
lomita mía;
jupa la jupa
que viene el día.

Vamos al llano, muchachas,
 que ya sale de la ermita
 el glorioso Isidro, honra
 de la coronada Villa.
 Ya asoman los estandartes,
 y los viejos que este día
 han de sortear la yunta
 que en nombre del Santo rifan,
 Ya salen en dos hileras
 niños de la gente rica,
 vestiditos de pastores
 que dan al amor envidia;
 ya salen sembrando flores
 con que la calle entapizan,
 y dulces que los muchachos
 arrebatan entre riñas.
 Ya asoma el Santo, ya asoma,
 ¡eh! muchachas, de rodillas:
 pedidle vosotras novios
 y que dore las espigas,
 mientras ansiosos rogamos
 porque nos vuelva las viñas
 que nos daban con su jugo
 nuestro pan de cada día.
 Ya pasa el Santo, ya pasa;
 vamos siguiéndole, chicas,
 hasta el templo, reverentes,
 para oír la Santa Misa
 y el sermón; ¡pues ahí es nada
 el padre que lo predica!
 ¡Oh! qué hermosa está la iglesia
 con tanta vela encendida,

y arcos de ramaje, y flores,
y banderas y cortinas.
Suenan los cantos sagrados;
brota la orquesta armonías,
y del oloroso incienso
ondulantes nubes giran.
Vamos a ver a los pobres
que les dan un pan de a libra
y los visten y los calzan
en celebrad del día.

III

¡Qué animado está el paseo!
¡Cuánta gente!... ¡Dios me asista!
Y ¡vaya un lujo!, comadre;
¡y qué mujeres tan lindas!
Mirad un cordero blanco
que se rifa entre las niñas,
galán con cuernos de oro,
luciendo lazos de cintas.
¿Qué sucede en aquel sitio
que tanta gente se apiña?
¡La lucha!, allí están los mozos
más pujantes de la isla.
Vámonos, compadre, vámonos,
a mirar a los que lidian;
que no será buen patriota
quien sus costumbres no estima.
Quedáos aquí, muchachas,
y ved do ponéis la vista,
que rosas de galanteos

tienen aromas y espinas:
no abráis oído a lisonjas,
porque son mala semilla
y pueden dañar el campo
donde virtudes crecían.

IV

Es ya noche; de las ramas,
que suave mece la brisa,
penden guirnaldas de flores,
y hay antorchas infinitas,
y fuegos artificiales
para recrear la vista.
Alegres músicas suenan,
y los bailes se improvisan,
donde la gente aldeana
baila, entre cantos y risas,
bien el tango guanchinesco,
o el fandango, o las folías.
No os dejéis ceñir muchachas,
sino es en la Vicaría
con lazos que no se rompen
y abrazos que fortifican.
Nunca olvidéis que el pudor
es la fuente cristalina,
cuyas aguas son espejo
en donde el alma se mira.
Retirémonos, que es tarde,
a nuestras chozas tranquilas,
donde la pobreza y honra
en sagrada paz habitan,

y ño echa el odio veneno,
ni rencor siembra la envidia;
vamos cantando, muchachas,
mientras el cantor se inspira:

Jupa la japa,
lomita mía;
jupa la japa
que viene el día,

Orotava, junio de 186f.

A CARMEN

Gozo tanto en mirarte, que me ol-
[vido
De lo mucho que sufro con no verte,
Y vivo con tu vida de tal suerte
Que me figuro que antes no he vivi-
[do.

Tu amor el rayo fulgurante ha sido
Que dió aliento vital al pecho inerte:
El ángel eres que arrancó a la muer-
[te
La vaga sombra de mi bien perdido.

No hay un solo recuerdo en mi me-
[moria
Que no te pertenezca; un pensa-
[miento
Que tú no inspires, y te adoro tanto,
Que no envidio la dicha de la Glo-
[ria
Mientras guarde la fe de un jura-
[mento
Que por ser de tus labios es tan san-
[to.

LA BODA
Traducción de Heine

¿Por qué la sangre se agita,
Y mi corazón deshecho
En la cárcel de mi pecho
Con febril ardor palpita?

Presa de un sueño espantoso,
Sentí que la noche errante
Me arrastraba jadeante
En su vuelo tenebroso:

Y ví una rica morada
Que derramaba a porfía
Aromas, luz y armonía,
De fiesta y placer ornada.

Entré en el salón, y allí,
Los semblantes excitados,
Mil alegres convidados
En torno a una mesa ví:

Era un banquete de boda,
Y al mirar la desposada
Sentí el alma desgarrada,
Faltarme la sangre toda,

La mujer que por mi mal
Amé con cariño ardiente,
Engalanaba su frente
Con la corona nupcial.

Detrás del sitio de honor
Me coloqué silencioso,
Contemplando del esposo
La alegría y el amor.

Al sonido de la orquesta
Un eco vibró en mi alma,
Y mintiendo horrible calma
Presenciaba aquella fiesta.

"Ella", celestial ventura
En sus ojos reflejaba,
Mientras la mano estrechaba
De su esposo con ternura.

Quien hasta el borde la copā
Llenó; puso el labio en ella,
Y luego la esposa bella
También la acercó a su boca,

Desplegando una hechicera
Sonrisa de amor bañada...
Bebió... ¡suerte desdichada!
¡El vino mi sangre era!

La esposa, de un canastillo
Una manzana tomó
Y a su esposo la entregó
Quien con agudo cuchillo

La partió sin compasión.
¡Cruel desventura mía!
Porque al partirla, partía
Mi oprimido corazón.

Ambos con lánguidos ojos
Se miraron un instante..
El feliz esposo amante
Deslizó en los labios rojos.

Del ángel de su albedrío
Un beso y ¡horrible suerte!
Sentí al punto de la muerte
En mi labio el suyo frío.

Ni una palabra siquiera
A proferir acertaba,
Y mi lengua se quedaba
Como si de plomo fuera.

De nuevo la orquesta lanza
Sus armónicos sonidos,
Y ambos, los brazos ceñidos
Giran en alegre danza.

A su adorada el esposo
Habló al oído anhelante,
Y se bañó su semblante
Con el rubor amoroso.

Ambos salen a la vez
Furtivamente; yo en tanto
Quiero seguir... ¡cielo santo!
Y eran de mármol mis pies.

Tornóme en piedra el dolor,
Y con angustia mortal
Hasta la alcoba nupcial
Me arrastraba en mi furor.

En la puerta ví agrupado
Esqueletos asquerosos,
Puestos los dedos huesosos
En los labios descarnados.

Y en su horrible catadura
Descubrí a la muerte fiera,
Amistosa compañera
De la impetuosa locura.

Fluctuaba mi mente en tanto
Entre dudas indecisa...
Lloré, y ahogábame el llanto...
Reí, y cesó mi quebranto,
Que me despertó la risa.

HORAS BENDITAS

Hay horas en la existencia
En que el ánima abatida
Recobra fuerzas y vida,
Poderío y majestad:
Horas llenas de misterio,
De armonías y de calma,
Horas que llevan al alma
La voz de la eternidad.

Horas en que el pensamiento,
De las quimeras en alas,
Roba a la ilusión sus galas,
Roba al cielo su color:
En que se olvida el pasado,
Y se goza del presente,
Y vagan por nuestra mente
Sueños de gloria y amor.

Horas llenas de perfumes
Que adormecen los sentidos,
De voluptuosos sonidos,
De contento celestial;
En que torna la esperanza,
Que ya creyéramos muerta,
A abrir la dorada puerta
De un porvenir ideal.

Horas en que siente el hombre
Que hay en su ser algo grande,
Y de glorioso renombre
Se lanza sediento en pos;
En las que tiende su vuelo
El espíritu agitado
Buscando en el ancho cielo
Una sonrisa de Dios.

Horas en que se arrebatata
La imaginación inquieta;
En las que escribe el poeta
Y se entusiasma el pintor,
Y busca el sabio verdades,
Y halla el músico armonías,
Y se cruzan las edades
De la mente en derredor.

En esas horas Petrarca
Con su llanto, la corriente
Turbó de una oculta fuente
En su afanosa pasión;
Y murmuraba Torcuato
A su Leonor blandas quejas
Entre las doradas rejas
De su gloriosa prisión.

En esas horas, dejando
La ensangrentada cuchilla,
Bosquejaba el noble Ercilla
Una epopeya inmortal;
Y recitaba Camoens
Los ecos de sus "Lusiadas"
A las olas encrespadas
Por el viento tropical.

En esas horas Ticiano
Y Miguel Angel fecundo
Llenaron de asombro al mundo
Manejando su pincel;
Y surgían en los lienzos,
De un rayo de amor al brillo,
Las Vírgenes de Murillo,
Las Diosas de Rafael.

En esas horas Herrera
Trazaba, con noble brío,
El pensamiento sombrío
De un monarca colosal,
Que revelara su arcano
A las gentes venideras,
En las paredes severas
Del gigantesco Escorial.

Galileo en esas horas
Siguió del mundo, en la esfera,
La misteriosa carrera
Que encadenaba el error;
Y arrancó Franklin osado
A la tempestad rugiente
La majestad imponente
De su rayo destructor.

¡Ah! venid. benditas horas,
A mecer mi fantasía
Al rumor de esa alegría
Que con mis sueños perdí:
Ya que es mentira la suerte,
Devolved a la memoria
Un recuerdo de esa gloria
Que en mis delirios fingí.

A lo menos en mis sueños,
Lejos de la tierra impura,
Iré a cantar mi amargura
En otro mundo mejor;
A respirar el perfume
De mis memorias marchitas,
En esas horas benditas
Llenas de paz y de amor.

Santa Cruz de Tenerife, noviem-
bre, 1856.

ROMANCE

Es la patria el árbol santo
en cuyas ramas anidan
las aves de los recuerdos
que cantan pasadas dichas.

Es el jardín donde crecen
las vistosas florecillas
de olorosas esperanzas,
ilusiones purpurinas,
y pensamientos de oro,
y afecciones siempre vivas.

Es la fuente bullidora
que brota de la colina
e inquieta como el deseo
por los anchos prados gira,
y desalentada corre,
y se despeña entre guijas.

La palmera a cuya sombra
jadeante se reclina

el afanoso viajero
del desierto de la vida;
la estrella que el marinero
sigue con ansiosa vista,
cruzando en su frágil leño
por una mar intranquila...

Patria, patria, dulce nombre
que nunca el mortal olvida
ni cuando llora sus penas,
ni cuando canta sus risas:
sacro fuego que en el pecho
inextinguible germina
y alumbró su santuario
cual la lámpara votiva
que ante las aras del templo
la piedad tiene encendida.

¿Quién ¡ay! de su madre ausente
no recuerda sus caricias
y aquel amante desvelo
con que nos guarda y nos mimó?

¿Dónde hay cariño que borre
el cariño que ella inspira,
ni hermosura que la iguale,
ni afecciones que la rindan?

¿Quién lejos del bien que adora
puede recrear su vista,
lleno el corazón de penas
y de llanto las pupilas?
Corran sus amargas fuentes
por mis pálidas mejillas
que sin el perdón del cielo
no veré la madre mía,
quien el mundo del dolor
dejó, y el del bien habitó;
pero otra madre me resta,
la Patria donde a la vida

abré mis ojos y en donde
reposarán mis cenizas.

Dicen que ausencia aquilata
las afecciones sentidas,
y que del perdido bien
en más el valor se estima,
y esta verdad dolorosa
mi ánimo triste confirma,
que en ausencias he llorado
los recuerdos de mis risas.
¡Oh!, cuántas veces mis votos
confié a las rápidas brisas
cuyas alas transparentes
la traidora mar salpica
y han ahogado entre sus olas
sin arribar a estas islas.

Mas en cambio nada iguala
la venturosa alegría
del que retorna a su patria
y su sacro suelo pisa.
Brotan del nido del alma
las ilusiones benditas
que vuelan alborozadas
cual viajeras golondrinas
que vuelven a sus montañas
al ver la estación florida.
Las rosas de los recuerdos
apren su corola erguida
y en el ambiente suave
derraman su esencia rica.
El cielo se viste galas,
brota la selva armonías
y alborozados despiertan
los ecos de las colinas.
La firme amistad acude
con halagüeña sonrisa,

y el mudable amor suspende
sus saetas vengativas.

Allí aguarda en el hogar
el calor de la familia,
y hasta al oír en el templo
que las campanas repican
se figura nuestro afán
que nos dan la bienvenida.

Fresco valle perfumado
que el cano Teide domina
con su corona de llamas
y sus vestiduras níveas,
risueño como el semblante
de sus seductoras hijas
a cuyas plantas de flores
extiéndese alfombra rica;
apacible como un sueño
que brota en la fantasía
al grato y naciente fuego
que el dulce amor vivifica;
valle gentil donde el cielo
sus rectos dones prodiga,
nunca la fortuna airada
aparte de ti la vista,
ni llores como yo ausencias
alejado de estos climas,
donde alegre la existencia
y armoniosa se desliza
cual débil rayo de luna
sobre las aguas tranquilas.

Orotava, septiembre 19 de 1861.